

**Luis Ángel Castello**  
***La tensión entre oralidad y escritura en Grecia***  
***y el testimonio de Alcídamente de Elea***  
**ISBN 978-987-1450-90-9**



**UBA** FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS

© Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires - 2010

*La tensión entre oralidad  
y escritura en Grecia  
y el testimonio  
de Alcidas de Elea*

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

Decano

*Hugo Trincherro*

Vicedecana

*Ana María Zubieta*

Secretaria Académica

*Leonor Acuña*

Secretaria de Supervisión Administrativa

*Marcela Lamelza*

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

*Silvana Campanini*

Secretario General

*Jorge Gugliotta*

Secretario de Investigación y Posgrado

*Claudio Guevara*

Subsecretaria de Bibliotecas

*María Rosa Mostaccio*

Subsecretario de Publicaciones

*Rubén Mario Calmels*

Prosecretario de Publicaciones

*Jorge Winter*

Coordinadora Editorial

*Julia Zullo*

Consejo Editor

*Amanda Toubes - Lidia Nacuzzi - Susana Cella - Myriam Feldfeber - Silvia Delfino - Diego Villarroel - Germán Delgado - Sergio Gustavo Castello*

© Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires - 2010

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

ISBN: 978-987-1450-90-9

Castello, Luis A.

La tensión entre oralidad y escritura en Grecia y el testimonio de Alcídamente de Elea. -  
1a ed. - Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos  
Aires, 2010.

CD-ROM.

ISBN 978-987-1450-90-9

1. Estudios Literarios. 2. Escritura. Retórica. I. Título

CDD 801

Fecha de catalogación: 11/08/2010

LUIS ÁNGEL CASTELLO

TESIS DE DOCTORADO

---

*La tensión entre oralidad  
y escritura en Grecia  
y el testimonio  
de Alcídamente de Elea*

*Director de Tesis*  
**Dr. Rodolfo Buzón**

*Consejera de Estudios*  
**Prof. Victoria Juliá**



INSTITUTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

**INSTITUTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA**

DIRECTOR

*Prof. Dr. Rodolfo P. Buzón*

**SECCIÓN DE FILOLOGÍA MEDIEVAL**

DIRECTOR

*Prof. Dr. Pablo A. Cavallero*

SECRETARIA TÉCNICO-ADMINISTRATIVA

*Prof. Dra. Diana L. Frenkel*

SECRETARIO DE REDACCIÓN

*Lic. Andrés Cárdenas*

BIBLIOTECARIOS

*Lic. Patricia D'Andrea*

*Lic. Martín Pozzi*

*Dirección: Puan 480 – 4º piso – oficina 457 / C.A.Buenos Aires (1406)*

*Teléfono: (0054-011) 4432-0606 int. 139*

*Mail: [filologiaclasica@filo.uba.ar](mailto:filologiaclasica@filo.uba.ar)*

*A todos los que me acompañaron  
en este tiempo y desde siempre,  
familia, amigos, Maestros,  
colegas, alumnos;  
y muy especialmente a la  
Universidad Pública de  
mi Patria*

*L. A. C.*



# ÍNDICE

<i>Introducción general</i>	11
<i>Capítulo 1 / Habla y parataxis: la estructura lingüística</i>	
<b>1.1 INTRODUCCIÓN</b>	
<b>1.2 EL CAMPO SIMBÓLICO Y EL CAMPO MOSTRATIVO DEL LENGUAJE. LUGAR DE LA ANÁFORA</b>	25
1.2.1 Los dos campos del lenguaje	29
1.2.2 La anáfora	34
1.2.2.1 La anáfora en el contexto homérico	37
1.2.2.2 El estudio de la anáfora en Apolonio Díscolo	40
1.2.2.2.1 La ecuación “artículo-anáfora” y “pronombre-deixis”	48
1.2.2.2.2 El artículo “hipotático”	53
<b>1.3 LOS PRONOMBRES ANAFÓRICOS *SO-, *SA-, *TO-, Y *YO/E: DE LA PARATAXIS A LA HIPOTAXIS</b>	
1.3.1 Las primitivas raíces deícticas	60
1.3.2 Los pronombres del campo mostrativo	66
1.3.3 La subordinación con relativo en latín	71
1.3.4 La subordinación con relativo en griego	74
1.3.5 Distintos abordajes al fenómeno de la subordinación con relativo en griego	83
<b>1.4 OTROS FENÓMENOS LINGÜÍSTICOS DEL ESTADIO PARATÁCTICO</b>	
1.4.1 De la construcción impersonal a la construcción personal	92
1.4.2 De la oración nominal a la oración verbal	105
1.4.3 La evolución del género gramatical	109



## **Capítulo 2 / La parataxis como estructura del pensamiento: los poemas homéricos**

<b>2.1 INTRODUCCIÓN</b>	125
<b>2.2 LA “CUESTIÓN HOMÉRICA”. PRESENTACIÓN SUMARIA.</b>	134
2.2.1 Antecedentes antiguos	136
2.2.2 Inicio de la “cuestión homérica” en la modernidad	147
2.2.3 La crítica analítica y la escuela unitaria	150
2.2.4 La teoría de Parry-Lord y el modelo del “texto dictado”	156
2.2.4.1 La dicción formular y el fondo tradicional	157
2.2.4.2 Críticas a la teoría	161
2.2.4.3 La aparición de la escritura y el modelo del “texto dictado”	171
Conclusión	179
<b>2.3 EL ALFABETO GRIEGO. PRESENTACIÓN SUMARIA.</b>	180
2.3.1 La “doble articulación” del lenguaje y los sistemas de escritura	182
2.3.2 Del silabario consonántico fenicio al alfabeto fonemático griego	197
2.3.2.1 La adaptación gráfica	200
2.3.2.2 Cotejo de los dos sistemas: silabario y alfabeto	206
2.3.3. La creación del alfabeto: lugar y tiempo; consecuencias	213
2.3.3.1 El marco espacio-temporal. La finalidad originaria de la adaptación gráfica	214
2.3.3.2 Los resultados de la invención	228
Conclusión	230
<b>2.4 COSMOVISIÓN HOMÉRICA. PRESENTACIÓN SUMARIA</b>	232
2.4.1 El tratamiento de la corporeidad en los poemas homéricos	234
2.4.2 La interioridad del hombre a la luz de los poemas (ἄτη, μένος, θυμός, νοῦς, ψυχή)	239
2.4.3 El problema hermenéutico	251
2.4.3.1 El “dualismo conceptual” de ‘cuerpo’ y ‘alma’	253
2.4.3.2. La acción moral	257
Conclusión	260

---

**Capítulo 3 / Mnéme, hypómnesis, kairós**

<b>3.1 INTRODUCCIÓN</b>	265
<b>3.2 MNÉME</b>	
3.2.1 El Proemio de <i>Teogonía</i> (1-115)	267
3.2.2 Mnemósine y la doctrina de la inspiración	277
3.2.3 La oposición entre mentira y verdad: la <i>hypónoia</i> del <i>mûthos</i>	285
3.2.4 La conciencia de la profesión poética	292
3.2.5 La preservación de la palabra cotidiana. Reyes y aedos	297
<b>3.3 YPÓMNESIS</b>	
3.3.1 El mito sobre el origen de la escritura.	301
3.3.2 Los <i>ágrapha dógmata</i>	316
3.3.3 Los límites de la comunicabilidad: del discurso escrito al lenguaje en general	323
<b>3.4 KAIRÓS</b>	
3.4.1 El contexto del <i>SDE</i>	334
3.4.2 El enfrentamiento de las <i>léxeis</i>	339
3.4.3 La tensión entre oralidad y escritura y el testimonio de Alcídamente de Elea	341
3.4.3.1 Análisis del <i>SDE</i>	342
3.4.3.2 Una interpretación del <i>SDE</i>	352
<b>APÉNDICE I / Traducción: Sobre los que escriben los discursos escritos o sobre los sofistas</b> , de Alcídamente de Elea	360
<b>Apéndice II / Panorama del resto de las obras de Alcídamente</b>	371
<b>Catálogo de Fuentes y Bibliografía</b>	373



## INTRODUCCIÓN GENERAL

... hay que reconocer la *mnéme*, la memoria,  
el engrama en nosotros mismos,  
como la primera forma de la escritura  
que ha sido cincelada en la psique.

GADAMER (1998:72)

I. El paso de la cultura iletrada al estadio alfabetizado en la antigua Grecia estuvo lejos de representar la advenimiento de una útil invención técnica para la dinámica social: tanto la sintaxis de la propia lengua como las categorías mentales del hombre de la oralidad experimentaron el impacto de un lenguaje objetivado en grafos visibles frente al *continuum* de la voz viva, almacenada hasta entonces en la memoria rítmica del canto y del recitado tradicionales. Fue el inicio de un amplio movimiento que habría de culminar, después de un largo proceso, con la imposición del sistema escritural griego en todo Occidente. La difusión, no obstante, del alfabeto no fue inmediata: no estaban dadas en los primeros siglos las condiciones que rigen en la actualidad para el acceso masivo a la adquisición de la lecto-escritura. De manera que si a esta situación le agregamos las previsibles resistencias que acompañan siempre la aparición de una novedad técnica en la colectividad humana, se desarrolla ante nosotros una tensión entre oralidad y escritura que podemos rastrear desde los

testimonios de la época arcaica hasta entrado ya el siglo IV a.C., momento en que la organización todavía de base oral de las instituciones atenienses ofrece al orador Alcídamente de Elea la oportunidad de criticar la praxis letrada en el ámbito de la retórica, la cual concluirá sin embargo, como en las restantes manifestaciones culturales, por imponerse definitivamente.

II. Se leerá en lo que sigue que la parataxis rebasa en mucho el nivel lingüístico en que es habitualmente estudiada, la parataxis, se sostendrá, es un hecho mental, y ambos son fenómenos ligados al estadio oral de la cultura: un ordenamiento de cláusulas independientes articuladas por la mera sucesión tiene como contracara una configuración conceptual de la realidad como un agregado de partes. Los poemas homéricos, primer testimonio literario de Occidente, darán oportunidad de relevar este estado de cosas. Pero este hecho mismo, el de su conocimiento a través de un texto escrito, abre a otra serie de consideraciones que hallarán su lugar en nuestro estudio, el de la medida de la incidencia de la escritura en la composición de la saga. Si la técnica alfabética hubiese estado presente en la etapa de la *elaboración* de la obra, la oralidad no hubiese sido realmente “fotografiada” como en efecto ha sucedido, y no podría el corpus homérico poseer el valor de auténtico documento que representa en tanto fijación gráfica del puro flujo narrativo oral. Pero sólo un sistema como el alfabeto, inventado por los propios griegos para registrar su propia lengua, logró alcanzar el grado de optimización necesario como para llevar a cabo tamaña empresa, inconcebible desde la perspectiva de los sistemas escriturales anteriores, cuyo punto más alto de evolución estaba constituido por el silabario consonántico de los fenicios. La memoria, no obstante, había de alguna manera allanado el camino por medio del tesoro formular, esas recurrencias portadoras de sentido que la recitación trae una y otra vez a lo

largo de los miles de versos de la epopeya, con el consabido espacio de juego que abre a la innovación dentro de la rigidez de una vasta tradición heredada.

Lo dicho anteriormente amerita largamente el interés teórico que despertará la memoria en lo que se leerá a continuación, desde el poeta Hesíodo que en su célebre prólogo nos presenta un contexto impostado míticamente bajo la soberanía de las Musas, hijas de la Memoria, hasta el orador de la Elea asiática, que si por un lado reivindica la memoria ágil y maleable ante el *kairós*, critica por otro el lastre de una fijación mnemotécnica de un discurso previamente elaborado por escrito, cuya rememoración siempre estará a la zaga de las circunstancias apremiantes de la vida política. Un lugar especial en el análisis de los textos ocupará la posición de Platón, célebre escritor en el cual encontramos no obstante pasajes adversos a la escritura, el camino de cuya elucidación pueda encontrarse en la reflexión en torno a dos hechos determinante: la índole filosófica que inclina siempre al pensador hacia el problema de la verdad, y la dificultad de *desligar* la escritura de la palabra *hablada*, consecuencia natural de la escasa autonomía de la escritura alfabética hasta ese momento. De hecho la modalidad de la lectura en voz alta era la práctica usual. Con estos atenuantes a la vista, es lógico suponer que la mayor parte de los textos nunca pueden retrotraernos a la situación de habla originaria –si de eso se tratara–, y no pueden tampoco responder a lo que se les pregunta –si el intérprete requiriera eso de lo escrito–: de allí que la auténtica utilidad de las letras quede reducida a la de mera *hypómnesis*, mero recordatorio de la lengua viva que la habría originado. El diálogo, forma privilegiada por Platón para manifestar sus ideas, parecería obrar en esta dirección al presentar un pensamiento encarnado en la figura de un personaje vivamente caracterizado, que en algunos casos no deja ningún intersticio para el espacio narrativo –aunque en otros sí–. De manera que en

este gran pensador la tensión entre oralidad y escritura da la impresión de desarrollarse en la interioridad misma del juego dramático, entre la mediación de la memoria del narrador y, de un modo no explícitamente declarado, la autonomía de la escritura, que instauro el contexto narrativo que posibilita al diálogo mismo.

Alcidamante de Elea se presenta en el recorrido del presente estudio como el último testimonio de la tensión entre oralidad y escritura, en esos comienzos del siglo IV a.C. en los cuales era inexorable el avance del registro gráfico en todos los ámbitos de la sociedad, incluso en la propia *téchne rhetoriké*. Precisamente contra la praxis letrada en la redacción de los discursos, en boga entre sus colegas, habrá de reaccionar este maestro de escuela de retórica mediante un polémico alegato cuya existencia misma es testimonio, por un lado, de la insuprimibilidad de la escritura, pero por otro su contenido nos invita, como en Platón, si bien desde otra perspectiva, a valernos de la escritura como mera *hypómnesis*, ayuda memoria, subordinada a la palabra viva del *kai-rós*, de las circunstancias concomitantes al tiempo del debate en el foro o la discusión en la asamblea.

**III.** De cómo es posible encontrar ocurrencias dentro de la propia lengua griega del tránsito del estadio paratáctico al hipotáctico trata el **primer capítulo** y de cómo este tránsito corre paralelo a una oralidad de más en más fijada por la aparición de la escritura. Es decir que la organización del discurso como exigencia de la fijación escrita implica a su vez una estructuración de las cláusulas que ya no quedarán libradas a la interpretación de un interlocutor presente, y serán sancionadas por signos gramaticales que circunscriban la articulación desde la interioridad del texto mismo. La lengua se va independizando de esta forma de las circunstancias pragmáticas de la enunciación, y elementos originariamente deícticos, extradiscursivos son puestos al servicio del

entramado textual con el valor de remisión: nace así la anáfora que será la clave de bóveda para dar cuenta de la aparición de la subordinación sintáctica. De allí que el estudio de esta originaria categoría adverbial, morfologizada ahora en concordancia con el antecedente al cual remite, sea la matriz de los diversos “pro-nombres relativos” en griego o en latín, con un radical u otro en cada lengua, pero respondiendo al mismo mecanismo sintáctico, y, ya fosilizados como “conjunción subordinante”, se verá extender el ámbito de la hipotaxis a todas las relaciones entre cláusulas de la lengua. La reflexión de Apolonio Díscolo, en el primer tratado de sintaxis conocido, será relevada en este estudio como un antecedente en este camino. Un sucinto panorama de las raíces deícticas del indoeuropeo permitirá rastrear el radical común del adverbio y de la anáfora.

Otros fenómenos concomitantes con este estado de cosas aparecerán en la investigación que se leerá: el tránsito de la construcción impersonal a la personal, y las extendidas recurrencias primitivas de la oración nominal. La aparición frecuente de la construcción personal para verbos de sentimiento, por ejemplo, en el siglo V a.C., o la reposición de un sujeto para aquellos de fenómenos atmosféricos –también originariamente sin sujeto semántico–, refleja una tendencia general de la lengua hacia una organización sintáctica que obedece a la necesidad de no dejar librado ningún predicado a la indeterminación de la ausencia de sujeto. La oración nominal, por otro lado, frecuente en las máximas de carácter general o de valor universal –con las características de un fácil registro mnemotécnico en el estadio de la oralidad–, es asimilada a la oración verbal y se crea así el verbo “cópu-la”, a partir de la desemantización operada sobre un verbo primitivo con la significación de ‘existir’. La tematización de un “yo” cada vez más delimitado en los sistemas éticos filosóficos –frente a la ausencia de una clara distinción entre los ámbitos psíquicos y



físicos en Homero— es la contrapartida conceptual de estos acomodamientos en el sistema de la lengua. Un tercer fenómeno concomitante con los dos anteriores es la aparición de los géneros gramaticales en su forma canónica como producto derivado, dado que primitivamente sólo existía la bipartición genérica entre animado e inanimado: también aquí el carácter ontológico del género, ligado al ser de los entes, cede su lugar a la lengua entendida como sistema, como corpus orgánico. El género deviene de más en más un útil gramatical para asegurar la correferencialidad entre el sustantivo y el adjetivo.

La cuestión de cómo llegaron a ser textos los poemas homéricos, la de la especificidad del sistema de escritura con el que se llevó a cabo el registro, y finalmente la de la cosmovisión que trasuntan los personajes de la saga, son los ejes que estructuran el **capítulo segundo**, de manera que la posición central del estudio queda reservada al análisis de este corpus poético que inaugura en Occidente la vía literaria, surgida no obstante de una composición creada con la técnica oral. Pero si es un logro de la reciente crítica focalizar la “cuestión homérica” en el establecimiento de las condiciones que posibilitaron el paso de un *continuum* discursivo a su fijación escrita, debe tenerse presente que desde la misma antigüedad la monumentalidad de *Iliada* y *Odisea*, con sus casi treinta mil versos, despertó el interés de los estudiosos frente a los desafíos que planteaba: la persona, época y lugar de origen de su autor, el valor documental de sus descripciones, los defectos y contradicciones que se pretendía encontrar en la composición y, sobre todo, la cuestión que venía a englobar a todas: la del carácter unitario o bien fragmentario —y azarosamente amalgamados en una redacción tardía— de cada uno de los poemas. El recorrido por esta polémica, que tendrá su lugar en este trabajo, daba lugar en sus representantes extremos a dos posiciones aparentemente irreconciliables: la de una oralidad a ultranza por un lado, que defendía la

teoría de un núcleo originario posteriormente expandido, o bien la de una compilación de diversos poemas independientes y, por otro, la de una posición que mantenía la unidad de los poemas, pero a condición de presentar un Homero letrado que se valió de la escritura para componer sus obras. La crítica analítica representada por los primeros estaba en lo cierto en cuanto a la técnica creativa del poeta: el uso formular y la incidencia de los motivos tradicionales en la narración son propios del arte verbal de una sociedad iletrada, pero este aspecto no fue dimensionado lo suficiente en el momento de dar cuenta de las ocurrentes incoherencias que su logicismo literario, propio de un estadio alfabetizado, les presentaba a la hora de juzgar los poemas: de allí la búsqueda de susstratos originarios para encontrar al auténtico poeta oral cuya belleza y profundidad humana, por otro lado, era difícil de soslayar. La escuela unitaria, como se conoce a los enrolados en la segunda posición, hace honor al intuitivo sentimiento de unidad que trasantan las sagas, a la consistencia psicológica de los personajes a lo largo de los cantos, a la familiaridad de ese emisor-guía que acompaña el desarrollo de la acción: pero también aquí la verdadera dimensión de la oralidad y del fondo tradicional heredado estuvo ausente, y el juicio de los unitarios, que partía de un criterio eminentemente estético, desembocó naturalmente en un Homero letrado que se valió de la escritura en el etapa de elaboración de los poemas. Desde la especial perspectiva en que se argumentará en este capítulo la teoría analista no puede dar cuenta de la diseminación que se habría producido en la recitación de tamaña cantidad de hexámetros de boca en boca, por innumerables rapsodas a través de muchas generaciones hasta el momento de la más temprana compilación, que es situada en la Atenas de Pisístrato. Tampoco se compartirá el punto de vista unitario en cuanto a la composición de los poemas: un poeta que llega a ser letrado, pierde definitivamente la capacidad de improvisación, según se demostró fehacien-

temente por los trabajos de campo efectuado en los Balcanes, por un expedición norteamericana en los años treinta del siglo pasado. Se trató de los resultados de un estudio llevado a cabo sobre una sociedad iletrada que mantenía viva en la memoria de sus poetas una tradición épica varias veces secular. El procedimiento analógico utilizado por los investigadores para echar luz sobre la creación homérica es aquel a favor del cual argumentaremos, como posición equidistante tanto de la crítica analítica como de la escuela unitaria. Se trata en definitiva de defender el modelo del “texto dictado” como explicación del registro escrito de los poemas: Homero es un aedo iletrado que *dicta* sus versos a un escriba que se vale de la reciente invención del alfabeto para fijar los hexámetros de la obra. La situación misma en que esta *performance* especial se desarrolla impone condiciones hasta entonces desconocidas para el cantor: no se vale ya del acompañamiento musical como apoyatura rítmica y no sufre la presión de la audiencia. El tiempo del que dispone mientras la mano del anotador registra sus versos puede utilizarlo para elegir los mejores momentos de la tradición como para ampliar y extraer la mayor belleza de las partes privilegiadas. Así se fija el *Ur-Text*, posibilitado por la innovación de la escritura alfabética.

El sistema de escritura de los griegos estuvo lejos de cifrar su revolucionario aporte en la mera provisión de signos para las vocales, como se sostiene habitualmente –y completar así los sistemas anteriores que consignaban sólo las consonantes–: en primer lugar es un dato erróneo considerar que los sonidos vocálicos no tuvieran representación gráfica en los sistemas anteriores, dado que el Lineal B, por ejemplo, usado incluso para anotar el griego, tenía signos tanto para las vocales aisladas como para las sílabas abiertas; y en segundo lugar lo que debe tenerse en cuenta es que con el alfabeto se dio el auténtico paso innovador que consistió en la marca gráfica de la *consonante aislada*, sin la suposición de que hay

una vocal que debe ser conjeturada para la palabra en cuestión, o bien sin la necesidad de recurrir a una variada gama de signos silábicos para dar cuenta de una combinación precisa. En el primer caso el lector se encuentra ante la ambigüedad de seleccionar entre dos o más posibilidades, dado que no hay una contrapartida fonética unívoca para cada marca gráfica, y en el segundo sistema, si bien se restringe la ambigüedad, se sobrecarga la memoria con una larga lista de signos antes de que comience el ejercicio de lectura propiamente dicha. Si economía y ausencia de ambigüedad son dos aportes fundamentales del alfabeto griego frente a los sistemas anteriores, debe agregarse a éstos la exhaustividad, por medio de la cual con una tabla de poco más de veinte signos hallaron representación gráfica todos los sonidos distintivos de la lengua, identificados actualmente con el nombre de fonema. La perduración de este sistema escritural parece confirmar la eficacia de la invención. Pero no sólo halla su lugar natural en el presente estudio el alfabeto por su intrínseca relación con un contexto previo de oralidad, sino que las circunstancias del tiempo y el origen de la invención están ligadas al *registro de la memoria épica*, de manera que queda abierta la posibilidad de que en la *finalidad* que guió los pasos de su creación pueda haber incidido la necesidad de fijar por escrito los poemas homéricos, a imitación de los pueblos vecinos cuya tradición ya estaba registrada desde mucho tiempo atrás. A favor de la coexistencia temporal de ambos hechos se argumentará en el trabajo.

La parataxis en la lengua y la composición aditiva en el estilo se resuelven en la percepción variada y secuencial del personaje de la saga, tanto en relación con el mundo exterior como en la representación de su vida anímica. El cotejo con el estilo geométrico de los vasos de la época mostrará la profunda afinidad que liga la cosmovisión común en el marco de la oralidad, y así las formas esquemáticas que delinean el dibujo del cuerpo humano como una organización paratáctica de partes hallarán su correspondencia con la ausencia de

un término específico para el concepto “cuerpo” en los poemas de Homero, dado que *sôma* denota en ese estadio a ‘cadáver’, y hay sustantivos para ‘miembros’ o ‘piel’, pero no para la realidad corporal como una totalidad. Otro tanto ocurre en la esfera de los sentidos y de la vida anímica: en la etapa no alfabetizada que describe la épica la riqueza descriptiva de la percepción puntual impide su abstracción bajo una clase que las englobe. Hay más de un término para las modalidades del “ver”, según la intensidad o la intención de la mirada, pero el hecho mismo de la función como tal, de la actividad misma, no está representado con un vocablo específico; este estado de cosas es semejante en la vida psíquica, ya que muchas veces las facultades que hoy se nos presentan como propiamente espirituales no son discriminadas de las fisiológicas, y en donde es notoria la ausencia de una clara reconducción de las diversas actividades anímicas hacia una noción unitaria de “yo”. De manera que de este panorama parece surgir una interpelación a nuestros usuales hábitos mentales: o se trata de un estadio superado de la cultura que la etapa letrada con la posibilidad del desarrollo de las *téchmai* ha venido a suplir, o en realidad la cosmovisión homérica es tan auténtica como la surgida en la modernidad, y se trata de una posibilidad de lo humano antes bien que de un estrato evolutivo en tránsito hacia un meta predeterminada desde fuera de la historia. La identificación que aún hoy se experimenta con algunas de las posturas existenciales del hombre homérico parece ser índice de una profunda afinidad que el tiempo no ha relegado al olvido.

Con la aparición de la escritura el ser del lenguaje se objetiva: sentido y sonido son evocados ahora por marcas visibles que están fuera del sujeto. La tensión entre oralidad y escritura toma la forma del enfrentamiento entre lo interior y lo exterior. Y como el lugar de la interioridad del lenguaje es la memoria, será recurrente la tematización de esta facultad psíquica a lo largo del **capítulo tercero** que cierra el trabajo. Con la “Invocación a las Mu-

sas” del poeta Hesíodo será hipostasiada como Mnemósine, madre de todas las artes, evocando el contexto ágrafo en que el saber, montado en el entramado de una saga narrativa, era confiado a la rememoración de los poetas y transmitido de generación en generación. El conocido como “mito sobre el origen de la escritura” imposta en un pasado legendario el impacto que realmente debió experimentar el hombre de la palabra viva ante la irrupción de estos signos externos cuya utilidad, en todo caso, será siempre problemática. En una exégesis hermenéutica que el personaje Sócrates hace del mito que él mismo acaba de exponer agrega que sólo es apariencia el saber que ingresa en nosotros de tal forma. De otros pasajes que serán analizados se desprenden concepciones semejantes, hasta llegar al opúsculo de Alcidamente de Elea, con más de un punto de contacto con el mito de Platón.

Todos estos testimonios parecen estar en deuda con la *phoné*, con la voz viva, como intrínseca esencia del lenguaje, al punto que la lectura se hacía por lo general en voz alta como una parte sustancial del mensaje, mas allá de que motivos de orden pragmático inclinaran a esta modalidad, como ser la *lectio continua* y un registro esencialmente fonético surgido de un alfabeto no definitivamente estabilizado –y, en general, la escasa difusión de copias–. Pero la sospecha ante los signos mudos de la escritura puede obedecer a razones más profundas: el aedo y el rapsoda –obviada la diferencia entre estas dos figuras de la oralidad que se establecerá en el trabajo– también “leían” a su manera, pero a través del canto y del recitado que reproducían los versos formularios *inscriptos* en la *memoria* –que no obstante estaban preparando el camino para la futura objetivación gráfica–. La idealidad del lenguaje, sonido y sentido *interiores*, cuyo ser *también* manifiesta la escritura, se confundía con la contingencia de las *ejecuciones* particulares que lo exteriorizaban. Se encontrará el *fortleben* de este estado de cosas en los textos que serán analizados.

#### IV. CUESTIONES DE MÉTODO

1. El trabajo sobre las fuentes griegas, expresamente relevado algunas veces, está siempre implícito en el análisis de los textos;
2. De la doble formación del suscripto –en el ámbito de las Letras y en el de la Filosofía– resulta una perspectiva bifocal de los fenómenos estudiados, que apunta a enriquecer la reflexión literaria con el nivel conceptual que engloba a los mismos;
3. Tres décadas de docencia universitaria han incidido en la presentación de una estructura didáctica de esta Tesis, de manera que la investigación se ha desplegado en una serie de capítulos cuya organización interna es paralela, a los efectos de que la homogeneidad de la propia arquitectura represente para el lector un primer acceso de conjunto a los temas tratados, y facilite de esta forma la ubicación de la cuestión particular que el interés académico requiriere; a estos efectos,
4. Cada capítulo presenta un título general que da cuenta tanto del aspecto que engloba como de aquellos de que se recorta dentro del proyecto general de la Tesis; a su vez el desarrollo analítico se hace por una Introducción y tres subcapítulos, que se despliegan finalmente en ítems específicos, acompañados de encabezamiento y dígitos aclaratorios: incluso cuando la variedad de los aspectos tratados lo requiriera, que es el caso del capítulo segundo, cada subcapítulo va acompañado de una Presentación sumaria y una Conclusión, cuya presencia en la Introducción habría recargado en demasía la lectura. Agreguemos por último que también la usual remisión al sistema de notas se halla agilizada por una numeración propia en cada capítulo (de manera que los datos que se ofrecen para una lectura transversal de algunos ítems no encuentre el obstáculo de cifras de tres dígitos).

# CAPÍTULO 1

---

*HABLA Y PARATAXIS  
LA ESTRUCTURA LINGÜÍSTICA*





## 1.1. INTRODUCCIÓN

Tanto las letras como la filosofía occidentales comienzan con la literalización de la antigua Grecia. Con las epopeyas homéricas, que constituyen los últimos testimonios de lo que hasta entonces había sido una cultura exclusivamente oral, se inicia la transición lenta pero inexorable –e históricamente única<sup>1</sup> hacia una cultura escrita. La prosa literaria recogió lo que la tradición de las epopeyas orales había transmitido narrativamente en verso, y por medio de la forma escrita se produjo un cambio lingüístico que afectó profundamente las estructuras sintácticas y semánticas. Del tránsito de un orden paratáctico a una sintaxis de más en más regida por la hipotaxis se ocupa este capítulo, mientras que en el segundo estos cambios son tratados en cuanto afectan el propio orden mental, es decir, la cosmovisión del hablante. De manera que podrá colegirse de este estudio la conexión del estadio oral con una lengua y representaciones no totalizadoras, frente a un

<sup>1</sup> A largo de este trabajo argumentaremos a favor del caso griego “que justifica la necesidad de una teoría especial de la oralidad griega” (Havelock, 1996: 121). Adelantemos por el momento la importancia de un sistema de escritura como el alfabeto que transforma la lectura en un proceso ligero y fácil (y de circulación masiva), frente al dificultoso y lento desciframiento de los textos escritos por parte de las culturas anteriores (técnica restringida sólo a una asociación o gremio). En el capítulo segundo del presente trabajo (2.3) se abordará la especificidad del alfabeto griego.

estilo sistematizado y visión integrada de la realidad propios del estadio alfabetizado, según ilustra paradigmáticamente el caso griego. Se trata de describir entonces en este capítulo la génesis en la lengua griega de elementos no afectados primitivamente a la función subordinante y que son con posterioridad resignificados como formas de enlace, de manera que en el estadio hipotáctico la relación entre las cláusulas es sancionada por signos gramaticales en el nivel de la lengua, sistematizando de esta manera las categorías de enlace que en el momento paratáctico quedaban libradas a la interpretación del oyente en el plano conceptual.

Normalmente serán los pronombres o adverbios anafóricos los que se desarrollarán como lazos de unión entre las cláusulas, consecuentes con el carácter que ya tenían en la lengua,<sup>2</sup> de manera que en este tipo de señalización intradiscursiva está el origen de la oración compuesta, tanto por coordinación como por subordinación. De todas formas debe quedar en claro que, si bien la oración simple es la condición tanto lógica como cronológica para el surgimiento de la oración compuesta, no se sigue de ello que constituya una manifestación originaria de la lengua: para el indoeuropeo se impone la evidencia de un estadio de la palabra como unidad autónoma, preflexiva, de puras raíces,<sup>3</sup> en el cual la ausencia de desinencias nominales y verbales dejaba en la indeterminación las relaciones sintácticas y las categorías de género y

<sup>2</sup> El sistema pronominal de los anafóricos, el de los demostrativos por un lado y el de los indefinidos por otro –este último el posterior “relativo” de la tradición gramatical–, serán los artifices de la subordinación en indoeuropeo: de hecho, todo el presente capítulo puede ser entendido como una argumentación a favor de esta génesis en la lengua griega. Deben mencionarse también otros elementos de unión importantes para el fenómeno hipotáctico, como la negación prohibitiva y el uso del infinitivo y del participio.

<sup>3</sup> Divididas en dos grandes grupos, nominal-verbales y adverbial-pronominales (origen de los posteriores nombres y verbos, por un lado, y elementos mostrativos, por otro). Véase 1.3.1 y 1.3.2.

número, que debían ser suplidas por otros recursos para la inteligibilidad de la frase (lugar de la palabra en la cadena, elementos léxico-categoriales, sílabas marcadas con el acento).

El mecanismo de la anáfora, condición de la integración de cláusulas originariamente independientes, es estudiado a lo largo del ítem 1.2 de este capítulo. El punto de partida es la obra de Karl Bühler, cuya postulación en torno a los dos campos en que se reparten los signos de la lengua, el campo simbólico y el campo mostrativo del lenguaje, conserva aún hoy su plena vigencia. Precisamente la anáfora halla su lugar natural en ese segundo agrupamiento postulado por Bühler, donde destaca su especificidad del fondo común de la deixis, de donde originariamente surgió. Dado que la reflexión pionera sobre el fenómeno anafórico proviene de los antiguos griegos, también se aborda el estudio de la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo, cuyas agudas observaciones lo llevan a postular el concepto de indefinición encerrado en algunas ocurrencias del “artículo hipotáctico” –pronombre relativo–, que por nosotros será relevado como un importantísimo índice de la función originaria del signo que nos ocupa, cuya articulación con los datos que el estudio de las raíces deícticas indoeuropeas habrá de proveernos en el punto siguiente (1.3), confluyen en un panorama altamente verosímil del estado de cosas lingüístico que coadyuvó a la génesis del paso paratáctico al hipotáctico de la lengua. Por otro lado, el panorama de los hechos en latín es también bastante significativo: allí el tema común para indefinido y relativo (\**k<sup>w</sup>o/e-*) testimonia tanto un rasgo semántico peculiar para ambas signos (la indefinición), como la precedencia de la forma independiente con relación a su posterior afectación subordinante. También en griego la interpretación de ciertos usos del pronombre relativo solo hallan su plena inteligibilidad desde la perspectiva diacrónica, que saca a luz un uso no subordinante de esta forma lingüística.

El capítulo se cierra con el estudio de tres fenómenos que, en última instancia, responden a la tendencia analógica y sistemática de la lengua, en el marco de la definitiva instauración de la hipotaxis. Así, con la generalización de la construcción personal frente a la impersonal (1.4.1) se impone la analogía con el resto del sistema verbal, en el sentido de hacer concordar cada forma conjugada con su correspondiente sujeto sintáctico, sea en los verbos de fenómenos atmosféricos, sea en los que expresaban sentimientos o afectos, originariamente sin sujeto agente. La oración nominal (1.4.2) por otra parte, en sus escasos testimonios de usos auténticos todavía vigentes en las lenguas históricas, nos permite inferir un estado de cosas mucho más extendido en la etapa primitiva: la ausencia de determinaciones deícticas aportadas por la deixis verbal hacía aparecer la predicación como suspendida del devenir de la lengua, ausente de las contingencias de la enunciación, acorde con la información de validez universal (máximas, aforismos) que transmitía. También aquí la analogía, con la asimilación de “ser” a usos “copulativos”, enroló este tipo nominal en la ampliamente mayoritaria oración verbal. El estudio de la conocida tripartición genérica de los nombres (1.4.3), por último, nos permitirá inferir un estadio previo de solo dos géneros, animado e inanimado, ligados a las características ontológicas que eran objeto de su referencia. La posterior escisión del género animado en masculino y femenino, y la del inanimado polarizado como neutro, relegó a la categoría de género a mero útil gramatical, que asegura la concordancia entre adjetivo y sustantivo en caso de ambigüedad. Otra vez se develará la gramaticalidad de la lengua en su prescindencia cada vez más afianzada de la realidad extralingüística, y en su marcha hacia la plena autonomía y sistematicidad.

## 1.2. EL CAMPO SIMBÓLICO Y EL CAMPO MOSTRATIVO DEL LENGUAJE. LUGAR DE LA ANÁFORA

### 1.2.1. Los dos campos del lenguaje

La definición primaria del lenguaje es la de un sistema de signos que los miembros de una comunidad intercambian entre sí en vista de un entendimiento mutuo, de manera que el hecho comunicativo no puede ser desligado de la realidad externa en la que acontece y a la cual hace referencia. Ahora bien, para designar la función que relaciona los mensajes emitidos con las coordenadas pragmáticas en las que éstos se producen es usual utilizar el término griego “deixis” (transcripción de δειξις, deverbativo de δείκνυμι ‘mostrar’) ‘mostración’, ámbito en el cual, por decirlo así, lenguaje y realidad confluyen.<sup>4</sup> La importancia de los signos deícticos radica en su rol de orientadores del discurso en cada una de las situaciones comunicativas posibles, dado que son elementos que coordinan tanto a las personas que intervienen en el circuito de habla codificando el mensaje como a las referencias espacio-temporales en que el encuentro acontece. En suma, el emisor (o hablante) y el receptor (u oyente) por un lado, el lugar y el momento del acto de comunicación por otro.

Ahora bien, esta idea de que existen ciertos signos lingüísticos que aportan información contextual procedente de los tres planos mencionados debe su desarrollo sistemático a Karl Bühler, quien en su obra *Teoría del lenguaje* elaboró una noción de la deixis –que reconoce haber tomado de los antiguos gramáticos griegos– que en lo esencial continúa vigente en la actualidad. Es decir que si la tradición griega había ya distinguido entre palabras de significación conceptual directa o nombres, y palabras

<sup>4</sup> Entre la serie de artículos de *Problemas* de Benveniste –obra de gran influencia en estudios posteriores– es probable que “El lenguaje y la experiencia humana” (201999 II:70-81) sea el que con mayor énfasis desarrolla esta idea.

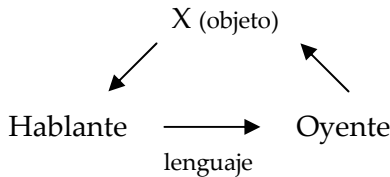
destinadas a funcionar solo como recursos mostrativos (deícticos), Bühler retomará la clasificación y las caracterizará respectivamente como *Nennwörter* y *Zeigwörter*, que habrán de agruparse respectivamente en el campo “simbólico” y el campo “mostrativo” del lenguaje.<sup>5</sup> El primero será el dominio de las palabras de referencia constante, del puro nombrar, significantes cuyos significados tienen un estatuto establecido en la lengua, y que no están sujetos a la contingencia de un acto de habla particular; las palabras del campo mostrativo, en cambio, poseen referencia variable y su centro es relativo a cada hablante, de manera que el enfoque se va desplazando alternativamente según la apropiación que del lenguaje hace cada uno de los participantes del acto de habla. Se trata, en suma, de dos tipos de signos: ‘árbol’, por ejemplo, es un concepto cuya extensión comprende a todos los individuos “árbol”, y en cuya intensión no cuentan como rasgos definitorios las circunstancias pragmáticas de la enunciación, dado que su realidad es “de lengua”, es decir previa al usuario y a las concomitantes coordinadas situacionales; ‘yo’, en cambio, existe en tanto y en cuanto un individuo diga, precisamente “yo” –de lo contrario es sólo una forma vacía de un paradigma gramatical– y que, por ello mismo, escapa al estatuto de los signos conceptuales del lenguaje a la manera de ‘árbol’.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> La *Sprachtheorie*, es de 1934, y la primera edición de la traducción castellana – que seguimos– es de 1950. El campo mostrativo se estudia extensamente en el capítulo II (94-170) de esa obra, y el campo simbólico en el capítulo III (171-289).

<sup>6</sup> Es decir, no hay algo así como una serie de individuos “yo” englobados por ‘yo’. Es el enfoque que encontramos en Benveniste, “De la subjetividad en el lenguaje” (201999 I:179-187) y que también supone Lyons en el capítulo dedicado a “Deixis, espacio y tiempo” (1980:573-657), lo cual demuestra la vigencia de la presente clasificación. De hecho su influencia se ha extendido a todas las ramas de la lingüística y, por ejemplo, Coseriu (1991a:34-35) en el ámbito de la semántica estructural ha hecho en base a la noción de deixis un

Es importante detenerse en la génesis de esta teoría de los campos en Bühler, dada la importancia que ha tenido posteriormente en el desarrollo de la lingüística. En realidad es una necesaria consecuencia del modelo del “órganon” del lenguaje –en su primera y segunda versiones– postulado como momento original del acto enunciativo, y que, ampliado por Jakobson, será la base de su conocido “circuito de la comunicación”.<sup>7</sup>

A partir de una observación del *Crátilo* de Platón en la cual se asienta que la comunicación consiste en el hecho de ‘decir algo a alguien’,<sup>8</sup> Bühler reflexiona sobre ese ‘algo’ para pensarlo como el objeto extralingüístico hacia el cual se refiere la lengua, y que puede funcionar como la fuente de estímulos que impresiona de alguna manera al hablante, quien por medio de un mensaje comunica esta impresión al oyente, cuya respuesta puede dirigirse también hacia el objeto no lingüístico en cuestión que le ha sido enunciado,



interesante cotejo de la oposición léxica que existe en castellano entre los verbos ‘ir’/‘venir’ y ‘llevar’/‘traer’, cuyos espacios deícticos son considerados desde el punto de vista de la primera persona frente a la segunda y tercera. Esta oposición no coincide con la que se da, por ejemplo, en francés entre ‘aller’/‘venir’ y ‘porter’/‘apporter’ (aquí son las primera y segunda personas las que se enfrentan con la tercera).

<sup>7</sup> Jakobson (1985).

<sup>8</sup> “El lenguaje es un *organum* para comunicar uno a otro algo sobre las cosas” (1950:36).



o bien responder por medio del lenguaje, invirtiendo así el recorrido del circuito. De manera que el modelo de la comunicación se dinamiza, y no se trata ya de una relación abstracta entre lenguaje y objeto representado, sino que los actores del acto comunicativo son relevados como elementos fundamentales, según se desprende claramente de las propias palabras del autor: “No es verdad que todo aquello *para lo cual* el fonema es un fenómeno medio, un mediador entre el hablante y el oyente, quede comprendido en el concepto ‘las cosas’ o en la pareja de conceptos, más adecuada, ‘objetos y relaciones’. Sino que es verdad esto otro: que en la estructura de la situación verbal, tanto el emisor como autor del hecho de hablar, el emisor como *sujeto* de la acción verbal, como el receptor en cuanto interpelado, el receptor en cuanto *dirección* de la acción verbal, ocupan posiciones propias. No son simplemente una parte de aquello *acerca de lo cual* se produce la comunicación, sino que son las partes de ese intercambio, y por eso es posible en último término que el producto intermedio del fonema descubra una peculiar relación de signo respecto a uno y otro” (1950:43).

Queda así constituido un esquema tripartito que dará cuenta de la triple funcionalidad del lenguaje, según prime la relación con el hablante, o con el oyente, o con los objetos, es decir las respectivas funciones que Bühler caracterizará como “expresiva”, “apelativa” y “representativa”. Y con esto nos encontramos en el ámbito mismo de la *teoría de los campos*, dado que las funciones expresiva y apelativa, con su carácter de síntoma de subjetividad y de señal respectivamente, no pueden desarrollarse sino a condición de que el emisor y receptor se localicen mutuamente en el espacio; mientras que para la función representativa solo el aspecto conceptual del objeto interesa. Queda así establecido para las funciones asociadas al hablante y al oyente el uso de signos deícticos propios del campo *mostrativo* del lenguaje, mientras que

el campo *simbólico* de la lengua será propio de la referencia conceptual que corresponde a la función representativa.

Así como el modelo del “órganon” llevó a las funciones del lenguaje, y de éstas a la teoría de los campos, será necesario ahora concentrar la atención en una de estas divisiones, la del campo mostrativo, dado que es el lugar natural de la deixis, tipo de señalización que está a la base de la posterior derivación anafórica, a cuyo cargo correrá la articulación de la lengua desde la parataxis hasta la hipotaxis. Si continuamos con Bühler, podemos afirmar que el espacio deíctico se compone de términos que pueden señalar su objeto por medio de tres formas distintas, por *demonstratio ad oculos et ad aures*, por *deixis am Phantasma* y por mostración sintáctica o anáfora.

La primera deixis, generalmente abreviada en la formulación *demonstratio ad oculos*, es la señalización propia de la situación del enunciado, es decir, dentro del campo perceptivo del hablante y del oyente. Los pronombres personales son los signos de la apropiación de los roles pertinentes: el del emisor se manifiesta con el uso de la primera persona (“yo”), el del receptor con la segunda (“tú”). Con otros pronombres y adverbios se efectúan señalamientos al contexto espacio-temporal creado por la situación de habla y la participación de su emisor: “éste”, “aquí”, “ahora”, “mío / tuyo”, etc. El sistema personal se completa con la remisión a situaciones objetivas que quedan fuera del campo de las personas de diálogo: es el dominio de la tercera persona, la que no es ni el emisor ni el receptor (“él”).<sup>9</sup>

<sup>9</sup> El estatus problemático de la tercera persona fue entrevisto ya en los orígenes de la reflexión gramatical. Leemos así en Apolonio Díscolo “el nominativo-sujeto está implícito en los propios verbos, de una manera definida en la primera y segunda personas, e indefinida en la tercera por ser ésta infinita en sus referencias” (*Sintaxis* I.17), y más adelante “[los pronombres de tercera persona] se realizan como anafóricos según que las personas sean conocidas de an-

La deixis en la fantasía (*deixis am Phantasma*) es la expresión que usa Bühler (“curieux mélange de termes empruntés au latin, au grec et à l’allemand”)<sup>10</sup> para el señalamiento a objetos no presentes en la situación del discurso, es un tipo de mostración que apunta a entidades pertenecientes a un espacio abstracto imaginativo, cuyos puntos de referencia son establecidos arbitrariamente por el emisor, independientes de la situación comunicativa real: “después de X gobernó Y, y antes lo había hecho Z”.<sup>11</sup> Pero de todas formas, desde el punto de vista lógico, participa junto con la *deixis ad oculos* de un mismo tipo de mostración objetiva –en un contexto real o imaginario–, modelado sobre la base de aquella. Y esto aparece con claridad cuando ambas formas de mostración son opuestas al tercer modo de indicación o anáfora, hito fundamental para el recorrido de este trabajo.

### 1.2.2. La anáfora

La sintaxis contemporánea ha dedicado especial atención al ámbito de la anáfora, lo cual hace decir a B. Fox:

temano, y como deícticos si la persona está a la vista” (II.16). En la actualidad el artículo de Benveniste “Estructura de las relaciones de persona en el verbo” (201999 I:161-171) reconoce que el sistema del pronombre personal incluye sólo a la primera y segunda personas, excluyendo a la tercera como “no-persona”. Véase también Castello (2005). No debe olvidarse, por otra parte, que la tercera persona es la forma verbal de la enunciación histórica, aquella en que los acontecimientos parecen relatarse a sí mismos, con exclusión de cualquier forma lingüística autobiográfica. Al estatuto de la “tercera persona” se alude más de una vez en este capítulo (véase las notas 91 y 111).

<sup>10</sup> O’Kelly (2001).

<sup>11</sup> Martín López (1994:13), Kovacci (1992 II:173-175) –esta última autora opta por la traducción ‘deixis de la fantasía’ para la señalización *am Phantasma*, privilegiando de esta forma una relación nominal (genitivo objetivo) antes que una locativa (‘en la fantasía’).

The 1980's saw an explosion of research on the topic of anaphora, and studies of anaphora have since become important to our understanding of certain kind of cognitive process, to our understanding of the relationships between social interaction and grammar, and to our understanding of directionality in diachronic change.<sup>12</sup>

Su relevancia está reafirmada por el hecho de que afecta una amplia gama de fenómenos, como se desprende del muestreo de algunos usos anafóricos:<sup>13</sup>

1. Juan dijo que él estaba cansado.
2. Juan murmuró para sí.
3. Juan tiene problemas y se busca otros.
4. Si Juan se burla, voy a golpear a ese tonto.
5. Juan dice que hay una playa tranquila, pero no sé si existe tal cosa.
6. Juan prometió venir mañana, pero no sé si lo hará.
7. Juan tiene un auto chico y María uno grande.
8. A Juan le gusta la pizza, pero a María no.
9. Juan es mayor que Pedro y María es menor.
10. El auto de Juan es más grande que el de María.

En esta lista, que podría ampliarse considerablemente, se verifica la amplia gama de formas y sintagmas afectados por el funcionamiento anafórico (pronombres personales, en 1, reflexivos en 2, determinantes en 3, sintagmas nominales en 4, correlativos en 5, pronombre en referencia a una cláusula en 6, uno con valor pronominal en 7). Merece especial atención el hecho de que la

<sup>12</sup> Fox (1996:viii).

<sup>13</sup> Esta lista, a todas luces incompleta, toma algunos ejemplos adaptados a partir de la propuesta de J. McCawley (1988:335).

anáfora esté presente en casos de elipsis como los de 8 a 10, de manera que la elipsis pueda definirse como una anáfora sin contenido fonético. Así, en 8 la elipsis de polaridad negativa supone la elisión de un sintagma nominal; en 9 la elipsis en comparación entraña el borrado del segundo término de la comparación mencionado en la primera cláusula, y en 10 asistimos a una nueva elipsis de un sintagma nominal. Este último tipo de casos es el más estudiado en los últimos años por sus implicancias en los intentos de formalizar el lenguaje natural.<sup>14</sup> Por otra parte, la solidaridad entre anáfora y elipsis hará que ambas emerjan naturalmente juntas en la explicación de estos fenómenos, como se verá en los tratamientos que siguen.

De manera que podemos caracterizar básicamente la anáfora como el funcionamiento de ciertas formas morfo-sintácticas disponibles para los hablantes a los efectos de formular una referencia intralingüística. Ya Bühler trataba esta manera el fenómeno:

Considerado psicológicamente, todo uso anafórico [...] presupone una cosa, que emisor y receptor *tienen presente la fluencia del discurso como un todo*, cuyas partes se pueden retener y anticipar. Emisor y receptor tienen, pues, que tener presente ese todo, de suerte que sea posible un recorrido, comparable al recorrido de la mirada por un objeto presente ópticamente.<sup>15</sup>

La mostración sintáctica o anáfora entonces, a diferencia de la señalización deíctica que tiene lugar en forma directa y suele ser acompañada de marcas suprasegmentales, está regulada por criterios estrictamente lingüísticos: apunta a un segmento del texto,

<sup>14</sup> Así, por ejemplo, Manuel Leonetti, en el marco de la *Gramática descriptiva de la lengua española* (2000: I 787 ss).

<sup>15</sup> Bühler (1950:141).

del cual el pronombre en cuestión es correferente, es decir que tiene el mismo referente que aquél.

Esta capacidad de las formas anafóricas de retomar antecedentes o proyectar zonas de indefinición está a la base de la construcción del tejido lingüístico cuya complejidad crece proporcionalmente al desarrollo de estos elementos anafóricos. Al rastreo de esta complejidad nos dedicaremos en los puntos que siguen, partiendo de los rasgos del estadio homérico, para proyectar a partir de allí las explicaciones que la gramática griega antigua y la contemporánea dan al fenómeno de la anáfora, y más especialmente *al pronombre relativo*, como prototipo de las formas anafóricas. Este recorrido nos permitirá, además, proponer una explicación acerca de la elección del tema de relativo preferido por el griego.

### 1.2.2.1. La anáfora en el contexto homérico

Para ir adentrándonos en la ejemplificación del fenómeno en griego, y en especial en los testimonios homéricos –que conservan en sus fórmulas más antiguas elementos arcaicos de un estadio de lengua primitivo<sup>16</sup>, reparemos en *Il.* 1, 29, donde tenemos

τῆν δ' ἐγὼ οὐ λύσω.

y a ella yo no la liberaré.

que ofrece en su brevedad algunos interesantes indicios de los hechos de lengua que nos ocupan.

En primer lugar hay un pronombre demostrativo anafórico (τῆν) que se opone al deíctico de primera persona (ἐγὼ), de claro sentido enfático aquí, dado que es una necesidad psicológica an-

<sup>16</sup> El estudio de la dicción formular se reserva para el capítulo segundo (2.2.4.1).

tes bien que sintáctica su presencia, marcada claramente por la desinencia personal del verbo (λύσω). De manera que para realzar fehacientemente la oposición entre este femenino singular –antropológico– y el respectivo –masculino– del hablante hemos duplicado en la traducción el anafórico en cuestión, de acuerdo con la modalidad de nuestra lengua (*'a ella ... la'*). Se trata, como se sabe, de las palabras de Agamenón ante el anciano Crises que viene a reclamar la liberación de su hija: la deixis del hablante, sea en la forma desinencial del verbo o bien en el signo pronominal, muestra la “imposibilidad de no ser deíctico, de no ‘estar en’ el contexto del propio discurso”.<sup>17</sup> Precisamente esa presencia es la que hiperbólicamente se quiere afianzar por medio del *egó*, hipercaracterizando de esta forma al portador del discurso en su doble papel de jefe del ejército y ostentador de una voluntad inflexible. En cambio, por medio de la anáfora *tén* es la presencia objetiva, la posibilidad misma de señalamiento la que es negada: la muchacha no es en este momento una realidad perceptivo compartida por el caudillo y el anciano, no le está permitido tener otro estatus que el lingüístico, es decir apuntar al segmento de texto antes aludido por las palabras de Crises, cuando éste rogaba (v.20), “más liberadme a *mi querida hija*” (*paîda phílen*), introduciendo de esta forma la entidad en el texto.

Pero hay un segundo dato de suma importancia que esta oración del comienzo de la *Ilíada* puede aportarnos en nuestro estudio del fenómeno anafórico como paso previo de la subordinación en indoeuropeo: se trata, precisamente, de la función anafórica en este estadio homérico de τήν (masculino ó), que en griego clásico veremos ya recategorizado como “artículo” y cuya carga señalativa, por ende, ha quedado reducida en alto grado. Es cierto, por otro

<sup>17</sup> Bakker (1999:1): “When speaking, it is impossible not to be deictic, not to ‘be in’ the context of one’s discourse”.

lado, que también el uso de  $\acute{o}$  acompañando al sustantivo es muy frecuente también en las epopeyas homéricas, pero es innegable que la carga demostrativa está ostensiblemente presente, y es a veces posible llegar a traducirlo por un adjetivo demostrativo en nuestra lengua, como por ejemplo en  $\tau\acute{\omega}\nu$  ποταμῶν δοῦπον ἔκλυε ποιμήν (*Il.* 4,455), ‘el pastor escuchaba el estruendo de esos ríos’, o bien, para ejemplificar con un contexto próximo al citado en primer lugar, en el caso de τὸν Χρύσην (en el verso οὐνεκα τὸν Χρύσην ἠτίμασεν ἀρητήρα de *Ilíada* 1,11) se puede conjeturar con toda certeza que la fuente de enunciación, “Homero”, se dirige a un auditorio para el cual el anciano sacerdote es ya conocido.<sup>18</sup> Esta carga anafórica fue la que motivó la asociación de anáfora y artículo en el tratamiento de la nascente disciplina gramatical griega, como tendremos oportunidad de estudiar en el testimonio de Apolonio Díscolo.

En tercer lugar, si en la línea del  $\acute{o}$  anafórico abierta por la ocurrencia de *Il.* 1,29 damos un paso más, podemos traer a cuento otro pasaje del mismo contexto (*Il.* 1,8-10)

Τίς τάρ σφωε θεῶν ἔριδι ξυνέηκε μάχεσθαι;  
Λητοῦς καὶ Διὸς υἱός· ὃ γὰρ βασιλῆϊ χολωθεὶς  
νοῦσον ἀνὰ στρατὸν ὄρσε κακὴν, ὀλέκοντο δὲ λαοὶ (...)

En la traducción de Crespo Güemes (1991) este pasaje se vierte del siguiente modo:

¿Quién de los dioses lanzó a ambos a entablar disputa? / El hijo de Leto y de Zeus. Pues irritado contra el rey, / una maligna peste suscitó en el ejército, y perecían las huestes’ (...).

<sup>18</sup> Al respecto en la traducción de López Eire (1995) leemos en nota a este verso: “Tal como aparece esta expresión en el original, hay que entender que los oyentes conocen suficientemente ‘al Crises, sacerdote’, del que anteriormente habían oído hablar”.



La dificultad, al parecer, de la traducción de *ó* en esta ocurrencia ha desalentado al traductor quien, al no transcribirlo y colocar en su lugar una puntuación fuerte después de 'Zeus', dejó sin sanción gramatical la relación del participio ('irritado') con su referente en la oración anterior. En el otro extremo, López Eire (1995, *ad loc.*) procede a aglutinar las cláusulas al punto de prescindir de la puntuación del editor, y traducir 'El hijo fue de Zeus y Leto / *que* con el rey habiéndose irritado', con lo que estamos, como se ve, en la sintaxis del pronombre relativo, es decir en el propio nivel de la subordinación. En este momento de nuestro recorrido no podemos extraer todas las consecuencias que esta última interpretación podría brindarnos: quede como primera aproximación al proceso que habrá de articular la remisión anafórica con la subordinación con relativo –aunque dejamos asentado desde ahora que no será el anafórico *ó* el que se impondrá definitivamente como relativo en griego, sino que la elección recaerá en *ὄς*, un indefinido anafórico–).<sup>19</sup>

Será importante, por último, concluir esta aproximación empírica a los usos del "artículo" griego con la reflexión que el fenómeno general de anáfora y deixis despertó en la naciente disciplina gramatical, es decir, fundamentalmente, en la obra de Apolonio Díscolo (siglo II d.C.)

#### **1.2.2.2. El estudio de la anáfora en Apolonio Díscolo**

Más allá de la deuda que Bühler mantiene con los comparatistas del finales del siglo XIX –especialmente con Brugmann–, que llevaron a cabo el redescubrimiento de los gramáticos griegos, el reconocimiento directo a Apolonio está claramente expresado,

<sup>19</sup> Véase 1.3.4.

Pues se puede probar documentalmente que los geniales primeros gramáticos griegos tuvieron una visión insuperablemente clara de la distinción *sematológica* entre mostrar y nombrar. Los estoicos y Apolonio Díscolo, según el testimonio de Steinthal, realizaron certeramente la distinción entre nombres demostrativos [...]<sup>20</sup>

y viene a continuación una cita de Apolonio, que Bühler extrae de la fuente mencionada,

Su esencia es. indicación hacia objetos presentes, o ἀναφορά, referencia a lo ausente, pero ya conocido. Mediante la δειξις hacia τὰ ὑπὸ ὄψιν ὄντα se origina una πρώτη γνῶσις, mediante ἀναφορά una δευτέρα γνῶσις". Y los pronombres personales son equiparados allí completamente a los demás. "Los pronombres de primera y segunda persona son δευκτικάί; los de tercera persona, en parte deícticos y anafóricos a la vez, en parte anafóricos sólo" (pág. 316).<sup>21</sup>

Veamos entonces un poco más en detalle la reflexión de Apolonio, como prolegómeno para el análisis del párrafo 32

<sup>20</sup> Bühler (1950:138).

<sup>21</sup> Esta cita, que puede cotejarse ahora en la moderna reedición de Steinthal (2001), agrupa en realidad pasajes diferentes de la obra apoloniana: para la primera parte de la cita debemos, además, remitirnos a la página 313 de Steinthal, "Ihr Wesen ist [antwortet hierauf Apollonios, δειξις] Hinweisung auf gegenwärtige Gegenstände, oder ἀναφορά, Rückbeziehung auf Abwesendes, aber schon Bekanntes. Durch die δειξις auf τὰ ὑπὸ ὄψιν ὄντα entsteht eine πρώτη γνῶσις (de pron. 77b), durch ἀναφορά eine δευτέρα γνῶσις (de synt. 98, 26)"; la última parte del testimonio arriba citado corresponde, efectivamente, a la página 316 de la fuente en cuestión –líneas en las cuales Bühler optó por no reproducir los ejemplos de los pronombres griegos–, "Die Pronomina der ersten und zweiten Person sind δευκτικάί, von denen der dritten ist ἵ, οὗ, οἷ, ἕ ἀναφορική, ἐκεῖνος, ὄδε, οὗτος sind sowol δευκτικάί als auch ἀναφορικάί ..." (de pron. p. 10).

del libro II de su *Sintaxis* (que trataremos en **1.2.2.2.2**), en donde se intuye el valor indefinido del anafórico \*yo/e- –“artículo hipotático”–, lo cual, adelantamos, podría acercar la génesis del definitivo pronombre relativo griego a la del grupo indoeuropeo anatolio, cuyo tema subsistió de forma independiente como indefinido-interrogativo (\*k<sup>w</sup>o/e, \*k<sup>w</sup>i: latín *quis*, frente a *qui*, “relativo”). La presentación seguirá los siguientes pasos,

- el panorama del mecanismo anafórico en que se basa la interrelación del sistema de las partes de la oración en Apolonio (tratado en la presente subdivisión);
- el estudio de la anáfora no ya a nivel general del sistema sino como rasgo específico de una de las partes de la oración, el artículo (**1.2.2.2.1**);
- las dos clases de artículo en la reflexión apoloniana: el protático (que corresponde a la misma clase de palabra en la tradición gramatical) y el hypotático, el conocido pronombre relativo posterior, en cuyo relevamiento reside el interés de nuestro enfoque (**1.2.2.2.2**).

Comencemos estableciendo que, entre los mecanismos de la lengua que el gramático alejandrino caracteriza, la anáfora ocupa un lugar fundamental, dado que se entronca con el funcionamiento mismo de las partes de la oración o *mére toû lógou*, que la tradición gramatical había sancionado hacía tiempo, y que siguen hasta la actualidad estructurando las gramáticas de las lenguas modernas.<sup>22</sup> La lista que adopta coincide con la que se reconocía

<sup>22</sup> Véase al respecto Coseriu (1962), Bosque (1990) y Carnie (2001). En todo esto seguimos a una obra fundamental en nuestra lengua de reciente gestación. Nos referimos a Mársico (2007) en donde puede recabarse una amplísima información sobre el nacimiento de la gramática en Occidente. Como adelan-

ya en la filología de época aristarquiiana, y se muestra igualmente tradicional con respecto a la adopción del criterio jerárquico que predomina dentro de clasificación, criterio que hace explícito y se esfuerza en fundamentar.

Desde la tradición gramatical que arranca con el *Crátilo* de Platón, y más especialmente con el *Sofista*, las dos partes básicas de un enunciado eran nombre, *ónoma*, y predicado, *rhêma*, término este último que más tarde se redefinirá lingüísticamente como “verbo”.<sup>23</sup> En efecto, Aristóteles mantiene la posición central de estas nociones, tal como se desprende del tratamiento de *De Interpretatione* 1-4, y se completa en el enfoque en *Poética* 20, en oportunidad del planteamiento de las partes de la expresión (*mére tês léxeos*), que incluyen tanto elementos infraléxicos constituidos por letras y sílabas, como elementos supraléxicos, es decir, el plano discursivo, *lógos*. En cuanto a las categorías léxicas, *ónoma* y *rhêma*, son caracterizadas como partes significativas, a las que se agregan dos partes no significativas, *árthron* y *syndesmos*, entendidas como preposición y partícula respectivamente, cuyos rasgos consisten en acompañar a las partes primarias sin poseer un correlato real, tal como el que se atribuye a nombres y predicados.<sup>24</sup>

El mismo compromiso ontológico guía el enfoque estoico, donde las cuatro partes del legado aristotélico se redefinen y aumentan su número, de modo que *árthron* se convierte en ‘artícu-

tamos, nos hemos limitado a resignificar el tratamiento apoloniano del pro-nombre relativo.

<sup>23</sup> En *Crátilo* 431b se opone *ónoma* a *rhêma* de un modo que preanuncia el tratamiento de *Sofista* 261d ss., donde, a partir de la afirmación “lo pronunciado no muestra ni acción ni inacción ni la realidad de lo que es ni de lo que no es hasta que alguien haya mezclado los predicados (*rhémata*) con los nombres (*ónomata*). Entonces se produce el ajuste y la primera combinación produce también el discurso (*lógos*)”, se funda la tradición de identificación de las partes del enunciado, que recibió la denominación de *merismós*.

<sup>24</sup> Sobre la noción de *rhêma* como predicado en Aristóteles, véase Bieda (2005).

lo', y *sýndesmos* en 'conjunción', ambos con un sentido cercano al que hoy utilizamos, a la vez que *rhêma* adopta el significado de 'verbo', ya que la noción de 'predicado' pasa a asociarse con el término *kategórema*. Por otra parte, agreguemos en esta sintética visión de la impronta estoica sobre las "partes de la oración" que la categoría de *ónoma* se especializa en la mención de los nombres propios, y se crea la nomenclatura de *prosegoría* para los nombres comunes, que incluyen a los adjetivos.<sup>25</sup> Como se ve, hay una homologación entre categorías léxicas y categorías como modos de nombrar lo real, de suerte que se asegura que el lenguaje está en condiciones de expresar lo efectivamente existente.

Los alejandrinos, guiados por sus preocupaciones ligadas con la ecdótica y el comentario de obras clásicas, avanzaron en la ampliación de la lista que se estabilizó en las siguientes partes: nombre, verbo, artículo, pronombre, participio, adverbio, preposición y conjunción. Entre ellas, la atención prestada a las dos primeras es sensiblemente mayor que al resto, como se desprende de los testimonios conservados.<sup>26</sup> Apolonio, como habíamos adelantado al comienzo, abrevia en esa tradición y adopta la lista de ocho partes del enunciado, junto con la diferenciación jerárquica entre nombre y verbo y el resto de las categorías.

Para fundamentar este punto, Apolonio desarrolla la noción de una estructura lógica de la lengua, cuyos enunciados concretos no son otra cosa que instancias de la misma, lo que ha hecho pensar en un antecedente de la noción de "estructura profunda"

<sup>25</sup> Diógenes Laercio, VII, 57-58.

<sup>26</sup> El trabajo de Matthaios (1999) sobre la utilización de las categorías léxicas en Aristarco echa luz sobre los alcances de las partes identificadas en este estadio y confirma que la lista canónica de ocho partes ya era conocida y utilizada por los filólogos.

esbozada por la moderna gramática generativa.<sup>27</sup> Para ello redefinió la categoría estoica de *lektón*, ‘enunciabile’, que consistía en un contenido noético expresable lingüísticamente, en términos de *noetón*. A este contenido noético le atribuye un rasgo positivo: su *autotéleia*, ‘completitud’, ‘perfección’, término tomado igualmente de la tradición estoica, que aquí se universaliza para mentar el plano que oficia de parámetro de gramaticalidad, en tanto constituye una ‘oración genérica’, o una “metafrase de máxima densidad semántica”.<sup>28</sup> Así afirma en *Sintaxis* I.14:

Εστιν οὖν ἡ τάξις μίμημα τοῦ αὐτοτελοῦς λόγου, πάνυ ἀκριβῶς πρῶτον τὸ ὄνομα θεματίσασα, μεθ’ ὃ τὸ ῥῆμα, εἶγε πᾶς λόγος ἄνευ τούτων οὐ συγκλείεται. Παρὸν γοῦν πιστώσασθαι ἐκ συντάξεως περιεχούσης τὰ μέρη τοῦ λόγου, ἐξ ἧς εἶπερ ὑποσταλήσεται ὄνομα ἢ ῥῆμα, τὰ τοῦ λόγου οὐ συγκλείεται, εἰ μέντοι πάντα τὰ ὑπόλοιπα, οὐ πάντως ἐλλείπει ὁ λόγος· ὁ αὐτὸς ἄνθρωπος ὀλισθήσας σήμερον κατέπεσεν.

El orden de las partes de la oración es una imitación de la oración perfecta, que muy justamente coloca en primer lugar el nombre, después el verbo, puesto que sin ellos ninguna oración queda cerrada. Esto se puede probar con una frase que contenga todas las partes de la oración, y si se le quita el nombre o el verbo la oración no estará completa, pero si se le suprimen todas las demás de ningún modo queda defectuosa: ‘El mismo hombre resbalando hoy cayó.’<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Por ejemplo en Householder (1981), que cifra su introducción a la traducción inglesa de la *Sintaxis* precisamente en este supuesto.

<sup>28</sup> Según la caracterización de Lallot (1986:421ss.). Véase en especial “El ‘Principio de Lógica Subyacente’ y la oración perfecta”, en Mársico (2007:198-205).

<sup>29</sup> La base de nuestra versión es la traducción de Bécades Botas (1987). De aquí en más debe sobreentenderse que la numeración de la obra de Apolonio corresponde a la *Sintaxis*.

A partir de aquí se colige que las categorías léxicas, lejos de constituir una serie isonómica, responden a una lógica jerárquica dictada por la oración perfecta, el *lógos autotelés*, que manifiesta la preponderancia de nombre y verbo mediante una prueba simple: dado un enunciado que contenga todas las partes del discurso,<sup>30</sup> la inteligibilidad no sufre mella si se retiran las partes no imprescindibles, mientras que deja de ser comprensible si se quitan nombre o verbo –en el ejemplo consignado, *ánthropos y épesen*–.

La pregunta que se impone es la de la relación entre estas partes básicas y las restantes, y es en esa articulación precisamente que va a jugar un rol preponderante el fenómeno de la *anáfora*, mecanismo sintáctico que tendrá una dimensión mucho más extendida en Apolonio que en la teoría gramatical moderna, dado que bajo sus dos modalidades de funcionamiento, acompañamiento y sustitución, dará cuenta de la posibilidad de articulación de las restantes partes de la oración con sus elemento nucleares, nombre y verbo.<sup>31</sup>

Por otro lado el hecho mismo del léxico usado en I.36 viene a garantizar la licitud de nuestra aproximación, dado que las funciones de acompañamiento y sustitución son mentadas con un término habitual del campo semántico para designar anáfora, *anágetai prós* –sinónimo de *anaphérein*, que se generalizará a la postre–.

Pues bien, dado que el resto de las partes de la oración refieren (*anágetai prós*) ya sea al verbo, ya sea al nombre, de lo que recibieron su significado propio, es preciso considerar en cada una de ellas la que acompaña y la que se usa en reemplazo de aquéllos o bien ambas cosas (...)

<sup>30</sup> La conjunción no se incluye porque eso habilitaría el nivel supraoracional o discursivo. Véase *infra*.

<sup>31</sup> Mársico (2002) utilizó esta línea de análisis para dar cuenta del programa total de la *Sintaxis* apoloniana.

Y así los parágrafos de la *Sintaxis* I.16-28 darán cuenta del modo en que cada uno de estos dos mecanismos se plasman para articular las partes derivadas de la oración. Así, tras el participio, que reúne los rasgos de las dos categorías básicas –en tanto que tiene su origen “en la transformación del verbo en formas flexivas” (I.21)–, viene el artículo, cuyo orden guarda relación con el hecho de que puede constituirse con las tres formas previas, y encarna así un claro caso de acompañamiento (I.23), entendido como el mecanismo sintáctico fundamental, incluso de mayor relevancia que el de sustitución, que se plasma en la parte siguiente: el pronombre. Esta quinta parte, perteneciente al ámbito nominal, se liga desde su misma nomenclatura a la sustitución (I.24). Pero será el artículo, según veremos a partir del punto siguiente, en su variante de “artículo hipotáctico”, el que nos abrirá el camino para el estudio de la génesis del “pronombre relativo” a partir de un estadio no subordinante, solidario con el estadio paratáctico de la lengua.

En el ámbito verbal se hallan otras dos partes marcadas por la dinámica sintáctica del acompañamiento: la preposición, que puede acompañar a cualquiera de las dos partes hegemónicas de la oración –ya sea en composición, formando una unidad, como en el caso de *kat(a)épsen* de I.14, o en aposición, formando una frase preposicional (I.26)–, y el adverbio, que restringe su poder de acompañamiento al verbo y por eso queda relegado al séptimo lugar. El último nivel constituye la apertura a un ámbito que sobrepasa los límites de la oración, ya que la conjunción opera no sólo sobre las categorías previamente mencionadas sino también sobre enunciados, de modo que instaura el ámbito de lo discursivo (I.28).

El *sistema entero* está apoyado, entonces, en un *funcionamiento anafórico* que arbitra las relaciones entre las categorías léxicas, elementos que están a la base de la construcción de enunciados de acuerdo con las reglas impuestas por la lógica del *lógos autote-*



*lés*, que reposa, precisamente, en esta estructura anafórica de las partes derivadas respecto de las primarias, nombre y verbo.

#### **1.2.2.2.1. La ecuación “artículo-anáfora” y “pronombre-deixis”**

Ahora bien, lo importante para nuestros fines es que la anáfora no opera sólo a nivel general en el sistema, sino que es el rasgo específico de una de las partes de la oración: el artículo, asociado estrechamente con el pronombre, dado que éste encarna su contrapartida, es decir, la deixis –oposición que, como vimos, será el legado fundamental de Apolonio que recogerá Bühler–. De todas formas el panorama no es simple en la exposición apoloniana. Se sostiene la función deíctica como rasgo definitorio del pronombre, y se asocia el artículo básicamente con la anáfora, según, por ejemplo, leemos en I.96,

Estas palabras [los pronombres personales de primera y segunda personas] sirven para discernir personas todavía no definidas, con lo cual las personas por ellos significadas se hacen definidas. Es claro que su deixis son las primeras vías de entrada de las personas que les subyacen, y por ello no precisan de la compañía del artículo, ya que no puede haber anáfora de personas que se muestran a la vista. De donde se deduce necesariamente el rechazo del artículo cuya función es la anáfora (...).<sup>32</sup>

Pero es claro que junto a las formas deícticas el pronombre presenta formas anafóricas, con lo cual pareciera neutralizarse la

<sup>32</sup> Mársico (2002:85) comenta así el presente párrafo: “la utilización de las formas pronominales de primera y segunda persona, en efecto, implica la necesaria referencia a una persona presente en un diálogo, ya sea como emisor (yo, nosotros) o como receptor (tú, vosotros). El artículo, básicamente anafórico, vuelca esta función sobre el término que acompaña, por lo cual es incompatible con un tipo de palabras por definición deícticas, como es el caso de las formas pronominales de primera y segunda persona”.

oposición que sirve para caracterizar, precisamente, a cada una de las dos categorías de palabras. Como es de imaginar, el problema se presentará al ingresar al ámbito referencial de la tercera persona, dado que, según se ha dicho, la implicancia de emisor y receptor en el acto comunicativo garantiza la función deíctica de “yo” y “tú”, pero “él”, en cambio, adecuará su remisión según los casos a una u otra modalidad. Por ejemplo, leemos en II.16,

Por tanto, pronombre es la parte de la oración que hace las veces del nombre en forma deíctica o anafórica, y que no se acompaña del artículo. Y téngase en cuenta que la definición de pronombre abarca hasta la tercera persona, pues también se realizan como anafóricos según que las personas sean conocidas de antemano, y como deícticos si la persona está a la vista.<sup>33</sup>

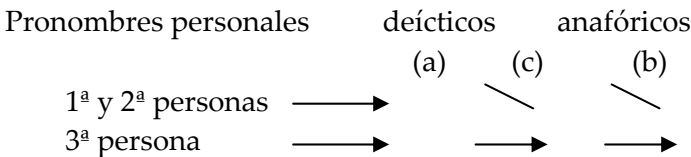
El hecho es que Apolonio, en su esfuerzo por mantener la ecuación entre artículo-anáfora y pronombre-deixis, apunta a minimizar los casos plenamente anafóricos, que prácticamente se limitan al caso de *autós*, y habilitar para el resto la categoría de

<sup>33</sup> Martín López, en su intento de desentrañar el exacto sentido de las modalidades del campo mostrativo en Apolonio, comenta así este párrafo (1996:14): “Así, pues, la distinción apoloniana parece vincular la deixis a los objetos reales del mundo externo, presentes durante el acto de habla, y la anáfora a elementos ausentes de la situación real, pero conocidos a través de la mención previa en el discurso lingüístico. Dada la frecuente asociación, por un lado, entre deixis y ausencia de conocimiento previo del referente y, por otro, entre anáfora y sustitución de referentes ya identificados, es fácil entender por qué algunos autores han querido equiparar la distinción entre deixis y anáfora con la dicotomía nuevo/dado, lo que nos lleva a reservar la noción de deixis para la presentación de objetos desconocidos en la planto lingüístico o en el extralingüístico, y a adcribir, en cambio, valor anafórico a aquellos casos en que se alude a entidades conocidas, tanto a partir del entorno lingüístico, como a partir de la realidad circundante externa”. Como se ve, estos son los pasajes apolonianos que guardan entera actualidad.

*deixis tou nou* (II.12), es decir, una deixis intelectual, que no refiere a objetos a la vista sino a elementos del imaginario noético compartido por los hablantes.<sup>34</sup> Lo que se niega con esta categoría es que se trate de una referencia a una mención previa en la cadena hablada y la razón aducida es el parámetro sintactista asumido por Apolonio para la indicación de anáfora: la no admisión del artículo para las formas *hoûtos* y *ekeînos*, que son las formas pronominales de tercera persona con que se ejemplifica. Vale la pena transcribir el párrafo,

Ahora bien, cuando ἐκεῖνος ('aquél') y οὗτος ('éste') no señalan algo a la vista, sino que son anafóricos, hay que pensar que su deixis se refiere a algo mental (δειξις ἐπί τὸν νοῦν φέρεται), de suerte que unas deixis son de lo que está a la vista y otras de lo que está en la mente (τοῦ νοῦ); según esto, al ser ambos deícticos por naturaleza, no pueden construirse con un artículo que les resultaría antitético (II.12)

Sintetizando: las formas de primera y segunda personas son necesariamente deícticas **(a)**, mientras que las de tercera pueden ser deícticas **(a)** –cuando señalan objetos a la vista–, anafóricas **(b)** –cuando van acompañadas de artículo y por lo tanto remiten a algo previamente mencionado–, o deícticas *more* intelectual **(c)** –cuando no admiten artículo y remiten a un contenido recuperable contextualmente–. En un esquema tendríamos:



<sup>34</sup> Recordar la *deixis am Phantasma* de Bühler (1.2.1 in fine)

Más allá, entonces, del criterio en que se basa Apolonio para esta clasificación, hay un dato incontestable y de fundamental importancia para la génesis del fenómeno de la subordinación en griego: el valor de *remisión*, deíctica o anafórica, de las formas *ekeînos* y *hoûtos*, vacías por ende de contenido semántico.<sup>35</sup>

Pero la ecuación mencionada demanda más de una torsión teórica para sostenerse: hay claros usos pronominales del artículo, como se afirma en I.25, que no condicen con su función anafórica. Apolonio cita el siguiente pasaje homérico, que está dentro de la lógica consignada anteriormente en este trabajo en oportunidad del análisis de *Il.* 1,29 (véase 1.2.2.1),

ὁ γὰρ ἦλθε θεὸς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν. (*Il.* 1,12)

pues *él* se presentó en las rápidas naves de los aqueos

donde *ho*, que se refiere en la narración al sacerdote Crises, se usa como pronombre, ya que funcionalmente se construye con el verbo *y*, por lo tanto, se encuentra sustituyendo al nombre, como claramente se explicita en *Il.*31. Precisamente en este lugar de su obra es donde Apolonio, lejos de habilitar algún uso del artículo que implique un sentido deíctico –que haría honor a la evidencia, pero que contradiría el supuesto teórico de la ecuación con la que organiza su plan sintáctico–, pone en juego un interesante haz de transformaciones que implican una serie de operaciones sucesi-

<sup>35</sup> De manera que incluso en un estadio de lengua evolucionado –con plena vigencia de la subordinación–, como el representado por el *Ion* de Platón, en una oración del tipo, Ὅστις ἄρα ἀγαθὸς ῥαψωδὸς ἐστίν, οὗτος καὶ ἀγαθὸς στρατηγὸς τυγχάνει ὤν; (541a 3-4) no es correcto afirmar que *hoûtos* sea el “antecedente” de la cláusula con relativo encabezada por *hóstis*: se trata antes bien de una ocurrencia en la cual sobrevive el estado de cosas que fue el punto de arranque del fenómeno de la subordinación. Véase lo que sigue (y el tratamiento de esta oración puntual en 1.3.4).

vas que dan por resultado la ocurrencia empírica aportada por el uso de la lengua. Así se conjetura un enunciado básico

Χρύσης γὰρ ἦλθε θοὰς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν.

Pues *Crises* se presentó en las rápidas naves de los aqueos.

en el cual el verbo *êlthe* se construye con el nombre *Chrýses*, de modo que encarna el caso básico. A continuación, se supone el agregado del artículo, a los efectos de indicar que el sacerdote en cuestión ya ha sido mencionado antes en la cadena hablada.<sup>36</sup> Tenemos entonces,

ὁ γὰρ Χρύσης ἦλθε θοὰς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν.

Pues *el tal Crises* se presentó en las rápidas naves de los aqueos.

sin que haya alteración de la construcción básica, que es el ensamble entre nombre y verbo. A esta conformación sintáctica, sin embargo, puede sobrevenir la elipsis, precisamente porque, dado que *Crises* ha sido mencionado, es esperable que ocurra lo que en la moderna teoría gramatical denominaríamos un borrado por identidad de la forma superflua. Así, la forma *Chrýses* puede elidirse, dando como resultado la forma original de la cual se partió:

ὁ γὰρ ἦλθε θοὰς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν

pues *él* se presentó en las rápidas naves de los aqueos

<sup>36</sup> O sea un caso típico de acompañamiento, función propia del artículo, según Apolonio. De hecho, fue la explicación dada en nota 18 para τὴν Χρύσην, siempre dentro de los primeros versos de la *Iliáda*.

De manera que, si por un lado en este enunciado esta operando la funcionalidad sustitutiva pronominal (*ho* se construye con el verbo ocupando el lugar del nombre), hay ausencia, sin embargo de señalización deíctica, dado que la entidad con la cual es correferencial el nombre mentado por *ho* (es decir, “*Chrýses*”) ha aparecido previamente en el contexto, y su remisión por tanto es de índole anafórica. Como se ve, apelando a una serie de transformaciones que dan cuenta de la ocurrencia puntual, Apolonio sostiene la remisión anafórica como la función propia de la categoría léxica “artículo”.

Del tratamiento general del artículo surgió el mecanismo de la *elipsis*, que de alguna manera el gramático viene a recomponer apelando al *lógos autotelés*, dado que es en la oración perfecta donde vuelven a brillar en su esencia las categorías léxicas que las transformaciones diacrónicas suelen empañar frecuentemente. También, de hecho, en nuestra argumentación del paso paratáctico al hipotáctico, echaremos mano de la *elipsis* cuando nos veamos precisados a dar cuenta de los continuos cambios de la lengua.

#### 1.2.2.2.2. El artículo “hipotáctico”

El recorrido por la *Sintaxis* toca a su término con la presentación del “pronombre” relativo. Como es lógico suponer, el criterio de la gramática moderna será otro que el de Apolonio: para éste, el innegable uso anafórico de esta nueva forma es un obstáculo para ser enrolado dentro de la clase de los pronombres –básicamente deícticos, como hemos visto–. No es esta la perspectiva de la tradición terminológica que se impondrá definitivamente, dado que en la misma formación latina del término –por donde llega a nuestra lengua–, el explícito reconocimiento de su estatus de anáfora (*re-lativus* viene del paradigma de *fero*, equivalente del griego *phéro*, cuyo tema está a la base de *ana-phorikós*) no es óbice para clasificar a esta forma como pronombre.

El “pronombre relativo” será el híbrido “artículo relativo” en la categorización apoloniana o, en sus propios términos, las formas ὅς, η, ὄ, corresponderán al paradigma del “artículo hipotáctico o pospositivo” (*hypotaktikòn árthron*), que habrán de oponerse al “artículo protáctico o prepositivo” (*protaktikòn árthron*), el conocido artículo ὁ, ἡ, τό, de la tradición gramatical.

De la exposición de Apolonio sobre el artículo hipotáctico y su oposición con el protáctico (I.142-157), nos interesará detenernos en aquellos casos límites de la interpretación del fenómeno, dado que la estrategia argumentativa del autor podrá aportarnos datos útiles para nuestro propio acceso a la hipotaxis (1.3.3 y 1.3.4), donde, según venimos adelantando, sostendremos la hipótesis de la doble importancia de la subordinación con relativo en griego –e indoeuropeo–: en primer lugar como fenómeno derivado a partir de una correlación de cláusulas originariamente conectadas *anafóricamente*; y, en segundo término, por la elección del tema \*yo/e- como paradigma de la formación de todas los elementos subordinantes en griego (pronombres, conjunciones y adverbios).

Pero antes del tratamiento de aquellos casos que obligarán a la consideración del “artículo hipotáctico” como verdadero pronombre *indefinido* –y marcarán así el camino de la subordinación al aglutinarse con otra cláusula aclaratoria de esa primitiva indefinición–, es oportuno detenerse, entre los variados ejemplos que expone Apolonio, en aquella ocurrencia en que la polarización entre ambas clases de artículo se destaca vivamente, aunque por otra parte deja en claro el fondo común del que parten, de donde resulta una especie de sobredeterminación del mecanismo de la anáfora.

Tenemos así en I 144,

παρεγένετο ὁ γραμματικός ὅς διελέξετο

vino *el gramático que* habló

Y a continuación se establece la equivalencia entre esta ocurrencia y,

παρεγένετο ὁ γραμματικὸς καὶ διελέξετο

vino *el* gramático y habló

en donde, más allá de la explícita finalidad de mostrar la afinidad del relativo con la conjunción coordinante en el sentido de requerir la presencia de un verbo, podemos suponer que el valor que le asigna al artículo prepositivo en esta segunda fórmula es el *mismo* que en la primera, de manera que en la instancia inicial podríamos suponer que entre la dinámica del artículo prepositivo con el artículo pospositivo estaríamos enfrentados a dos *anáforas encadenadas*.<sup>37</sup>

Si pasamos ahora a los casos que particularmente interesan a nuestra exposición, es decir a aquellos que comprometen la caracterización como anáfora de ambos artículos, nos encontramos que en II.32 Apolonio se ve precisado a dar cuenta de ocurrencias en que ambas clases de artículo no presentan un antecedente que justifique el uso anafórico habitual de estas formas, que es el caso, para el artículo de,

ὁ περιπατῶν κινεῖται

*el paseante* se mueve

y, para el relativo, de,

ὅς ἂν παραγένηται ἀναγνωσκέτω

*el que* llegue, que lea

<sup>37</sup> Lallot (1997:II 74).



frente a los habituales casos de acompañamiento del artículo protáctico<sup>38</sup> y de antecedente explícito del artículo hipotáctico.

Ahora bien, la explicación de Apolonio para estos casos es la siguiente: se trata de variantes en las que ambos artículos coinciden en una referencia por anticipación (*en proléψει*), es decir que tanto el artículo protáctico como el paratáctico señalan a una persona futura, y esto es posible porque,

pudiendo ir el artículo con cualquier nombre, podrá referirse a todo lo contenido en el nombre, que es lo propio de la indefinición (*hóper ídion toû aorístou*).<sup>39</sup>

Y procede a continuación a parafrasear los ejemplos originarios del fenómeno, con la introducción de un *pronombre indefinido*, de manera que,

εἰ τις περιπατεῖ κινεῖται

si *alguien* pasea, se mueve

sería el equivalente de la primera ocurrencia, y para la segunda tendríamos,

<sup>38</sup> O bien de elipsis, que crea la ilusión de sustitución –propia del pronombre–, según se desprendía del estudio del verso de *Il.* 1,12 (véase nota 36).

<sup>39</sup> Seguimos, como adelantamos, la traducción de Bécarea Botas (1987). Hay un problema textual que no compromete el sentido, para nosotros fundamental, de la atribución del rasgo de indefinición al pronombre relativo. Por ello mismo puede ser ilustrativa la versión de Lallot (1997: I *ad loc.*), con un destacado nuestro, “pouvant s’associer à n’importe quel nom [l’article], malgré son unicité, renverra à n’importe quel nom, *ce que est le propre de l’indéfini*”; y también la de Householder (1981 *ad loc.*), en donde también resaltamos el rasgo en cuestión, “For the article can combine with any noun and refer to any noun at all, though it is a *single thing*, and that is the mark of an indefinite”.

εἴ τις ἄν ἔλθῃ [ἀναγνωσκέτω]

si *alguno* viniere [que lea]

La conclusión a la que arriba es que con el agregado de un nombre cualquiera, dado el horizonte de expectativa abierto por el pronombre indefinido, se pueden reestablecer la anáfora, función esencial que Apolonio atribuye a ambas clases de artículo: tendríamos así, respectivamente,

ὁ Διονύσιος περιπατῶν κινεῖται

el tal *Dionisio* al pasear se mueve

para el artículo prepositivo, y

Τρύφων κοιμᾶται, ὅς μενεῖ με διαναστάς

*Trifón* duerme, *el cual* me esperará una vez levantado

para el pospositivo, en donde el antecedente expreso del pronombre relativo asegura su rasgo connatural anafórico, que habilita, como sabemos, su inclusión en la clase del artículo.<sup>40</sup>

Ahora bien, si la anáfora es indicación de algo ya conocido y afín, por ende, a la esfera del pasado, el hecho de una anáfora por anticipación (*prólepsis*) tiene, evidentemente, algo de paradójal. De manera que para ambas instancias propondremos otro tipo de explicación que la del gramático alejandrino, y que consistirá en

<sup>40</sup> En I.146-150 se reconoce la profunda relación entre las formas relativas y los pronombres anafóricos demostrativos, caso en el cual el relativo vendría a colocarse entre los pronombres anafóricos. Sin embargo la independencia sintáctica del pronombre frente a la dependencia del relativo hacen que los fenómenos no sean comparables.

la comprensión del fenómeno bajo el marco de la *parataxis* primitiva de la lengua, cuya dinámica subyace en estos ejemplos –fundamentalmente en el del “relativo-indefinido”–. De todas formas, la base de la conexión entre las cláusulas propia de ese estadio reside en la remisión anafórica, y según estamos viendo, la rica reflexión de Apolonio sobre la anáfora siempre ameritará el estudio de su labor pionera.

Comencemos por el artículo prepositivo –como sabemos, el simple “artículo” de la posterior tradición gramatical–: se trata *también* de un pronombre demostrativo, cuya carga deíctica se ha debilitado, y que por eso mismo “acompaña” al nombre con una frecuencia mayor que los restantes –que conservan por lo general su carga ostensiva, de ahí el mecanismo de “sustitución”– (recuérdese que hay lenguas, por ejemplo el latín, que nunca llegaron a desarrollar el artículo y, de hecho, nuestro español “el” –artículo y pronombre– proceden del demostrativo *ille*). El estudio lingüístico que iniciaremos a partir del punto siguiente, dará cuenta del tema común en indoeuropeo del cual derivan buena parte de estas formas: para el caso puntual del artículo, el tema \*so-, \*sa-, \*so-, que es compartido, tanto por ó como por οὔτος (véase el tratamiento que hacemos 1.3.2). Si bien es el paradigmático caso del relativo el que articulará la lengua del paso paratático al hipotático, cerremos con algunas observaciones el caso del artículo en anáfora “por anticipación”, según nos lo presenta Apolonio. En realidad, la regla que subyace a la ocurrencia ὁ περιπατῶν κινεῖται que nos ocupa ahora, es *la misma* que tuvimos oportunidad de ver en ὁ γὰρ ἦλθε θεὸς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν (Il. 1,12), y que Apolonio resolvía por un complicado juego de transformaciones, cuyo resultado era la presente elipsis, con la cual daba cuenta de la ausencia de la función originaria que adjudicaba al artículo, que era, precisamente, la de “acompañamiento” del nombre. Se trata, simplemente, de usos propios de autén-

ticos pronombres demostrativos de tercera persona, solidarios con el dato lingüístico de su origen indoeuropeo –que es el caso también de *hoûtos* o *ekeînos*, y que en su momento hemos vistos enrolados en la *deixis toû nouî* por el autor–. De hecho, esta fue la perspectiva con la que abordamos el estudio de la anáfora en Homero (1.2.2.1). La rica reflexión de Apolonio, sin embargo, sufre la coerción de su propio sistema, el de la ecuación funcional que hemos visto en 1.2.2.2.1.

Otro tanto podemos decir del *hypotaktikòn árthron* o artículo relativo, pero aquí contamos con la aguda intuición de Apolonio, que al someter la ocurrencia del relativo –con la anáfora en *prolepsis*– a una transformación por un indefinido (de donde ὄς ἄν παροαγένηται resultaba equivalente a εἴ τις ἄν ἔλθῃ), estaba dando con la *deixis originaria* de este tipo de signo, según venimos adelantando, y que hallará su tratamiento definitivo a partir del punto 1.3.3 del presente trabajo. Una síntesis de este tema en Apolonio puede estar dada por la interesante ocurrencia de I.44, en donde se registra la típica concurrencia del relativo (ὄς) con el *correlativo* (κεῖνος), auténtico punto de arranque del fenómeno de la subordinación –y cuyo punto de transición lo demuestra el hecho de que el pronombre demostrativo *antecede* al originario pronombre indefinido, el cual es lógicamente previo, dado su carácter de expectación–:

κεῖνος δ' αὖ περὶ κῆρι μακάρατος ἔξοχον ἄλλων,  
ὄς κέ σ' ἐέδνοισι βρίσας οἰκόνδ' ἀγάγηται. (Od. 6.158-159)

pues *ése* será dichosísimo en su corazón, por encima de todos los demás, / *el que* superándolos con regalos te llevaré a su casa' (= 'si alguien superare...ése será...').

Precisamente es esta acabada fusión entre las cláusulas –que habilita la subversión del orden paratáctico originario– la que

plantea un problema teórico para Apolonio, pero esta vez concentrado en el pronombre *keînos*: es a éste al que le atribuye el carácter de indefinición (*aoristôdes phainetai*), cuya referencia por anticipación sería la entidad mentada por la cláusula con relativo. La génesis del proceso, sin embargo, fue la inversa.

### 1.3. LOS PRONOMBRES ANAFÓRICOS \*SO-,\*SA-,\*TO- Y \*YO/E-: DE LA PARATAXIS A LA HIPOTAXIS

#### 1.3.1. Las primitivas raíces deícticas

Los hechos de la lingüística indoeuropea vienen a confirmar la existencia de dos tipos de raíces, muy diferente en forma y comportamiento, que coinciden con la división del lenguaje en dos campos, según vimos anteriormente en la clasificación de Bühler (1.2.1). Por una parte están las que llamamos nominal-verbales, porque con ellas se construyen nombres, adjetivos y verbos, es decir, los signos propios del campo simbólico; de otra las deíctico-adverbiales, que se encuentran en los pronombres, y frecuentemente en las preposiciones, adverbios y partículas, formas todas correspondientes al campo mostrativo del lenguaje. Si bien nuestro interés radica en ilustrar el fondo común originario de las raíces de este campo, que incluye a los anafóricos –matriz de la subordinación–, es importante no obstante adelantar también algunas nociones básicas de la composición de las raíces nominal-verbales, para destacar en la polarización de la lengua la especificidad del grupo morfológico que comprende a los términos anafóricos.

Pero todavía es necesario hacer una consideración previa ante la evidencia del carácter primitivamente monosilábico de estas raíces –y ocurre otro tanto en las del otro grupo–, es decir, postular la hipótesis de un estadio preflexional del indoeuropeo, en el cual la ausencia de las marcas formales que procuran la declina-

ción y conjugación hacía imposible definir a una palabra por su categoría gramatical, quedando la distinción librada a un nivel meramente funcional. Debemos suponer, entonces, en este estadio que procedimientos como el orden de los términos, las alternancias vocálicas y el lugar del acento llegaron a ser fundamentales para discriminar la inteligibilidad de la frase. Y también el mecanismo de la composición para la formación de palabras, del tipo Διός.δοτος o μεγάλο.πολις, todavía vigente en época histórica, o el interesante πατρο.κτόνος ‘que mata al padre’, ‘parricida’, frente a πατρό.κτονος ‘padre que mata [a un hijo]’, en donde se puede apreciar el valor funcional del acento, según destaque el elemento verbal o nominal del compuesto.<sup>41</sup>

Con respecto a las raíces nominal-verbales destaquemos que tenían una forma bastante homogénea del tipo básico,

Consonante-Vocal-Consonante

es decir que normalmente no podían comenzar ni terminar por vocal, y estas posiciones eran cubiertas, por ende, por elementos consonánticos –o sonantes– del tipo

\**bher-* ‘llevar’;

\**g<sup>w</sup>hen-* ‘golpear’, ‘matar’;

\**men-* ‘pensar’.<sup>42</sup>

<sup>41</sup> Para el indoeuropeo preflexional son clásicos en nuestra lengua los trabajos de Adrados (1975 a.b.). Otros trabajos del mismo autor son pertinentes (1975c:1995-1996) para una visión en conjunto sobre la lingüística indoeuropea.

<sup>42</sup> \* *men-* está también presente como formante en *mnéme* ‘memoria’ –nuestra lengua conserva a través del latín la raíz indoeuropea–. En el último capítulo será analizada la estrecha relación entre la memoria y la actividad intelectual, de importantísimas consecuencias para un estadio no escrito de la cultura. De hecho nuestro término “mente”, del latín *mens*, pertenece a la familia de palabras de esta raíz.

Si esto es así, podemos inferir que cuando una raíz terminaba en vocal, se reducía al tipo ordinario en virtud de la existencia originaria de una laringal final, cuya desaparición dio como resultado la sílaba abierta de la raíz,

*\*dō-* < *\*deH<sub>3</sub>*- ‘dar’ (cf. latín *dō*, griego δίδωμι)

Explicación que podemos extender a la también supuesta vocal inicial de la raíz *\*ag-*, que se reduce entonces a la presencia en esta posición de una primitiva laringal

*\*ag-* < *\*H<sub>2</sub>eg-* ‘llevar’, ‘conducir’ (latín *ag.ō*, griego ἄγω)

Sin embargo no hay una simetría completa entre este último caso y el primero: hay ocurrencias en que los elementos monosilábicos

comienzan por vocal y sin embargo no ofrecen ningún indicio de que delante hubiera nunca una laringal, excepto el hecho de comenzar por vocal. La más característica es *\*es-* ‘ser’. Postular para ellas una antigua laringal inicial sería incurrir en una verdadera petición de principio. Pero ese tipo de raíz es realmente excepcional, por lo que, aun aceptando su existencia, puede mantenerse la afirmación de que normalmente la raíz indoeuropea comenzaba y terminaba por consonante y sonante.<sup>43</sup>

Como se ve, la salvedad de Villar no compromete el esquema básico que se mantiene dentro del lineamiento tradicional en el es-

<sup>43</sup> Villar (1996:227). Esta es la tradición abierta por la célebre sistematización de Benveniste en el capítulo “Esquisse d’une théorie de la racine” (1935:147-173). Villar le reconoce cierto esquematismo, pero en lo esencial se mantiene dentro de sus lineamientos.

tudio de la composición de las raíces indoeuropeas de significación nominal-verbal. No vamos a profundizar aquí las características lingüísticas de estos elementos mínimos (sus combinaciones, sus restricciones, la clasificación de los fonemas que intervienen en el proceso), como tampoco los diversos mecanismos por los que se originará la flexión (sufijación, alargamientos), sino que con esta somera explicación se quiere destacar su peculiar conformación frente al otro grupo de raíces, base de los anafóricos que habrán de conducirnos al tema de relativo, artífice de la subordinación.

La composición fónica de las raíces déictico-pronominales tiene una distribución completamente inversa a las nominal-verbales,

(V)-C-(V)

es decir, el fonema consonántico (o sonántico) no puede estar ausente, pero sí puede faltar el elemento vocálico inicial, o bien el final, o bien ambos. Como se echa de ver hay en los orígenes del indoeuropeo una marcada diferencia entre este grupo de raíces y las anteriores, dado que serán las destinadas a dar ubicación y sustento mostrativo al campo conceptual desarrollado por los componentes del sistema semántico. Si pensamos que las raíces nominal-verbales no tenían todavía instrumentos flexivos para determinar claramente sus funciones –más allá de los procedimientos a los que antes hemos aludido–, y si especialmente tomamos en cuenta que el verbo no tenía modo de especificar persona o número, las raíces adverbiales tenían una importancia fundamental, desde el momento que para designar el contexto y señalar fehacientemente algo que quiere mentarse es necesario determinar quién dice o a quién se aplica algo que se dice. No hará falta en el caso de la terceras personas, ya que el nombre que sirva de sujeto dejará zanjada la cuestión, pero se hará imprescindible en el caso de las primeras y segundas personas, que surgirán a



partir de las raíces pronominales (deícticas)-adverbiales y permitirán determinar el sentido de la raíz nominal-verbal,

en fecha muy antigua ha tenido lugar el fenómeno por el cual un adverbio o pronombre deíctico ha pasado a significar “yo” y otro “tú”.<sup>44</sup>

Y este camino de la flexión inaugurado muy probablemente por los pronombres personales –según las evidencias a las que pronto aludiremos– será el seguido por los restantes elementos deícticos que, al volver su deíxis del originario ámbito extradiscursivo hacia *la cadena hablada*, abandonan su señalamiento externo y se convierten en una referencia a una porción del discurso, con lo que llegamos al ámbito de la *anáfora*. La necesidad de concordancia obligará a estos signos a adecuar su constitución morfológica con la de la estructura a la que refieren para evitar de esta manera la ambigüedad. Así se da una progresiva morfologización de las formas deícticas, por lo que adquieren una flexión nominal o adjetival, según el modelo que ofrecía la declinación en el campo simbólico. De un “aquí” no flexivo, se obtiene un “éste” flexionado, que ahora está en condiciones de cumplir la función anafórica. Así se obtuvo el resultado del deslinde de los “pronombres” del tronco primitivo de los adverbios, y este remoto proceso puede atestigüarse, por ejemplo, en el pronombre personal y demostrativo de tercera persona,

ἐκεῖνος ‘aquel’ < \* ἐ.κε.ενος frente al adverbio ἐκεῖ ‘allí’ < \* ἐ.κεῖ

de donde podemos inferir que la clasificación de Apolonio para este pronombre (deíctico en algunos usos, y anafórico en otros)

<sup>44</sup> Adrados (1975b:336).

guardaba estrecha relación con los datos que aporta en la actualidad la lingüística indoeuropea.

Ahora bien, los elementos destinados a ser los referentes de primera y segunda persona presentan particularidades que los sitúan al margen de todos los demás. El proceso de su formación no fue el usual para los pronombres que, según hemos dicho, se habrían provisto de flexión en el momento anafórico de su señalamiento, a instancias de la flexión nominal. Las necesidades intrínsecas a la comunicación humana, en el sentido de marcar claramente tanto el que se apropia del lenguaje (emisor) como su destinatario (oyente), bien pueden avalar la hipótesis de que la flexión en indoeuropeo fue inaugurada por estos signos, a partir del estadio de puras raíces, según se puede colegir de la evidencia de los datos lingüísticos,

La oposición casual es en el pronombre personal más resistente que en ningún otro lugar y es también, sin duda, más arcaica: se crea oponiendo raíces muy variadamente, no con el sistematismo del nombre. Hay motivos para pensar que cuando en el nombre se opusieron nominativo y acusativo a partir de la existencia de nombres inanimados que no podían ser sujeto, se creó un sistema que operaba con la analogía de lo que sucedía en los pronombres personales; si bien luego, como decimos, la más perfecta sistematización de los casos en el nombre (...) rewertió en los pronombres.<sup>45</sup>

<sup>45</sup> Adrados (1975b:338). De hecho las raíces deícticas se desarrollaron parcialmente: en parte son flexivas (pronombres personales y posesivos y pronombres demostrativos, interrogativos, indefinidos y relativos), y en parte conservan características no flexivas (adverbios, preverbios, conjunciones y preposiciones). Siguen, por otro lado un recorrido evolutivo más tardío y con más diferencias locales que las que afectan a los nombres y adjetivos.

Antes de dirigir nuestra atención hacia los pronombres demostrativos (en donde nos encontraremos con el fenómeno de la anáfora), procedamos a una breve ilustración de la primera parte de la cita con los datos que nos ofrece el pronombre personal de primera persona singular: presentaba dos raíces \*eg para el nominativo y \*mē (mē) para el resto de los casos. Como se ve, nos encontramos con un sistema de distinción de significados basado en la oposición de raíces, lo cual difiere del procedimiento sufijal (desinencias), que es el adoptado por el nombre con un alto grado de sistematicidad. Pero hay algo más, y tiene que ver con la resistencia al cambio que menciona Adrados: dada la escasa predisposición de los pronombres personales para ser sustituidos por innovaciones, esa distribución se mantiene intacta en numerosas lenguas indoeuropeas contemporáneas, que es el caso del español “yo” / “me”, del inglés “I” / “me”, del alemán “ich” / “mich”, etc.

### 1.3.2. Los pronombres del campo mostrativo

Si dejamos de lado, entonces, los pronombres personales de primera y segunda personas, podemos dirigirnos ahora a las restantes formas del campo mostrativo para proceder a una descripción de las mismas, de acuerdo con los datos recogidos en nuestra recorrido por la *Sintaxis* de Apolonio (1.2.2.2 y siguientes),

1. ὁ ἢ τό
2. ὅδε ἦδε τόδε
3. οὗτος αὕτη τοῦτο
4. ἐκεῖνος ἐκεῖνη ἐκεῖνο
5. αὐτός αὐτή αὐτό
6. τις τι
7. ὅς ἢ ὅ

Las tres primeras formas tienen un origen común: provienen del tema indoeuropeo de flexión heteróclita

\*so-, \*sa-, \*to-

que son el desarrollo tematizado de dos raíces deíctico-adverbiales de la etapa preflexional,

\*so-, \*sa-, que reposan en *ESE*,  
\*to-, en *ETE*,

ambas con características muy semejantes, según lo demuestra el ensamblaje en un paradigma único, como es el caso del griego –pero que falta en otras lenguas–. Así hay usos independientes: \*se, sin tematizar, se halla como segundo elemento en la formación del latín *ip.se*, como \*te, también en una forma atemática, se encuentra como segundo elemento en *is.te*. En la lengua arcaica latina está *sap.sa* (*ea ipsa*), con \*sa- duplicado, como se ve. Los adverbios griegos ἔτι y latino *et* son formas sin tematizar que provienen de *ETE*. Son de *ESE*, en cambio, los latinos *sī* < \*sei ‘en este caso’, ‘sí’, y *sīc* ‘así’.

De manera que si volvemos ahora a las ocurrencias de 1 a 3, podemos dejar asentado lo siguiente,

- |                     |  |
|---------------------|--|
| 1. ὅ ἢ τό           | < *so-, *sa-, *to-   |
| 2. ὄδε ἦδε τόδε     | < *so-, *sa-, *to- + el sufijo ostensivo δέ.               |
| 3. οὗτος αὕτη τοῦτο | < *so-, *sa-, *to- + coalescencia de formas. <sup>46</sup> |

En cuanto a la cuarta forma, ya hemos adelantado el elemento claramente deíctico presente en su composición, que es el mismo

<sup>46</sup> Lo más seguro es la presencia de la partícula *v*, que encontramos, por ejemplo, en *πάvv*. Chantraine (1999: s.v. οὗτος) agrega además “puis du teme de la forma *το-/τα-*”. Sihler (1995:390) muestra cierta reserva: reconoce el primer elemento del compuesto (\*so-, \*sa-, \*to-), y agrega “Beyond that, the details of the original paradigm and of its more or less extensive remodeling are speculative”. En Bakker (1999:5) aparece la misma etimología que en Chantraine.

que se encuentra en el adverbio ἐκεῖ. Efectivamente, ambos provienen de la raíz indoeuropea *EKE*, que está presente como alargamiento en el latín *hic.ce*, marcando de esta forma una característica propia de las raíces deíctico-adverbiales.<sup>47</sup> Tenemos así,

4. ἐκεῖνος ἐκεῖνη ἐκεῖνο < \**(e)ke* + \**ἐνος* <sup>48</sup>

Con respecto al pronombre αὐτός, que en nuestra lista figura en quinto lugar, no hay certeza de su etimología,<sup>49</sup> pero sí de su función: es siempre anafórico en el griego que ha llegado hasta nosotros. Otro tanto podemos decir de la forma indefinida τις ('alguien'), también anafórica. Es la misma que la del τίς ('¿quién?') interrogativo, siendo usual marcar la diferencia entre ambos por la presencia o ausencia del acento.<sup>50</sup> Como tuvimos oportunidad de adelantar, el tema originario es \**kʷi*, \**kʷo/e* (en su variante atemática y temática), y será el que proveerá las formas en el ámbito latino tanto del indefinido-interrogativo (*quis*) como del relativo (*qui*), evidenciando de esta manera, por medio de un paradigma similar, la íntima conexión de significado que hay entre la noción de indefinición-interrogación y la señalización anafórica con relativo. Esta comunidad de formas se extiende también a nuestra lengua: de manera evidente entre el interrogativo y el

<sup>47</sup> El elemento sufijal, en cambio, de las raíces nominal-verbales surge por analogía de unas a otras

<sup>48</sup> Tema de un pronombre demostrativo que se conservó en ciertas expresiones del tipo εἰς ἔννην, 'pasado mañana'.

<sup>49</sup> Chantraine (1999:s.v.).

<sup>50</sup> "On voit bien en effet comment la langue a pu passer de l'indéfini à l'interrogatif: 'quelqu'un est venu' intonné d'une certaine façon a pris la valeur de 'quelqu'un est-il venu'? L'inverse ne s'expliquerait guère", según leemos en Meillet-Vendryès (1927:549). El hecho del que el interrogativo sea tónico frente al indefinido –aun en condiciones en que toda otra palabra perdería su acento– prueba suficientemente el carácter derivado de la noción interrogativa.

relativo (“¿quién?”, “¿qué?” / “quien”, “que”), y con determinado grado de transformación en el indefinido (“alguien” < *ali.quem*, “algo” < *ali.quod*).

Si volvemos ahora a la serie inicial, la última forma, como las dos anteriores, pertenece al tipo de deixis contextual o sintáctica: se trata del pronombre que Apolonio denominaba artículo hipotáctico porque, precisamente, no podía obviar la evidencia de la función anafórica en este tipo de signo (función que, recordemos, era para él propia del artículo). El conocido como pronombre relativo, entonces, y que la lengua griega privilegiará como mecanismo fundamental de subordinación, es decir ὅς, ἢ, ὅ, procede del tema \*yo/e-, que muy probablemente es la forma tematizada de EIE, raíz deíctica indoeuropea de estructura similar a las descritas anteriormente, y que encontramos también con deixis anafórica en el latino *is, ea, id*, es decir que su señalización originaria extralingüística se muestra en esta forma exclusivamente intertextual. Resumiendo lo dicho, tenemos,

- |                          |     |                        |
|--------------------------|-----|------------------------|
| 1. ὁ ἢ τό                | □   | sólo anafórico         |
| 2. ὅδε ἦδε τόδε          | ] □ | deícticos y anafóricos |
| 3. οὗτος αὐτή τοῦτο      |     |                        |
| 4. ἐκεῖνος ἐκεῖνη ἐκεῖνο |     |                        |
| 5. αὐτός αὐτή αὐτό       | ] □ | sólo anafóricos        |
| 6. τις τι                |     |                        |
| 7. ὅς ἢ ὅ                |     |                        |

Como se ve, nos mantenemos siempre en el esquema de Apolonio, con la sola excepción del “artículo hipotáctico”, sobre cuya génesis a partir de la remisión anafórica precisamente que-

remos argumentar. Los datos lingüísticos nos han demostrado que la *subordinación es un hecho secundario* en el desarrollo de la lengua, y solo el mecanismo de remisión interna entre cláusulas por signos ostensivos aseguró en un primer momento el entramado discursivo –todo esto, claro está, precedido de un estadio previo en que la deixis de esos mismos signos era extradiscursiva, y apuntaba a la esfera del mundo exterior–.<sup>51</sup> Nótese que a esta conclusión nos obliga el cotejo de las raíces deícticas primitivas que están a la base de los ejemplos 2 a 4, en donde los usos de señalización interna comienzan a ser habituales juntos a los ostensivos extralingüísticos, proceso que en el caso de 1 (artículo) ha desembocado en el exclusivo uso anafórico, pese a provenir del mismo formante originario que *hóde* y *hoûtos*, que se han visto posiblemente obligados a hipercharacterizarse para mantener ambas funciones.

Si certificamos simplemente el carácter anafórico de *autós* (destinado en ático a cubrir los casos “oblicuos” del pronombre personal de tercera persona) y pasamos a la forma indefinida –la cual apareció anteriormente en el tratamiento de Apolonio para dar cuenta del valor del relativo en cierto contextos–, hemos ya comprobado que *τις* está emparentado etimológicamente con el tema indoeuropeo sobre el cual el latín proyectó no sólo usos indefinidos e interrogativos, sino que también desarrolló la función *relativa*. De manera que será de fundamental importancia para el momento de abordar el relativo griego (en 1.3.4) pasar revista a

<sup>51</sup> Así leemos en Adrados (1975c:1108), “En el fondo hay que partir, como de un sustrato previo tanto a la coordinación como a la subordinación, de oraciones simples yuxtapuestas cuya relación no estaba explicitada”; o en Gonda (1954: 1), específicamente para el pronombre “relativo”, “The so-called Indo-European relative pronoun \**jo-* (Skt. *ya-*, Gr. *ὄς*, etc.) has [...] only in the course of time assumed the character of a relativum proper. Originally it must have been a distinguishing, defining, isolating, explicative, annunciatory includer”.

las hechos en latín, con su importante testimonio para la génesis de la subordinación con relativo.

### 1.3.3. La subordinación con relativo en latín

Es importante por lo tanto comenzar con los hechos en indoeuropeo, y transcribir completa la cita de Villar (lo descatalogado es nuestro),

Como pronombre relativo algunas lenguas tienen *\*yo/e* (indo-iranio, griego, celtibérico y frigio son las más claras). Sin embargo ese relativo parece postanatolio. Las lenguas anatólicas tienen para esa función *\*kwo/e* que en las demás aparece como interrogativo-indefinido. Pero ni siquiera es seguro que *\*yo/e* se convirtiera en relativo en la lengua común postanatolia. Las formas eslavas y góticas probablemente tienen alguna conexión con él, pero no es seguro que procedan de un relativo idéntico al del griego e indo-iranio. Pero, por otra parte, resulta que la raíz *\*kwo/e* es la que se utiliza también en latín (de donde en definitiva deriva nuestro relativo español “que”) y en lituano (*kuris*). Los tres grupos (anatolio, itálico, báltico) que tienen *\*kwo/e* en su relativo coinciden también en otro hecho: que el interrogativo-indefinido y el relativo se construyen con esa misma raíz. Y no son tres lenguas cualesquiera. Todas ellas, por razones diferentes, presentan frecuentemente supervivencias de fases arcaicas. Las coincidencias de las tres en este punto hace casi inevitable la conclusión de que en la lengua común preanatolia el interrogativo-indefinido y el relativo tenían una misma forma *\*kwo/e*. Y que sólo tardíamente, tras la separación de la rama anatolia, se tendió a crear una rama diferenciada de relativo, que sin embargo no debió cristalizar de forma completa en la lengua común postanatolia, de manera que al respecto subsistió una amplia variación dialectal, que va desde la conservación de la forma común para ambas fun-



ciones hasta la creación de una forma diferenciada de relativo, con diversas modalidades dialectales.<sup>52</sup>

Este tema común para las formas indefinidas y relativas que los hechos lingüísticos destacan como propia del indoeuropeo más antiguo, está en la línea de la intuición de Apolonio Díscolo, cuando postulaba una significación indeterminada del “artículo hipotáctico” para justificar aquellas ocurrencias en que no presentaba un “antecedente” que diera cuenta de su uso habitual.<sup>53</sup> De manera que estos datos vienen a certificar la perspectiva desde la cual estamos abordando el fenómeno del relativo en este trabajo: es decir la *precedencia del uso independiente, no subordinante* –naturalmente en el estadio paratáctico– del conocido pronombre relativo del estadio hipotáctico. Esto se logra por el privilegio que la lengua otorga a las características sintácticas y semánticas de esta subclase pronominal, al desarrollar sus posibilidades de elemento integrador de dos cláusulas independientes. De todas maneras, el desarrollo independientes de las formas indefinidas e interrogativas en oraciones no subordinadas en latín es la prueba de que la especialización hipotáctica no agotó el fenómeno originario.

Si nos preguntamos ahora por el tipo de señalamiento de la forma indefinida que posibilitó el desarrollo de la subordinación, comprobamos que la sistematización de estos pronombres ofrece un grado de dificultad que ya fue entrevista por la gramática contemporánea.<sup>54</sup> Incluso en nuestra lengua es interesante observar que la Real Academia Española, si bien destaca la especificidad del pronombre indefinido frente a todos los restantes, enrola el

<sup>52</sup> Villar (1996:269).

<sup>53</sup> Recuérdese lo dicho en 1.3.2 sobre las formas castellanicas, “¿quién?”, “quien –relativo–” y “alguien”.

<sup>54</sup> Hay una síntesis del estado de la cuestión hasta ese momento en el trabajo de Ciapuscio (1988).

interrogativo con el resto de la clase –en la cual no figura el indefinido–, pasando por alto así la solidaridad semántica y etimológica de ambas formas.<sup>55</sup> El lugar especial de esta subclase está dado por el hecho de que su bajo contenido deíctico puede independizarlos, a diferencia de los otros pronombres, tanto del contexto lingüístico como del situacional. También debe tenerse en cuenta que, nuevamente como rasgo original, no identifican o tratan de identificar a sus referentes, y que además, a diferencia del resto de la clase pronominal, los indefinidos tienen componentes semánticos, ausente en los restantes, ostensivos solamente. La siguiente cita integra lo que llevamos dicho, a la par que destaca la señalización prospectiva, fundamental para el desarrollo de los usos relativos (destacamos la parte pertinente),

La mención de los demostrativos, relativos y personales presupone ya la existencia de un ente, en la situación o en el discurso, el cual se constituye así en objeto de la mención pronominal. Pero el indefinido crea *una situación nueva*, postula precisamente la existencia de un ser, de un fragmento de realidad *que no estaba dado en la situación*.<sup>56</sup>

Precisamente este hecho, de fundamental importancia para la génesis que queremos destacar, no es otro que la evidencia de

<sup>55</sup> No obstante parece intuirse el problema de la deixis del interrogativo frente a la de los otros pronombres con los que fue enrolado: “la naturaleza de su señalamiento no es propiamente textual, sino apelativa”, RAE (1975:2.7.7.c.). La reciente versión de la *Gramática*, bajo la responsabilidad de Alarcos Llorach (1994), no agrega nada al *Esbozo* en este punto.

<sup>56</sup> S. Fernández, citado por Ciapusio (1988:50). Nótese que aquí se resalta la particularidad del indefinido frente a otros pronombres, entre los que se cuenta, paradójicamente, el relativo. Es evidente que la distancia que media entre el actual estado evolutivo de la lengua y los orígenes del fenómeno ha oscurecido la primitiva solidaridad de estas formas.

que “las ocurrencias de ‘alguien’ son mayoritariamente *catafóricas*”.<sup>57</sup> De allí la necesidad, en el estadio de gestación del fenómeno, de un pronombre *correlativo*, que en otra cláusula viniera a desambiguar la indefinición abierta por la expectativa abierta en la primera, del tipo,

cui prodest scelus, is fecit. (Séneca, *Medea* 500)

1. ‘*a alguien* aprovecha el crimen, *ése* lo hizo’.
2. ‘*si a alguien* aprovecha el crimen, *ése* lo hizo’.
3. ‘*a quien* aprovecha el crimen, *ése* lo hizo’.

en donde se concentran todos los pasos que hemos venido anunciando, desde la primitiva parataxis (1) hasta la definitiva hipotaxis (3), pasando por una transformación que da cuenta del valor protáctico del relativo (2). Resta ahora sistematizar los hechos en griego.

### 1.3.4. La subordinación con relativo en griego

Nos resta abordar ahora esa última forma de nuestra lista (7. ὅς, ἧ, ὅ) que es aquella sobre la cual, entre los paradigmas deícticos-anafóricos, la lengua griega asentará definitivamente la subordinación, estableciendo vínculos entre las cláusulas no solo de ca-

<sup>57</sup> Ciapuscio (1988:55). Esta autora, también aporta una cita que viene a aclarar la especificidad de la subclase pronominal que nos ocupa (1988:53): “H. Vatter cita tres motivos para emplear una proforma indefinida: 1) el hablante no puede dar datos exactos y pide al oyente que los especifique –en este caso se refiere a los pronombres interrogativos–; 2) el hablante selecciona una forma indefinida por razones estilísticas, para ... aumentar la tensión, y más tarde él mismo especifica la forma pronominal; un ejemplo es el que sigue <...> y 3) el hablante no puede dar datos precisos, o por prudencia o simple deseo no quiere darlos, y tampoco los requiere como en 1). Que un segundo hablante especifique más tarde esta proforma es una consecuencia posible pero no necesaria <...>”.

rácter nominal, sino también adverbial –y en donde el tema de relativo, indeclinable, será interpretado entonces como conjunción–. A diferencia del latín, como hemos visto, el indefinido griego τις (y, con diferencia tonal, el interrogativo) no desarrollará un sentido hipotáctico, recurriendo la lengua para esa función a otros tipos del espectro anafórico. Precisamente en la lengua homérica conviven dos formas de las cuales una será seleccionada finalmente para cubrir el fenómeno de la subordinación, y puede resultar útil para la mejor inteligibilidad de este fundamental hecho lingüístico,<sup>58</sup> conjeturar qué características habilitaron a una forma antes que a otra para llenar definitivamente esta función.

Ya hemos tenido ocasión de relevar ocurrencias del tema \*so-, \*sa-, \*to- (artículo ó) interpretado como subordinante –en oportunidad del tratamiento de la anáfora en Homero–.<sup>59</sup> Volvamos desde la actual perspectiva sobre el fenómeno, y reparemos en este ejemplo de *Il.* 10,12:

θαύμαζεν πυρὰ πολλά τὰ καίετο Ἴλιόθι πρό.

‘se admiraba de las muchas hogueras *que* ante Ilio ardían’  
(López Eire, 1995, *ad loc.*)

‘admiraba las numerosas hogueras *que* ardían ante Ilio’  
(Crespo Güemes, 1991, *ad loc.*)

<sup>58</sup> El aspecto lingüístico de estos fenómenos es el hilo conductor de este capítulo. Los restantes abordarán las concomitancias psicológicas que caracterizarán al hombre de la oralidad frente al instalado en la cultura escrita. Como bien dice Notopoulos (1938:11), “The parataxis is first of all a state of mind rather than a form of literature”.

<sup>59</sup> Véase 1.2.2.1., en donde adelantábamos que sin embargo no sería ésta la forma privilegiada para articular la subordinación en el griego posterior.

Evidentemente la fuerza anafórica-subordinante del posterior “artículo” del griego clásico ha inclinado a los traductores castellanos a optar directamente por una traducción con relativo. Sin embargo, P. Monteil nos ofrece en el tratamiento de este verso una visión más completa del fenómeno:

Trois analyses sont possibles:

A: *il contemplait avec étonnement le nombre de feux; ceux-ci brûlaient devant Troie* (anaphore);

B: *il contemplait... le nombre des feux, ils brûlaient devant Troie* (union mélodique, subordination par la parole);

C: *il contemplait...les feux qui brûlaient devant Troie* (subordination grammaticale).<sup>60</sup>

Como se ve, en los dos primeros ejemplos se trata de la interpretación que privilegia la *yuxtaposición* de dos oraciones independientes, quedando librada la articulación de las cláusulas a la mera anáfora (A), o bien (B) a la unidad melódica que el hablante imprime a la totalidad expresiva. La interpretación por *subordinación* –la presencia de un signo gramatical que sanciona la unión– corresponde a la tercera versión (C).

Otro tanto podemos decir de esta otra ocurrencia, más rica de elementos sintácticos, en la que también el anafórico ó fluctúa entre una interpretación paratáctica y otra hipotáctica: se trata de los versos siguientes, también del contexto homérico (*Il.1,247-9*),

τοιῖσι δὲ Νέστωρ  
ἤδυεπῆς ἀνόρουσε, λιγύς Πυλίων ἀγορητής,  
τοῦ καὶ ἀπὸ γλώσσης μέλιτος γλυκίων ῥέεν αὐδή.

entre ellos Néstor,  
de meliflua voz, se levantó, sonoro orador de los pilios,

<sup>60</sup> Monteil (1963:28).

de la lengua *de éste* (de *cuya* lengua) más dulce que la miel fluía la palabra.

Notemos que en cualquiera de las dos interpretaciones la referencia del anafórico τοῦ es la misma: el nombre “Néstor”, con su epíteto y apósito. Pero el margen de indeterminación entre un uso meramente anafórico (*de éste*) y otro plenamente integrado en la segunda cláusula (relativo: *de cuya lengua*) subsiste.<sup>61</sup>

La lengua optará finalmente por otro tipo de integración: aquella en que la relación entre las cláusulas estará sancionada sin ambigüedad, y surgirá del *pronombre indefinido* (ὅς) y un *demonstrativo anafórico* en correlación con éste, según el modelo que hemos tenido oportunidad de estudiar en latín. La conocida sentencia de Menandro (583) puede ilustrar esta explicación, dado que es posible conjeturar un estadio previo de cuya transformación, precisamente, da cuenta la ocurrencia puntual –de hecho, éste es el estado de cosas en otros contextos, según veremos–,

ὄν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, <οὔτος> ἀποθνήσκει νέος.

El fenómeno arranca con ὄν, es decir, con un signo del campo mostrativo del lenguaje, devenido anáfora de *señalización indefinida*, como los demuestran los hechos en latín para este mismo fenómeno, y la intuición de Apolonio Díscolo en los casos límites de la sintaxis de este pronombre. Por su parte οὔτος (formado en base al anafórico simple ὅ) es una típica forma de *demonstrativo anafórico*, con la señalización usual de este tipo de pronombres, es decir, a

<sup>61</sup> Por supuesto que es meramente aleatorio a nuestra explicación actual que el relativo castellano, cuando está en caso genitivo, sea sentido como adjetivo y concuerde por ende con el sustantivo de la cláusula subordinada (‘de *cuya* lengua’).

algo ya conocido de la cadena hablada.<sup>62</sup> Ahora bien, οὔτος no puede sino *retomar*, como *correlativo*, la expectativa que en la otra cláusula ha sido abierta por la indefinición de la referencia de ὅς. De manera que en un estado de cosas originario nuestra oración era interpretada de esta forma:

‘los dioses aman *a alguien*, *ése* muere joven.’

estadio netamente paratáctico en que cada cláusula es una unidad de sentido en sí misma, con sus elementos básicos –verbo y sujeto– sintácticamente independientes unos de otros, pero ligados semánticamente por el anafórico “ése” en la oración siguiente. El avance de la subordinación sin embargo dio un paso más en la integración de la lengua: *sancionó por medios sintácticos* la unidad de sentido: la evocación de la primera cláusula en el interior de la segunda no quedó librada sólo a *hoûtos*, sino la proposición toda, por así decirlo, tomó a su cargo la función anafórica, al punto de *elidirse*, precisamente, por innecesario el correlativo, y el verbo *apothnéiskei* ser sentido como el verbo principal de todo el conjunto. La primera parte del complejo será reacomodada entonces como “sujeto” de la otra, transformada así en “principal” – y “subordinada” a ella la cláusula con relativo–, ‘*a quien* los dioses aman, *muere* joven.’, de donde el carácter *previo*, prospectivo, de la remisión indefinida se evidencia por su posibilidad de transformarse en una prótasis condicional,

‘si los dioses aman a alguien, *ése* muere joven’

<sup>62</sup> Más problemático es decidir si en el testimonio más antiguo en que podemos rastrear la deixis de *hoûtos* (es decir, el corpus homérico) ésta se presenta siempre como extradiscursiva, o bien como anafórica, o bien cumpliendo con ambos tipos de señalizaciones. Véase nota 66.

y como contrapartida, la habitual remisión a lo dado de todo anafórico, que lo ubica en la esfera del pasado.<sup>63</sup>

Este estado de cosas debió ser general, y quedan muchísimos vestigios del mismo –más allá de la explicación en extremo gramatical con que suele ser interpretado–. En el siguiente pasaje platónico, en un estadio muy avanzado de la lengua, se reproduce el fenómeno original, con la presencia del correlativo en una oración, y con la eliminación del mismo inmediatamente a continuación (Platón, *Ion* 541a3-7),

ΣΩ.] Ὅστις ἄρα ἀγαθὸς ῥαψωδὸς ἐστίν, οὗτος καὶ ἀγαθὸς στρατηγὸς τυγχάνει ὢν;

ΙΩΝ.] Μάλιστα, ὦ Σώκρατες.

ΣΩ.] Οὐκοῦν καὶ ὅστις ἀγαθὸς στρατηγὸς τυγχάνει ὢν, ἀγαθὸς καὶ ῥαψωδὸς ἐστίν.

ΙΩΝ.] Οὐκ αὖ μοι δοκεῖ τοῦτο.

Sócrates —Entonces, ¿quien [*cualquiera que*] es un buen rapsoda, ¿ese es también precisamente un buen general?

Ion —Exactamente, Sócrates.

Sócrates —Por lo tanto, también quien [*cualquiera que*] es precisamente un buen general, es también un buen rapsoda.

Ion —Eso en cambio no me parece.

La explicación usual es considerar que el *hoûtos* de la primera intervención socrática es el “antecedente” de la cláusula encabezada

<sup>63</sup> Recuérdese al respecto que la intuición de Apolonio se afirmaba en esta convicción, y que cuando no podía articular la relación del anafórico con el relativo (por ejemplo en la ocurrencia de *Odisea* 6,158-159, comentada en 1.2.2.2.2.), atribuía un valor indefinido al correlativo, buscando de esta manera salvar la esfera del pasado, propia del anafórico. En el ejemplo de Apolonio –según adelantamos en esa oportunidad– quizá la libertad del *habla*, que puede, según las necesidades expresivas, colocar libremente la cláusula con relativo después del pertinente correlativo –invirtiendo el orden lógico–, haya desdibujado la realidad de *lengua* (la antelación de la oración con relativo).



por el relativo –pese a que está en segundo lugar–, e interpretar como “proposición subjetiva” la oración con relativo que encabeza el segundo parlamento de Sócrates –en la cual se ha eliminado *hoûtos*–. Pero en la oración en que éste está presente tendría carácter catafórico, lo que suscitaría cuanto menos cierta perplejidad, dado su usual función anafórica.<sup>64</sup> Pero hay algo más con respecto a *hoûtos*: en la intensión de su significado debería contar con ciertos rasgos semánticos como para ser “retomado” por la cláusula con relativo –cosa que su carácter meramente ostensivo le impide–.<sup>65</sup>

Pero de lo que se trata, según venimos viendo, es de establecer la *expectativa de una entidad nueva* en el contexto para ir gradualmente desarrollando sus características en el discurso posterior (‘si alguien es un buen rapsoda...’), y en caso de que se considere el tema suficientemente presentado, proseguir la exposición bajo la modalidad hipotáctica –según hace Sócrates después de la respuesta de Ion–.

De lo que dijimos se puede conjeturar por qué ó no desarrolló el valor relativo que la lengua depositó en *ὅς*: la carga fuertemente anafórica del tema \**so-*, con su marcado mecanismo ostensivo hacia un punto anterior de la cadena hablada, no podía generar una perspectiva de carácter prospectivo, necesaria para aglutinar la cláusula en cuestión con aquella que habría de satisfacer la expectativa creada por su propio movimiento discursivo: sólo un signo con los rasgos semánticos de la indefinición podía cumplir esa función. La elección recayó en el pronombre \**yo/e-*, que dejaba en la ambigüedad al referente de su señalización. Y es

<sup>64</sup> Véase el abordaje a otro texto platónico con relativo en 1.4.

<sup>65</sup> Por supuesto que, en los términos de la nota anterior, no apoyamos nuestra interpretación en el orden de las cláusulas en el enunciado –que en este caso coincide con los hechos lógicos–: si hubiese habido en el texto platónico un orden inverso –que es lo usual– en la aparición de las proposiciones, sería absolutamente idéntica nuestra explicación del fenómeno. De nuevo remitimos a 1.4.

interesante señalar que, cuando en el contexto homérico veamos aparecer el tema del relativo asociado con un correlativo, éste va a ser usualmente ó, del tipo de *Il.* 2.36, τά φρονέοντ' ἀνὰ θυμὸν, ἃ ὅ' οὐ τελέεσθαι ἔμελλον ('Imaginando en su corazón cosas, que no se iban a cumplir'), y no οὔτος, que será la forma correlativa que se generalizará posteriormente.<sup>66</sup>

Para concluir este apartado, digamos que la frecuencia de la asociación de un relativo con un correlativo anafórico, del tipo,

ὅς .... οὔτος

acuñado primitivamente para la subordinación nominal, es el modelo a partir del cual se desarrollarán los variados pronombres y adverbios (=conjunciones subordinantes) que constituirán el entramado del paso paratáctico al hipotáctico en indoeuropeo, con la constitución de las diversas relaciones periódicas entre las proposiciones.<sup>67</sup> Ejemplificamos con las más importantes formas de origen

<sup>66</sup> La siguiente apreciación de Bakker (1996:6 –nota–) sobre este hecho parece argumentar a favor del valor prioritariamente deíctico de *hoûtos* en Homero, "The reason seems to be that in correlative constructions the demonstrative specifies what is dealt with elsewhere in the utterance, and so has no immediate deictic force". Para otros ejemplos de relativo y correlativo ó, *Il.* 1.554, 2.38, 4.361; *Od.* 1.257, 2.116, 5.188.

<sup>67</sup> Para la noción central en sintaxis superior de proposiciones adverbiales o períodos adverbiales, leemos en la clara síntesis de Mascialino (2005:103), "Son las proposiciones equivalentes de los complementos adverbiales de causa, fin, modo, tiempo, etc. Estas proposiciones adverbiales, unidas a otra antecedente, forman períodos adverbiales; porque *período sintáctico adverbial* es la expresión verbal de la relación (expresada por conjunciones y adverbios y/o por los modos verbales) de dos hechos existenciales, con uno de los cuales se enuncia la causa, la concesión, la condición, la consecuencia, la finalidad, el tiempo, la comparación, el modo, el lugar del otro. El *período adverbial* consta de *prótasis* (πρότασις palabra compuesta del adverbio πρό 'delante', 'antes' y del sustantivo τάσις 'tensión, extensión, esfuerzo' de la raíz ταν-,

relativo (acompañadas en algunos casos con el correlativo),

1. para los períodos modal-comparativos,

ὅσπερ, οἷος, ὅσος ..... τοῖος, τοιοῦτος, τόσος, τοσοῦτος<sup>68</sup>

2. para los locativos,

οὗ, ὅπου, ὅθεν, ὀπόθεν, οἷ, ὅποι, ἧ, ὅπη, ἔνθαπερ

3. temporales,

ὅτε, ὅταν, ὀπότε, ὀπότεν ..... τότε

4. causales,

ὅτι, διότι, ὡς;

5. consecutivas,

ὥστε, ὡς;

ὅς, οἷος, ὅσος, ἐφ' ᾧτε, ἐφ' ᾧ ..... τοῖος, τοιοῦτος, τοσοῦτος, ἐπὶ τούτῳ

Queda fuera del repertorio la importante conjunción subordinante εἰ, que introduce la prótasis condicional. Si bien no tiene origen relativo, lo que llevamos dicho bien puede compatibilizarse con la hipótesis de Chantraine, que conjetura un posible origen de esta forma a partir del locativo de un *demonstrativo* \* *e-/o*, que se hallaría en el adverbio εἶτα.<sup>69</sup>

τεν-, -cf. τανύω y τείνω 'tender', 'extender'—) 'premisa', 'propuesta', 'proposición': dato existencialmente previo, antecedente, y *apódosis* (ἀπόδοσις 'devolución', 'réplica', 'correspondencia', 'cumplimiento'; cf. ἀποδίδωμι): dato existencialmente consecuente. La prótasis propone; la apódosis responde."

<sup>68</sup> Además de los, también de origen relativo, ὡς, ὥσπερ, ὅπως, καθάπερ (κατά + ἄπερ), asociados frecuentemente con ὡς o οὕτως.

<sup>69</sup> Chantraine (1999: s.v. εἰ). De hecho para la forma latina de esta conjunción griega, *sí*, sabemos que la raíz deíctica *ESE* se encuentra en el origen de su formación, como tuvimos oportunidad de ver 1.3.2 *-in initio-*.

Los hechos en latín, por último, son paralelos al griego: la conjunción subordinante latina más importante, *ut*, es de clara procedencia relativa (del radical \**k<sup>w</sup>u*).

### 1.3.5. Distintos abordajes al fenómeno de la subordinación con relativo en griego

Vamos a pasar revista en este punto a algunos casos problemáticos de la sintaxis del relativo que interpretaremos de acuerdo con la perspectiva que dejamos asentada en el punto anterior, y que nos servirán, tanto para revisar las usuales explicaciones gramaticales del fenómeno, como para ligar –en los casos que la ocurrencia lo permita– el fenómeno del relativo en la etapa paratáctica con el contexto de la oralidad.

En el comienzo del *Fedón* el joven discípulo de Sócrates es interrogado en Fliunte sobre las circunstancias de la muerte del maestro acaecida en Atenas, y al mencionar la celebración sacra que demoró la ejecución de Sócrates por un cierto tiempo, hace alusión a la nave que marchaba hacia Delos (‘Aconteció, pues, que la víspera del juicio quedó coronada la popa de la nave que los atenienses envían a Delos’). Ante la pregunta de su interlocutor (‘¿Y cuál es esa nave?’), Fedón se ve invitado a explayarse (Platón, *Fedón* 58a10ss.),

Τοῦτ' ἔστι τὸ πλοῖον, ὡς φασιν Ἀθηναῖοι, ἐν ᾧ Θησεύς ποτε εἰς Κρήτην τοὺς “δὶς ἑπτὰ” ἐκείνους ᾤχετο ἄγων.

*Esa* es la nave, según cuentan los atenienses, *en la que* Teseo embarcó hacia Creta llevando consigo a aquellas siete parejas.

La dificultad de un análisis en pura sincronía de esta estructura subordinada, en la cual la cláusula con relativo tendría su “antecedente” en *τοῦτο*, estriba, según venimos adelantando, en

que **a)** un demostrativo no puede ser “explicitado” por otra cláusula, dado que su pertenencia al campo mostrativo presupone la ausencia de contenido semántico en la composición de sus rasgos, y, por otro lado, **b)** el señalamiento anafórico usual de este pronombre en este contexto estaría neutralizado.

En el trabajo de Martín López (1994), en el cual se lleva a cabo una muy buena selección e interpretación de pasajes en contextos de deixis y anáfora, desde los testimonios de Homero hasta el griego del siglo IV a.C., notamos la perplejidad que este texto –cuya traducción hemos seguido– suscita en el horizonte de la teoría del campo mostrativo que la autora ha ido elaborando. Así leemos (el destacado es nuestro),

Hay, no obstante, un patrón peculiar de referencia anafórica que, aun estando cercano a la catáfora, en modo alguno debe confundirse con ella. Se trata de aquellos casos en que el pronombre demostrativo funciona como *antecedente* de una oración de relativo o, eventualmente, de otro tipo de oración subordinada: en esta ocasión, el griego utiliza por lo general οὔτος, es decir, la forma propia de la anáfora. Ello puede explicarse teniendo en cuenta que el pronombre remite aquí, *no tanto al contenido de la oración subsiguiente*, como a la unidad lingüística representada por la estructura sintáctica en sí, de tal modo que entre ambos constituyentes se establece una relación de índole correferencial y, por tanto, anafórica (Martín López, 1994:31).

Debe tenerse en cuenta que la autora ha venido argumentando a favor de la función anafórica retrospectiva o anáfora propiamente dicha de οὔτος, reservando para ὅδε la señalización prospectiva o catáfora, lo que plantea en el presente texto del *Fedón* evidentemente una contradicción –en caso de que se piense a

*hoûtos*, como “antecedente”, claro—.70 Si entendemos bien, la explicación para salvar el contenido anafórico de *hoûtos* estriba en afirmar que se trata de una remisión catafórica aparente, dado que su señalamiento antes bien que a la oración subsiguiente apuntaría a la estructura sintáctica como un todo, y dado que el sentido general de los signos que conforman ambas proposiciones tiene como referente a la entidad “nave”, introducida previamente en el texto, no nos apartamos en consecuencia de la esfera del pasado, propia de *hoûtos*.

Por nuestra parte decimos lo siguiente: en primer lugar todo inclina a pensar que el problema está dado por el *lugar* que ocupa el anafórico en la cadena discursiva, dado que si la posición del pronombre viniera después del relativo, es probable que para la autora no estaría comprometido su valor anafórico, y argumentaría seguramente a favor de οὔτος como “antecedente” de la cláusula con relativo. Pero por nuestra parte podríamos pensar, de acuerdo con el valor indefinido del relativo sobre el que estamos argumentando, que sería lícito adjudicar al personaje del diálogo un pensamiento de esta naturaleza,

En una *cierta* nave Teseo embarcó hacia Creta ... es *ésa*  
—anteriormente mencionada por mí—.

<sup>70</sup> En el ámbito de la señalización intradiscursiva concordamos con la autora en reservar para *hoûtos* la mención de lo ya introducido en el texto, y para *hóde* la presentación de una nueva entidad discursiva. Nos parece más problemática en cambio la categórica estructuración del campo mostrativo originario de la lengua griega en un sistema deíctico binario que opone *hóde* a *ekeînos* (cercanía/lejanía), y otra que se establece entre *hoûtos* y *ekeînos* “de un carácter estrictamente anafórico” (1996:22-23). De hecho, debe tenerse en cuenta que en el artículo de Bakker (1999) se sostiene el valor deíctico en el contexto homérico no solo de *hóde*, sino también de *hoûtos*, y al respecto el breve análisis de este autor sobre *Il.* 3,166 ss. es útil para matizar el trabajo sobre el mismo pasaje que en forma más extensa hace Martín López (1996:23-24).

Pero no tenemos que olvidar que estamos frente a un texto del primer tercio del siglo IV a.C., en el cual el estadio hipotáctico se va consolidando en un movimiento paralelo a la difusión de la escritura, de manera que, si bien se trata de la representación de la palabra viva, es innegable el alto grado de elaboración estilística del diálogo platónico, e incluso la misma oralidad no está ajena al cambio que la lengua en su conjunto está experimentando. Todo esto debe ser tenido en cuenta al afrontar el análisis de las estructuras subordinadas del griego, ya sea como objeto de estudio gramatical o como índice de una particular cosmovisión.

En nuestro texto en cuestión la cláusula con relativo viene a continuación de la encabezada por el correlativo. La subordinación ha hecho innecesario aglutinar las proposiciones por medio de la tensión psicológica de la expectativa y la posterior aclaración. Sin embargo, de la ordenación primitiva queda la especificidad propia del pronombre indefinido que *contiene información semántica* frente a la mera señalización del anafórico correlativo.<sup>71</sup> La proposición en la que se encuentra el pronombre relativo, más allá del lugar en la cadena hablada, es la auténtica portadora de la información requerida en nuestro texto, y, además, tiene una *precedencia lógica* no sólo con respecto a *toûton* sino con el mismo signo *plôion*, ‘barco’ –al cual éste se refiere–, de manera que ambas características se complementan por el hecho de que *plôion* es un nombre de clase que engloba por ende a una multitud de individuos, y cuyos rasgos diferenciales (relacionados con Teseo, la procesión ateniense en conmemoración del hecho legendario de la muerte del Minotauro, etc.) el hablante conocía *previamente* antes de explicitarlos a pedido del oyente, por medio, precisamente, de la cláusula con relativo. De manera que podemos conjeturar que el sentido de las palabras del hablante, desarrollado en forma analítica –y que en nuestro texto aparece bajo la

<sup>71</sup> Recuérdese la descripción de los rasgos del pronombre indefinido en 1.3.3.

síntesis operada por el relativo—, es el siguiente

En una *cierta* nave Teseo embarcó hacia Creta .... La popa de *esa* nave quedó coronada en la víspera del juicio de Sócrates. Sobre *esa* nave voy a responder.

La dificultad del análisis de las proposiciones con relativo está explícitamente formulada en la sintaxis griega de Rodríguez Adrados, en donde leemos, “los tipos de oraciones de relativo son varios ya las interpretaciones en partes divergentes”.<sup>72</sup> Como muestra de las diversas dificultades que el análisis de este tipo de subordinación lleva implícitas, presenta una lista cuyas variadas ocurrencias ilustran el fenómeno, y que procede a continuación a analizar. La lista es la siguiente,

- a) ἀνδρὸς Ἑλληνος λόγοις / πεισθεῖσ' ὅς ἡμῖν σὺν θεῶ τείσει δίκην. (E., *Medea* 802)
- b) ὁ μέντοι οἶμαι φράσω. (Pl., *Tht.* 146d)
- c) ὁμώνυμα ὧν ὄνομα μόνον κοινόν. (Arist., *Cat.* 1a1)
- d) ὅς ἦν ὁ ἀναδέξας οὐκ ἔχω εἰπεῖν. (Hdt., 6.124)
- e) τοῦτο μὲν τοίνυν πρῶτον ἦν ὧν ἔλεγεν. (Pl. *Tht.* 193a)
- f) τῷ ἀνδρὶ ὃν ἂν ἔλησθε πείσομαι. (X. *An.* 1.3.15)

A los fines del presente trabajo va a resultar útil conocer el análisis de Adrados para la oración **b)** de la lista, dado que su

<sup>72</sup> Adrados (1992:330). Es el más importante tratamiento actual sobre sintaxis griega en nuestra lengua. Es útil conocer también la obra de Crespo-Conti-Maqueira (2003), aunque en lo que respecta al relativo se mantiene en el abordaje tradicional.



aproximación al fenómeno tiene puntos de contacto con la perspectiva paratáctica que estamos desarrollando.<sup>73</sup> El abordaje a la oración que nos ocupa está anticipado por una visión de conjunto que comprende también a los ejemplos **c)**, **d)** y **e)**, de los cuales afirma “en todos ellos la oración de relativo equivale no a un adjetivo, sino a un nombre”.<sup>74</sup> Con esto quiere decir que en ninguno de los ejemplos que van de **b)** a **e)** se halla una expresión nominal correlativa del relativo, hecho que la gramática tradicional explica por la elipsis del antecedente, y que Adrados rechaza categóricamente, según leemos a continuación,

Pero históricamente no se ha perdido ningún antecedente, el relativo era en principio un demostrativo: ὁ μέντοι οἶδα φράσω era ‘eso sé, (lo) diré’. Y en el caso de las conjunciones que derivan del relativo, como ὅ, ὅτι, ὅτε, a veces hay antecedente, a veces no, y nadie dice que esté elíptico. Por otra parte, ¿cómo podría un elemento elíptico ejercer una atracción?<sup>75</sup>

Como es fácil de imaginar, encontramos puntos en común entre esta interpretación y lo que llevamos dicho a lo largo de nuestra exposición. Efectivamente, la “objetiva” del verbo φράσω –ejemplo **b)**– es tratada como una *oración independiente*, ya que el relativo en cuestión es interpretado como el portador de un señalamiento (‘eso’), que aún no es sentido como factor de aglutinación entre las cláusulas (‘diré *lo que sé*’). El autor, en suma, ha puesto en juego

<sup>73</sup> Aunque después esta interpretación no se sostiene para el abordaje a las restantes ocurrencias, en las cuales el autor se mantiene en el análisis tradicional. La discusión total se halla en un artículo anterior nuestro (Castello:1998-1999).

<sup>74</sup> Adrados (1992-331). La cláusula con relativo asimilada a la función adjetiva había sido establecida previamente en su interpretación para los ejemplos **a)** y **f)**.

<sup>75</sup> Adrados, *ibidem*. Con la última mención adelanta el tratamiento de **e)**, para el cual, como dijimos, remitimos al trabajo mencionado en nota 73.

una explicación histórica que nos remite al estadio paratáctico con el estamos trabajando en nuestra aproximación.

Si profundizamos un poco más la traducción que nos ofrece Adrados, ‘eso sé, (lo) diré’, sería lícito preguntarnos si la necesaria reposición del anafórico ‘lo’ en español no nos podría estar indicando el camino de la génesis del tipo de subordinación que nos ocupa: el conocido mecanismo de la asociación de un relativo con un correlativo (*‘eso...lo...’*).<sup>76</sup> Tanto es así, que la frecuencia de la aparición de ambos elementos pronominales en las cláusulas respectivas que conforman la unidad sintáctica, ha sido el punto de arranque de la impostación del tipo “adjetivo” por sobre todos los otros en la perspectiva tradicional. Sin embargo, este ingenuo logicismo gramatical no puede ser descartado de plano por nosotros, dado que supone la *presencia otro elemento de enlace en la segunda cláusula* que entra en juego en el fenómeno en cuestión, y esto es fundamental en el esquema teórico con que estamos abordando la evolución de la parataxis hacia la hipotaxis. Sucintamente, entonces: el anafórico español es tan necesario en este estadio de lengua como lo era el pronombre correlativo en el punto de arranque del fenómeno que, en la otra cláusula, retomaba,

<sup>76</sup> No es infrecuente encontrar en las lenguas modernas sobrevivencias con carácter más o menos sistemático de ciertas estructuras que eran la norma sintáctica en griego como en latín. Piénsese en la persistencia de construcciones del tipo español *te ordeno salir, te oigo hablar*, que nos retrotraen a la génesis de la proposiciones de sujeto en acusativo y verbo en infinitivo latinas a partir de un *verbum voluntatis*, por ejemplo, *iubeo*, en *iube hunc abire* (Ter., *Heaut.* 585). Estas construcciones proliferan a lo largo de todos los períodos de la lengua latina, pero fundamentalmente en la lengua literaria. En la popular tienden a perder terreno por la concurrencia de otras oraciones subordinadas, entre las cuales cobra mayor relevancia las encabezadas por la conjunción *quod*. Esta tendencia se va incrementando desde la época imperial, hasta el punto de desaparecer la estructura de *accusativus cum infinitivo* en las lenguas romances, más allá de los hechos marginales anotados. Véase Castello (2001b).

evocaba el relativo, según hemos visto. Es decir que, según nuestra posición en este problema, por un lado nos apartamos de la concepción tradicional al no reconocer la precedencia lógica del pronombre relativo –no hay tal cosa como “adjetivas” en los orígenes–, pero, por otro lado, no negamos la necesaria presencia de **dos** pronombres en cláusulas independientes en la génesis de la subordinación, de manera que tampoco coincidimos con una explicación absolutamente sincrónica del fenómeno, que al basar la interpretación en el abstracto estadio hipotáctico de la lengua, desvirtúa muchas veces el análisis de ocurrencias que reproducen el estado de cosas paratáctico de la lengua.

Para sintetizar: si tenemos en Hesíodo,

οὔτος μὲν πανάριστος, ὅς αὐτὸς πάντα νοήσῃ.  
(*Trabajos y días*, 291)

*ése* es el mejor en todo, *uno que* comprende todo por sí mismo.<sup>77</sup>

no dudamos en suponer que esta estructura está representando un estadio previo de la lengua, y que su evolución podría haber concluido perfectamente en

<οὔτος> πανάριστος μὲν, ὅς αὐτὸς πάντα νοήσῃ.

es el mejor en todo, *quien* comprende todo por sí mismo.

con la eliminación del correlativo ante la definitiva integración de la cláusula con relativo a la “principal”, cuyo sujeto proposicional pasa ahora a representar.

<sup>77</sup> Obsérvese que en la traducción castellana no pudimos obviar la interpretación con relativo (“*uno que*”). De todas formas el claro valor protásico de la cláusula con ὅς asegura su precedencia lógica: ‘si *uno* puede interpretar todas las cosas por sí mismo, *ése* es el mejor en todo’.

En definitiva, esto nos confirma la transformación inversa a la cual fue sometida en 1.3.4. la sentencia de Menandro 583, ὄν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος, que en la ocasión representaba el testimonio conservado, y que supusimos lógicamente derivado del tipo, ὄν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, <οὗτος> ἀποθνήσκει νέος, con la presencia del primitivo correlativo.

Este tratamiento de la sintaxis del pronombre relativo en el griego antiguo por parte de dos autores contemporáneos, ha servido tanto para ofrecernos un mínimo estado de la cuestión como para soslayar las dificultades de su abordaje, de donde se desprende la necesidad de una perspectiva diacrónica como la que estamos proponiendo para la adecuada interpretación de los casos en que el estadio hipotáctico ha desdibujado los hechos originarios, susceptibles de hallar su plena inteligibilidad sólo con la remisión a la parataxis originaria.

#### 1.4. OTROS FENÓMENOS LINGÜÍSTICOS DEL ESTADIO PARATÁCTICO

Si el horizonte del estadio paratáctico –en el que se desenvuelve la tensión entre oralidad y escritura, objeto de nuestro recorrido total– condicionó nuestra elección por el pronombre relativo como signo privilegiado por la lengua para sancionar gramaticalmente el paso de la parataxis a la hipotaxis, debemos tener en cuenta que la consolidación lingüística en una sintaxis compleja o *léxis kates-tramméne*<sup>78</sup> se apoyó también en otros fenómenos gramaticales que acompañaron la tendencia general, y que serán estudiados a conti-

<sup>78</sup> Aristóteles, *Retórica* 1409a 25ss.: “La expresión es, por fuerza, o coordinativa (εἰσομένη) y ligada por medio de una conjunción ... o correlativa (κατεστραμμένη) ... [la que se distribuye] en períodos (περίοδος)”.

nuación,<sup>79</sup> y con cuya reseña daremos término a este capítulo para abordar en el siguiente el estudio de las obras homéricas, entendidas como manifestación de la parataxis en la creación narrativa.

#### **1.4.1. De la construcción impersonal a la construcción personal**

El fenómeno de la construcción personal es una de las manifestaciones sintácticas en que la lengua evidencia su tendencia a la uniformidad sistemática, que acompaña el tránsito lingüístico del estadio paratáctico al hipotáctico. Como los hechos históricos testimonian, verbos originariamente terciopersonales, con apoyatura meramente sintáctica en la tercera persona (como los que daban cuenta de fenómenos atmosféricos –*ὕει* ‘llueve’–, o de la expresión de la mera necesidad –*δεῖ σε δεῖξαι* ‘hay necesidad para ti de mostrar’–), son llevados a concordar con una entidad sujeto, de acuerdo con la tendencia general que habrá de acompañar la evolución de la lengua. En lo que sigue se ejemplificará a partir de tres instancias típicas de la construcción personal, en cuya génesis aparecerá la construcción impersonal como punto de arranque del proceso sintáctico –de la misma manera que las cláusulas subordinadas con el pronombre relativo suponían el resultado de una evolución a partir de una correlación de cláusulas independientes, de acuerdo con el orden de integración propio del estadio paratáctico–.

A. El fenómeno sintáctico de la construcción personal, tal como se da en la relación de un verbo conjugado y una cláusula con infinitivo,<sup>80</sup> puede sintetizarse en estos tres ejemplos típicos,

<sup>79</sup> Para su integración en la presente temática hemos tomado como base diversos trabajos anteriores nuestros. Véase Castello (1998; 2001a; 2001b).

<sup>80</sup> Precisión necesaria ya que, como se verá, el paso de la impersonalidad a la personalidad gramatical tiene otras manifestaciones en la lengua aparte de la presente.

1. ἐλέγοντο οἱ Χαλδαῖοι ἐλεύθεροί τε καὶ ἄλκιμοι εἶναι.  
(Jen., An. 4.3.4)
2. δίκαιος εἶ εἰπεῖν. (Pl. *Banquete*, 214c3)
3. οὐδὲ πόρρω δοκοῦμέν μοι αὐτοῦ καθῆσθαι.  
(Jen., An. 1.3.12)

En 1) el sujeto de la voz pasiva caracterizada por el verbo ἐλέγοντο estaría adecuadamente representado por una tercera persona singular \*ἐλέγετο ‘se decía’ en lugar de esta concordancia forzada con οἱ Χαλδαῖοι, que literalmente tendríamos que traducir ‘los caldeos eran dichos...’. Es por ello que la propuesta más coherente de interpretación de este tipo de construcción personal es su transformación en, precisamente, impersonal, con la sintaxis usual de *accusativus cum infinitivo*

\*ἐλέγετο τοὺς Χαλδαίους ἐλεύθερούς τε καὶ ἀλκίμους εἶναι.<sup>81</sup>

‘se decía que los caldeos eran libres y fuertes’

En 2) no se trata de atribuir el calificativo de ‘justo’ (δίκαιος) a alguien por el hecho de tomar la palabra, sino que lo que es justo (δίκαιόν ἐστι) es que el otro hable –en las circunstancias particulares que describe el diálogo en cuestión–. De manera que, reinterpretando la oración y extrayendo el sujeto del verbo εἶ (σύ) para asociarlo –en acusativo– al infinitivo, de acuerdo con la sintaxis habitual antes mencionada, tendríamos

\*δίκαιόν ἐστι σὲ εἰπεῖν

es justo que tú hables

<sup>81</sup> Así por ejemplo en Her. 3,26 ἐς τοῦτον τὸν χρόνον λέγεται ἀπικέσθαι τὸν στρατὸν ‘se dice que el ejército llegó hasta este paraje’.

Nos encontramos en 3) con la muy frecuente –y característica del tipo– construcción personal del verbo δοκέω, que nos da oportunidad de resumir lo dicho en esta presentación: es el desplazamiento del sujeto implícito en el infinitivo (aquí un ἡμεῖς ‘nosotros’, para καθῆσθαι) el que afecta el carácter del verbo impersonal transformándolo en personal, por lo cual, frente a la esperable forma \*δοκεῖ μοι, en tercera personal gramatical y en absoluto antropológica, tenemos la intraducible asociación δοκοῦμέν μοι –que es al fin de cuentas la expresión que nos transmite el texto–. Se trata, entonces, de restituir la primera personal plural para el infinitivo, al cual pertenece propiamente desde la perspectiva semántica, bajo las condiciones que impone la sintaxis de la lengua: el caso acusativo como sujeto habitual de un verbo en infinitivo

\*οὐδὲ πόρρω δοκεῖ μοι ἡμᾶς αὐτοῦ καθῆσθαι.

me parece que nosotros no estamos acampados lejos de allí

que es claramente el sentido del texto, en el cual el personaje de la historia manifiesta la temida posibilidad de que el campamento del jefe –que puede tornarse su enemigo– no está lejos del que ellos ocupan.

Esta construcción llega a ser frecuentísima –y casi excluyente con el verbo δοκέω– a partir de la época clásica, y posiblemente sin ningún tipo de contradicción en la conciencia del hablante. Pero estas particularidades sintácticas que se ofrecen en la pura sincronía de la lengua pueden ser de interés para la investigación gramatical, que a través de la perspectiva diacrónica y del panorama de otros hechos afines en el sistema, puede esbozar algún tipo de lógica de este fenómeno.

**B.** Justifiquemos, ya que será de interés para nuestro propósito, la ejemplificación típica efectuada anteriormente. Bajo 1) teníamos a ἐλέγοντο, que corresponde a la voz pasiva de un verbo de “entendimiento y lengua”, categoría bajo la cual podemos incluir otras formas pasivas de frecuente construcción personal como ἀγγέλλεται, ὁμολογεῖται, νομίζεται, etc.<sup>82</sup>

Con relación a la perífrasis de ἐστί con predicativo en uso personal que teníamos en 2), nos encontramos con un grupo menos homogéneo que el anterior, cifrado en torno a los verbos de “voluntad y capacidad”, en donde, además de las formas que caracterizan propiamente a la categoría, se encuentran los verbos y expresiones impersonales que indican ‘es preciso’, ‘se debe’, etc. Ahora bien, en la posibilidad del uso personal de estos últimos está su importancia para nuestro estudio, como es el caso de los predicativos ἀναγκαῖος, ἄξιος, δυνατός, ἐπιτήδειος, etc., usados concertadamente con el sujeto del infinitivo, según hemos visto en el caso de δίκαιος εἶ.<sup>83</sup>

<sup>82</sup> Y tenemos así ὁ Ἀσσύριος εἰς τὴν χώραν αὐτοῦ ἐμβαλεῖν ἀγγέλεται, en Jen. Cir. 5,3,30, por \*τὸν Ἀσσύριον...ἐμβαλεῖν ἀγγέλεται ‘se anuncia que el asirio se apresta ...’; o también <Ἐρωσ> ὁμολογεῖται γε παρὰ πάντων μέγας θεὸς εἶναι, Plat. Banquete, 202b6 (por \* <τὸν Ἐρωτα> ὁμολογεῖται... μέγαν θεὸν εἶναι), etc.

<sup>83</sup> Nos estamos manejando con la tradicional categoría de “verba putandi aut dicendi” –aquí “entendimiento y lengua”– y la de “verba voluntatis”. No ignoramos las contaminaciones, el énfasis del hablante en cada ocasión, etc., que hacen difícil la clasificación rigurosa. De todas formas, hay algunos hechos básicos que permiten deslindar los tipos puros: el grupo de los verbos de voluntad está caracterizado negativamente frente a los otros: no alterna con la construcción con ὡς / ὅτι ni lleva οὐ ni ἄν. La clasificación de Humbert, al menos en lo que a los impersonales y formas afines se refiere, no difiere de lo expuesto. Así en su *Syntaxe* (31960:§325) incluye las expresiones que nos ocupan bajo la subdivisión de “Propositions d’action” y argumenta lo siguiente –lo destacado en itálica es del autor–: “<verbes impersonnels et périphrases nominales au neutre> c’est sous cette forme qu’apparaît le mieux cette *virtualité générale*



El verbo *δοκέω* que aparece en 3) es el que paradigmáticamente plantea los límites de una clasificación rigurosa: comparte características de un verbo “putandi aut dicendi”, propias de 1), pero por su connotación subjetiva corresponde propiamente que sea enrolado también en 2). De todas formas, su tratamiento aislado –como sería el caso de *φαίνομαι* y *ἔοικα*, de similar significado en su uso personal– será de interés para nuestro trabajo.<sup>84</sup>

C. Dado que el rasgo sintáctico común que comparten las tres variantes de la construcción personal consiste en que el habitual acusativo del infinitivo aparece en nominativo y fuerza, en consecuencia, la esperable concordancia en número y persona del verbo principal,<sup>85</sup> será de interés para nuestro trabajo detenernos un poco en la génesis de esta construcción de *accusativus cum infinitivo*, cuya dislocación constituye, precisamente, lo característico del fenómeno sintáctico que nos ocupa. Por otro lado será lícito preguntarnos si esta manifestación de la personalidad gramatical es exclusiva de este tipo de construcción, o bien tiene otras ocurrencias en la lengua, lo cual implicaría un marco semántico más

*le d'action qui est la caractéristique de la catégorie. Ces verbes expriment de façon générale, la nécessité (δεῖ, χρῆ, ἀνάγκη ἐστίν), la possibilité (ἔξεστι), la convenance (προσῆκει), toute qualité abstraite en général (καλόν ου κακόν ἐστι); d'ailleurs parmi ces virtualités, l'une peut se réaliser: c'est le cas de συμβαίνω 'il arrive, il se produit que...' <...>”.*

<sup>84</sup> En el ejemplo de *Il.* 7, 192 *δοκέω νικησέμεν* “Εκτορα “creo –pienso– que voy a vencer a Héctor” no está claro si partimos de una transformación de una oración simple en indicativo (“venceré a Héctor”), que involucraría a *δοκέω* en el grupo de verbos pensar o decir, o bien esta oración compleja tuvo como base una oración simple que expresaba un deseo (“¡ojalá venza a Héctor!”), claramente verbo de voluntad entonces. De todas formas es innegable que por la connotación subjetiva de sus significaciones (“suponer”, “decidir”, “parecer”) cae indudablemente del lado de los “verba voluntatis”.

<sup>85</sup> Originariamente, como se verá, en tercera persona singular, es decir, “terciopersonal” (o, directamente, “impersonal”).

vasto donde poder integrar –y explicar– el presente fenómeno. Estos dos puntos nos van a interesar en este apartado.

Hay consenso en admitir que la cláusula de sujeto en acusativo y verbo en infinitivo arrancó de la sintaxis de los verbos de voluntad con dos acusativos, uno de los cuales era un infinitivo. Es decir que el habitual uso de “determinación general” del infinitivo,<sup>86</sup> se vio determinado por la presencia de un nombre en acusativo, posteriormente asociado a él como su sujeto –con la condición de que este nombre no coincida con el sujeto del verbo principal–. Es decir que en una oración como la de *Od.* 23, 258

σὲ θεοὶ ποίησαν ἰκέσθαι οἴκον.

se puede presuponer una interpretación original en la cual había para *ποίησαν* dos determinaciones: la del acusativo de persona y la del infinitivo, también equivalente a un acusativo. Pero es probable que el relajamiento de la relación con el verbo principal, aunado a un nuevo agrupamiento melódico, haya producido el disloque sintáctico que dio como resultado el sentir al acusativo *σὲ* como sujeto de *ἰκέσθαι*, reinterpretándose toda la oración como

los dioses hicieron que tú llegaras a casa.<sup>87</sup>

Este es el camino que lleva, analógicamente, a extender esta construcción a los verbos de entendimiento y lengua, aunque el

<sup>86</sup> Adrados (1992:641ss.). El infinitivo puede ser determinante del sustantivo, del adjetivo e incluso del adverbio, además del verbo.

<sup>87</sup> En latín la génesis es evidente a partir de un “*verbum voluntatis*” como *iubeo* en *iube hunc abire* (Ter. *Heaut.* 585), donde *hunc* se interpreta como sujeto de *abire*, pero primitivamente no es sino el objeto de *iube*, estadio en el cual el infinitivo, por su parte, era una especie de acusativo de relación. Para más información sobre este tipo de cláusulas vuélvase a la nota 76.

uso que hacían del doble acusativo era mucho menos frecuente que el practicado por los verbos de voluntad.<sup>88</sup>

Una precisión más con respecto a la función sintáctica del infinitivo: es evidente que su carácter mismo de determinante lo imposibilitaba originariamente para actuar como nominativo sujeto. En cambio el infinitivo complemento que estamos viendo es una coherente especialización de ese uso determinativo general. De donde resulta que los innegables usos subjetivos que posteriormente se darán en la lengua son una innovación. No se trata ahora de profundizar todos los hechos que crearon esta nueva función del infinitivo, fundamentalmente a partir del siglo V, pero sí de destacar que a la base del fenómeno está también el uso del doble acusativo, pero en dependencia de *ἐστί* o de impersonales (*χρή, δεῖ, ἔδοξε*, etc.), cláusula reinterpretada como sujeto del verbo impersonal, pero que en un principio se trataba de un ‘ser para, con respecto a’, de un infinitivo complemento, en fin, como el que se daba en los verbos transitivos –acompañado eventualmente de un nombre también en acusativo–.<sup>89</sup>

<sup>88</sup> No obstante las fronteras son vagas: un mismo autor puede aceptar casi sin reservas los “*verba voluntatis*” como origen de las construcciones que nos ocupan (Adrados:1992, de quien tomamos *Od.* 23, 258), pero también pensar que de *Il.*1.521 *καὶ τὲ μὲ φησι μάχη Τρώεσσιν ἀρήγειν* hay dos interpretaciones posibles: ‘y dice de mí que ayudo a los troyanos en la batalla’ o bien ‘y dice que yo ayudo a los troyanos en la batalla’, y concluir por reconocer en esta última la interpretación común y en la primera la originaria (p. 109). Ahora bien, la clásica “objetiva” con sujeto en acusativo y verbo en infinitivo de la segunda versión, ha tenido su punto de arranque ahora a partir de un verbo de lengua.

<sup>89</sup> En la clásica *Syntaxe latine* de Ernout-Thomas (?1953) se destaca con bastante énfasis el valor de complemento del infinitivo en dependencia de verbos impersonales o locuciones con el verbo “ser” (§272 y 273), incluso la interpretación sintáctica se extiende al moderno francés “*C’est d’un point de vue purement grammatical et extérieur que l’infinitif est alors considéré comme sujet: ‘mentir*

En las cuatro primeras oraciones que siguen hemos creído encontrar ejemplos límites de la familiar noción de “sujetiva”, quizá por corresponder a un estadio más próximo a la génesis del fenómeno e ilustrar, por lo tanto, lo que llevamos dicho. El ya citado ejemplo de Heródoto en nota 81, en cambio, puede ser enroldado como cláusula indudablemente sentida como sujeto de λέγεται.

- Hdt. 1.141: τοῖσι δὲ Ἴωσι ἔδοξε πέμπειν ἀγγέλους.  
 Tuc. 6.29: ἔδοξε πλεῖν τὸν Ἀλκιβιάδην.  
 Il. 9.337: τί δεῖ πολεμιζέμεναι Τρώεσσιν Ἄργείους;  
 Il. 23.644: ἐμὲ δὲ χρῆ γῆραι λυγρῶ πείθεσθαι.  
 Hdt. 3.26: ἐς τοῦτον τὸν χῶρον λέγεται ἀπικέσθαι τὸν στρατὸν.<sup>90</sup>

es laid'. En réalité, il sert de complément d'objet à la locution formée avec *esse*, comme, du reste, en français dans le tour 'il est honteux de mentir' (§272 a.)”.

<sup>90</sup> En las dos primeras oraciones ἔδοξε tiene el claro sentido de “décisions ayant force de loi, de décrets” (A. Bailly, *s.v.* δόκέω A.IV.) y por eso es usual verlo en la fórmula inicial de los decretos: ἔδοξε τῇ βουλῇ (Aristóf. *Tesm.* 372). Para la misma acepción LSJ nos propone “seem good, be resolved on” (II.3). Ahora bien, si hay un sujeto en la primera oración es el dativo “los restantes jonios”, pues en el contexto son ellos quienes –a excepción de los milesios– se decidieron a mandar mensajeros a los espartanos en busca de ayuda. En la segunda oración es donde el sentido impersonal (=indefinido) surge con toda claridad: Tucídides no tiene interés en mencionar a los enemigos de Alcibíades, esos que prefieren dejar la acusación para el momento de su ausencia, por eso se limita a decir ‘se decidió que Alcibíades navegara’ (= ‘existió una decisión con respecto a Alcibíades: dejarlo navegar’: acusativo de persona y acusativo *de relación* –infinitivo–). En la primera de las dos oraciones citadas de la *Ilíada* Aquiles tiene mucho interés en denostar a Agamenón frente a los miembros de la embajada: deja en claro que él es el mayor beneficiado con esta guerra, y concluye ‘¿qué necesidad hay para los argivos de luchar contra los troyanos?’ Las buenas traducciones de Crespo Güemes (1991) y López Eire (1995) prefieren sin embargo la traducción por sujeto antropológico, y así tenemos respectivamente: ‘¿por qué debemos luchar...?’, y

El esquema oracional del indoeuropeo clásico es mayormente el de la oración verbal bimembre con sus correspondientes tipos –enunciativo, interrogativo y volitivo–. Sin embargo, esta generalización no implica exclusión de otros modelos de oración, bien que reducidos ya al carácter de restos en el período documentado de una lengua como el griego. O sea es posible conjeturar un uso extendido, en las primitivas fases del indoeuropeo, de la oración nominal –unimembre y bimembre–, y de la unimembre verbal –junto con la bimembre, que terminará absorbiendo todo el sistema–. Nos interesa aquí detenernos en la verbal unimembre, y dentro de esta clase reparar en el grupo de verbos que habitualmente carecían de sujeto, yendo el verbo en tercera persona. Es decir los llamados verbos impersonales, sobre todo los meteorológicos y los de sentimiento. En los primeros, yace la concepción del hecho como puro fenómeno, algo que simplemente sucede: ὕει ‘llueve’, νείφει ‘nieva’. Y es obvio aquí el uso de no-persona originario de la “tercera persona” verbal.<sup>91</sup> Para los verbos de sentimiento impersonales está el hecho de la precedencia de formas terciopersonales del tipo griego δοκεῖ μοι, δεῖ o latino

‘por qué han de seguir luchando...’. Como se ve, se evita de esta forma la versión por “sujetiva”: ‘¿por qué es necesario que ...?’. El anciano Néstor en el último ejemplo de Homero concluye, tras un nostálgico repaso de sus hazañas de otro tiempo, ‘menester es para mí obedecer a la luctuosa vejez’. O sea la pura noción de la conveniencia (χρηή) determinada por dos acusativos. Frente a las ocurrencias mencionadas la oración extraída de Heródoto –antes mencionada– se nos presenta como una cláusula cerrada, de la cual se predica que “es dicha”. Quizá la clave esté en su transformación a partir de la oración activa, como trataremos de demostrar.

<sup>91</sup> “En ὕει, *tonat, it rains*, es por cierto como no-personal como es narrado el proceso, en tanto que puro *fenómeno*, cuya producción no es referida a un agente; y las locuciones Ζεὺς ὕει, son, a no dudarlo, recientes y de algún modo racionalizadas al revés. La autenticidad de ὕει está que enuncia positivamente el proceso como desarrollándose fuera del ‘yo-tú’, únicos que indican persona” (Benveniste I:166).

*puđet, taedet*. Es decir que la concepción subyacente es la conocida mentalidad de que la vida “interior” del hombre, sus temores, afectos, esperanzas, pensamientos, tenían su fuente fuera de él, algo inspirado por potencias divinas: δεῖ σε δεῖξει Σóf. *Áyax*, 556: ‘hay necesidad para ti de mostrar’ (LSJ, s.v. δεῖ: ‘it is needful for one to do, one must’); *eos vitae taedet*, Cic. *Att.* 5, 16, 2: ‘hay hastío relativo a la vida en lo que a ellos concierne’ (= ‘ellos están hastiados de la vida’).

Sabemos, como adelantamos, que este tipo de expresiones decrece en la época histórica. Para el grupo de los últimos verbos el paulatino avance de la tematización de la subjetividad lleva al hallazgo de un agente personal con lo cual se enrolla este tipo de oración en la clase de las verbales bimembres δοκῶ *pudeo*. Lo mismo ocurre para los verbos de fenómenos atmosféricos, que son integrados al esquema bimembre por medio de la incorporación de un sujeto, que es el caso ya visto de Ζεύς (cf. francés *il* en *il pleut*).<sup>92</sup>

D. Si volvemos ahora a los ejemplos con que abrimos el trabajo, nos encontramos con lo siguiente: para

1) ἐλέγοντο οἱ Χαλδαῖοι ἐλευθέροί τε καὶ ἄλκιμοι εἶναι.

típico verbo de lengua, debemos pensar en una transformación pasiva a partir de la activa

\*ἐλεγον τοὺς Χαλδαίους ἐλευθέρους... εἶναι.

<sup>92</sup> Lo mismo ocurre en latín con el interesante caso de la pasiva impersonal, ya de verbos intransitivos, *in totis aedibus...bibitur, estur, quasi in popina* (Pl. *Poen.* 834-35); *itur in antiquam silvam*, Verg. *Aen.* 6, 179), etc.; ya de transitivos, punto de arranque de la construcción personal (es el típico ejemplo que va de *dicitur Gallos in Italiam transisse* a *Galli dicuntur in Italiam transisse*).

la cual tuvo dos vertientes: la una analógica con esta construcción activa de *accusativus cum infinitivo*

\* ἐλέγοντο τοὺς Χαλδαίους ἐλευθέρους ... εἶναι.

que reproduce la sintaxis del ejemplo citado en nota 81, y la otra, representada por nuestro ejemplo típico, con el sujeto y el predicativo en nominativo, y que terminó por imponerse debido a la tendencia ya mencionada de la lengua a reducir el impersonal.

En 2) teníamos

δίκαιος εἶ εἰπεῖν.

en donde el giro personal se vio favorecido por la analogía con otros adjetivos que contaban con el infinitivo determinativo para precisar su sentido, así tenemos *Il.* 15, 570 ἄλκιμος μάχεσθαι, o bien en *Od.* 8,123 θεῖειν...ἄριστος, y en testimonios más recientes, *Jen. An.* 1,9,1 ἄρχειν ἀξιότατος, etc., y por supuesto que a veces con un claro valor final-consecutivo δεινός, οἷός τε, etc.). Pero es lícito suponer por lo que llevamos dicho y por el mismo contexto de donde hemos extraído la oración, que la conjetura de un \*δίκαιόν ἐστι con el valor de cualidad abstracta o general, netamente impersonal, 'es justo que', es perfectamente plausible en el estrato profundo de la significación y está en concordancia con la génesis de la perífrasis en cuestión. Finalmente, con

(3) οὐδὲ πόρρω δοκοῦμέν μοι αὐτοῦ καθῆσθαι.

nos encontramos con la compleja sintaxis del verbo δοκέω y afines (φαίνομαι, ἔοικα, κινδυνεύω), y para cuya interpretación solo podemos por el momento adelantar algunas observaciones que incrementarán lo tratado hasta aquí. Si nos centramos en un *cor-*

*pus* específico, como es la obra homérica, con la innegable importancia que tiene para nuestra perspectiva diacrónica el hecho de ser la fuente textual más antigua del griego, nos encontramos con el siguiente panorama para δοκεῖν: con un significado que no es propiamente el de ‘parecer’ está atestiguado solo una vez; con el de ‘parecer’ ocurre en 15 oportunidades y en 14 de ellas acompañado invariablemente de dativo personal: 11 veces μοί, 1 vez οἱ y las dos restantes ὑμῖν. Agreguemos que de estas 15 apariciones solo 5 corresponden a la segunda persona singular (δοκεῖς), el resto está representado por la tercera persona singular, δοκεῖ.<sup>93</sup>

Este hincapié en el dativo “de interés” –y más específicamente *iudicantis* o de “punto de vista”– que acompaña a δοκεῖν no es secundario: nos permite enrollar a nuestro verbo con otros impersonales como δεῖ o μέλει con los cuales comparte este régimen, además de que en ellos puede certificarse la indefinición del agente verbal:

a. dativo de persona	δοκεῖ	_____
b. dativo de persona	δεῖ	genitivo de cosa
c. dativo de persona	μέλει	genitivo de cosa <sup>94</sup>

Reservamos para el último término completar el casillero en blanco de δοκεῖ y nos detenemos en las dos formas restantes: el neto sentido impersonal de ambas (cf. Bailly para μέλει: “qqe. chose est pour moi un objet de souci”) es sometido a la tendencia

<sup>93</sup> Algunas precisiones sobre el uso mayoritario de δοκεῖ (‘parecer’): las dos apariciones del dativo plural ὑμῖν pueden reducirse en realidad a una, ya que en *Od.* 1,376 y 2,141 aparecen integrados en la misma fórmula. También son iguales por tratarse de estilo formular las ocurrencias de *Od.* 5,342 y 6,258 en donde está conjugado en segunda persona singular (δοκεῖς).

<sup>94</sup> Es el conocido esquema de δεῖ/ μέλει μοί τινος, por ejemplo en *Esq. Prom.* 938 (para μέλει), o bien en *Jen. Hi.* 8,10,2 (para δεῖ).



a formalizar un sujeto gramatical para toda expresión, y, aunque poco frecuente, hay ocurrencias con una forma neutra en nominativo para μέλει, como el ταῦτα θεῶν μελήσει de Pl. *Fedro* 238d6 o –menos frecuente aún– la presencia de un nominativo masculino o femenino en la misma función (cf. Platón, *Leyes* 835e2). Lo mismo ocurre para δεῖ: “rarely with Subj. in nom.” nos aclara expresamente LSJ, y en la ejemplificación aducida todas las formas son de género neutro. Ahora bien, si nos atenemos exclusivamente a las manifestaciones activas, podemos decir que la tendencia a reducir la impersonalidad dio un paso más en el caso de δεῖ: en el giro μικροῦ, πολλοῦ, τοσοῦτον ... δεῖ la forma personal está frecuentemente atestiguada: τοῦ παντός δέω (Esq. *Prom.* 1006), παρὰ μικρὸν ἐδέησα ἀποθανεῖν (Isócr. p.222B).<sup>95</sup>

Si retomamos ahora δοκεῖ en el uso más temprano atestiguado nos encontramos con que la tendencia a la personalización ha experimentado un avance muy superior a los otros verbos: en todas las ocurrencias hay nominativos sujeto, y no sólo de pronombres neutros, sino sustantivos masculinos y femeninos (*Il.* 6.90; 9.625), terceras personas antropológicas (*Il.* 23.470; *Od.* 8.388), y las ya mencionadas segundas personas del singular. Y lo que es más importante y hace a la especificidad de este verbo: la presencia del infinitivo, definitivamente integrado al verbo principal, hasta el punto de producir la conocida personalización de la originaria forma de sujeto indefinido

<σὺ> δοκέεις δέ μοι οὐκ ἀπινύσσειν (*Od.* 5,342)

<tú> me pareces no ser necio.

El dativo originario que indicaba *a los ojos de quien era verdadera la enunciación* en cuestión acompañará al verbo en el camino

<sup>95</sup> Cf. el clásico y siempre útil *Traité* de A. Meillet y J. Vendryes (1927:§453).

de la plena personalización posterior (δοκῶ μοι, δοκεῖτε μοι, etc.), y así llegamos al caso extremo de δοκοῦμεν μοι de nuestro ejemplo 3), en el cual la integración de una primera persona plural sujeto del infinitivo al verbo principal produce el dislocamiento sintáctico-semántico que hemos estudiado.

#### 1.4.2. De la oración nominal a la oración verbal

La oración nominal puede ser considerada como otro de los fenómenos que acompaña el paso paratático al hipotático de la lengua. La auténtica oración nominal, entonces, sobrevive en expresiones del tipo,

1. χαλεπὰ τὰ καλά (proverbio).

‘arduas las cosas bellas’.

2. σκιᾶς ὄναρ ἄνθρωπος (Píndaro, *Pítica* VIII 95).

‘el hombre [es] el sueño de una sombra’.

que excluyen por naturaleza la noción verbal, y que no deben ser confundidas con otras que, en aras de un determinado efecto estilístico o expositivos, optan por la elisión del verbo copulativo, como en,

3. ὡς ἀστεῖος <ἐστὶ> ὁ ἄνθρωπος (Pl. *Fedón*, 116d)

‘qué educado <es> este hombre’

El análisis de los ejemplos de 1 y 2, cuya predicación se apoya en un nombre –adjetivo o sustantivo–, y que carece de verbo o cópula, nos va a permitir constatar la existencia de una diferencia de naturaleza entre la aserción nominal y la verbal, que surge de las

propiedades diferentes de cada una de las clases de palabras que constituyen sus predicados, la clase del nombre y la clase del verbo.<sup>96</sup> La ocurrencia 3 presenta la otra cara del problema: ya no se tratará de la oposición del modelo de la oración nominal frente al de la verbal en general, sino del cotejo de la primera frente a un tipo particular de oración verbal, aquella en cuyo predicado está el verbo “ser” o copulativo. Se abre entonces la siguiente disyuntiva: ¿la oración nominal sería el resultado de una ausencia ocasional, de una elipsis optativa de la forma que nuestro sentido lingüístico echa de menos –la tercera persona singular del presente de indicativo de “ser”–?, ¿o bien corresponderá hacer la distinción entre oraciones nominales que excluyen por su naturaleza la noción verbal, y aquellas otras que en aras de determinados efectos estilísticos o expresivos optan por la elisión del verbo copulativo?

Evidentemente los tipos 1 y 2 nos fuerzan a inclinarnos por la última opción: tanto el carácter netamente proverbial de 1 como la máxima de sentido general de 2 –de estructura semejante a otras similares del “pesimismo griego”–, guardan en su significación ese sentido universal, impersonal y atemporal, que lo torna válido para cualquier individuo o circunstancia que caiga bajo su esfera. No tienen autor ni registran un tiempo de enunciación, son verdades eternas, cuya relación con la persona del locutor o con el momento de la enunciación es absolutamente secundaria.

Y con esto prácticamente estamos en el plano de la teoría de este particular fenómeno sintáctico. Porque de los nombres-predicados de las oraciones nominales se desprende suficientemente su fuerza asertiva, su equivalencia funcional con la oración verbal, sin

<sup>96</sup> Para lo esencial del tema: E. Benveniste, “La phrase nominale” (1966 I:151-167) –artículo que ha sido omitido en la difundida traducción castellana de Siglo XXI– y J. Humbert (1960:65-68), que discute con Benveniste. Rodríguez Adrados (1975c:1098-1101) presenta los hechos desde el indoeuropeo.

recurrir a la hipótesis de un *estí* implícito.<sup>97</sup> La necesidad significativa recurre a esta yuxtaposición de dos nombres, donde se produce la aplicación de una cierta *quidditas* conceptual desde el nombre-predicado al nombre sujeto, en un campo *puramente simbólico*, con prescindencia de todas las categorías referenciales que aporta la *déixis verbal* (tiempo, aspecto, número, persona, modo). De esa forma se alcanza la expresión de esas “relaciones de orden general”, ya entrevistas por la gramática comparada clásica,

Tant qu'il s'agit de marquer simplement un rapport d'ordre general sans aucun indication spéciale, les ressources de la phrase nominale suffisent.<sup>98</sup>

Antes de conjeturar una articulación más precisa del fenómeno de la oración nominal con el proceso paratáctico al hipotáctico que venimos utilizando de marco teórico, volvamos a la zona de transición que plantean, en un estadio evolucionado de la lengua, ocurrencias como la del tipo 3. Es evidente que la elipsis particularmente frecuente de *\*estí* llega a dar como resultado, desde el punto de vista externo, un esquema similar a una oración nominal. En realidad estamos siempre dentro del ámbito de las dos opciones antes mencionadas: por un lado, la auténtica oracional nominal no admitirá la introducción del verbo copulativo, dado

<sup>97</sup> Benveniste (1966 I:159) demuestra brillantemente que *omnis homo – mortalis* es simétrico de *omnis homo – moritur*, y no una forma reducida de *omnis homo est mortalis*. Precisamente frente al error de considerar a la auténtica oración nominal como el “grado cero” de otra en que está presente “ser”, recuérdese que este verbo surge de un proceso de desemantización a partir de una significación no copulativa: *\*es-* en su uso independiente tenía el sentido de predicación existencial, según se puede colegir de la raíz que en latín constituye su tiempo pasado (*\*BHŪ*, que también está en el griego φύω). Sobre *\*es-* desde el punto de vista de la teoría sobre las raíces indoeuropeas, recuérdese 1.3.1.

<sup>98</sup> Meillet-Vendryès (1927:540).

que las categorías inherentes a la deixis verbal cambiarían la naturaleza de su significación, como hemos visto; por otro, la presencia de elementos contextuales en el marco narrativo en que se encuentra la oración con elipsis optativa, se encargarán de orientarnos hacia la adecuada interpretación. En 3, ὁ ἄνθρωπος alude inequívocamente al carcelero que se comporta humanitariamente con Sócrates en su instancia final. Es forzado suponer la elisión del verbo como expresión de una reflexión de carácter general, despertada en este último por la consideración que se le guarda: \* 'qué refinado es el ser humano', no tendría sentido en este contexto.<sup>99</sup> En nuestra traducción de 3, por último, optamos por desambiguar el sentido por medio de la traducción netamente demostrativa del artículo, 'qué refinado [es] este hombre'.

La teoría de la oración nominal, para concluir, nos puso en presencia de un mecanismo de la lengua de innegable fuerza persuasiva, asentado en la impersonalidad y validez universal de su contenido. El devenir de la lengua aparece *suspendido* ante la ausencia de las determinaciones deícticas que aporta la deixis verbal. Sin embargo, como sabemos, al igual que en el estado de cosas que nos presentaba la construcción impersonal, la ineluctable *apropiación* del lenguaje por parte del sujeto seguirá su marcha, relegando estos fenómenos al borde del sistema. Desde esta perspectiva la hipotaxis viene a coronar la antropologización definitiva de la lengua.

... la "circularidad" del período describe el hecho de que la línea del discurso se cierra circularmente sobre sí misma en la recíproca dependencia semántica de sus miembros. De allí la denominación de *katestramméne*, participio de perfecto del

<sup>99</sup> De hecho, más adelante leemos, κατεκλίθη ὕπιος οὕτω γὰρ ἐκέλευσεν ὁ ἄνθρωπος (Platón, *Fedón* 117e), donde la alusión al individuo concreto es indubitable.

verbo *katastréphein* en el sentido de ‘dar vuelta’. La oración lineal, por el contrario, se desarrolla llanamente, *simpliciter*... En cambio, la expresión periódica presenta una mayor complejidad formal y un gusto por el contraste, la analogía, la relación causal y otros modos de asociación.<sup>100</sup>

Cerramos con una última observación: la posibilidad de enrollar en el estado de cosas paratáctico el usual hecho de proposiciones con predicativo de género neutro aplicado a un sujeto masculino o femenino, del tipo,

ἱερόν ποιητής (Platón, *Ion*, 534 b4)

ser sagrado el poeta

o bien,

ὄρθον ἀλήθει' αἰεί. (Sófocles, *Antígona* 1195).

algo sagrado siempre [es] la verdad

Se trata de la consideración autónoma del género y el número en cada miembro de la oración nominal primitiva, con independencia de cualquier regla de “concordancia”.

### 1.4.3. La evolución del género gramatical

El panorama de las lenguas modernas con respecto al género gramatical no es uniforme: el español posee dos, el alemán tres, el inglés ninguno. Nótese que en una lengua moderna como la nuestra tenemos por un lado ‘novio-novia’ o ‘lobo-loba’, oposición genérica con correlato semántico –el diverso tipo sexual del referente–, pero por otro en ‘máquina’ o ‘luna’ –femeninos–, frente a

<sup>100</sup> Pinkler (2001:105-6). Recuérdese también la nota 78.

‘globo’ o ‘sol’ –masculinos–, la distribución de géneros no aporta significación al contenido de la raíz. De hecho en alemán, por ejemplo, los astros mencionados tienen exactamente el género inverso (*Mond* es masculino y femenino *Sonne*). Incluso podríamos agregar que con relación a la mayor parte de los seres sexuados que en realidad nos interesan, la lengua se cuida de discriminarlos con procedimientos léxicos: ‘padre-madre’, ‘marido-mujer’, ‘nuera-yerno’, y entre los animales, los más relacionados con el hombre comportan la misma distinción: ‘caballo-yegua’, ‘toro-vaca’, ‘abeja-zángano’. De donde la importancia del género parece estar relegada al ámbito de la concordancia sintáctica en las lenguas que, como la nuestra, no tienen un orden fijo de palabras: su función consistiría en deslindar correctamente la atribución de un adjetivo a un sustantivo cuando hubiere posibilidad de equívoco.

Sin embargo, esta categoría gramatical de carácter por lo general arbitrario y asistemático en las lenguas actuales apuntó en sus orígenes a discriminar los tipos de seres en dos grandes categorías, la del género animado y la del género inanimado, según podemos colegir a partir de los primeros testimonios de las lenguas históricas, que nos dan la pauta del estado de cosas en el indoeuropeo. También en este ámbito, de forma semejante a los fenómenos de la construcción personal y de la oración nominal, serán los hechos analógicos los que irán conformando la estructura de la lengua, marcándola con su impronta gramatical. De esta suerte, en la distribución de los nombres en la conocida tripartición genérica (masculino, femenino y neutro) debemos ver otra instancia del movimiento que marcó el paso del ordenamiento paratáctico al hipotáctico.

A. Un importante punto de apoyo para remontarnos a una concepción originaria del género gramatical en la lengua lo constituye el testimonio del sofista Protágoras, nacido alrededor del

490 a. de C., y que aún vivía en el 416/415, fecha aproximada en que es posible situar la quema, según la tradición, de sus libros en el ágora tras una acusación de impiedad. Ahora bien, debemos decir ante todo que en su interés por los temas de lengua reflejaba una preocupación común a todo el movimiento sofístico posterior, pero no está de más observar que la apoyatura en los textos literarios por parte de esta escuela nunca estuvo orientada de forma prioritaria a una exégesis crítica sino que era otro su interés dominante: el retórico o educativo.<sup>101</sup> Parece que Protágoras entonces tomó la delantera con su concepto de *orthoépeia* ‘corrección de la expresión’, en su famoso libro llamado *Alétheia* ‘Verdad’. Allí Homero era objeto de críticas por dar órdenes a la Musa en vez de dirigirla súplicas,

¿Qué error cabría suponer que ha cometido [Homero] por el reproche que Protágoras le hace de que, creyendo hacer una súplica, da una orden, al decir “canta, diosa, la cólera...”? Porque, según afirma, el exhortar a hacer o no hacer algo, es una orden.<sup>102</sup>

También la primera palabra de la *Iliada* –como otra posterior– es sometida a la prueba correctiva de Protágoras, y aquí comienzan

<sup>101</sup> En el interesante testimonio del *Protágoras* platónico (339a ss.), en que el sofista analiza un poema de Simónides desde el ángulo de la corrección de palabras y frases, se descubre claramente que el objetivo es alcanzar la elocuencia, entendida como la parte principal de la educación.

<sup>102</sup> Aristóteles, *Poética* 19,1456b15-18 (DK 80A29). Protágoras había establecido la regla de que hay que distinguir cuatro tipos de oraciones: “Deseo (plegaria), interrogación, contestación, mandato”, διειλέ τε τὸν λόγον πρῶτος εἰς τέτταρα· εὐχολήν, ἐρώτησιν, ἀπόκρισιν, ἐντολήν, agregando a continuación, οὐς καὶ πυθμένας εἶπε λόγων “que llamó también bases (principios fundamentales) de los enunciados u oraciones” (Diógenes Laercio, IX 53 s. = DK 80A1). Es probable que esta clasificación de los cuatro tipos de oraciones sea un antecedente de la doctrina posterior de los cuatro modos.



los testimonios ligados directamente con nuestro tema. La fuente es otra vez Aristóteles (*Refutaciones sofísticas* 14,173b17 [=DK 80A28]), y debe recordarse, para la clara inteligibilidad de la propuesta de Protágoras, que *mênis* ‘cólera’ es palabra femenina en griego (como en español), y en este famoso proemio de la *Iliada* el participio ‘funesta’ (*ouloménen*), sigue la esperable concordancia del género con el sustantivo en cuestión –en la ocurrencia particular, el caso requerido es el acusativo–. La otra palabra citada, también de Homero, es el nombre femenino *he pélex*, ‘celada’ (=‘casco’) [se destaca en itálica el morfema del género].

<Solecismo> Es posible también hacer esto: parecer que se comete un solecismo, sin hacerlo, y cometerlo, sin apariencia de ello, tal como decía Protágoras, si *el cólera* y *el celada* son masculinos. Así quien dice “funesta” comete, según él, solecismo, que los demás no perciben. En cambio quien dice “funesto” parece cometer solecismo, sin hacerlo.

Por último es necesario, para esbozar una hipótesis sobre la entidad del género en los nombres según Protágoras, ligarlo con este breve y sugerente testimonio que nos trae la *Retórica* aristotélica, y que enseguida será sometido a análisis

El cuarto principio sigue la distinción que establecía Protágoras de los géneros de las palabras: masculino, femenino y enseres (*ἄρρενα καὶ θήλεα καὶ σκευή*).<sup>103</sup>

A esta altura es necesario hacer una primera recapitulación. Del análisis de los dos primeros testimonios se desprende una clara intención normativa y un paralelo interés por evitar los usos considerados incorrectos, pero lo que debe importar de esta clasi-

<sup>103</sup> *Retórica* III 5, 1407b6 (= DK 80A27).

ficación es el particular criterio que la anima. Concentrándonos en el segundo testimonio vemos que la ὀρθοέπεια aplicada al género gramatical de las palabras recae sobre aquellos nombres cuya forma no coincide con el que Protágoras considera su género natural: a las palabras ‘cólera’ y ‘celada’, establecidas por el uso como femeninas en la lengua griega –al igual que en nuestro español–, les correspondería el masculino, de acuerdo con los referentes extralingüísticos con los que están ligadas, sentidos por el sofista, precisamente, como tales (ἄρρενα).

Pero hay más: la intención correctiva se aplica a un segundo grupo de palabras, según lo refleja el testimonio indirecto de Aristófanes en *Nubes* 658 ss., en donde se apunta evidentemente a Protágoras en la parodia protagonizada entre Sócrates y Estrepsíades sobre el género gramatical.<sup>104</sup> En efecto, aquí el material del equívoco burlesco lo constituye la aparente incorrección detectada en la forma inconsistente de algunos nombres femeninos, cuya desinencia masculina parecería exigir o el consecuente artículo masculino o la creación de la desinencia femenina pertinente: ἡ κάρδοπος ‘artesa’ se transformaría entonces en \*ὁ κάρδοπος, o bien en \*ἡ καρδόπη.<sup>105</sup>

Previamente, en los versos 663 ss. el parodiado Sócrates propone otra corrección, basada en nuestro conocida referencia al género natural: la creación de \*ἄλεκτράνα, ‘gallina’ –inexistente en griego–, para denotar el referente hembra del nombre común ἄλεκτρώων, que valía para el ave del uno y otro sexo, según lo acompañara el artículo masculino e femenino.<sup>106</sup>

<sup>104</sup> Véase Pfeiffer (1981:84). Allí mismo (nota 114) se señala un trabajo de Wackernagel sobre el tema, cálidamente elogiado por el autor.

<sup>105</sup> Análogicamente, la *orthoépeia* aplicada a la palabra femenina ‘mano’ (que termina en “-o”, morfema usual para el género masculino en nuestra lengua) originaría las descabellados correcciones de \* ‘el mano’ o bien \* ‘la mana’.

<sup>106</sup> Como ἵππος (ὁ, ἡ) o en latín *can*. En nuestra lengua tenemos, por ejemplo, ‘el/la víctima’. Conviene distinguir el género común del género epiceno, dado que este último es el resultado de la asignación de un género fijo marcado

**B)** Nos propusimos encontrar una lógica, un sentido, que estuviera en la base de esta intención correctiva de los nombres llevada a cabo por Protágoras, con todo el riesgo que entraña enfrentarnos con un pensamiento fragmentariamente transmitido y que, en el caso especial de los temas de lengua, fue objeto de la incomprensión y burla de sus contemporáneos –al menos es lo que se puede colegir por Aristófanes–. El punto más fuerte de nuestra hipótesis, sin embargo, es el siguiente: la teoría del género natural de los nombres es en sí misma posible en un estadio originario de la lengua, más allá de que resulte difícil de concebir en la conciencia de un hablante de la época histórica –de hecho, el mismo Protágoras también nos confunde: ¿por qué ‘cólera’ habría de ser masculino?, etc–. Pero creemos que la intuición del sofista es válida: hay en la originaria atribución del género a los nombres una relación con la realidad extralingüística que da sentido al sistema de la lengua, que ilumina, de alguna manera, el campo de las formas que entran en juego, quitándole el carácter de arbitrariedad, como trataremos de demostrar a continuación. Pero antes recurramos a ese tercer testimonio arriba citado en el cual se le atribuía a Protágoras la división de los géneros que, al parecer, fue el primero en establecer: junto al masculino y el femenino coloca al neutro, pero debe tenerse en cuenta que no utiliza la palabra que tomará carta de ciudadanía en la tradición gramatical posterior: οὐδέτερον (lat. *neuter*) ‘ni uno ni otro [género]’.<sup>107</sup> La palabra que nos trae el testimonio aristotélico citado es σκεύη, plural de σκεῦος, y que hemos traducido por ‘enseres’. Podría-

por el artículo a nombres que pueden designar referentes de ambos sexos, ‘la golondrina’, ‘el delfín’. Más adelante se vuelve sobre estas cuestiones.

<sup>107</sup> Es decir, una definición negativa, por lo que no es, lo que queda al margen de los polos masculino y femenino. Este es el sentido en que lo encontramos en la temprana sistematización de, por ejemplo, Apolonio Díscolo, autor ya tratado en nuestro trabajo (recuérdese 1.2.2.2.)

mos haber optado por ‘objetos’, ‘cosas’, pero nótese que el término parece centrarse siempre en el hacer humano: muebles, utensilios, herramientas, armas, aparejo. Llega incluso a significar ‘cuerpo’ en el griego testamentario, entendido como ‘recipiente’, ‘vasija’ del alma.<sup>108</sup> Resumiendo, y aventurándonos aún más en nuestra hipótesis: el tercer género de los nombres tendría como referente el ámbito de las creaciones humanas, no sería atinente a la esfera de la *phýsis*: o sea, enrolando la intuición de Protágoras en lo que trataremos a continuación, en un polo de la oposición tendríamos el género de lo *inanimado* –esta dimensión ontológica sería la de los ‘enseres’– y en el otro el género de lo *animado*, de cuya escisión se originarían los posteriores masculino y femenino.

C) Si partimos de los datos lingüísticos tanto el testimonio del griego clásico como del latín nos dan la certeza de que la teoría de los “tres géneros”, merece ser corregida y precisada.<sup>109</sup> No tienen los tres géneros el mismo valor: antes bien que un sistema de tres elementos, hay una polarización que opone el masculino/femenino al neutro. Hay pruebas abundantes en la lengua: está el testimonio de los adjetivos de “dos terminaciones”, que agrupan en una misma flexión al masculino y femenino y en otra al neutro (ἄλογος, -ον; μείζων, -ον; lat. *irrationalis*, -e; *maior*, -us); está el testimonio del tema del interrogativo-indefinido, que establece la misma oposición: τίς (nominativo sg. masc. y fem. –lat. *quis*–), τίνα (acusativo sg. también de género común –latín *quem*–), frente al neutro τί, válido para ambos casos gramaticales, y que a través del latín *quid*, ha dado el pronombre *qué* en español, opuesto al *quién*, distintivo del masculino/femenino. Podríamos incluso agregar la larga lista de palabras de “tercera declinación” –griega

<sup>108</sup> San Pablo, 2Ep. Cor. 4, 7 ἔχομεν δὲ τὸν θησαυρὸν τοῦτον ἐν ὀσφράκιναις σκέυεσιν.

<sup>109</sup> Véase Meillet-Vendryes (1927:488).

y latina– que siguen este modelo de oposición binaria, con la característica de la distinción morfológica entre el nominativo y acusativo válida para el masculino/femenino frente al género neutro, que ofrece una única forma para los casos mencionados.<sup>110</sup>

Esta oposición morfológica corresponde, como venimos adelantando, a una polarización entre el género animado y el animado de los nombres, surgida en algún estadio de la evolución del indoeuropeo, como primera manifestación de la morfológización de la categoría del género, a partir de una etapa preflexional de la lengua originaria.<sup>111</sup>

El “salto ontológico”, por así decirlo, es inevitable. Sabemos, no obstante, que extraer de los datos lingüísticos la repartición de los seres entre animados y no animados es problemática: primero, porque no está claro, más allá de los casos evidentes, el criterio del que se partía para tal clasificación, cuál ser era precisamente considerado como animado y cuál no; segundo, es escasa la claridad sobre la cuestión que pueden proporcionar los textos más antiguos de las lenguas históricas: para los hablantes de esos pueblos estas concepciones estaban ya oscurecidas desde bastante tiempo atrás (más allá de la intuición de un Protágoras, como hemos visto).<sup>112</sup>

<sup>110</sup> También en el ámbito de la flexión verbal se habla de las “tras personas” gramaticales, pero sabemos ya desde Benveniste (201999 I:164ss.) acerca del carácter de no-persona de la “tercera persona” verbal (quizá sea posible hallar puntos de contacto entre las relaciones internas del sistema de los géneros –animado/inanimado– y el ordenamiento de la categoría de “persona” en el verbo –los referentes antropológicos de “yo” y “tú” frente al ámbito impersonal aludido por la restante forma verbal–).

<sup>111</sup> Recuérdese el tratamiento lingüístico de 1.3.1..

<sup>112</sup> Las variadas y ricas reflexiones sobre el origen del lenguaje que se hallan en el *Crátilo* de Platón pueden ser de interés para esta temática.

De todas maneras, antes de exponer un sucinto panorama del género de algunos sustantivos típicos, citemos un interesante –y alentador– párrafo del clásico *Traité* de Meillet-Vendryes:

A menudo se encontraría uno en dificultades para prever el género “animado” o “inanimado” de un sustantivo que designa tal noción o tal otra; pero lo que es siempre posible es entrever cómo se explica el género atestiguado.<sup>113</sup>

**Animado-inanimado:** los sustantivos que designan seres animados, son en principio de género “animado”: están los nombres de parentesco *πατήρ, μήτηρ*, lat. *pater, mater*; están los nombres de agente *δώτωρ*, lat. *dator* ‘el que da, dador’; están también los nombres de animales *λυκός, ἄρκτος, μυῖα*, lat. *lupus, ursus, musca*. También participan de la misma entidad los árboles, asimilados al género femenino por el hecho de producir frutos, reservándose a éstos por lo general el género inanimado –neutro–: ilustran este contraste típico los femeninos en griego y latín correspondientes a ‘peral’: *ἄπιος, pirus* frente a los neutros *ἄπιον, pirum* ‘pera’. Otros exponentes de nombres femenino para árboles son el griego *δρῦς*, lat. *quercus* ‘encina’, o *φαγός*, lat. *fagus* –debe notarse que el término español ‘haya’ deriva etimológicamente de la palabra latina, pero asimilado a la terminación habitual del femenino–.<sup>114</sup>

<sup>113</sup> La cita, que tiene interés para nuestra conclusión, sigue así “Dos influencias diversas se han cruzado: la influencia de concepciones antiguas, conservadas por la tradición pero que a menudo, al no ser comprendidas, se habían borrado, y la influencia de la forma de las palabras, algunos de cuyos tipos habían sido fijados al género animado y otros al género inanimado. Siempre hay una parte de arbitrariedad en la preferencia que las lenguas han acordado a un género o a otro (1927:494 –traducción nuestra–)”.

<sup>114</sup> Menéndez Pidal (<sup>13</sup>1968:213) da cuenta de este hecho: “el romance simplificó las relaciones entre la terminación y el género, y salvo en *día* y *mano* no con-

Las fuerzas de la naturaleza, los elementos, los astros, son seres animados: Ζεύς es ‘cielo diurno’, *Juppiter* es ‘padre luz’; el nombre para ‘tierra’, fecundada por la lluvia del cielo, es femenino: χθών, *humus, terra*. En el ámbito de las partes del cuerpo humano, las zonas consideradas activas son a menudo de género animado: es masculino el término ‘pie’ πούς, *pes*, femenino ‘mano’ χεῖρ, *manus*; los órganos internos, en cambio, inmóviles, o al menos no observables inmediatamente, son denotados por palabras de género neutro, así ‘hígado’ ἥπαρ, *hepar* o ‘corazón’ ἤτορ-κῆρ, *cor*. Como es previsible, los nombres de objeto, de instrumento (ζυγόν lat. *iugum*), de los que marcan el resultado de la acción, son en general inanimados. También lo son los seres jóvenes, asimilados a las cosas quizá por su debilidad, como τέκνον ‘prole’, ‘hijo’ o los diminutivos, por la misma razón (ἀδελφίδιον, ἀνθρώπιον ‘hermanito’, ‘hombrecito’).

Ciertas nociones eran algunas veces designadas en i.e. ya sea por un nombre de género animado, ya sea por uno inanimado. El primero, al expresar el concepto en tanto activo, lo personificaba, por así decirlo; el segundo se aplicaba a esa misma noción en tanto tomado como genérica, abstracta o inerte: de allí el género neutro. Tenemos así *ignis* ‘fuego’, con el género masculino en latín, y neutro (πῦρ) en griego; también es neutra en griego la palabra ‘agua’ ὕδωρ, pero es femenina en latín: *aqua, unda*. En latín ‘cielo’ tiene tanto el género masculino *caelus* como el neutro *caelum* (aunque el plural es masculino *caeli*), y en itálico hay dos palabras para ‘tierra’: el término femenino *terra* en latín y el neutro *terúm* en osco, de donde se desprende que la tierra era considerada por un lado como un ser animado, maternal y fecundo, y por el otro como un objeto material, el suelo, que sirve de base a la vivienda.

sintió la -a final átona de la primera declinación sino en los femeninos, ni la -o sino en los masculinos” (recuérdese la ejemplificación de nota 105).

**La escisión de lo animado en masculino y femenino. La gramaticalización. Hipótesis.** Lo expuesto hasta aquí ha demostrado la morfologización primitiva sólo distinguía dos géneros, y que solo en un segundo momento se escinde el masculino del femenino. Es incontestable también que son formaciones recientes los femeninos *equa* o *lupa*, de manera que lo predominante eran los sustantivos de género común, así *equus*, por ejemplo, –cf. gr. ἵππος– valía tanto para ‘caballo’ como para ‘yegua’. Precisamente este procedimiento léxico de diferenciación de los sexos, que hemos heredado en nuestro español –y que ha sido citado al comienzo del trabajo– era el que se aplicaba de preferencia en el ámbito de las relaciones de parentesco: a los ya mencionados *pater* y *mater* podemos agregar *vir* y *mulier* o el curioso caso de la palabra φράτηρ, antiguo nombre para ‘hermano’ –tanto de uno u otro sexo– que, al reservarse para la designación de una categoría social, es reemplazado por palabras nuevas ἀδελφός, κασίγνητος, creadas con sus correspondientes femeninos en \*-ā (=η), ἀδελφή, κασιγνήτη, como hemos visto para *lupa* o *equa*. Precisamente el femenino ático θεά ‘diosa’ es secundario: θεός valía originariamente para la divinidad, tanto masculina como femenina.<sup>115</sup> Ahora bien, más allá de las teorías que se han formulado para dar cuenta de la adscripción de los géneros a determinados tipos morfológicos,<sup>116</sup> lo cierto es que este fenómeno debe ser enrolado

<sup>115</sup> El procedimiento primitivo sobrevive en *Il* 8,7 μὴ τέ τις οὖν θήλεια θεός τό γε μή τέ τις ἄρσιν ‘que ningún femenil dios ni ninguno varonil...’, donde se especifica el sexo de la divinidad por un procedimiento léxico agregado al sustantivo de género común. En cambio en la fórmula πάντες τε θεοὶ πᾶσαι τε θεάιναι ‘dioses todos y diosas todas’ (*Il*. 8,5 y 20, *Od*. 8,341) lo que encontramos en θεάιναι es el sufijo femenino -αίνα: éste debe ser interpretado como la extensión analógica del falso corte aplicado a partir de palabras como τέκταινα (masculino τέκτων), con el usual sufijo en -ya. Para esto último véase Brandenstein (1964:173).

<sup>116</sup> Para el sufijo \*-ā se ha pensado que antes de la expresión del femenino hacía referencia a los colectivos y abstractos –de aquí también saldrían los neutros



en el lento proceso de “desontologización”, por así decirlo, cuyo resultado fue la creación de paradigmas formales intralingüísticos, alejados de cualquier referencia al “ser natural” del objeto en cuestión. Bastaba que un nombre tuviera en su composición el sufijo temático -ā, para que el sentido lingüístico del hablante lo enrolara en el paradigma del femenino, quedando concentrado entonces el tipo en -o para la expresión del masculino.<sup>117</sup>

Podríamos agregar incluso con respecto a lo inanimado que al quedar su expresión gramaticalizada como género neutro, pudo haber para estos nombres la posibilidad sintáctica de funcionar como sujeto –privativa del género animado– quizás a instancias de la oración nominal (recuérdese **1.4.2.**), donde no tiene por qué funcionar la oposición agente-paciente.<sup>118</sup>

El panorama que acabamos de trazar ilustra el pasaje del originario género natural de los nombres hacia el difundido género gramatical, tránsito en el cual la primitiva base ontológica en la asignación del género pierde su carácter “motivador” paralelamente al avance del funcionalismo en la lengua, que prescinde pau-

plurales–; pero es más plausible la hipótesis de Brugmann, que lo relaciona con la raíz de la palabra ‘mujer’ \**gʷenā*, que comporta el sufijo temático en cuestión, y que por ser obviamente femenino, fue extendido analógicamente a otras palabras que designaran mujeres o animales hembras.

<sup>117</sup> Claro que el sistema nunca se consolidó definitivamente: subsisten en latín los “masculinos” de primera declinación *scriba, incola, legirupa* –‘el que viola la ley’–, etc., los cuales fueron tratados en un momento dado como el tipo habitual, agregándoseles la caracterización -s de los nominativos masculinos (está atestiguado en latín arcaico *hosticapas* ‘que hace prisioneros’, *paricidas* ‘que mata a un pariente’), pero esta formalización no fue productiva en la lengua; en cambio es lo usual en griego *πολίτης, νεανίας*. Para el fenómeno de la asignación de nombres a tipos fijos en romance, véase nota **114**.

<sup>118</sup> Porque un inanimado no era concebido como sujeto-agente, y la prueba morfológica todavía en época histórica es que el nominativo neutro no lleva caracterización casual en sus dos posibilidades de formación: o es una extensión del acusativo o bien coincide con el tema puro.

latinamente de las consideraciones extralingüísticas. Esta perspectiva puede ser articulada con el fenómeno de la anáfora que nos ha ocupado anteriormente (1.2.2.), en donde hemos podido estudiar el proceso por medio del cual formas originariamente deícticas – adverbios–, con referencia extradiscursiva, se vuelven sobre la propia cadena hablada para señalar ahora a algún signo del campo discursivo: sabemos que una de las consecuencias de este fenómeno será el nacimiento de la subordinación en indoeuropeo, otra forma de integración lingüística, a partir de cláusulas originariamente yuxtapuestas. Incluso la consolidación de la construcción personal frente a la impersonal (1.4.1.) puede ser interpretada como la apropiación por parte del sujeto de hechos originariamente considerados como emanando de una fuente externa.

Precisamente ese último punto podrá articularse con el tratamiento de la cosmovisión homérica, que cierra el recorrido del capítulo siguiente, y en donde se pondrá en evidencia una nueva manifestación de la íntima solidaridad entre los fenómenos lingüísticos y las categorías mentales. En efecto, este tránsito de la construcción impersonal a la personal guardará profundas analogías con el paso que va desde la psicología homérica hacia el advenimiento de una subjetividad de más en más tematizada en el ámbito de la ética filosófica: es decir, desde una interioridad en la cual no existe una clara percepción de un centro unitario o “yo” – hacia el cual serían reconducidos los distintos fenómenos psíquicos–, hasta una concepción de las “partes” del alma elaborada por la filosofía en su intento de deslindar la esfera anímica de la corporal.



## CAPÍTULO 2

---

*LA PARATAXIS  
COMO ESTRUCTURA  
DEL PENSAMIENTO:  
LOS POEMAS HOMÉRICOS*



## 2.1. INTRODUCCIÓN

El corpus representado por *Iliada* y *Odisea* será objeto de examen también en este capítulo, pero aquí no será la lengua en su devenir hipotáctico a partir de un punto de arranque paratáctico el que habrá de interesarnos, sino la conformación de un estilo peculiar que caracteriza la estructura y el pensamiento de los poemas, que será interpretado entonces como una explicación precisa del mundo tal como al propio artista y a sus contemporáneos se les aparece.

La pertinencia de los poemas homéricos en nuestra descripción de la cosmovisión del hombre de la sociedad no alfabetizada en Grecia viene dada por el hecho, en la actualidad casi incontable, de que ambos poemas épicos delatan la técnica de composición oral, con su uso de fórmulas y de epítetos, cuyo arte está definitivamente perdido para aquel creador que conoce la escritura. De manera que el *momento* de esta oralidad registrada gráficamente será esencial para nuestro estudio, porque dará nacimiento al texto escrito sobre el cual hoy nos apoyamos para ver aflorar, como en una fotografía que sorprendió al *continuum* discursivo, las categorías de un estadio cultural que una vez alfabetizado sufre modificaciones sustanciales. Esta casi coincidencia de la época del poeta y la adaptación del alfabeto a partir de un silabario semita, nos obligará a detenernos sobre esta importante in-

vención de los griegos –que es la vigente desde entonces a través de la mediación de Roma en todo Occidente–, y a argumentar a favor de la íntima relación de los dos hechos, al punto de inclinarnos a considerar como posible la hipótesis que sostiene que la finalidad que guió los pasos de esta adaptación fue lograr el registro escrito de los poemas homéricos.

Con esta última derivación podemos decir que pisamos el suelo contemporáneo de la tradicional “**cuestión homérica**” (2.2), contexto privilegiado, según Ong, para estudiar los contrastes entre oralidad y conocimiento de la escritura.<sup>1</sup> Se trata del problema general de la génesis de los poemas de Homero, cuestión que engloba tanto la realidad de su autor, como la fecha de composición y, de interés prioritario para los estudios actuales, la cuestión de cómo tales poemas orales se constituyeron en textos.<sup>2</sup>

Precisamente el recorrido que habremos de iniciar por la larga polémica en torno a Homero debe estar enmarcado por los grados de acercamiento de los diversos autores al contexto de la oralidad en que los poemas fueron gestados, así como por ejemplo en época moderna fue percibido por Robert Wood (1717-1771) o Francois

<sup>1</sup> “Nowhere do the contrasts between orality and literacy or the blind spots of the unreflective chirographic or typographic mind show in a richer context” (Ong, 1982:17).

<sup>2</sup> De todas formas, la formulación exacta de la cuestión es problemática. En un reconocido helenista contemporáneo leemos lo siguiente (Nagy, 2001a:1) “Today there is no agreement about what the Homeric Question might be. Perhaps the most succinct of many possible formulations is this one: ‘The Homeric Question is primarily concerned with the composition, authorship, and date of the *Iliad* and the *Odyssey* [la cita es atribuida a J. A. Davison]’ Not that any one way of formulating the question in the past was ever really sufficient. Who was Homer? When and where did Homer live? Was there a Homer? Is there one author of the *Iliad* and *Odyssey*, or are there different authors for each? Is there a succession of authors or even of redactors for each? Is there for that matter a unitary *Iliad*, a unitary *Odyssey*?”.

Hédelin, abbé d'Aubignac (1604-1676), quienes sostuvieron que el problema de los orígenes era inseparable de la relación entre la tecnología de la escritura y una forma hablada de los poemas.<sup>3</sup> De manera que si la composición oral y las condiciones que la acompañaron solo pueden materializarse en un tipo paratáctico de expresión, no será pertinente el juicio de una crítica literaria logicista, que aborde los poemas con un ideal de literatura orgánica, y que condene como “inorgánico” el estilo propio de la creación surgida sin el auxilio de la escritura. Precisamente este es el fondo de la llamada “crítica analítica”, que encontraba contradicciones, inconsecuencias, repeticiones, etc., que se juzgaban indignas del autor de *Ilíada* y *Odisea*, o de la perfección que una larga tradición le atribuía.<sup>4</sup> Puede ser útil adelantar con un ejemplo la inconmensurabilidad de los dos planos creativos y la imposibilidad, por ende, de aplicar una crítica literaria estricta a la obra homérica. Si nuestros hábitos modernos se sorprenden al comprobar que el canto I de la *Ilíada* se cierra con Zeus durmiendo junto a Hera, mientras que el segundo se abre con la afirmación de que éste no podía conciliar el sueño, debemos pensar, antes bien que en “defectos de composi-

<sup>3</sup> También hay antecedentes en la antigüedad: el historiador de la guerra judía, Josefo, afirma explícitamente (*Contra Apionem*, 1.2.12) que Homero no dejó ninguna obra escrita.

<sup>4</sup> A fines del siglo V y principios del siglo IV a. C., cuando la polémica entre oralidad y escritura se hace más explícita –como se ejemplificará en el capítulo final del trabajo con el análisis del discurso de Alcídamente de Elea–, leemos lo siguiente en el *Fedro* de Platón, escrito aproximadamente en el 370 a.C. –quien habla es el personaje Sócrates, uno de los dos únicos interlocutores del diálogo–, “pero creo que me concederás que todo discurso debe estar compuesto como un organismo vivo, de forma que no sea acéfalo, ni le falten los pies, sino que tenga medio y extremos, y que al escribirlo se combinen las partes entre sí y con el todo” (264 c). Esta necesidad de un discurso organizado se opone a la *léxis heioméne* o “coordinativa”. Véanse las notas 78 y 100 del primer capítulo.



ción”, en una creatividad en que cada escena tiene interés por sí misma, en que el principio de subordinación de la parte al todo sencillamente no es tomado en cuenta. En el caso particular no debemos olvidar, además, que el sueño de Zeus es una fórmula con que termina la escena de la reconciliación de los dioses, en el canto siguiente, en cambio, empieza un nuevo tema que es la puesta en marcha de la promesa hecha a Tetis, y es este tema el que exige la atención de Zeus, del que sólo ahora hay interés en decir que no puede dormir.

Ejemplos como estos, de un entramado compositivo que no se ajusta a los cánones de una creación pautaada por la organicidad, son innumerables en la obra homérica. Episodios como los mencionados, sin embargo, como los restantes apoyos fundamentales de la crítica analítica (contradicciones de lengua, de estilo, etc., y repeticiones) pueden ser en buena parte amortiguados echando luz sobre la intrínseca legalidad de la creación oral y el poeta creador, en cuya figura se aúnan, en el plano mental, una cosmovisión que no integra en una base sustancial homogénea la heterogeneidad de los fenómenos perceptivos y, en el plano de la expresión, un ordenamiento secuencial de las cláusulas, a lo sumo gramaticalmente coordinadas, frente a la subordinación esperada por nuestros acostumbrados hábitos lingüísticos.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> En la *Iliada*, 9.556ss., se nos cuenta que Meleagro “se quedó tumbado junto a su legítima esposa, la bella Cleopatra, la hija de Marpesa, la Eveninia, la de bellos tobillos, y de Idas, el más esforzado de los terrestres hombres de entonces –él fue quien tomó el arco frente al soberano Febo Apolo, en porfía por la doncella, de bellos tobillos [...]”. Es de notar cómo el guión gráfico usado por el traductor de la obra al castellano (Crespo Güemes, 1991: *ad locum*) viene a reflejar el hiato entre las ideas afirmadas en proposiciones independientes, a las cuales hoy consideraríamos lógicamente subordinadas. Por otro lado, la “digresión” sobre Idas continúa algunos versos más antes de volver al tema principal.

En este sentido, veremos cómo las intuiciones estéticas de la “escuela unitaria” (juzgar las obras homéricas desde el ángulo poético) hallaron un amplio respaldo en los trabajos de Milman Parry<sup>6</sup> y sus continuadores sobre la dicción formular: una gran parte de los poemas está constituida por fórmulas, la cual se define técnicamente por una expresión fija de un pensamiento en un esquema métrico determinado. Este fondo tradicional que sobrevive en las fórmulas es el responsable de arcaísmos en el lenguaje y contenido, que pueden de esta forma ser explicados como necesario material con que debía contar el poeta, antes bien que como argumentos contra la idea de un autor único, según pretendía la escuela analítica.<sup>7</sup>

El estudio del **alfabeto griego (2.3)** parece imponerse en la actualidad en toda aproximación a la “cuestión homérica”, al punto que sus especiales características frente a los otros sistemas de escritura que lo precedieron ha hecho nacer la reciente hipótesis de que su función originaria fue servir como suplemento mnemotécnico a la *performance* oral de los poemas homéricos, de manera que tendríamos de esta forma el corolario natural de la tesis de la supremacía del alfabeto griego sobre los sistemas anteriores, que ha hecho posible la fijación de un tipo de literatura que no se encuentra en los pueblos que no alcanzaron esta invención técnica: en efecto, la ausencia de excentricidad en los detalles específicos, las acciones y pensamientos estereotipados, la estandarización, en suma, de la experiencia humana concentrada en

<sup>6</sup> Recopilados por su hijo Adam Parry (1971). El principal de sus discípulos fue Albert Lord, que continuó la línea de su maestro especialmente en la elaboración del modelo del “texto único”.

<sup>7</sup> Con sus teorías del núcleo (habría solo una base constituida por pequeños poemas originales, núcleos más o menos delimitados, el resto –la mayor parte de la obra homérica– no serían más que “estratos” sucesivos) y de la compilación, es decir, de la unión secundaria de poemas independientes. En el interior del capítulo se discutirán estas bases teóricas de la crítica analítica.

torno a una sola acción principal parecen marcar las narraciones previas a las epopeyas homéricas, frente a la profundización y variedad de la vida íntima de los héroes de Homero junto con la riqueza de descripciones y situaciones que los rodean.<sup>8</sup> La controversia sobre la función original del alfabeto griego, a la cual antes hemos aludido, nació a mediados del siglo pasado y no se ha alcanzado un consenso en la actualidad. Daremos cuenta en su momento tanto de la discusión entablada como de algunas características originales del sistema alfabético creado por los griegos, que lo han erigido de tal modo sobre sus precedentes, que no ha sido superado desde entonces y es el adoptado por todo Occidente fundamentalmente a partir de su adaptación latina.<sup>9</sup>

Ahora bien, Homero nos presenta una sociedad que ignora la escritura, dado que la única alusión del autor a una forma es-

- <sup>8</sup> Havelock (1982:61) describe así las “tres condiciones ideales” (en un mismo sistema) para que un acto de lectura llegue a ser fácil y llano, y no requiera una atención especializada o tiempo excesivo: “First, coverage of all the phonemes in the language is to be exhaustive, second, the letter shapes are to be restricted to between twenty and thirty, and third, individual shapes are not asked to perform double or triple duty. Their acoustic identities must be fixed and unchanging”.
- <sup>9</sup> La obra de L. A. Wade-Gery (1952) inició la discusión sobre la función original del alfabeto griego, sugiriendo que fue formado para facilitar la escritura de la poesía en el siglo VIII a.C. –mientras que para la opinión dominante se trata de un medio para facilitar el intercambio comercial, consecuente con los testimonios de las otras culturas, y, especialmente, del sistema fenicio, que está en la base de la invención griega–. Autores como Havelock (1982), Robb (1978) y Powell (1989; 1999; 2002), se inspiran en la actualidad en la tesis de Wade-Gery. En Ragousi (2001) –quien contrariamente a los autores mencionados sostiene que la mayoría de las primitivas inscripciones griegas ilustran un “propietorial concern”, señalando de esta forma la implícita finalidad comercial de la nueva escritura– hay un actualizado estado de la cuestión. Cabe también mencionar aquí el reciente artículo de Teodorsson (2006: 170) quien califica de “highly unrealistic assumption” la invención de la escritura para el registro de los poemas homéricos.

crita es aquel pasaje (Il. 6, 168-170) en que Preto da a Belerofonte un díptico de tablillas escritas con ‘signos funestos’ (σήματα λυγρά), de los cuales, por otra parte, no hay evidencia de que conformaran una verdadera escritura, es decir, un sistema de marcas capaz de proveer representaciones visibles de los usos del lenguaje hablado.<sup>10</sup> Sin embargo en ese temprano siglo VIII comienza a difundirse la escritura en Grecia.<sup>11</sup> De manera que, si nos mantenemos dentro de los lineamientos formulados por Parry y Lord, debemos concluir que Homero, a tomar en cuenta la presencia de fórmulas y la técnica de composición de ambos poemas, fue un poeta oral que *no* se valió de la escritura en su labor creativa, y que el producto de su inspiración fue constituyéndose en el propio flujo de la *performance* que iba ejecutando. Debemos conjeturar que en una de sus actuaciones, a solicitud de un escriba que conocía la reciente invención –tomada y adaptada de los fenicios–, *dictó* sus poemas a este escribiente, que escuchaba los versos de boca de Homero y los iba registrando por escrito. Y esto abre a la posibilidad, como adelantamos, de que para este fin especialmente se creara el sistema alfabético y de que el escriba –agregamos– fuera el originario adaptador del nuevo sistema a la lengua griega, a partir del precedente de la escritura fenicia. Esta es la teoría del “texto dictado”, a favor de la cual habremos de argumentar: a partir de aquí el movimiento de la oralidad corre paralelo al de la difusión textual, hasta la definitiva imposición de la tradición manuscrita, y las variaciones que el correr del

<sup>10</sup> De manera que, como habremos de ver, quizá corresponda interpretar este mensaje como formando parte de un “semasiographic system”, en el sentido de Haas (1976), que retoma Sampson (1985:29).

<sup>11</sup> La inscripción más temprana que se ha hallado del alfabeto griego es la de Lefkandi, fechada alrededor del 775 a.C. (Ragousi, 2001:4). Los datos arqueológicos de este emplazamiento son estudiados en 2.3.3.1.

tiempo imprimirá a la obra –hasta la definitiva edición alejandrina– deberán atribuirse a las vicisitudes de la transmisión –errores del copista, distorsiones, interpolaciones, etc.–, que por más amplias que sean, no estarán sin embargo gobernadas ya por las leyes de la composición oral.

También corresponderá mencionar la tesis contraria a la del texto único, es decir, aquella que sostiene que no hubo una única ocasión para el dictado del texto homérico y que, de los variados escenarios hipotéticos en que sucesivamente se iba fijando la obra, surgió finalmente, alrededor del 150 a.C. a través de la edición de Aristarco, el texto “cristalizado” con el que actualmente contamos.<sup>12</sup>

En la última sección de este capítulo habremos de extender el aspecto aditivo, no orgánico, del estilo de los poemas a las **características ontológicas** del mundo representado por ese estilo (2.4). Y en primer lugar la propia auto-comprensión del hombre estará en juego en esta cosmovisión, desde la ausencia en los poemas de términos específicos para la noción de cuerpo o la noción de alma, hasta la problemática conformación como sujetos de los actuantes de la saga. En efecto, así como *psyché* no es un concepto que aluda a un órgano espiritual en Homero, tampoco *sôma* en este estadio se refiere al cuerpo humano –en las raras veces que la palabra aparece significa ‘cadáver’–, sino que la naturaleza física del hombre será considerada como un agregado de partes articuladas entre sí (*démas, guûa, mélea, chrós*), más que como una unidad en sí misma: es el mismo panorama que nos ofrece la representación de la figura humana en el arte arcaico, en la cual los diversos miembros, al carecer de conexión entre sí, no

<sup>12</sup> Nagy (1996) defiende la fijación por etapas del texto homérico; Powell (2002) la teoría del texto único. Es interesante cómo estos autores encuentran, además de sus libros, la ocasión que les ofrece Internet para continuar con la *Quaestio Homérica*.

conforman una unidad funcional entre los órganos, y su caracterización queda librada a la función individual que efectúan. Y otro tanto ocurre, como habremos de ver, con la esfera interior del hombre: todos los fenómenos que evidencian en Homero una conciencia de la propia interioridad son descritos en términos de una interacción entre un complejo de “partes” o agentes: *ménos*, *thymós*, *noûs*, *phrénes*, *kér*, y hasta cierto punto también *psyché*. Su característica común es que son predominantemente emotivos, inclusive cuando poseen connotaciones de actividad reflexiva.<sup>13</sup>

Es evidente entonces que la autoaprehensión del hombre homérico está condicionada por esta descripción de su vida interior. Pero el lenguaje psicológico que nos presenta el poeta no se agota aquí: los seres humanos que actúan en el poema algunas veces son presentados por sí mismos, pero otras obran bajo la influencia de una fuerza exterior –o casi exterior, como *áte*– o bien son sometidos a la presión de una coerción divina. Precisamente un tipo de respuesta a estos rasgos es explicarlos con referencia a esas mismas ideas acerca de la mente humana y de su obrar moral, que fue la labor pionera del libro de Bruno Snell, cuyos lineamientos generales habremos de describir, como también las críticas que desde el ángulo filosófico han suscitado ciertos supuestos de su aproximación al fenómeno griego. Sus excelentes análisis filológicos, en cambio, conservan toda su validez.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Los trabajos sobre la cosmovisión homérica son muchos, y algunos ya clásicos, por ejemplo los tratamientos de Snell (1965, véase nota siguiente) y Dodds (1980). Un interesante comentario de las ideas del primero se encuentra en Eggers Lan (1964-1965). También en Feyerabend (2000:215-288), que al basarse incluso en los testimonios artísticos (vasos, etc.), logra una importante aproximación a la *forma mentis* de la época arcaica griega.

<sup>14</sup> El título original del libro de Snell es *Die Entdeckung des Geistes. Studien zur Entstehung des europäischen Denkens bei den Griechen*, y precisamente quizá sea en el sentido de ese “descubrimiento” en donde se ha dado la mayor controversia en-

## 2.2. LA “CUESTIÓN HOMÉRICA”

### *Presentación sumaria*

El actual tratamiento admite una subdivisión temática que corre paralela al desarrollo histórico de la “cuestión homérica”, con el cual concuerda el orden de la exposición. La primera parte (puntos 2.2.1., 2.2.2. y 2.2.3.), cuya meta será la presentación de la controversia que enfrentó a los estudiosos de Homero en la época moderna, rastrea los antecedentes de la polémica desde mucho tiempo antes, incluso más allá de los editores alejandrinos, desde donde por lo general arrancan los estudios de este tipo. En efecto, argumentaremos que el problema de la unidad y coherencia de los poemas, como el grado de realidad de su autor, surgieron casi contemporáneamente a la aparición de las obras, y entre estos testimonios clásicos será el del Aristóteles de *Poética* XXV, el que nos dará claras muestras de una defensa de la esencial coherencia del texto homérico, apoyada en razones lingüísticas e históricas, contra las objeciones que, más de dos milenios después, volveremos a encontrar en los representantes de la “crítica analítica”, en su intento de ver la génesis del texto a partir de un núcleo originario posteriormente expandido, o bien de hacerlo el resultado de sucesivas refundiciones. La figura del Estagirita entonces adelanta en nuestra argumentación el espíritu de la moderna “escuela unitaria”, que salva el texto homérico a partir de la impresión de su unidad, consagrada por la tradición.

El tema de la segunda parte (2.2.4.) con sus subdivisiones (2.2.4.1., 2.2.4.2. y 2.2.4.3.) se presenta como el corolario natural de

tre los críticos, pese a los esfuerzos del propio autor a lo largo de las páginas de la “Introducción” para echar luz sobre el asunto (1965:7-16). Nos interesará especialmente la actual discusión con la ideas de Snell que llevan a cabo Gill (1995) y William (1993). En la línea de éstos también citaremos a Wald (2003).

la “cuestión homérica”, desde el momento que, según lo que se intentará demostrar, el modelo del “texto dictado” aparece como la hipótesis más razonable para justificar el texto como una totalidad, al hacer coincidir el momento de la fijación escrita con una performance particular en la que el propio Homero habría dictado sus versos a un escriba. De esta manera, con la intervención de la tradición oral y de la dicción formular por un lado, y por otro con la reciente invención gráfica que sorprende el puro flujo discursivo, se salva la obra homérica como una totalidad organizada, y se avanza en la senda abierta por el esfuerzo pionero de los antiguos unitarios –apoyados mayormente sólo en sus intuiciones estéticas– y se da una razonable respuesta a las objeciones logicistas de la escuela analítica, que juzgaban la creación homérica con el patrón literario del estadio alfabetizado. El tratamiento de las reglas del arte oral como el de sus actores tendrán su lugar en nuestro estudio, dado que los pensamientos transmitidos en los esquemas fijos de las fórmulas serían inconcebibles sin la especial constitución del hexámetro épico, con su complejo y rico repertorio de cesuras, que dan cuenta de su extraordinaria funcionalidad. Precisamente las figura del aoidós y del rhapsoidós se destacan en este horizonte no alfabetizado como encarnando el tránsito que media de uno a otro estadio cultural: el primero desconoce en absoluto la técnica de composición escrita, canta el material heredado almacenado rítmicamente en su memoria y se vale del instrumento musical para acompañar sus versos, que una audiencia exigente le demanda en cada circunstancia; el rapsoda, en cambio, si bien actúa públicamente y el canal oral está presente en el momento de la comunicación, no es un cantor ni se sirve de la música como acompañamiento y, lo que es determinante, tiene detrás de sí un texto escrito, que evoca por medio de una memoria reproductiva, en la cual está ausente el momento creativo del aoidós. Si nos mantenemos en el presente modelo,



comienza entonces el curso de la tradición manuscrita, que dará fin definitivamente a la estación de la oralidad. Pero también merecerá nuestra atención la teoría más importante que surge como alternativa a la del “texto dictado”, y es aquella que explica la obra de Homero como una “cristalización” ligada a las diversas etapas “preformativas” en un proceso que se verifica desde una fluidez decreciente hacia una mayor rigidez, para concluir en el texto escrito inalterable con que hoy contamos –y que ninguna ejecución particular puede variar–.

Estos modelos son respuestas a un interrogante, el de cómo llegaron a ser textos los poemas gestados en la oralidad, es decir, con una técnica de composición exclusivamente verbal. Ahora bien, esta “fotografía” sólo es posible con un registro gráfico que sorprenda la riqueza discursiva sin distorsión alguna y sin implicar conjeturas por parte del intérprete de los signos. Esto fue logrado por una invención creada por los propios griegos para reflejar su propia lengua, es decir por el alfabeto, cuyo tratamiento se demora para el subcapítulo siguiente.

### **2.2.1. Antecedentes antiguos**

Si bien las categorías de “crítica analítica” y “escuela unitaria” fueron acuñadas en la época moderna, la discusión en torno a Homero se da ya entre los griegos mismos. En efecto, si bien es común afirmar que con Zenódoto, Aristófanes y Aristarco, los grandes editores alejandrinos de Homero, se sientan las bases de la “cuestión homérica” –dado que procedieron a cuestionar ciertos versos que la tradición textual había hecho llegar hasta ellos y que no consideraban dignos del gran poeta–, sin embargo es posible rastrear todavía más atrás la labor hermenéutica sobre el texto homérico y remontarse así hasta los rapsodas, que no solo se limitaban a las performances de *Iliada* y *Odisea*, sino que también desarrollaban una labor exegética sobre algunos temas ya

oscuros para la audiencia de mediados del siglo VI, según los testimonios con los que podemos contar. Es el caso de Teágenes de Regio, el primer gran intérprete de Homero, a quien se le atribuye una teoría alegórica sobre las divinidades que presentan los poemas que apunta a salvaguardar el carácter verídico de los mitos, sólo en apariencia escandalosos, frente a los ataques de antropomorfismo e inmoralidad que habían comenzado a caer sobre ellos. Precisamente se piensa que Teágenes está respondiendo a la crítica contra la teología antropomórfica que Jenófanes de Colofón, nacido en aproximadamente 565 a.C. y también rapsoda en sus comienzos, dirigía contra la caracterización y el carácter moral de los dioses de Homero: la doctrina alegorista está sintetizada en el largo Escolio a Il. 20,67, en el cual la fuente filosófica que hace el comentario de la “Batalla de los dioses” ve tanto el antagonismo de tres pares de elementos naturales, como facultades humanas hipostasiadas tras las figuras divinas. Al final de la cita se atribuye el origen de este tipo de interpretación a Teágenes.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Pfeiffer (1968:1.36-37). La transcripción del Escolio al *locus* citado, en la versión de García Gual (1992:169), es la siguiente, “La enseñanza acerca de los dioses generalmente roza lo violento y aun lo inmoral. Pues ya él (Porfirio?) señala que los mitos de los dioses son escandalosos. Frente a tal juicio, algunos buscaban tras las apariencias de su figura verbal una solución a la dificultad, en la creencia de que todo está dicho alegóricamente de la naturaleza de los elementos; así, sería, por ejemplo, cuando se habla de los encuentros hostiles de los dioses. Señalan que también lo seco combate contra lo húmedo y lo cálido con lo frío, y lo ligero contra lo pesado. También el agua tiene la facultad de apagar el fuego, y el fuego la de secar el agua. Y así subyace entre los varios elementos, de los que se compone el universo mundo, una oposición, y en parte subyace ésta también al proceso de destrucción. Pero el conjunto permanece en la eternidad. Así que el poeta (Homero) permite que tengan lugar las batallas (entre los dioses) y nombra al fuego Apolo y Helios, y también Hefesto; y al agua Poseidón y Escamandro; a la luna Artemis, al aire Hera, etc. De manera parecida da él, por otro lado, nombres de dioses a las facultades y propiedades

Como gráficamente ha sido descrito, “Desde que Jenófanes había empezado sus ataques en el terreno de la moral y Teágenes había replicado con explicaciones alegóricas, apenas se conoció tregua en la batalla homérica”.<sup>16</sup> Baste pensar en el movimiento de la sofística y el campo propicio representado por el cuestionamiento del seguramente ya consagrado corpus de Homero, como podemos ver en el característico caso de Protágoras, quien, desde el ángulo de la *orthoépeia* o ‘corrección de la expresión’, somete a una crítica lingüística algunos términos de la *Iliada* en un famoso libro titulado, precisamente, *Alétheia* ‘Verdad’.<sup>17</sup> Otro sofista, Gorgias, se valdrá por su parte de la desdichada causante de la guerra de Troya para hacer gala de su virtuosismo retórico en el *Encomio*, mero *paígnion* ‘juego’, según su sentir.<sup>18</sup> Al asumir la defensa de Helena contra sus detractores se colocaba en la línea de Estesícoro de Hímera, poeta lírico de principios del siglo VI, que en una célebre palinodia había abjurado de su error “homérico”

espirituales, así dice en lugar de la inteligencia Atenea, en vez de sinrazón Ares, en vez de pasión Afrodita, en lugar de astucia Hermes, etc. Este modo de explicación (del poema homérico) es muy antiguo: comenzó a partir de Teágenes de Regio, que fue el primero en escribir así sobre Homero”.

<sup>16</sup> Pfeiffer (1968:1.135).

<sup>17</sup> Allí Homero era objeto de críticas por dar órdenes a la Musa, en vez de dirigirla súplicas: “¿Qué error cabría suponer que ha cometido [Homero] por el reproche que Protágoras le hace de que, creyendo hacer una súplica, da una orden, al decir ‘canta, diosa, la cólera...’? Porque, según afirma, el exhortar a hacer o no hacer algo, es una orden”. Como se ve, Aristóteles (*Poética* 19, 1456b 15-18 = DK 80A29), no participa de la opinión del sofista –en realidad, como veremos, la actitud del Estagirita siempre será salvar la lectura homérica–. En otro testimonio es el género de dos sustantivos de la *Iliada* el que es sometido a la prueba correctiva de Protágoras (*Refutaciones sofísticas* 14, 173b17 = DK 80A28) –y que fueron analizados en este trabajo en oportunidad del tratamiento del género: véase 1.4.3–.

<sup>18</sup> Gorgias, *Encomio de Helena* (§21).

acerca de Helena: la vigencia del tema, de todas formas, se extenderá hasta Isócrates, discípulo de Gorgias, que en los inicios del siglo IV tomará al mismo personaje como tema de una pieza epidíctica.<sup>19</sup>

Sin embargo será el testimonio del rapsoda Ion, en el diálogo homónimo de Platón, el que nos encauzará más propiamente en la “cuestión homérica”, dado que explícitamente se hace mención allí a la labor exegética a que eran sometidos ciertas partes de la saga, a la sazón ya oscuras para los oyentes, según transcribimos a continuación,

Ion – (...) por eso creo que de todos los hombres soy quien dice las cosas más hermosas sobre Homero; de manera que ni Metrodoro de Lampsaco, ni Estesíbroto de Tasos, ni Glaucón, ni ninguno de los que hayan existido alguna vez, han sabido decir tantos y tan bellos pensamientos sobre Homero, como yo.

Y es también de interés transcribir las palabras de Sócrates después de escuchar a Ion,

Sócrates — ¡Magnífico, Ion! Es claro, pues, que no rehusarás hacerme una exhibición (*epideîxai*).<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Del desagravio de Estesícoro nos han quedado unos versos (PMG 193a) que Adrados traduce así, ‘No es verdad ese relato: ni te embarcaste en las naves de hermosos bancos ni llegaste a la ciudadela de Troya’ (2001:184). En cuanto al *Encomio de Helena* de Isócrates debe ser situado poco después del 390 (Guzmán Hermida, 1979:166). La pieza del mismo nombre de su maestro Gorgias es en unas décadas anterior, dado que se cuenta entre los discursos creados a partir de su arribo a Atenas en 427, en donde llegó como embajador procedente de su ciudad natal, Leontino (véase 3.4.2.).

<sup>20</sup> Platón, *Ion* 530 c8-d5.

Si comenzamos con la respuesta socrática, en la demanda de una *epídeixis* está el elemento común de una práctica que aproximaba el comentario del rapsoda sobre el texto homérico a las conferencias públicas sobre diversos temas que corrían a cargo de los sofistas, y que en Alcidas de Elea, por ejemplo, llegará incluso a ser el medio idóneo para difundir el programa de su escuela de retórica, como tendremos oportunidad de ver en el capítulo final de este trabajo. Los nombres de los otros comentadores de Homero que cita Ion nos dan la pauta de que la declamación de los poemas se extendía también a una labor exegética de los mismos, al punto que, como es sabido, los “Homéridas” –sin duda una familia de Quíos o una asociación de rapsodas, que en sus orígenes pretendían ser los descendientes de Homero– se consagraban a la defensa del poeta y de su obra, y muy probablemente eran considerados como autoridades y árbitros por los propios rapsodas.<sup>21</sup>

Y así llegamos al valioso testimonio aristotélico del Libro XXV de la *Poética*, en donde podemos certificar una verdadera “cuestión homérica” *avant la lettre*, y en el cual el filósofo se nos presenta argumentando a favor de la fundamental coherencia de los textos de

<sup>21</sup> Metrodoro de Lampsaco, discípulo de Anaxágoras (filósofo de comienzos del siglo V), explicaba alegóricamente los poemas homéricos: los héroes eran fuerzas cósmicas y el Olimpo, una especie de organismo (véase DK61, y también DL II, 3.7). Estesímbroto de Tasos, un contemporáneo de Pericles que fue educador y escritor, aparece como intérprete de Homero en el *Banquete* (3.6) de Jenofonte, en donde sus conocimientos son realizados frente a los del rapsoda. En cuanto a Glaucón, hay dudas sobre si se trata de Glaucón de Regio, citado por Aristóteles en *Poética* 25.1461b1, o bien de Glaucón de Teos, que también menciona un testimonio aristotélico (*Retórica* 1403b26). Los Homéridas, finalmente –literalmente ‘hijos de Homero’–, a los cuales Ion alude inmediatamente después (530d 7-8), son mencionados en otros diálogos platónicos: *Fedro* (252b) y *República* IX (588e; 599e). Tratar de caracterizar la figura del *rhapsodós* frente a la del *aidós* en la génesis de la creación oral será fundamental, y volveremos a ello en **2.2.4.2.**

Homero, frente a las críticas de que era objeto. Se trata allí de la exposición de los variadísimos *problémata* ‘problemas’ de naturaleza esencialmente hermenéutica que plantea la obra del poeta y de las ‘soluciones’ o *lýseis* posibles para resolverlos. En general, la solución apunta a exonerar a Homero de la crítica que se inscribe bajo el “problema”: reproches o censuras de falsedad, inconsistencia o inmoralidad. La importancia de este capítulo, además de su valor intrínseco, estriba en que refleja la orientación de otra obra de Aristóteles, *Aporémata homeriká* o *tà Homérou problémata*, en seis libros, de la cual se conservan treinta y ocho citas, la mayor parte en las *Cuestiones homéricas* de Porfirio. En una de ellas, por ejemplo, vemos que Aristóteles se alza contra la denuncia de inverosimilitud que Platón (*Rep.* 319b) había dirigido al pasaje homérico en que Aquiles arrastra el cuerpo de Héctor alrededor de la tumba de Patroclo. Su réplica consiste en contradecir esta aserción refiriéndose a una costumbre tesalia, todavía vigente en su tiempo, según la cual los cadáveres de los asesinos eran arrastrados en torno a las tumbas de aquellos a quienes habían matado (fr. 166, Rose).<sup>22</sup> Este elocuente testimonio –cuyo paralelo se conserva en la *Poética*<sup>23</sup>–, da

<sup>22</sup> En Pfeiffer (1968:1.136n) se cita el texto griego del Escolio (Escol. B Ω 15 = Porfirio *Quaest. Homer. ad Iliadem*, coll. H. Schrader, 1880), en donde es posible colegir por la forma de la cita διὰ τί... ἐστι δὲ λύσις que muy probablemente esté tomada de la obra sobre *Problemas homéricos*, que es un ejemplo “de la manera como [Aristóteles] usaba los estupendos tesoros de sus colecciones para la interpretación correcta del poeta épico contra predecesores menos informados que habían suscitado argumentos morales subjetivos por desconocimiento de hechos históricos” (Pfeiffer, *ibidem*).

<sup>23</sup> Aristóteles, *Poética* 1461a 2-4. Aquí la objeción a *Il.* 10, 52, “las lanzas enhietas sobre el regatón” (que generaba el interrogante de cómo podrían ser colocadas de esta forma, sin riesgo de que al caer el ruido alertara a los enemigos) es salvada apelando nuevamente a una costumbre, vigente entre los ilirios en este caso: seguramente, tanto los compañeros de Diomedes como los

prueba de los conocimientos generales que se deben poseer para abordar el rico corpus homérico, y es una sorprendente muestra de la larga polémica que, mediada la época alejandrina, volverá a jalonar la interpretación de Homero a partir del Renacimiento, para dar lugar en el siglo XIX a la crítica analítica que, con argumentos filológicos mucho más refinados, llegó a cuestionar en sus representantes más radicales la fundamental unidad de los poemas. Volvamos sin embargo a un pasaje del mencionado capítulo de la *Poética* en donde Aristóteles asume la defensa de los supuestos errores en la expresión lingüística que la crítica encuentra en sus poemas. Y lo más importante, en la perspectiva histórica con que hoy contamos, es que precisamente la poesía homérica (estilo, repeticiones, etc.) será el ámbito privilegiado en que se creará encontrar la incoherencia de la saga, y es así que al argumentar en contrario el Estagirita se enrola abiertamente en la corriente que, en el devenir de la “cuestión homérica”, dará lugar al nacimiento de la escuela unitaria.

El pasaje en cuestión es el siguiente,

A la hora de resolver otras críticas hay que tomar en consideración el lenguaje, como, por ejemplo, en la expresión dialectal

[1] *ourêas mèn prôton* (Il. 1,50),

con la que quizás Homero no se refiera a las mulos, sino a los guardianes;

[2] y cuando dice de Dolón que

*hòs rh' ê toi êidos mèn éen kakós* (Il. 10,316)

no se afirma que tuviera un cuerpo contrahecho, sino un rostro feo, pues los cretenses llaman *euidés* ‘de buen aspecto’ a aquel que tiene un rostro bello.

Y en

contemporáneos bárbaros citados por el Estagirita habrían tomado los recaudos para evitar cualquier estrépito durante el sueño.

[3] *zoróteron dè kéraie* (Il. 9,203)

no quiere decir ‘vierte vino sin mezcla’, como dirían los borrachos, sino ‘viértelo más rápidamente’.<sup>24</sup>

En el ordenamiento que hemos impreso al texto, se pueden visualizar los tres “problemas” con sus pertinentes “soluciones”. La respuesta aristotélica al hecho un poco insólito [1] de que Apolo haya herido primero a los mulos para castigar a los griegos que habían ofendido a su sacerdote Crises es que, en realidad, bien podría tratarse de una forma dialectal, y de esta manera *ouréas* estaría en lugar del apropiado *óurous* ‘guardianes’, lo cual es mucho más razonable.<sup>25</sup> Para dimensionar adecuadamente la dificultad que se plantea –y la solución que se ofrece a [2]–, se debe tener presente que el verso concluye con la expresión adversativa *allà podókes* ‘pero de pies ligeros’, de manera que en Il. 10,316 tendríamos la siguiente descripción de Dolón, “Quien por cierto era de cuerpo deformado, pero de pies ligeros”, lo cual es sentido como una contradicción (¿cómo podría ser ágil de pies si tiene el cuerpo contrahecho?). Ésta deja de existir cuando otorgamos a *eídos* la significación de ‘aspecto’ ‘rostro’, presente en el habla de los cretenses, según argumenta Aristóteles.<sup>26</sup> En [3] el “problema”

<sup>24</sup> Aristóteles, *Poética* 1461a 9-16.

<sup>25</sup> Sinnott (2005:209).

<sup>26</sup> De esta forma tendríamos un personaje feo de rostro y ligero de pies, lo cual es perfectamente verosímil, y que apartaría por tanto el “problema” planteado por la crítica. La dicción formular podría proveernos en la actualidad de un nuevo argumento para defender la lectura homérica, incluso sin el argumento semántico que introduce Aristóteles: ἀλλὰ ποδώκης es una cláusula del tipo οὐο οὐό, que cubre exactamente la posición entre la diéresis bucólica y el fin del hexámetro, y está enrolada en el frecuentísimo tipo, en esa posición, de los nombres-epítetos de los dioses y de los héroes: δῖος Ὀδυσσεύς, Παλλὰς Ἀθήνη, Φοῖβος Ἀπόλλων, etc. (Parry, 1971:39). La razón métrica – sin absolutizarla, por supuesto– debe ser tenida en cuenta algunas veces co-



se plantearía si en este pasaje en que Aquiles recibe a los embajadores enviados por Agamenón, fuera a dar una orden a Patroclo que contradiría las normas establecidas entre los caudillos aristocráticos del mundo homérico: el vino ‘más fuerte’ o ‘puro’ –si así interpretamos a *zoróteron*– es propio de los borrachos, mientras que el buen uso establece beberlo mezclado con agua.<sup>27</sup> Es para evitar, precisamente, esta asociación que Aristóteles sugiere el significado ‘más rápidamente’ para el comparativo en cuestión, que vendría a salvar el sentido del imperativo de la oración.<sup>28</sup>

Como se ve, la reflexión aristotélica intuye dos perspectivas básicas que coadyuvan a sostener, frente a las objeciones, la fundamental coherencia de la obra homérica: la lingüística y la histórico-sociológica. El largo recorrido de la “cuestión homérica” viene en apoyo, finalmente, de la dirección hermenéutica de Aristóteles: la tradición acumulada y transformada a través de siglos de transmisión oral por diversas regiones de Grecia, sostenida en el ritmo y en la técnica formular del verso, da cuenta tanto de los arcaísmos y modismos de los poemas como de los diversos estratos culturales reflejados por la saga.

Si volvemos ahora a las figuras de los grandes editores alejandrinos de Homero, culminación de una tradición textual que fija definitivamente el corpus que ha llegado hasta nosotros, vemos que su posición puede ser considerada equidistante de los polos en que se ha debatido la cuestión en torno a Homero a lo

mo operando sobre el sentido esperable. Más adelante volveremos sobre el tema al tratar de la estructura formular de los poemas (2.2.4.1.).

<sup>27</sup> En el *Protágoras* (347d-e) Platón describe la urbanidad de los buenos comensales en los banquetes frente a los que se dejan llevar por los excesos de la bebida.

<sup>28</sup> Es cierto que no se ha encontrado asidero en los testimonios de la lengua griega para el caso particular de esta “solución” aristotélica: pero lo que importa destacar, como adelantamos, es la posición hermenéutica en que Aristóteles se sitúa para juzgar la obra de Homero.

largo del tiempo. En efecto, si tomamos por un lado el antecedente aristotélico, destinado a justificar el legado épico tradicional frente a las objeciones de que era objeto la obra, y por otro, algunos representantes radicalizados de la tendencia conocida como crítica analítica, podemos afirmar que la hermenéutica alejandrina, incluso en sus cuestionamientos a *Iliada* y *Odisea*, nunca pareció haber dudado del hecho de que uno y otro poema constituyen obras unitarias, manteniéndose de esta forma, en última instancia, dentro de la fórmula aristotélica: verdaderos organismos con su principio, medio y fin.<sup>29</sup>

Como una muestra del acercamiento filológico alejandrino a la obra homérica, es bastante representativo el procedimiento de cuestionar determinados versos, considerados dudosos, por medio de una señal al margen llamada *obelos*, de manera que los pasajes así atetizados –que son relativamente pocos, por otra parte– varían de editor a editor: es importante tener en cuenta este último hecho, el de que eran escasos los pasajes disonantes para los lectores alejandrinos de Homero –cosa que no hubiese sido posible si el texto con que contaban hubiese surgido de una recensión de fragmentos orales, diseminados aquí y allí–; si logramos la certeza, además, de que las variantes que se encuentran en la tradición son variantes *textuales*, el modelo del *Ur-Text* se torna de más en más probable, según se verá de 2.2.4.2. en adelante. La invención del *obelos* se atribuye a Zenódoto, quien elimina ciertos

<sup>29</sup> La excepción a esta tendencia general de respeto a la unidad de los poemas solo fue cuestionada por los llamados “corizontes”, Jenón y Helánico, que no tuvieron, por otra parte, gran eco en la Antigüedad: consideraban la *Iliada* y la *Odisea* como obra de autores diferentes, en razón de la diferencia de tema y estilo que es dable observar en los poemas (respetuosa posición, por otra parte, frente a la descalificación de algunos representantes decimonónicos de la escuela analítica).

versos basándose en irregularidades o contradicciones, mientras que Aristófanes (250 a.C.) y su discípulo Aristarco (una generación más joven) fundamentan su práctica más bien en una idea del mundo homérico, a la cual someten al texto.<sup>30</sup>

Para resumir, digamos que es el ideal clasicista que los críticos alejandrinos tienen de la obra literaria el que los fuerza a querer adaptar a Homero: al no poder soslayar la grandeza del conjunto, se ven precisados a atetizar pequeños pasajes que suponen incompatibles con su criterio de perfección, cargando a la cuenta de un interpolador tardío las culpas o supuestas culpas del texto antiguo. Mucho más sensata es la posición horaciana, que se limita a encogerse de hombros ante lo que para él seguramente también serían inconsecuencias y errores, pero que a juicio de su intuición poética no comprometía la coherencia del legado homérico.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Una de las objeciones que registra Zenódoto es, entre otras, el chocante hecho del guerrero Pilémenes el cual, muerto en un pasaje (*Il.* 5,579), aparece luego vivo en otro (*Il.* 23,643) –quizá, después de todo, simple “lapsus” de un poeta que debe improvisar, con el auxilio de las fórmulas, miles de versos: véase la nota siguiente–. La perspectiva de los dos restantes directores de la Biblioteca, en cambio, supone la imposición de un supuesto bajo el cual se somete a Homero: si se postula por ejemplo que el poeta no puede conocer las cuadrigas, hay que eliminar una comparación en que aparece una; o bien si se espera de determinados héroes o dioses un patrón de conducta que sea la imagen especular de ese culto y refinado ambiente alejandrino, obviamente la censura moral recaerá, por ejemplo, sobre el pasaje del tipo en que Afrodita, disfrazándose de vieja, lleva a Helena al lecho de Paris (*Il.* 3,383ss.). Se trata, como se ve, desde otro punto de partida, de la línea crítica abierta por Jenófanes, y continuada por Platón.

<sup>31</sup> *Quandoque bonus dormitat Homerus*, Horacio, *Ars Poetica* 359. Véase también Rodríguez Adrados (1963:28-30). De todas formas, vistas las cosas en la perspectiva que ofrece el tiempo, resulta a primera vista paradójico que sea precisamente el criterio literario, defendido por algunos autores a principios del siglo XX, el que habrá de venir a “salvar” a Homero del extremismo de la crítica logicista de la escuela analítica: la impresión de la unidad de los poe-

### 2.2.2. Inicio de la “cuestión homérica” en la modernidad

En el siglo XIX se elaboraron las teorías más sólidas de la escuela analítica en su intento de disolver los poemas homéricos en otros menos extensos y de fecha anterior, y dar cuenta así de los defectos de composición y contradicciones que se pretendían encontrar a lo largo de las obras. Pero antes de abordar las dos grandes vertientes en que se pueden encuadrar estas críticas –y los atisbos de una reacción que serán retomados por la escuela unitaria–, conviene hacer una mención de la situación en el siglo precedente que echa las bases del desarrollo posterior.

El primer nombre de importancia es el del abate d’Aubignac, que es la culminación de un movimiento que puede ser rastreado desde los albores mismos de la época Moderna, cuando se sentía la *Eneida* más urbana y digna de imitación que *Ilíada* y *Odisea*, aunque se reconociera algunas veces la mayor espontaneidad y fuerza de éstas. Y es así como el “Aristóteles del Renacimiento”, Julio César Escalígero, autor de *Poetices libri septem*, llegará a afirmar que la descripción de Eris, ‘la Discordia’, que aparece en el canto cuarto de la *Ilíada*, era “ridícula, estúpida, homérica”, porque, en su opinión, Homero era muy inferior a Virgilio, al cual no se le ahorra elogios: “nuestro poeta”, el “rey de los poetas”, el “divino poeta”.<sup>32</sup>

D’Aubignac aparece en medio de la “Querelle des anciens et des modernes”, acalorada disputa que se abre a finales del siglo XVII en Francia, y en la cual Homero es puesto precisamente como ejemplo de las imperfecciones de las literaturas antiguas, y en donde

mas se impone por sobre sus contradicciones. Por supuesto que este mero criterio estético no hubiese inclinado la polémica a favor de la escuela unitaria sin los estudios de la dicción formular, que Parry desarrolló por esa misma época. Volveremos sobre esto más adelante.

<sup>32</sup> López Eire (1995:15)

no es de extrañar entonces que un erudito como Perrault deplorara – cuando corría el año 1687, en una sesión de la Academia Francesa – que el gran poeta “padre de todas las artes” no hubiese nacido en el ilustrado siglo a la sazón en curso. Si bien no faltaron defensores de la talla de La Fontaine o Boileau, los “modernos” tomaban a las claras la delantera, detectando en los poemas excesivas e innecesarias repeticiones, detalles sin importancia, temas poco claros, retórica sobreabundante, digresiones inoportunas, etc., el espíritu logicista, en suma, con que se nutrirá la crítica analítica posteriormente, y en cuya apreciación no están presentes, insistimos, ni las leyes que rigen la composición oral en la propia *performance* creativa, ni la presión de un auditorio –que forma parte también de una sociedad iletrada–. No es de extrañar entonces que en las *Conjectures académiques ou Dissertation sur l’Iliade* de d’Aubignac, que fue publicada póstumamente en 1715, se extrajera una consecuencia exagerada de la correcta postulación del origen oral de los poemas: la de que la obra, lejos de ser unitaria, era el resultado de la compilación de varios poemas independientes llevada a cabo por un incompetente compilador, y así se explicaba la impresión de mal gusto y de pésimo estilo que repugnaba a la estética “moderna” del ilustrado abate. Concluía, en fin, que Homero no existió nunca y que los poemas son el resultado de una refundición llevada a cabo en primer lugar por Licurgo y luego por Pisístrato: se trata del argumento clásico de la crítica homérica, y tiene su origen en la tardía fuente ciceroniana de *De oratore* III, 137, según la cual Pisístrato fue el primero que hizo una recensión de los poemas homéricos, hasta entonces desordenadamente dispuestos, de la que resultaron fijados sus respectivos textos tal como hoy se nos ofrecen (... *primus Homeri libros confusos antea sic disposuisse dicitur ut nunc habemus*).<sup>33</sup> Como veremos esta

<sup>33</sup> Bentley (1713) es también de esta opinión. La famosa recensión llevada a

posición sacrifica a detalles menores la profunda unidad de sentido de la totalidad, producto de la inspiración de un poeta individual. Además de otras razones de importancia semejante que serán tratadas más adelante. El abate francés, en suma, inaugura el procedimiento de atribuir a autores y compiladores anónimos las supuestas faltas de los poemas, que son así juzgadas desde la perspectiva de un canon en el cual está totalmente ausente el sentido histórico.

Muy distinta es la posición del diplomático y arqueólogo inglés del siglo XVIII Robert Wood, que guarda un doble interés para nosotros: tanto por abordar los poemas como documento histórico, como por su posición frente a la creación poética de Homero. Fue por un lado un incansable viajero en busca de los lugares descritos en *Iliada* y *Odisea*: el trabajo publicado en su *Essay on the Original Genius of Homer*, en 1767, sería confirmado por las excavaciones de Schliemann y Dörpfeld más de un siglo después.<sup>34</sup> Pero sobre todo son las consecuencias que extrae de la imposibilidad, fundamentada en sólidos argumentos, de un Homero letrado, las que habrán de interesarnos especialmente: a diferencia de d'Aubignac no renuncia por ello a la individualidad de Homero ni a su grandeza. El problema lo fuerza antes bien a elaborar un nuevo concepto de la creación artística: de aquí resulta un Homero diferente a los poetas posteriores, que desarrollan su labor en una sociedad alfabetizada, mientras que el creador de la oralidad debe recurrir exclusivamente al poder de la memoria iletrada. En sus propias palabras "As to the difficulty of conceiving how Homer could acquire, retain, and communicate, all he knew, without the aid of Letters; it is, I own, very striking".<sup>35</sup> Evi-

cabo por el tirano ateniense aparecerá más de una vez en nuestro estudio. El tratamiento más detallado está en 2.2.4.2. *in fine*.

<sup>34</sup> Parry (1971:xiii).

<sup>35</sup> Wood (1775:259). Citado por Parry (1971:xiii).

dentamente, restaba esperar que el mecanismo de la dicción formular viniera a dar cuenta de la injerencia de las fórmulas como recurso fundamental de la *performance* creativa de la poesía oral. De todas formas, el pionero esfuerzo de Robert Wood es ampliamente reconocido por Adam Parry –tanto como deplorado el extravío posterior– en la “Introducción” a la obra de su padre,

[...] Wood’s insight was in many ways the most valid conception until modern times of what sort of poet Homer was, and of how the *Iliad* and *Odyssey* came into being. Yet we can observe how this insight became obscured in the age of more exhaustive scholarship and more scientifically searching investigation that followed him. This was the age when men became conscious of the Homeric Question as such.<sup>36</sup>

Efectivamente, con la obra de Friedrich August Wolf, *Prolegomena ad Homerum*, publicada en 1795, llega el tiempo de la “cuestión homérica” propiamente dicha.

### 2.2.3. La crítica analítica y la escuela unitaria

Wolf vuelve a tomar los argumentos del abate d’Aubignac y apoyándolos en rigurosas observaciones filológicas inaugura la línea de investigación analítica del siglo XIX, en la cual se considera que la *Ilíada* y la *Odisea* fueron poemas compuestos en una época en que se desconocía la escritura, de manera que el inmenso acerbo de su contenido no podría resultar de la inspiración de un único poeta, y sería una compilación de obras menores compuestas por diversos autores, unificadas en la recensión de Pisístrato antes mencionada.<sup>37</sup> El Romanticismo se apropió de las ideas de Wolf y las

<sup>36</sup> Parry (1971:xiv).

<sup>37</sup> López Eire (1995:16) observa frente a la argumentación de Wolf que la escritura existía, efectivamente, en época de Homero. Pero no queda claro en el

insertó en su concepción del *Volksgeist* (“espíritu del pueblo”), y vio en los poemas homéricos espléndidas muestras de la poesía popular y anónima del pasado, pero esto era válido sólo para las partes que consideraban primitivas, reservando una crítica feroz para aquellos elementos más recientes, productos de la recensión, que era responsable de un cúmulo de defectos, faltas y errores que la mente del analista inmediatamente detecta. El analista se convierte así en rastreador de partes recientes, admirador de gloriosos pasajes primitivos, y en crítico acérrimo de las contradicciones internas, de los cambios de estilo, de las repeticiones y de las digresiones que, al igual que antes los humanistas italianos y luego los eruditos anticlasicistas franceses, siguen ahora los románticos alemanes sin entender. La siguiente es una síntesis de los argumentos de la crítica analítica, en donde hemos destacado especialmente las críticas que abonan la teoría de la refundición:<sup>38</sup>

1. las contradicciones que se encuentran dentro de los poemas. Estas contradicciones son de diferentes tipos:

**a) de lengua:** encontramos formas eólicas y formas jónicas, así como otras coincidentes con las del arcadio o el micénico. Otras veces se trata de arcaísmos que lo mismo podemos atribuir a un dialecto que a otro en su fase antigua, al lado de ellos existen formas claramente recientes, generalmente jónicas y en algún caso áticas. En suma, Homero emplea una gran variedad de formas concurrentes, con frecuencia contradictorias lingüísticamente;

comentario del autor la efectiva *injerencia* de esta técnica en la fijación de los poemas, porque evidentemente *Iliada* y *Odisea* **no** son poemas de composición escrita, como habrán de sostener los representantes unitarios en su intento de justificar la impresión de unidad de los poemas. La teoría de Parry-Lord dará otra solución a este problema (véase 2.2.4).

<sup>38</sup> En base a Adrados (1963:41-55).



**b) de estilo:** el estilo homérico, tenso y concentrado a veces, difuso y lento otras, ha parecido a algunos autores *demasiado vario para ser obra del mismo autor*. Por ejemplo Wilamowitz<sup>39</sup> pensó que el bucólico episodio de la visita de Ulises al porquerizo Eumeo cuando llega, desconocido de todos, a su isla de Ítaca, no es atribuible al autor de las escenas bélicas de la matanza de los pretendientes;

**c) arqueológicas y culturales:** las armas son normalmente de bronce, pero a veces encontramos el hierro; los carros de los guerreros son tirados por dos caballos, pero alguna vez se habla de una cuadriga; el rito funerario normal es la inhumación, pero Patroclo, por ejemplo, es colocado en una pira y reducido a cenizas; se habla del gran escudo micénico que llega a los pies, pero también del más pequeño que cubre el pecho, y dentro de éste de dos variedades, el que se empuña con la mano y el se lleva sujeto al antebrazo a la manera de los hoplitas posteriores; la lanza es generalmente arrojadiza, pero a veces se combate a pie firme con ella; junto a la cabellera desmenada de los aqueos, se nos presenta los rizos de Euforbo, que caen dentro del posterior refinamiento jónico; Troya o la Ítaca de Ulises son ciudades micénicas con su palacio real y en él el mégaron, pero la Esqueria de Alcínoo recuerda ya en algunos detalles como su ágora a la ciudad posterior de la época aristocrática. *En estos y otros datos se ha visto con frecuencia la existencia de anacronismos, que datan los poemas o su terminación en fecha reciente.*

**d) internas:** el poeta hace en pasajes diversos afirmaciones contradictorias: el caso extremo es el del guerrero Pilémenes, muerto en un pasaje y apareciendo vivo en otro (véase nota 30). Los analíticos ven en estos casos *el seguro indicio de la unión de poemas diferentes, o al menos, de interpolación*. Algunas de las contradicciones más llamativas continúan siendo inter-

<sup>39</sup> Wilamowitz (1884)

pretadas por algunos autores recientes como resultado de interpolación: por ejemplo el hecho de que la *nékya* del canto once de la *Odisea* nos presente el rito arcaico de la invocación de los espíritus del fondo de una fosa, reanimados por la sangre derramada en el sacrificio; o el de que el Catálogo de las Naves (*Il.* 2) atribuya a Diomedes el dominio de Tirinto y Argos, que en otros lugares están bajo el poder de Agamenón.

2. las repeticiones: para el tipo de literatura que los analíticos reconocen como único existente, las repeticiones son injustificables. En realidad, Homero es el reino de la repetición y rara es la frase (nombre-epíteto, sujeto verbo, etc.) que no aparezca abundantemente repetida en los poemas: son las llamadas "fórmulas". No es a ellas a las que dirigieron su atención los analíticos, sino, sobre todo, a los versos y a los pasajes repetidos. Por ejemplo, existen "escenas típicas" (la preparación de un sacrificio, la recepción de un huésped, el vestirse un guerrero la armadura, etc.) que repiten varias veces con iguales o casi iguales palabras. Pues bien, los analíticos se esforzaban en estos casos *en buscar el pasaje originario en que dicha escena resulta especialmente adecuada, según ellos, habría sido introducida luego en otros por un interpolador*;

3. defectos de composición: este capítulo es muy amplio. Comprende ante todo las abundantes digresiones homéricas que a veces llevan a situaciones no bien comprensibles en el momento en que se colocan, por ejemplo, cuando Glauco y Diomedes se encuentran en el campo de batalla (*Il.* 6) intercambian largos discursos y descubren que son huéspedes. El poeta parece olvidarse de su plan: tras la decisión de Zeus de dar la victoria a los troyanos para que Agamenón se de cuenta de que Aquiles le es necesario, transcurren varios cantos en que los griegos son victoriosos. O bien obra como si se olvidara del punto exacto en que se encuentra la acción que va narrando: los catálogos de griegos y troyanos o la presentación de los héroes griegos a Príamo que hace Helena desde la muralla de Troya, si son comprensibles al comienzo de la guerra, no lo son al año nove-

no de la misma. También sucede que unas veces se habla como si existiese el muro que defiende el campo griego y otras veces no, que hay en la *Iliada* un día en que se celebran dos comidas, en vez de una; que, en la *Odisea*, la Asamblea Inicial de los Dioses en que se decide enviar a Hermes para que Calipso deje partir a Ulises, parece luego olvidada y al comienzo del canto V se reúne otra Asamblea que toma idéntica decisión, etc.<sup>40</sup>

En resumen: según la interpretación de los analistas, la *Iliada* y la *Odisea* resultaron o 1) de la compilación o aglutinación de distintas baladas (K. Lachmann, A. Kirchhoff), o 2) de la expansión, desarrollo o amplificación de un primitivo poema épico de corta extensión (W. Müller, G. Hermann), o 3) de la alteración experimentada por éste mediante interpolaciones (G.W. Nitzsch), o bien 4) por la incorporación de distintos poemas a un tema central o núcleo (la cólera de Aquiles en el caso de la *Iliada*, y en cuanto a la *Odisea* merece citarse la conocida hipótesis de Wilamowitz, según la cual el poema se habría completado hacia el 650 a.C. por un poeta menor sobre la base de tres poemas anteriores, la “Victoria de Ulises sobre los pretendientes”, la “Telemaquia” y la “Odisea antigua”).<sup>41</sup>

<sup>40</sup> La segunda Asamblea es explicada por Delebecque (1958) mediante su “ley de sucesión”: el poeta épico no puede ligar dos series de hechos que son simultáneos y ha de narrar cada uno desde el comienzo y uno a continuación de otro. Por ello al término del viaje de Telémaco (la primera Asamblea había decretado tanto este viaje como el regreso de Ulises), y en oportunidad de aprestarse la vuelta de Ulises, Homero se ve forzado a repetir el relato de la Asamblea con la decisión que ahora interesa. Desde la perspectiva de la composición oral nos parece razonable esta argumentación.

<sup>41</sup> Pero incluso en el caso del célebre filólogo alemán, y como índice de las posiciones cambiantes en este terreno conjetural, no fue este el juicio definitivo sobre la composición de la *Odisea*, dado que en sus obras posteriores (1916 y 1927) modifica significativamente su postura inicial, de suerte que

La unidad de composición de ambos poemas fue defendida por los representantes de la escuela unitaria, tanto en el siglo XIX como en el XX (Roth, Mülder, Drerup, Peters, Schadewaldt, etc.),<sup>42</sup> quienes, haciendo caso omiso de las incongruencias y contradicciones que se observan en los poemas, destacan la unidad estructural de los mismos, los rasgos de simetría que se observan en la construcción de los distintos cantos, las leyes del paralelismo, contraste y gradación que rigen las obras, y que denuncian la presencia de un “emisor guía” para el lector, difícilmente compatible con un autor anónimo y colectivo. En una palabra, los criterios estéticos serán fundamentales en la defensa de Homero por parte de la escuela unitaria, asentados en la intuitiva impresión de unidad que ofrecen los mismos, además de su innegable altura poética.

Desde la perspectiva que abordaremos la cuestión en el punto que sigue, sin embargo, debemos aclarar que la escuela unitaria como consecuencia misma del criterio literario del que parte, no puede renunciar a la idea de un Homero letrado, es decir de

tanto *Iliada* como *Odisea* tendrían como autor a un gran poeta que trabaja, respectivamente, sobre el material de uno o varios poetas anteriores. Según se desprenderá de lo que sigue, se llega a un punto en que las posturas de la escuela analítica no difieren grandemente de los de la escuela unitaria, dado que frente a la postulación de poemas preexistentes delimitados perfectamente de los analíticos, los unitarios hablarán de tradición épica en general tomada como fuente por Homero (véase 2.2.4).

<sup>42</sup> Por ejemplo Schadewaldt (1951) ha probado el fino arte de la motivación y preparación del autor de la *Iliada*; se trata ya de una demostración directa de la unidad, no de una mera refutación de las aporías de la escuela analítica. Coloca a Homero en el siglo VIII a. C., cotejando su arte con el geométrico, al igual que Drerup, y descubre leyes similares de paralelismo, contraste y gradación. De todas formas, aunque con espíritu totalmente nuevo, acepta la teoría de un “estrato” original que ha sufrido modificaciones (el cotejo de la representación humana en el arte arcaico y en los poemas serán tratados en el punto 2.4.1. de este trabajo).

un poeta que se vale de la escritura para *componer* sus poemas. La teoría que ofreceremos a continuación viene a afirmar también la unidad de la obra, pero desde la perspectiva de un texto *fijado* por la escritura pero compuesto con la técnica de composición oral.

#### 2.2.4. La teoría de Parry-Lord y el modelo del “texto dictado”

En su corta existencia Milman Parry (1902-1935) hizo dos aportes fundamentales para el estudio de la génesis de los poemas homéricos. El primero corresponde al temprano año 1923 y se plasmó en su tesis de Master of Arts, publicada recién en 1971.<sup>43</sup> Allí demostraba la presencia de un completo sistema formular desplegado en la obra homérica, imposible de ser creado por un solo individuo, y que el poeta recibía por lo tanto como material heredado de la poesía oral tradicional, transmitida boca a boca de generación en generación. El otro corresponde al trabajo de campo en Yugoslavia, a mediados de la década de 1930, en donde demostró la existencia de una dicción formular semejante en su propio tiempo, por medio de la cual se conservaban en la memoria de la comunidad iletrada gestas del pasado que se remontaban a varios siglos atrás: tuvo así *in situ* la técnica de la creación oral ante sus ojos, la forma en que se transmitía el material heredado por medio de su *recomposición* en cada *performance*, pero cuyo grado de mutación de poeta a poeta y de generación en generación no llegaba a alterar lo sustancial del contenido, dado el carácter altamente conservador, precisamente, de la dicción formular. Pudo así registrar un extenso corpus de grabaciones, sorprendiendo así por primera vez la lengua oral en su total inme-

<sup>43</sup> El trabajo lleva el título de “A Comparative Study of Diction as one of the Elements of Style in Early Greek Epic Poetry”, y se encuentra bajo el número 15 de los artículos editados por su hijo (Parry 1971:421-436).

diatez.<sup>44</sup> En el ínterin dio a luz su último y definitivo trabajo, “Studies in the Epic Technique of Oral Verse-Making. II. The Homeric Language as the Language of an Oral Poetry”.<sup>45</sup>

#### 2.2.4.1. La dicción formular y el fondo tradicional

El hilo conductor de Parry es la afirmación de Witte de que el lenguaje homérico es la obra del verso homérico, pero observa a su vez que lo que es preciso explicar es cómo el verso en ese caso obtuvo tal poder.<sup>46</sup> Es decir la constatación de que un grupo de palabras es regularmente empleado bajo las mismas condiciones métricas para expresar una idea dada determinada es solidaria con el hecho de que esas fórmulas pertenecen al acervo de la tradición, que poseen por lo tanto un carácter conservador, y que ello explica la presencia en el lenguaje poético tanto de formas antiguas y de otros dialectos como también de las nuevas, naci-

<sup>44</sup> Que la Universidad de Harvard ha digitalizado recientemente y que puede consultarse en Internet (<http://www.chs.harvard.edu/mpc/index.html>). De la importancia de la información puede dar cuenta esta presentación que se lee en esa página: “Welcome to the Milman Parry Collection of Oral Literature On-Line. Announcements. Listen to Milman Parry’s field recordings on-line! The first of the recordings slated for digital reformatting as part of our ongoing digitalization project are now available. Use the Collection Database or the Milman Parry Songs page to access digital materials. Check back here for links to additional songs as they become available. Update, April 2006. NEW Milman Parry field recording audio files and digitized manuscript and typescript pages are now available. See Milman Parry Songs and Albert B. Lord Songs”.

<sup>45</sup> Parry (1971:325-364): fue publicado originalmente en *Harvard Studies in Classical Philology* 43 (1932), 1-50. Las divisiones del artículo documentan la relación con nuestra cuestión: I. The Homeric Language and the Homeric Diction, II. The Traditional Poetic Language of oral Poetry, III. The Study of a Traditional Poetic Language, IV. The Homeric Language as a Traditional and oral Poetic Language, V. Conclusions.

<sup>46</sup> Parry (1971:328).

das por la ayuda que proporcionan al poeta al construir sus hexámetros. De manera que el patrón métrico es el responsable del alto grado de conservadurismo del corpus poético, y si bien el lenguaje hablado obviamente cambia, la dicción tradicional del poeta oral cambiará siempre y cuando *no haya necesidad de renunciar a ninguna de las fórmulas*.<sup>47</sup> Esta perspectiva lingüística de Parry tuvo el innegable mérito de dar cuenta del hecho de que la poesía homérica puede, sin demasiado cambio, ser transpuesta del dialecto jónico al eólico –de donde procede el corpus original–, y que las formas no jónicas son conservadas como una regla solamente cuando el jónico mismo no tiene formas que puedan ocupar métricamente ese lugar. Que la fijación por escrito de *Ilíada* y *Odisea* es registrada a partir de la *performance* de un cantor jónico (Homero) se desprende de la presencia del “very common sound” η en lugar del sonido original α (larga) que se encuentra en las inscripciones de todos los otros dialectos, y de la “very common form” para la tercera persona singular del pretérito imperfecto del verbo *eimí*, es decir ἦν, en lugar de ἦς, que encontramos en todas partes, fuera del jónico-ático.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> Por ejemplo, un cambio en el sonido de una vocal o una consonante que no implica ningún cambio en el valor métrico de la palabra, muy pronto hace su camino dentro del lenguaje poético: el cantor, naturalmente, pronuncia la palabra como lo hace usualmente, y no tiene la mínima intención de abstenerse de hacerlo así. Pero cuando el cambio en la forma de la palabra ha de afectar también su valor métrico, es muy diferente para el poeta la opción de conservar el lenguaje hablado, dado que deberá insertarlo en una frase métricamente incorrecta, o renunciar enteramente a ella, y por su cuenta correrá hacer una nueva. Pero ninguna de estas dos elecciones son absolutamente satisfactorias. Véase Parry (1971:331-333).

<sup>48</sup> Lo cual demostraría la cada vez mayor preponderancia del ático en el momento del pasaje a la escritura de los poemas. Véase Parry (1971:342-343) y Gil (1963:169-170).

Ejemplifiquemos ahora el sistema formular sobre la base del epíteto fijo en Homero. En un lugar determinado del verso correspondía a un nombre propio un único y mismo epíteto, por ejemplo Ulises puede ser llamado

[A]  
δῖος Ὀδυσσεύς (60 veces) o  
ἔσθλός Ὀδυσσεύς (tres),  
cuando aparece entre la diéresis bucólica y el final del verso  
( ◡ ◡ ◡ | ◡ ◡ );

[B]  
πολύμητις Ὀδυσσεύς (81 veces) o  
πτολίπορθος Ὀδυσσεύς (cuatro)  
desde la cesura heptemímera al final  
( ◡◡ | ◡ ◡ ◡ | ◡ ◡ );

[C]  
πολύτλας δῖος Ὀδυσσεύς (38 veces),  
desde la cesura pentemímera “femenina” al final  
( ◡ | ◡ ◡◡ | ◡ ◡ ◡ | ◡ ◡ );

[D]  
διογενῆς Ὀδυσσεύς (cuatro);  
desde el principio del verso a la cesura pentemímera  
( ◡ ◡◡ | ◡ ◡◡ | ◡ );

Ahora bien, merced a este riguroso sistema de epítetos fijos en nominativo se podían construir fácilmente versos en el momento en que se contara con un *stock* de hemistiquios formularios que contuvieran un verbo. Así, por ejemplo, si agregamos a un hemistiquio tal como,

τὸν δ' ἄρ' ὑπόδρα ἰδὼν προσέφη



el nombre de Ulises con los epítetos de la posición [B], se obtendría un hexámetro perfecto.

τὸν δ' ἄρ' ὑπόδρα ἰδὼν προσέφη [B] πολύμητις Ὀδυσσεύς

y de hecho así ocurre en la obra, dado que lo encontramos reiterado en más de un verso de la *Odisea* (18,14, 337; 19, 70; 22, 34, 60, 320), y también en la *Ilíada* (4, 329 y 349; 14, 82).

Pero *también* el hemistiquio del cual partimos –sintácticamente un predicado– puede ajustarse para conformar el hexámetro con *otros* epítetos –sujetos–, a condición de que respete el esquema métrico, y así lo encontramos encabezando *tres* tipos de fórmulas diferentes,

τὸν δ' ἄρ' ὑπόδρα ἰδὼν προσέφη πόδας ὠκύς Ἀχιλλεύς  
(*Il.*1,148; 22,260, 344; 24, 559);

τὸν δ' ἄρ' ὑπόδρα ἰδὼν προσέφη κρατερός Διομήδης (*Il.*  
4,411; 5,251; 10,446);

τὸν δ' ἄρ' ὑπόδρα ἰδὼν προσέφη κορυθαίολος Ἔκτωρ  
(*Il.*12,230; 17,169; 18, 284).

En cambio solo cabría completar el hexámetro con la variante [C] para comienzos de versos como

ὡς φάτο, μείδησεν δέ.  
αὐτὰρ ὁ πῖνε καὶ ἦσθε,  
τὸν (τῆν) δ' αὖτε προσέειπε.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> Por ejemplo en *Odisea*, 4, 609: ὡς φάτο, μείδησεν δὲ βοῆν ἀγαθὸς Μενέλαος. Para todo esto, Gil (1963:174).

Como puede verse, mediante ligeras alteraciones de índole casi mecánica el sistema de fórmulas era susceptible de enriquecerse, según la articulación del poeta, y servir así mejor a las necesidades de la narración. Precisamente hay ciertas apreciaciones del propio Parry que no dejan dudas al respecto: “at no time is he [Homer] seeking words for an idea which has never before found expression, so that the question of originality in style means nothing to him”.<sup>50</sup> Su discípulo Albert Lord comenta, “What he [Parry] says in essence is, that the question of originality of style means nothing to the oral poet”.<sup>51</sup> Precisamente son las afirmaciones de esta naturaleza, que parecen relegar la labor del autor a un mero ordenador de fórmulas tradicionales, las que impidieron la inmediata aceptación de las teorías de Parry entre los estudiosos.

#### 2.2.4.2. Críticas a la teoría

Wade-Gery, por ejemplo, escribió que así como Darwin removió el dedo de Dios de la creación, así Parry desdibujó la figura del poeta creador en la *Iliada* y la *Odisea*; y Janko, sin dejar de reconocer que abandonar las enseñanzas de Parry-Lord es como en el ámbito de la física dejar a un lado a Einstein para volver a Newton, observa sin embargo que el rol del creador desde la perspectiva de la dicción formular presenta la misma dificultad que el dirimir la famosa cuestión de si efectivamente Dios juega o no a los dados, postulada por el autor de la teoría de la Relatividad. En síntesis, la pregunta que se abre es la de qué papel juega el “divino Homero” en el cosmos sistematizado y estadístico de las investigaciones de Parry.<sup>52</sup> Precisamente este criticismo tuvo la consecuencia de que Lord y sus seguidores focalizaran su estudio

<sup>50</sup> M. Parry (1971:324).

<sup>51</sup> Lord (1953:126).

<sup>52</sup> Wade-Gery (1952:38s.); Janko (1998:2).

en el crucial período de transición de la *técnica oral a la escrita*, problema descuidado por Parry, abocado al estudio lingüístico de los diversos estratos de la tradición y al de la dicción formular sedimentados en los poemas.

Pero antes de abordar este rumbo actual de los estudios homéricos, recapitulemos sobre las posiciones de las escuelas antes mencionadas a la luz de las innovaciones de Parry y Lord: debemos a éstos un gran caudal de información en torno a cómo se genera un poema oral y de la manera en que la dicción formular en nombres epítetos y frases formulars imprime su carácter conservador al poema, de suerte que mantiene su estructura esencial sin cambios sustanciales durante largos períodos de tiempo. De manera que la incidencia del poeta sobre este material heredado que *precede* al momento de la composición es mucho menor de la que podríamos suponer desde la perspectiva de la técnica de composición que se vale de la escritura. Tomando como base estos elementos se puede encontrar una posición intermedia equidistante de las vertientes clásicas que han debatido la “cuestión homérica”, dado que **a)** *contra los unitarios* es posible afirmar que no trabajó Homero con un papel en la mano, su técnica es la de un poeta oral; pero a su vez **b)** *contra los analistas*, que este cuadro de una tradición oral como un fluido poético no se compatibiliza con la idea de distintos estratos de composición o bien de diferentes versiones con variadas fechas y procedencia. No es necesario apelar a las hipótesis usuales de la crítica analítica para dar cuenta de las supuestas contradicciones, repeticiones y defectos que ofrecería la obra: la mayor parte de ellos tienen su explicación en la propia génesis de la composición oral, que no debe ser juzgada con un criticismo válido solo para la literatura escrita. Por otro lado, el decurso secular de transmisión boca a boca da cuenta de las variantes lingüísticas e históricas de los poemas, pero es siempre *dentro de un único fluir poético* en donde

se van operando las transformaciones, y no son por ende la obra de cauces narrativos diferentes amalgamados por la voluntad de un poeta determinado.

De manera que volvemos a la cuestión fundamental: la de la relación entre la época en que vivió Homero y la forma final de los poemas, tal como han llegado hasta nosotros. Y así aparece el modelo del "texto dictado", según fue insinuado por Parry al final de su vida,

The more I understand the the Southslavic poetry and the nature of the unity of the oral poem, the clearer it seems to me that the *Iliad* and the *Odyssey* are very exactly, as we have them, each one of them the rounded and finished work of a single singer ... I even figure to myself, just now, the moment when the author or the *Odyssey* sat and dictated his song, while another, with writing materials, wrote it down verse by verse, even in the way that our singers sit in the immobility of their thought, watching the motion of Nikola's hand across the empty page, when it will tell them it is the instant for them to speak the next verse."<sup>53</sup>

Y fue su discípulo Albert Lord el que lo desarrolló hasta sus últimas consecuencias en diversos trabajos.<sup>54</sup> Pero, según dijimos antes, reservamos para el punto siguiente el estudio específico de este modelo explicativo de cómo ha llegado el texto homérico

<sup>53</sup> Parry (1971:451). El trabajo es de enero de 1934. Janko (1998:1), a partir de esta cita, formula lo siguiente: "His hypothesis about the origin of the Homeric text has influenced almost every line I have written about Homer".

<sup>54</sup> El modelo del "texto dictado" específicamente aparece en Lord (1953), y luego es reproducido con un "Addendum" en Lord (1991:38-48). También se trata el tema en Lord (1960:124-138). En su trabajo póstumo, editado por su viuda (Lord:1995), hay respuestas a los malentendidos de los críticos con respecto a la génesis de la poesía oral en general.

hasta nosotros, y comenzamos primero aclarando algunas modificaciones que el tiempo ha ido imprimiendo a la teoría de la oralidad de Parry-Lord, y también algunas apreciaciones críticas que son abiertamente malentendidos. Siguiendo a Janko<sup>55</sup> comencemos con las modificaciones:

- 1) la técnica de composición oral *no* es un procedimiento que se aplica como una totalidad a *cualquier género* poético creado oralmente: tanto la extensión como la temática de un corpus como *Iliada* u *Odisea* tienen una dependencia con el material heredado y con la técnica formular *mucho mayor* que el requerido en la lírica, por ejemplo;<sup>56</sup>
- 2) la presencia del elemento formular *no* está tan absolutamente generalizada en el verso homérico como podría desprenderse de los trabajos de Parry. Si bien es cierto que la fijeza del hexámetro requiere el elemento formular en mayor medida que en cualquier otra tradición, no debemos olvidar que la innovación dentro y fuera de las fórmulas ha ocurrido de hecho, y que, por otra parte, hay largos pasajes en Homero que prácticamente *no* se valen del esquema métrico fijo, característico de la dicción formular;
- 3) se le ha adjudicado a Lord la opinión de que la tradición oral deja de existir con la mera introducción de la escritura. Sin embargo en su último trabajo<sup>57</sup> se ha encargado de acla-

<sup>55</sup> Janko (1998:2 ss.).

<sup>56</sup> Poesía oral y poesía épica parecen identificarse en *The Singer of Tales*. Pero en sus últimos libros Lord niega explícitamente tal asimilación. En la composición oral de los géneros no épicos, cuya emergencia estudia en las diversas literaturas nacionales, (baladas inglesas, los *zenske pesme* serbocroatas, etc.) se encuentran analogías con la génesis de algunas variantes de la lírica griega.

<sup>57</sup> Lord (1995:102).

rar que puede haber convivencia durante centurias de ambos tipos de creatividad, y que lo realmente importante es la noción de *texto fijado* que introduce la escritura, que implica el surgimiento de la técnica de *memorización* antes bien que el procedimiento de *recomposición* como medio de transmisión. En última instancia estos dos tipos de comunicación estarán encarnados en las figuras del *rhapsoidós* y del *aoidós*, como veremos en lo que sigue;<sup>58</sup>

- 4) por último debemos mencionar la modificación que el propio Lord imprimió a su punto de vista original según el cual no puede existir un texto de transición que participe de la técnica de creación escrita y de la técnica de creación oral al mismo tiempo. En realidad, según se verá en oportunidad del tratamiento específico del “texto dictado”, esto en lo esencial sigue siendo válido: el poeta que ha formado su arte a partir de escuchar a otros y recrear la composición en el propio fluir de la actuación poética, *no* puede simultáneamente dominar la técnica de aquel cuya elaboración, moldeada en el aislamiento de la creación solitaria, no está compelido por el tiempo, y tiene la libertad por ende de re-  
ver lo ya asentado, pulir o incrementar sus versos, etc.: no está enfrentado, en suma, a la presión de una audiencia a cuyos reclamos debe estar atento.<sup>59</sup> Sin embargo, polarizar esta posición no daría cuenta de ciertos hechos que la con-

<sup>58</sup> Notopoulos en su importante artículo (1938) sobre el papel de *Mnemósyne* en la Grecia no alfabetizada, distingue la memoria productiva de la meramente reproductiva. Véase en el capítulo siguiente 3.2.2.

<sup>59</sup> En oportunidad del texto de Alcídamente (en el capítulo siguiente, 3.4.3.) el discurso oral improvisado aparecerá como el más idóneo para el *kairós* del tribunal o de la Asamblea. El discurso previamente escrito y memorizado, en cambio, en opinión del autor será propio de una retórica inferior.

vivencia de ambas técnicas en una comunidad dada produce: no podemos sino afirmar que el vasto poema yugoslavo de Avdo Mededovic, *La boda de Smailagic Meho*, estudiado por Lord y que es de probado origen oral, es un texto “de transición”, porque fue *inspirado a su vez en un texto escrito*, registrado por medio del dictado y publicado en 1886.<sup>60</sup> Otro tanto podemos decir de aquel príncipe montenegrino que fue en sus orígenes un cantor tradicional, luego aprende a escribir y se dicta, por así decirlo, a sí mismo la letra. Pero a medida que se torna más instruido, se vuelve más innovador, introduciendo la rima y otros factores no tradicionales en la poesía que escribió.<sup>61</sup>

Si pasamos ahora a los malentendidos que ha suscitado la teoría de Parry-Lord, podemos comenzar, precisamente, **1)** por aclarar a qué ámbito de sus estudios corresponde aplicar exactamente el término de “teoría”: *no* podemos en verdad relegar a un horizonte hipotético los hechos concernientes a la poesía oral tradicional que la Parry Collection registra y documenta meticulosamente, como cualquiera puede corroborar fácilmente en la actualidad (recuérdese nota 44). De lo que se trata entonces es del

<sup>60</sup> Por supuesto que la impronta de la oralidad, más allá de que haya partido de un texto escrito, estuvo presente: Avdo, completamente iletrado, había oído una versión de la canción de 2000 versos aproximadamente: conservó la misma trama, pero la embelleció y la amplió, hasta alcanzar las 12.000 líneas. Véase Lord (1991:62, 68-71).

<sup>61</sup> Lord (1995:235-236). Estamos, como se ve, dentro de aquel aporte fundamental de Parry: el procedimiento analógico entre la creatividad oral de su propio tiempo y la de la época de los poemas homéricos. Al respecto leemos en Powell (1997b), “As Avdo Mejedovich sang the ‘Wedding of Smailagic Meho’, so Homer sang the *Odyssey*; as Nikola Vujnovich took down Avdo’s song, so someone took down Homer’s”.

valor que le atribuimos al *procedimiento analógico* que está supuesto cuando trasladamos estos datos a la génesis de la *Iliada*: es cierto entonces afirmar que, desde la perspectiva de la ausencia de documentación y los motivos de controversia, es una hipótesis que la *Iliada* es un texto dictado.<sup>62</sup> Otro malentendido 2) reside en la apreciación de la noción de “improvisar”, problema ligado a la incidencia del autor particular sobre el fondo de la poesía oral tradicional, tema, como hemos visto, sobre el cual la crítica se ha ceñido particularmente. En realidad si la creación *ex-nihilo* de la obra literaria es difícil de justificar aún en una sociedad plenamente alfabetizada, tanto más lo será en el contexto de una comunidad que desconoce la escritura y donde el imaginario es un patrimonio común transmitido oralmente de generación en generación. Sin embargo el poeta oral “improvisa”: sobre el fondo de la tradición innova, y, de hecho, cada *performance* opera como un ensayo de la próxima actuación. El dispositivo formular que hemos tratado *no* es una sujeción a la creatividad, sino antes bien *un recurso* para la composición. Las fórmulas entonces, contra lo que se piensa a menudo, *no* están al servicio de la memorización de los contenidos, dado que una fidelidad memorística de esta naturaleza presupondría ya la presencia de un *texto fijado* al cual atenerse, lo que no es compatible con el hecho mismo de la dicción formular, según hemos visto. Además, en el caso de Homero, debemos tomar muy en cuenta la observación de Aristóteles cuando afirma que las partes discursivas ocupan en *Iliada* y *Odissea* un lugar mucho mayor que en los poemas Cíclicos: el mejor

<sup>62</sup> Recuérdese la nota anterior. En cuanto a la “oral theory”, Lord (1995:18) sostiene lo siguiente: “The phrase ‘oral theory’ with regard to the investigations into South Slavic oral epic by Parry and me is a misnomer. These findings do not constitute a ‘theory’; rather, they provide demonstrated facts concerning oral traditional poetry [...]”.



poeta será aquel capaz de improvisar en los aspectos –los discursos, por ejemplo– en que la tradición no le ofrece un repertorio estable de fórmulas, como sí ocurre para la descripción de una escena de guerra o de un banquete.<sup>63</sup> En síntesis, las dos dimensiones de la memoria, como inspiración o como repetición, podrían quedar caracterizadas en la polarización de dos prácticas de comunicación oral, encarnadas en las figuras respectivas del *oidós* y del *rhapsoidós*:<sup>64</sup> Demódoco, en la pintura del canto VIII de la *Odisea*, es un *oidós* en donde se encuentran características semejantes a los creadores orales o *guslars* de la poesía eslava del sur, estudiados por Parry y Lord. Y desde la propia teoría, son, de hecho, semejantes. Pero Ion, el *rhapsoidós* del diálogo homónimo de Platón, no. Demódoco desconoce la escritura, y acompaña su canto con la lira: de manera que la música, con sus melodías y figuras, será un elemento esencial para evocar la familiaridad del tema tradicional a la audiencia, habida cuenta de la variación innegable que se da entre una *performance* y otra –incluso del mismo cantor en un mismo día–. El aedo que nos presenta Homero –casi como su imagen especular– puede incluso tocar aires de danza y prescindir de la letra de la canción. Por supuesto que el elemento musical se perderá cuando una canción es registrada

<sup>63</sup> *Poética* (1460a5-10). Aristóteles hace esta observación en el contexto de la distinción entre los modos narrativos, el de forma directa y el de indirecta. El antecedente es la clasificación de los modos de la *léxis* poética, esto es, de la forma en que en poesía se presentan los hechos, desarrollada por Platón en *República* III (392d-394b).

<sup>64</sup> No está claro que los testimonios del vocablo “*oidós*” tengan en todas sus apariciones un sentido contrastivo con respecto a los de “*rhapsoidós*”. El primero, sin embargo, alude en la *Odisea* exclusivamente al cantor que desconoce la escritura y que gesta sus poemas en la propia *performance* creativa, y este es el tipo de evidencia que nos interesa aquí. Este es uno de los problemas tratados en la polémica entre Nagy (1997) y Powell (1997 a.b).

por escrito.<sup>65</sup> La interacción con la audiencia, además, estructura el relato del aedo: Odiseo puede pedirle a Demódoco que cambie el tema de su narración, y el cantor debe obedecer su pedido.<sup>66</sup> La relación con la audiencia del rapsoda Ion es muy distinta: es en un festival público en donde celebrará su arte y en donde aparecerá ataviado con vestidos ostentosos. No es músico y recita los poemas homéricos a partir de un texto escrito, previamente memorizado. Puede, claro está, repetir con inexactitud el manuscrito del cual partió, pero estas variaciones no tendrán importancia alguna *a menos que entren como otra lectura* en el propio texto. En este aspecto, el rapsoda tiene puntos de contactos con el actor, que también depende de un texto escrito.<sup>67</sup> Resumiendo, desde esta perspectiva aedo y rapsoda son dos tipos humanos marcadamente diferentes, y que hacen cosas diferentes con el acerbo poético: el rapsoda puede leer y escribir, pero el aedo no.

El malentendido mayor 3), que en realidad está en la base de todos, toma su origen en la innegable alta calidad poética de los poemas homéricos, su sutil y elaborada construcción, su excelencia en la pintura de los caracteres, sus cualidades “literarias”, en suma, que implicarían haber sido compuestos bajo las condiciones que sólo la escritura puede satisfacer. El prejuicio generalizado, como se ve, de que la obra escrita debe ser superior a la obra oral. Ya tuvimos oportunidad en nuestro trabajo de toparnos con

<sup>65</sup> De allí la imposibilidad de reproducir, por ejemplo, el ‘tempo’ del poema. Incluso el esfuerzo desacostumbrado que el cantor debe efectuar para detenerse y acompañar el ritmo del escriba dejará su marca en el texto, y nos permitirá inferir que ha sido un “texto dictado”.

<sup>66</sup> *Odisea* (8. 491-494). Véase Notopoulos (1949:15).

<sup>67</sup> De allí la presencia de ambos, rapsoda y actor, en la célebre imagen de los anillos imantados, metáfora de la inspiración poética (Platón, *Ion*:536a-536b4). Sobre la incidencia de estos tipos de comunicación en la práctica de la lectura silenciosa, véase Svenbro (1998).

esta cuestión: de hecho, la escuela unitaria salva la unidad del poema sacrificando la composición oral en el altar de un Homero alfabetizado que escribe sus poemas. Pero como veremos en el punto siguiente *Ilíada* y *Odisea* son textos compuestos en la propia producción de los versos, hay coincidencia entre la elaboración y la ejecución del poema: de manera contraria no tendría sentido la inusitada presencia de la dicción formular, ni los “defectos” detectados hace tiempo, según tuvimos oportunidad de ver, por la crítica analítica. Pero *tampoco* podríamos tener el texto homérico en las condiciones actuales, si la tradición manuscrita no hubiese partido de un texto único, fijado de una vez por escrito (*Ur-Text*).<sup>68</sup> Por supuesto que la tradición y la dicción formular imprimen al contenido un carácter conservador, pero la unidad de los poemas se hubiese disgregado en las innumerables *performances* de poeta a poeta y de generación a generación a través de los siglos –hasta la mentada recensión de Pisítrato, en el siglo VI. Además de estas dificultades generales, tanto los antiguos analistas como los defensores actuales de la teoría oral no dimensionan otro dato esencial: la excesiva extensión de los poemas. Suponiendo que un individuo aislado sea capaz de aprender y conservar en su memoria tamaño corpus poético, ¿cómo imaginaríamos la transmisión boca a boca del mismo? ¿Homero volvería, una y otra vez, sobre las diversas partes, durante varios días, hasta tanto se grabaran en la memoria de sus reproductores? Pero no hay antecedentes de esta forma de transmisión en la génesis de la poesía oral. Además este sinfín de repeticiones habría sido tan devastador que hasta la habilidad del propio Homero hubiese sucumbido.

Resumiendo: *sin el soporte del texto escrito* los poemas deberían haber sido cantados por piezas, hasta la época de la recensión

<sup>68</sup> Teodorsson (2006:175ss).

de Pisístrato: estamos, como se ve, otra vez en el campo de las antiguas teorías del núcleo y de la compilación. Pero nuestras fuentes no mencionan una fusión de partes dispersas, ni mucho menos de pasar por escrito viejos poemas hasta entonces transmitidos oralmente, sino de restaurar *el orden de los libros*. Incluso uno de nuestros testimonios menciona explícitamente la existencia de un texto escrito en el tiempo de Pisístrato.<sup>69</sup> De hecho, en los poemas, tal como se presentan ante nosotros, no hay trazas de la confusión que fuera dable esperar de una recensión a partir de la múltiple diseminación de la oralidad: su unidad y coherencia de composición muestran sólo algunos pocos defectos, y ofrecen las trazas de un genio organizador, no la de una colección de material épico fragmentario ensamblado en una totalidad por un comité editorial en la Atenas de Pisístrato o la Alejandría de Aristarco.

De manera que entre el Homero letrado que escribe sus poemas –hipótesis desmentida por la propia estructura formular de las obras– y el Homero diseminado en innumerables parcelas orales – y que reviviría como una totalidad por obra de un esfuerzo editorial muchos siglos después–, debemos postular el modelo del “texto dictado”, tal como se desprende de la teoría de Parry-Lord.

### 2.2.4.3. La aparición de la escritura y el modelo del “texto dictado”

Así como al comienzo del punto anterior con la cita de Milman Parry adelantamos el tema que ahora vamos a tratar de manera

<sup>69</sup> Cicerón, *De oratore* 3.137: recuérdese el contenido de la cita en 2.2.2. También las otras fuentes, sin referirse explícitamente a “libros”, hablan de poner orden en la confusa tradición. En ninguna parte se menciona o incluso se sugiere que los poemas fueron registrados en el siglo VI a.C., y no es razonable inferir una conclusión semejante *e silentio*, “considering the incomparably stronger evidence showing that this happened in Homer’s own time, supposedly towards the middle or the eighth century” (Teodorsson [2006:185]).

específica, también ahora por razones metodológicas habremos de reservar para el punto siguiente el tratamiento particular del alfabeto griego, sacrificando así a la claridad expositiva el conocimiento de los importantes aportes que las circunstancias concomitantes con la invención del alfabeto aportarán a la teoría del “texto dictado”: limitémonos por el momento a adelantar que la creación de esta fundamental invención técnica y su aplicación al registro escrito de los poemas homéricos son dos procesos indisolublemente ligados.

La teoría de Lord del “texto dictado” es una teoría del texto fijado: y con *qué clase* de texto estamos tratando importa mucho más, para editar e interpretar a Homero, que cualquier otra cuestión. Sinteticemos entonces la escena que a través de las líneas anteriores se nos ha ido presentando, aislando los momentos fundamentales de la misma, para proceder a continuación a su comentario: **1)** las canciones orales, que sobre temas similares son cantadas por diferentes cantores, guardan notables diferencias; y son diferentes incluso cada vez que un mismo cantor las canta. **2)** El dictado a un escriba, sin embargo, fija el texto. **3)** El “texto dictado” continúa existiendo en la medida en que es copiado y preservado, y se constituirá en la base de *reperformances* memorizadas por parte de los letrados y, **4)** si bien estará sujeto a distorsión, interpolación, y otros accidentes, no estará ya regido por las leyes de la composición oral.

Con respecto al cambio **1)** que experimenta un poema oral, ya había sido advertido por Parry que,

[...] the oral poem even in the mouth of the same singer is ever in a state of change; and it is the same when his poetry is sung by others.<sup>70</sup>

<sup>70</sup> Parry (1971:336)

y en una extensa nota a continuación se transcriben los datos de campo recogidos por M. Murko (*La poésie populaire épique en Yougoslavie au début du XX<sup>e</sup> siècle*, pp. 16-17, Paris, 1929), en donde se concluye, tras de ofrecérsenos las pruebas con grabaciones y registros por medio del dictado que el autor tomó de los cantores en sus actuaciones, que

Il est désormais bien clair pour moi que les chants que nous possédons aujourd'hui imprimés n'ont tous été qu'une seule fois chantés, ou plus exactement dictés, et cela, lors de leur mise par écrit. C'est pourquoi aussi toutes les tentatives faites pour reconstituer un chant dans sa forme originelle sont vaines.<sup>71</sup>

De manera que **2)** con el "texto dictado" el inasible flujo del canal oral es inmovilizado: "Proteus was photographed".<sup>72</sup> En realidad, antes de la invención de las grabaciones fonográficas, el acto de tomar nota de lo que el cantor accedía a dictar fue el único registro posible de la oralidad sin base textual: queda descartado el hecho de un propio cantor letrado que escriba sus canciones – pues entonces su técnica de composición sería, precisamente, la escrita y no la oral–, como también los limitados números de casos de dos cantores en pura *performance*, en donde el segundo canta exactamente lo que el primero canta, dando tiempo así al escriba para que copie rápidamente las palabras del que repite, especialmente si el tempo de la canción es lento y el verso no demasiado largo –pero precisamente esto es lo que no pudo ocurrir en poemas de la extensión de la *Iliada* y la *Odisea*–.<sup>73</sup> Volviendo al dictado en su forma usual: de la reproducción efectuada por el cantor (que se acomoda al ritmo de la escritura del escriba) surge

<sup>71</sup> Parry, *ibidem*.

<sup>72</sup> Lord (1960:124).

<sup>73</sup> Lord (1960:125).

un texto fijado que se transformará en el “original” de otras actuaciones –cuando en verdad fue el mero registro de una situación particular entre otras, que el pedido de un escriba “fotografió” por medio del alfabeto–. De forma que este será el origen de la figura del “autor”, asociada a ese cantor ocasional que, con el repertorio de fórmulas y temas del fondo tradicional, recreó una vez más el poema épico, pero en esta ocasión, merced a la invención gráfica que retiene la palabra humana, su canto será arrancado del tiempo y entrará de aquí en más al universo de la “literatura”.

Entonces el “texto dictado” –y en esto reside su especificidad que amerita una teoría especial del fenómeno– por un lado *no* es la copia de una narración poética diagramada con el auxilio de la escritura, pero por otro lado *tampoco*, pese a que parecería seguirse de lo que llevamos dicho, es una imagen especular de la canción escuchada, dado que el dictado es el *producto del momento de la composición escrita*, no cantada. En realidad lo que debería desprenderse de nuestras observaciones es que antes de la invención de las grabaciones magnetofónicas fue *imposible* el registro exacto de la oralidad, y dado que este es el caso, obviamente de Homero, bien podemos aplicar a las *performances* que dieron origen a la *Ilíada* y a la *Odisea* el realista juicio de Murko que cierra nuestra última cita: “toutes les tentatives faites pour reconstituer un chant dans sa forme originelle sont vaines”. Ahora bien, es lícito entonces preguntarse: ¿en qué características estriba la especificidad del “texto dictado”? ¿Por qué surge, en definitiva, como modelo explicativo de la necesaria “reliance on writing” que debemos suponer en la elaboración de los poemas homéricos, cuya alta factura poética y precisión lingüística sería inexplicable de otra forma?<sup>74</sup>

<sup>74</sup> La expresión es de Bowra (1952:240-241) y se encuentra en la cita que leemos en Lord (1991:38). Allí mismo agrega que el modelo del “texto dictado” vendrá simplemente a replantear esta relación “more precisely”.

El “texto dictado” surge de una comunicación especial, en la cual el instrumento musical, que fija el ritmo y el tempo, es sacrificado al momento de la composición escrita. La observación de las condiciones de este proceso nos dará la clave de la mayor parte de los problemas que están en la base de la “cuestión homérica”, y si fueron ignorados hasta los fundamentales aportes de Parry y Lord, fue porque un buen número de los estudiosos de Homero se limitaron a *leer* la épica oral coleccionada por otros y las relaciones que esos colectores establecieron, pero no *revivieron* esas experiencias en el propio trabajo de campo, presenciando en la épica oral de su propio tiempo a un cantor concreto dictando su poema a un escriba sentado frente a él.<sup>75</sup>

Cuando se le pide a un poeta oral que dicte un poema para ser pasado por escrito, se encuentra en una posición inusual y anormal. La ausencia de la música le impide fijar el ritmo. Es cierto que la dificultad va cediendo a medida que avanzan las líneas, al punto que va modelando un cierto ritmo interior, aunque siempre la adecuación al tiempo del escriba que va anotando sus versos es sentida como una molestia. Es posible que un anotador ágil e inteligente puede facilitarle la tarea, pero siempre su mente, acostumbrada a la *performance* oral condicionada por la audiencia, se va a mover más rápido que el lápiz del escriba. De todas formas estas dificultades no son irremediables. Pronto aparecen las ventajas, y el cantor las aprovecha al máximo para optimizar su composición.

La principal ventaja es el tiempo: tiempo para pensar sus versos, tiempo para pensar su canción como un todo. Puede detenerse en pasajes que en una actuación normal debería recorrer apresurado, sea por la necesidad narrativa, sea por la inquietud de la audiencia. Es decir que puede mostrar lo mejor de su capa-

<sup>75</sup> Véase nota 61.



cidad creadora, puede pasar de cantor a narrador de historias: *la extensión de los poemas homéricos es la mejor prueba de que son productos del momento del dictado antes bien que del momento del canto.*<sup>76</sup> En síntesis: los mejores momentos de la tradición, que no podían ser usados sino moderadamente en una *performance* normal, son en el “texto dictado” acumulados y libremente utilizados, y esta es la explicación de la cantidad y extensión de los símiles que encontramos en la obra homérica. Por último, digamos lo siguiente con respecto a la justa incidencia de la escritura en los poemas: no se ha ido *más allá de la técnica oral*, sino que por medio del “texto dictado” ésta fue llevada *hasta su límite*.

El momento siguiente en la escena de la vida del “texto dictado” es 3) su perduración a través del tiempo por medio de copias sucesivas, de manera que la capacidad de leer estará implícita en aquellos que lo ejecutan oralmente de manera memorística – dado que presupone que lo han incorporado en su mente por medio de la lectura–: ya tuvimos oportunidad de tratar este tema en la polarización de las figuras del *aidós* frente a la figura del *rhapsoidós*.<sup>77</sup> Lo que conviene destacar ahora es que la reproducción de este corpus oral mediante el sistema de signos visuales representado por el alfabeto griego, trajo por un lado la aparición de la técnica escrita en la composición poética –y el “texto dictado”, según estamos viendo, es como un estadio intermedio entre ambos procedimientos, o “texto de transición”, según argumentamos antes–, y por otro lado dio origen 4) a la interesante polémica sobre los estadios de transmisión de los manuscritos hasta

<sup>76</sup> Lord (1991:46), en donde se agrega: “The leisureliness of their tempo, the fullness of their telling, are also indications of this method”.

<sup>77</sup> En el punto anterior, en oportunidad de los “malentendidos” a la doctrina de Parry-Lord, ejemplificamos al *aidós* y al *rhapsoidós* en las figuras de Demódoco y Ion respectivamente.

llegar a nosotros: ¿hubo diseminación a partir de un texto dictado único o *Ur-Text*, o bien existieron varios textos escritos a través del tiempo, “cristalizados” posteriormente, sea en la recensión de Pisístrato, sea en la edición de Aristarco?

La teoría de la “cristalización” es de Nagy y supone cinco estadios evolutivos de fijación textual del corpus homérico.<sup>78</sup> El primero se extiende desde el temprano segundo milenio hasta mediados del siglo VIII a.C.; el segundo, “more formative”, frente a la fluidez del primero, corresponde a lo que el autor denomina un período “panhelénico”, en el cual todavía no existe un texto escrito y que se extiende hasta la mitad del siglo VI a.C.; el tercer estadio es el de “potential texts in the sense of *transcripts*”, y alcanza hasta la última parte del siglo IV a.C., coincidiendo su inicio con la reforma de la tradición rapsódica en Atenas durante los Pisístratas; el cuarto es un período de estandarización con “texts in the sense of transcripts or even *scripts*”, bajo la supervisión de Demetrio de Falero en 317-307 a.C.; finalmente viene un período rígido con textos en el sentido de *scriptura*, desde la mitad del siglo II a.C. en adelante, comenzando con el trabajo de Aristarco alrededor del 150 a.C.<sup>79</sup>

En este proceso de cinco estadios ve Nagy los sucesivos pasos que concluyen en la “cristalización” del texto homérico: está en juego en primer lugar la dimensión de la *performance*, en particular la tradición de los rapsodas, y en segundo lugar la dimen-

<sup>78</sup> Se trata de un modelo en el cual la transmisión del corpus homérico concluye en su definitiva fijación: “‘Five Ages of Homer’, as it were, which each period showing progressively less fluidity and more rigidity” (Nagy, 1996:109). En la segunda parte de este libro hay un tratamiento exhaustivo de los últimos tres períodos; los que allí figuran como primero y segundo fueron estudiados en obras anteriores del autor (hay un resumen de los mismos en Nagy, 1995).

<sup>79</sup> Nagy (*ibidem*).

sión del texto como derivado de la *performance*, en donde cada período sucesivo refleja un concepto más estrecho de textualidad: *transcript–script–scriptura* (respectivamente: “recuerdo transcrito” de una ejecución o “apoyo” para otra; “texto” como requisito para una ejecución; y finalmente “texto escrito inalterable” que ya no presupone una ejecución).

Ahora bien, desde el modelo del registro dictado que hemos desarrollado, esta descripción supone una mayor complejidad y, sobre todo, no es fácil encontrar paralelos en el campo de la experiencia. La *crystallization*, es decir la fijación del texto de *Ilíada* y *Odisea*, se habría producido no por la injerencia de la escritura, sino en el marco de una tradición rapsódica oral que fue limitando sus variantes de forma creciente, debido a la regularidad de los festivales panhelénicos y de las celebraciones de las Panateneas. Como los poemas pasaron a través de este “bottleneck”, el grado de diferencia entre las diversas versiones fue tornándose cada vez menor, hasta llegar al texto “cristalizado” que hoy tenemos.<sup>80</sup>

Esta perspectiva, sin embargo, supone dos importantes concesiones en el modelo teórico de la génesis textual de los poemas: la primera es que no habría diferencias entre la figura del rapsoda y la del aedo, dado que si el rapsoda no aprende de un texto fijo es en cierto sentido todavía un poeta oral, de manera que habría una especie de *continuum* entre el *aoidós* creativo y el *rhapsoidós* mimético;<sup>81</sup> y la segunda es que las variantes textuales que hoy tenemos de los poemas reflejarían variantes de composición en la propia *performance* y no variantes debidas a la tradición escrita. Pero para este último punto en particular –y por extensión también para al primero–, sabemos, de acuerdo a lo desarrollado en

<sup>80</sup> Nagy (2001b).

<sup>81</sup> Powell (1997a)

este trabajo, que son muy escasas las probabilidades de mantener la unidad de los poemas en el *continuum* de la creación oral, más allá del grado de homogeneidad que pudieran procurar las diversas ejecuciones públicas de los poemas. Volvemos, entonces, a la postulación del *Ur-Text* como un arquetipo, y nos inclinamos a considerar este registro originario, surgido de un primer dictado, como el parámetro que habría de *reconducir hacia sí las variantes textuales* que la naciente tradición manuscrita hacía surgir. A esta conclusión llega Janko (1998: nota 63),

So the theory of G. Nagy [...] that the progressively wider and wider diffusion of the Homeric poems resulted in their gradually becoming more and more fixed. However, the reverse outcome would seem more likely, as is indeed supported by the plethora of early papyrus texts with inorganic additional lines; and one is entitled to ask why the resulting texts contain so many minor oddities, which would surely have been tidied up in any process of this kind.

### *Conclusión*

Por lo dicho, presentamos el siguiente panorama del paso de la oralidad a la escritura en la antigua Grecia: tres son los caminos en que, al parecer, los textos han llegado a existir a partir de un estadio no alfabetizado. El primero es el del “texto dictado”: un escriba toma nota de los versos del poeta oral por medio del dictado; el segundo camino es por la habilidad de ciertos aristócratas que supieron leer<sup>82</sup> esos versos que comenzaron como poesía oral, pero que ahora, fijados por la escritura, se transformaron en mo-

<sup>82</sup> Más allá de las dificultades que una *lectio continua* y totalmente fonética imponía a la lectura en los primeros tiempos del surgimiento del alfabeto. Véase el subcapítulo que sigue y también Svenbro (1998).

delo de *creación por medio de la técnica alfabética*: aparecieron así nuevas formas de poesía, tanto en la lírica monódica como coral, que suponían necesariamente el texto escrito (para el ensayo de un ditirambo, por ejemplo, o para la memorización de los parlamentos de una tragedia). Finalmente el tercer camino estuvo dado por la *copia* de un texto originado por alguno de los dos medios anteriores: alguien lee en voz alta un texto escrito –el tomado por dictado al poeta oral o el compuesto directamente con auxilio de la escritura– y otro copia lo que escucha (o quizá copie el manuscrito en lectura solitaria).

De acuerdo con todo esto, y manteniéndonos en la aproximación teórica que nos permitió deslindar al poeta creativo o *aoidós* del mero memorizador o *rhapsoidós*, nos inclinamos por estas dos vías de la relación oralidad-texto en la época del primer contacto de la escritura con el canal oral de transmisión poética: cuando los textos derivan de las actuaciones concretas del cantor, estamos en el modelo del “texto dictado”; pero cuando un rapsoda o un actor recita oralmente un texto memorizado, debemos decir que es la *performance* la que deriva del texto. De la fundamental innovación técnica que posibilitó el registro de los poemas habremos de ocuparnos en lo que sigue.

### 2.3. EL ALFABETO GRIEGO

#### *Presentación sumaria*

La exposición que se leerá en este subcapítulo desarrolla el estudio del alfabeto griego en tres ejes temáticos con incumbencia en los ámbitos lingüístico (2.3.1), sistemático (2.3.2), e histórico-cultural (2.3.3), retomando y ampliando este último punto los avances del subcapítulo anterior. El primer ítem da cuenta de la relación que existe entre los diversos modelos de representación grá-

fica de la expresión verbal y el nivel pertinente de las “articulaciones” del lenguaje humano, teniendo la invención griega el privilegio de haber procurado marcas que evocan en la memoria del lector no sólo el plano fonético –ausente en los sistemas puramente “logográficos”–, sino que avanzando sobre la intuitiva experiencia acústica –grado alcanzado por el silabario– llegó al registro visible de la unidad discreta ideal representada por la moderna noción de “fonema”. Para dar la real dimensión del sistema que subyace en el alfabeto griego –que es nuestro familiar registro gráfico, difundido en todo Occidente desde entonces– en el segundo ítem se desarrolla el cotejo con un silabario típico, similar al modelo semita del cual partió la adaptación y de donde fue tomado el dibujo y el nombre de la mayor parte de las grafías. Ahora bien, el sistema griego, a diferencia de todos los anteriores, procuró representación gráfica aislada a todos los sonidos de la lengua, lo cual va mucho más allá del difundido error de pensar que ideó signos para las vocales. Si bien esto último es cierto para el caso del modelo fenicio del cual partió –un silabario consonántico–, ya otros sistemas escriturales –por ejemplo el Lineal B micénico– tenían en su repertorio gráfico signos para las vocales. Pero lo que ningún silabario llegó a representar fue el sonido aislado de la consonante, indiscernible en el discurso empírico, sorprendente esfuerzo de abstracción del genio helénico. Adaptación gráfica y sistema son tratados en subdivisiones específicas (2.3.2.1 y 2.3.2.2).

Cuando llegamos al último de los ejes temáticos, la hipótesis sobre el lugar y el tiempo en que tuvo lugar la adaptación del alfabeto, como así también la finalidad que guió los pasos de esta importante invención, vuelven a aparecer los temas que los recientes avances de la “cuestión homérica” nos impusieron tratar en el subcapítulo anterior. Argumentaremos entonces a favor de la isla de Eubea como probable lugar en el cual se llevó a cabo el

registro de los poemas homéricos por medio del “texto dictado”, y que la persona misma del adaptador era un habitante de la isla, cuyo contacto con aquel fenicio bilingüe que le enseñó el sistema gráfico de uso entre ellos pudo darse en Al-Mina, en la actual Siria, uno de los ricos centros comerciales que los eubeos poseían en su vasto comercio con Oriente. Las más antiguas inscripciones griegas halladas hasta el presente señalan también el contexto eubeo: ya sea las del emplazamiento arqueológico de Lefkandi, en la propia isla, o bien el testimonio que ofrece la “Copa de Néstor”, hallada en la antigua colonia de Pitecusa, fundada por griegos de Eubea en su expansión hacia Occidente. El heróin de Lefkandi es importante también para nuestra argumentación, porque nos da la pauta de la vigencia de la tradición heroica en la isla y por lo tanto de una audiencia predispuesta para escuchar las gestas épicas de Homero. Según se verá, la presencia de los poemas homéricos está tan articulada con el estudio del alfabeto griego, que pese a la intuitiva evidencia de que la finalidad de la escritura fue asentar por signos visibles verbales las actividades comerciales de la isla, la hipótesis que sostiene que la intención originaria que guió los pasos de la invención fue, a imitación de los pueblos del Este con tradición escritural milenaria, registrar gráficamente los monumentos culturales de *Ilíada* y *Odisea* merecerá toda nuestra atención.

(Dada la variedad de la argumentación que se expone en este último ítem, además de las subdivisiones pertinentes, 2.3.3.1 y 2.3.3.2, se encuentra un subtítulo-guía encabezando cada derivación particular).

### **2.3.1. La “doble articulación” del lenguaje y los sistemas de escritura**

Quienquiera pasó por escrito la *Ilíada* y la *Odisea* hizo uso de una reciente invención, el alfabeto griego, que sería la nueva clase de

escritura destinada a evocar por medio de marcas visibles los matices fonéticos esenciales para reconstruir la vasta forma del verso oral. La asociación entre la escritura y el registro escrito de los poemas homéricos es de tal naturaleza, que se ha supuesto que la necesidad de fijarlos textualmente ha guiado los pasos de esta invención entre los griegos.<sup>83</sup>

Lo cierto es que en el alfabeto griego se dan los tres requisitos teóricos para un sistema ideal, cada uno distinto del otro, y que al concurrir simultáneamente dan razón de la extraordinaria vigencia de la invención griega hasta la actualidad: **a)** la cobertura de todos los elementos del lenguaje debe ser exhaustiva, es decir, las marcas o figuras visibles deben ser suficientes en número o caracteres para evocar en la memoria del lector todos los sonidos de la lengua que son distintivos en el lenguaje; convencionalmente ese número puede ser reducido en cualquier lenguaje y ser identificado con el moderno término de 'fonema', e idealmente no habría excepción que debiera ser suplida por conjeturas del contexto; **b)** Esta función debe ser llevada a cabo sin ambigüedad, es decir que cada figura o combinación de figuras debe evocar la memoria de un y solamente un fonema; hablando, entonces, nuevamente desde un punto de vista ideal, no debería haber razón para que se le requiera al lector que en su intento de reconocer el sonido representado tenga que hacer una selección entre dos o tres posibilidades; y **c)** el número total de marcas debe ser mantenido en un estricto límite para evitar sobrecargar la memoria con la tarea de dominar una larga lista de ellas antes de que el proceso de reconocimiento, o sea de lectura, comience. O sea que se debe tener en cuenta que el cerebro no solo tiene la tarea de recordar el catálogo de las letras con precisión, debe in-

<sup>83</sup> Cf. nota 9.



cluso asociarlas con la serie de sonidos y, lo que es más importante, debe estar preparado para reconocer la conexión de las letras con esos sonidos no como aparecen en el ‘alfabeto’ o ‘abecedario’ –de forma ordenada y constante– sino en las miles de excéntricas combinaciones que se producen en las palabras y frases. El cerebro ha sido biológicamente codificado para contener una memoria de estas variaciones como se dan acústicamente en una lengua hablada, pero no ha sido codificado para manejar una correspondiente variedad de marcas.<sup>84</sup> Precisamente vamos a partir en este subcapítulo del plano lingüístico para rastrear a partir de aquí algunos de los diversos sistemas ensayados por la cultura humana para dar representación visible a las “articulaciones” del lenguaje oral.

Debemos a André Martinet un modelo de análisis de los dos niveles de la realidad lingüística, en cuyo desarrollo la lengua se presenta, por un lado, como un sistema que articula en una larga serie de unidades tanto el sentido como la forma vocálica de todo hecho de experiencia que se desea transmitir (“primera articulación”), y, por otro lado, es esa misma lengua la que impone una muy diferente articulación al medio sonoro, que no halla equivalente en el plano del contenido (“segunda articulación”).<sup>85</sup> Acla-

<sup>84</sup> Havelock (1982:61).

<sup>85</sup> Hay diversos trabajos del lingüista francés que tratan la doble articulación del lenguaje (1949, 1957, 1970). El origen de la noción está en Saussure (1967: 156): “On pourrait appeler la langue le domaine des articulations, en prenant ce mot dans le sens défini p. 26: chaque terme linguistique est un petit membre, un *articulus* où une idée se fixe dans un son et où un son devient le signe d’une idée”; y en la remisión mencionada leemos “En latin *articulus* signifie ‘membre, partie, subdivisión dans une suite de choses’; en matière de langage, l’articulation peut désigner ou bien la subdivisión de la chaîne parlée en syllabes, ou bien la subdivisión de la chaîne des significations en unités significatives; c’est dans ce sens qu’on dit en allemand *gegliederte Sprache*

remos estas importantes nociones del plano lingüístico que habrán de hallar su expresión objetivada visualmente en los diversos sistemas de representación escrita. Tomemos el conocido ejemplo de Malmberg:<sup>86</sup> en *el chico hace sus deberes* estamos ante la evidencia de un signo complejo en el cual puede distinguirse toda una serie de signos simples –también llamados morfemas–, tres de los cuales son elementos léxicos (*chico, hac(e), deber-*) y cuatro elementos gramaticales o morfológicos (un artículo definido, una marca de tercera persona –*e*, un posesivo y una marca de plural –*es*). Precisamente este análisis de la cadena en una serie de unidades significativas asociadas con grupos de unidades fonológicas constituye la “primera articulación” del lenguaje, y nos da la pauta de la especificidad de la lengua como sistema estructurado, en contraposición con una expresión no articulada, un grito, por ejemplo.<sup>87</sup>

(1967:26)”. Como apertura hacia otra línea de estudio es interesante citar lo que viene a continuación: “En s’attachant à cette seconde définition, on pourrait dire que *ce n’est pas le langage parlé qui est naturel à l’homme*, mais la faculté de constituer une langue, c’est-à-dire un système de signes distincts correspondant à des idées distinctes”. Se trata de uno de los pasajes claves de la lectura que Derrida (1967:96) –a quien se debe lo destacado en itálica- hace del *Curso*, para argumentar en contra de la tiranía del “prejuicio fonológico” en la lengua (véase la nota 55 del tercer capítulo).

<sup>86</sup> Malmberg (1985:18).

<sup>87</sup> La contraposición con el sonido inarticulado del grito es sumamente gráfica en Martinet (1970:13), quien presenta la expresión *j’ai mal à la tête*, y certifica que en estos seis morfemas no sólo no hay nada que tenga relación directa con el dolor del hablante, sino que cada uno de ellos pueden ser encontrados en otras cadenas con innumerables significados distintos. Si el emisor manifestara su dolor por gritos, sin embargo, no llegaría a ser una comunicación lingüística, porque la existencia misma de una expresividad semejante estaría comprometida por la imposibilidad del aparato fonador humano de dar cabida a la infinita variedad de la experiencia, dado que tendríamos que suponer millones de gritos únicos, inanalizables, inarticulados, sin ninguna relación unos con otros: “Quelques milliers d’unités, comme *tête, mal, ai, la*,

Ahora bien, si nos detenemos en este momento en el plano del contenido, podemos certificar el obvio hecho de que un segundo análisis aplicado a este nivel lingüístico no es posible: el conjunto *hace*, por ejemplo, no puede ser analizado en unidades sucesivas más pequeñas dotadas de sentido: *hace* quiere decir “hace”, y no se puede atribuir a *ha-* y a *-ce* sentidos diferentes cuya suma equivaldría a *hace*.

Pero es otro el panorama en la forma vocálica del signo lingüístico: aquí sí es posible el análisis en una sucesión de unidades, cada una de las cuales contribuye a distinguir *hace*, por ejemplo, de otras unidades como *nace* o *pace*. Esta es “la segunda articulación” del lenguaje, que es totalmente independiente de la primera articulación, tanto respecto del número de unidades como respecto de los principios por los cuales esas unidades se combinan en unidades fonológicas mayores.<sup>88</sup>

*Dado entonces que las lenguas están doblemente “articuladas”, existe la posibilidad para un sistema de escritura de representar las unidades tanto de la primera articulación como de la segunda: los sistemas logográficos se basan en unidades significativas, los fonográficos, en*

largement combinable, nous permettent de communiquer plus de choses que ne pourraient le faire des millions de cris inarticulés différents”.

<sup>88</sup> Nuevamente Martinet (1970:13) “On aperçoit ce que représente d’économie cette seconde articulation: si nous devons faire correspondre à chaque unité significative minima une production vocale spécifique et inanalysable, il nous faudrait en distinguer des milliers, ce qui serait incompatible avec les latitudes articulatoires et la sensibilité auditive de l’être humain. Grâce à la seconde articulation, les langues peuvent se contenter de quelques dizaines de productions phoniques distinctes que l’on combine pour obtenir la forme vocale des unités de première articulation: *tête*, par exemple, utilise à deux reprises l’unité phonique que nous représentons au moyen de /t/ avec insertion entre ces deux /t/ d’ une autre unité que nous notons /e/”.

unidades fonológicas –y entre estos últimos, naturalmente, se ubica el alfabeto griego–.<sup>89</sup>

El hecho de que los sistemas de escritura relativamente primitivos tienden a ser logográficos más que fonográficos –que es el caso del sistema más antiguo de escritura, el sumerio, que remonta quizá a la segunda mitad del cuarto milenio, o a lo sumo al 3000–, puede darnos cuenta de su especificidad: en primer lugar las unidades de la primera articulación tienden a ser intuitivas para los hablantes de la lengua, incluso sin estudios especiales –es el caso del niño que aun antes del período de alfabetización puede separar las palabras de un enunciado oral–, en tanto que las unidades de la segunda articulación –fonológica–, en especial las unidades menores que la sílaba, no son obvias.<sup>90</sup> En segundo lugar, muchas unidades morfélicas tienen significados para los cuales es sencillo inventar símbolos motivados, y debemos suponer que cuando una escritura se forja a partir de cero, el principio de iconocidad es un medio particularmente llano para facilitar la tarea de los creadores y sus primeros alumnos. Sampson supone una representación logográfica de la oración en inglés *The cat walked over the mat* (“el gato caminó sobre el felpudo”) de la siguiente manera,<sup>91</sup>

<sup>89</sup> Sampson (1997:47). El tratamiento del problema de los mensajes “semasiográficos”, en el sentido de su derecho a ser considerados un tipo de escritura o no, excedería los límites que nos hemos propuesto. De todas formas, rozaremos esta cuestión al contraponerlos con el tipo de escritura logográfica (de hecho, ya hicimos referencia al “semasiographic system” en nota 10).

<sup>90</sup> Y esto es especialmente válido en el caso de la exclusiva invención griega: la representación gráfica del sonido consonántico aislado (cuya manifestación empírica, sin embargo, siempre se produce con el apoyo vocálico). Véase especialmente 2.3.2.2.

<sup>91</sup> Sampson (1997:47).



(Figura 1)

Podemos extraer de esta figura algunas conclusiones: **1)** las palabras *gato* o *felpudo* se prestan, obviamente, a la representación gráfica mucho más fácilmente que *el* o el morfema de pasado *-o*, pero también es cierto que las unidades menos “pictóricas” suelen ser menos cruciales para el mensaje que las demás –y pueden a veces excluirse–; **2)** incluso puede extenderse lo dicho al dedo que representa en dos oportunidades al artículo: el estatuto secundario de este tipo de grafos se desprende de su carácter ambiguo, dado que podría equivaler también para *un* o *éste*, y no habría medio de diferenciarlos;<sup>92</sup> por otro lado, **3)** nótese cómo toda escritura logográfica representa los morfemas de una lengua antes bien que palabras aisladas sin conexión unas con otras (si así no fuera, el hecho de usar grafos separados para diversas palabras derivadas de raíces comunes aumentaría enormemente el número de signos, como ocurriría por ejemplo si no se tomara en cuenta el morfema común a *camino*, *caminé*, *caminaré*, etc.); por último **4)** podríamos preguntarnos si realmente estamos en presencia de una escritura distinta a una escritura silábica, dado que en la versión inglesa no solo *the* es un monosílabo, sino también lo son *cat* y *mat*. Hay dos excepciones, sin embargo: *over* nos requeriría dos sílabas para su transcripción fonográfica, y el cuarto

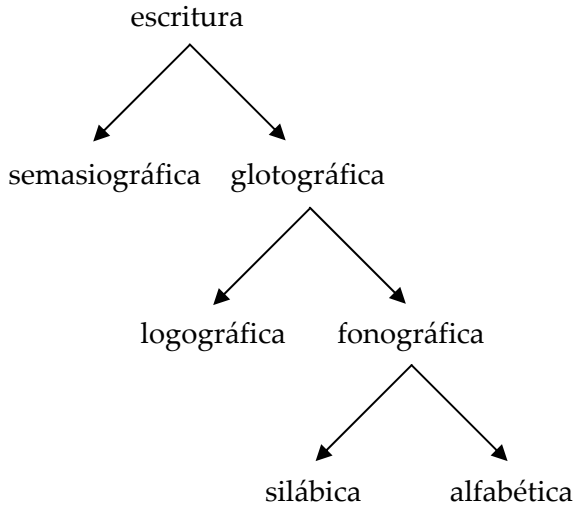
<sup>92</sup> Si recogemos las categorías de Bühler (1950), diríamos que las palabras del campo simbólico tienden a una mayor iconocidad que las del campo mostrativo del lenguaje.

grafo, que es logográficamente el morfema de pasado –e implica por ende una representación independiente– se pronuncia en la versión inglesa como parte de una sílaba. Resumiendo, el principio que guía una escritura silábica es el fonológico, es decir que las palabras más largas en cuanto a su pronunciación estarán representadas por más grafos que las cortas; en la escritura logográfica, en cambio, el principio rector es el morfémico, que es independiente de la pronunciación: basta que una palabra esté constituida por un solo morfema –sea lo larga que fuere, como el término *catamarán*, por ejemplo– para que con un solo grafo esté cumplida su representación gráfica.

De hecho, más allá de esta reconstrucción que, siguiendo a Sampson hemos llevado a cabo –y que reproduce en lo esencial los sistemas realmente logográficos de escritura, tal como se han dado históricamente–, podemos agregar que en los márgenes de nuestro propio sistema de escritura hay algunos elementos de carácter claramente logográfico, como es el caso de los grafos <&%>, que representan respectivamente la palabra *y* y la expresión *por ciento*. Ahora bien, debemos guardarnos de atribuirles a estos grafos un carácter *fonográfico*, no están en lugar de *sonidos* de la lengua: de lo contrario un “rebus” –o “jeroglífico”– del tipo <&rew> podría con toda licitud estar por el nombre inglés *Andrew*; o bien en castellano <2sis> podría equivaler al sustantivo *dosis*. Es importante destacar que, si bien en este último ejemplo el numeral aislado puede equivaler a un grafo logográfico, debe tenerse en cuenta que en una formulación matemática apenas más compleja no hay coincidencia con la articulación correspondiente en la lengua oral: en <55>, por ejemplo, no leemos igual el primer grafo que el último. Es que con el simbolismo matemático nos topamos con una ‘lengua’ que articula el pensamiento directa e independientemente, más que por la representación de una

articulación oral: estamos ante un “caso altamente sofisticado de semasiografía”.<sup>93</sup>

Precisamente es necesario destacar, a los efectos de deslindar claramente la escritura logográfica, que en tanto representación visible de los enunciados de una *lengua oral* es un sistema *glotográfico*, situándose de esta manera junto a las escrituras *fonográficas*: ambos a su vez forman un conjunto que se polarizan frente a la mera semasiografía –que *no* representa de forma directa ni la primera ni la segunda articulación del lenguaje–, según da cuenta el siguiente esquema:



(Figura 2)

La semasiografía –porque debemos decir algunas palabras al respecto, según adelantamos antes– guarda un estatuto ambiguo con respecto a los sistemas de escritura propiamente dichos: al *no*

<sup>93</sup> Sampson (1997:43).

representar ningún nivel de articulación del lenguaje, su carácter mismo de escritura está cuestionado: *representa elementos del mundo, no del lenguaje*. Sin embargo, mensajes de este tipo pueblan nuestra vida cotidiana: gráficos instructivos para uso de electrodomésticos, signos viales para mensajes como “prohibido girar a la izquierda” o “deténgase en el próximo cruce”, etc., son del tipo semasiográfico. Pueden, claro está, *traducirse* más o menos fielmente a la lengua hablada, pero no tendría sentido tratar de *leerlos* en voz alta palabra por palabra, de donde se revela su carácter *no glotográfico*. Si bien es muy probable el carácter semasiográfico de los primeros mensajes que precedieron a la escritura,<sup>94</sup> es evidente que en un momento dado los miembros de la sociedad debieron optar entre este sistema vinculado estrictamente con el medio visual, y el sistema glotográfico, que reproduce la lengua oral: después de todo no es económico el manejo de dos “lenguas”, una para escribir y otra para hablar. Obsérvese, por ejemplo, que en semasiografía la idea de cuatro caballos se reflejaría por cuatro grafos iguales, que significan cada uno un caballo, pero ningún lenguaje hablado repite cuatro veces la palabra para dar idea de cuatro cosas; o la idea de vaca negra, que implicaría un solo grafo en un sistema semasiográfico, requeriría dos en uno logográfico: uno que representa la palabra *vaca* y otro *negra*. En resumen, se impuso históricamente la alternativa de desarrollar un sistema para codificar la lengua oral en medio gráfico.

Enmarquemos ahora en su generalidad el sistema silábico – de hecho volverá a aparecer en el punto siguiente contrapuesto al alfabeto–. Ya dejamos establecido en nuestro esquema que pertenece al sistema fonográfico, es decir que junto con el sistema alfabético proporciona signos visibles a los *sonidos* de la lengua oral, situándose de esta manera al nivel de la segunda articulación del

<sup>94</sup> Véase nota 10.



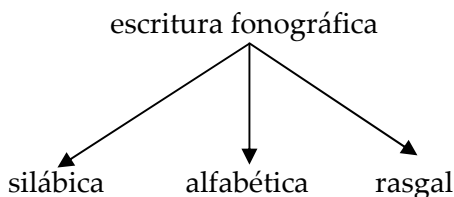
lenguaje. Pero es necesario hacer algunas apreciaciones sobre esta articulación. La sílaba es una unidad secundaria que está suponiendo el fonema, es decir “la unidad más pequeña, desprovista de significado, formado por un haz simultáneo de rasgos distintivos”.<sup>95</sup> Unidad compleja en verdad, en cuya constitución entran elementos simples de un nivel más profundo, los rasgos distintivos, que son las auténticas unidades básicas de la fonología, cuya combinación en un haz constituye, precisamente, como nos indica la definición citada, el fonema: la sílaba /ka/ de *casa* se opone a la sílaba /ga/ de *gasa* en tanto que la conmutación en el plano de la expresión entre /k/ y /g/ conlleva un cambio en el plano del contenido, el que separa, precisamente, la significación de *casa* de la de *gasa*. De manera que /k/ y /g/ son invariantes o fonemas, que si bien comparten dos rasgos –el de consonantes oclusivas y velares–, se diferencian en otro, sordez frente a sonoridad, que se manifiesta como la señal fonética capaz de cambiar a un fonema en otro por medio de la conmutación de ese rasgo.

El alfabeto griego constituyó la extraordinaria invención de dar representación visible a los fonemas de la lengua, y lo hizo a partir de la modificación del silabario fenicio –que sólo anotaba, por lo demás, la consonante de la sílaba en cuestión, que debía ser conjeturada entre varias posibilidades, como veremos en el punto siguiente–. Pero también la representación de los rasgos fonéticos fue ensayada en la historia de la escritura, y el sistema de Pitman es un ejemplo cercano que puede ilustrarnos al respecto:<sup>96</sup> si bien no hay allí una anotación de los rasgos fonéticos propiamente di-

<sup>95</sup> Quilis (1993:291).

<sup>96</sup> Sampson (1997:173-208) dedica el capítulo 7 de su libro a la descripción de las características del *han'gul* coreano como sistema rasgal, y agrega la opinión de un autor según el cual estaríamos en presencia de “el mejor alfabeto del mundo”(1997:173).

chos, dado que no hay grafos individuales que se escriban separadamente para marcar la sonoridad, la labialización, etc. –cada grafo, de hecho, representa un fonema completo–, en el dibujo mismo de cada grafo está representada la correlación con los rasgos que componen el segmento o fonema (para ilustrar con un solo ejemplo este familiar sistema estenográfico, recordemos que en los grafos para las consonantes oclusivas el contraste entre grueso y delgado representa el contraste sonoro / sordo). Con lo dicho, nuestro esquema de las escrituras fonográficas debería ser ampliado de esta manera:



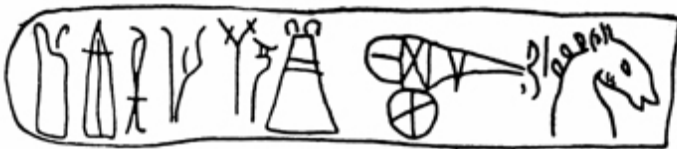
(Figura 3)

Si volvemos por un momento al silabario, no podemos dejar de mencionar el sistema conocido como Lineal B, de origen cretomicénico, y que resultó ser la anotación de una lengua griega arcaica, según lo develó el desciframiento llevado a cabo por el arquitecto inglés Michael Ventris en 1952.<sup>97</sup> Fue usado aproximadamente desde el 1600 hasta el 1300 con fines de registro por los funcionarios de la civilización micénica que entonces florecía en el sur de Grecia. El hecho de que no registre con exactitud los sonidos de la lengua griega parece sugerir que el Lineal B surgió

<sup>97</sup> Antes de Ventris se consideraba poco probable que se tratara de una lengua griega. La bibliografía básica sobre el Lineal B es Ventris-Chadwick (1956), pero ha alcanzado gran difusión el informe más breve de Chadwick (1958), traducido al castellano unos años después, que combina la información lingüística con los elementos detectivescos de la historia del desciframiento.

como adaptación de un sistema de escritura previo, conocido como Lineal A –que en su mayor parte sigue siendo ininteligible–, de origen posiblemente no indoeuropeo y que estuvo en uso entre los miembros de la civilización minoica, a principios del segundo milenio. Para dar sólo algunos ejemplos, digamos que **1)** no existe signo para el espíritu áspero ni se distinguen las consonantes aspiradas *th, ph, kh* (las griegas  $\theta, \phi, \chi$ ) de las no aspiradas; **2)** los signos del Lineal B usualmente representan la combinación silábica Consonante-Vocal (CV), pero la estructura silábica del griego permite consonantes trabadas, consonantes finales y diptongos: de manera que en el caso de una sílaba con consonante inicial trabada, cada una de las consonantes son escritas con el signo silábico CV, cuya vocal evoca la vocal de la sílaba, de suerte que la palabra *tri* es escrita como *ti-ri*, y *khrusos* como *ku-ru-so*; en cuanto a las consonante finales *l, m, n, r* y *s*, usualmente no son escritas.<sup>98</sup>

Agreguemos, por último, que además de los signos fonéticos existen en el Lineal B algunos logogramas, que representan personas, animales, plantas y objetos físicos: algunos son aparentemente pictóricos y no dejan dudas sobre lo que representan, pero otros son menos icónicos o directamente simbólicos. Un ejemplo de concurrencia de silabogramas con logogramas es la “Tablilla de Cnosos que trata de carros”,<sup>99</sup>



(Figura 4)

<sup>98</sup> Chadwick (1962:109-111).

<sup>99</sup> Chadwick (1962:152)

en donde se puede apreciar tanto la presencia pictórica, como los grafos silábicos, según surge del cotejo con la grilla básica del silabario cretomicénico que abajo reproducimos:<sup>100</sup>



(Figura 5)

<sup>100</sup> Extraído de <http://www.ancientscripts.com/linearb.html>.

El Lineal B dejó de usarse cuando las ciudades micénicas fueron destruidas a fines del segundo milenio a.C., posiblemente por invasores que llegaron por mar. Será necesario el nuevo contacto entre griegos y pueblos del Este –fundamentalmente a raíz de la expansión Asiria sobre Siria y Fenicia en el siglo IX a.C.– para que un préstamo cultural tomara una relevancia importantísima para el desarrollo helénico: la adaptación del alfabeto fenicio para representar la lengua griega. Ahora bien, si efectivamente este movimiento hacia el oeste de las culturas del Levante dio como resultado la presencia semita en Creta y Chipre, y asentamientos comunes como Al Mina, en Siria, con la presencia de griegos de Eubea –muy probablemente el lugar en que se produjo la adaptación del alfabeto–, es lícito preguntarse *por qué en el contacto previo con las culturas del Cercano Oriente* –que se remonta a la segunda mitad del segundo milenio– *no encontraron los griegos en los variados sistemas de escritura* –el silabario cuneiforme babilonio o el alfabeto consonántico de Ugarit– *la manera de realizar una adaptación semejante a la que habrían de hacer casi un milenio después.*

La respuesta inmediata, apoyada en dos conjeturas, no agota sin embargo el problema planteado: podríamos decir en primer lugar que las escrituras en uso por esos pueblos en este período de la Edad de Bronce y temprana Edad de Hierro no tuvieron la virtualidad, al menos para los griegos, del posterior silabario consonántico fenicio, de cuya adaptación y transformación surgió el alfabeto muchos siglos después; por otro lado, además, sabemos que los griegos micénicos no eran un pueblo analfabeto, sino que gozaban de su propia escritura, el Lineal B, ¿qué necesidad habría, entonces, de la adopción de un nuevo sistema de registro gráfico?

Pero precisamente en este último punto aparece una objeción de mayor peso a nuestra marcha teórica: *¿por qué no emplearon entonces ese sistema en uso para pasar por escrito los poemas homéricos, que remontan, como incluso las evidencias internas demuestran,*

a la época micénica –período en que se llevó a cabo la expedición contra Troya–? Debemos recurrir entonces a nuevas suposiciones, siempre dentro del marco conjetural que la distancia histórica nos impone: por un lado, ninguno de esos sistemas que tenían a su alcance podía rivalizar con la innegable superioridad de la invención alfabética que, al ser *creada por los propios griegos para visualizar los sonidos de su propia lengua*, debería naturalmente tener la capacidad de representar el verso de la épica de una forma más adecuada que los silabarios creados originalmente para lenguas no indoeuropeas (incluido el Lineal B). Pero hay algo más, si del registro escrito de *Iliada* y *Odisea* se trata: está la figura del propio Homero, aedo genial, cuya impronta sobre el material heredado de los poemas fue inmensa. El prestigio de una personalidad semejante pudo haber invitado al registro de su creación poética. La feliz concomitancia de la invención del alfabeto hizo el resto. Más adelante veremos (2.3.3.1. *in fine*) que para algunos incluso fue el factor determinante de la necesidad de la notación alfabética: dejar asentado en lenguaje visual la riqueza métrica del hexámetro dactílico.

### **2.3.2. Del silabario consonántico fenicio al alfabeto fonemático griego**

Como sabemos, el hecho hoy prácticamente indiscutido del origen fenicio del alfabeto griego encontró ya entre los antiguos una amplia aceptación: en esa tradición se encuentra Heródoto, para quien Cadmo, el portador del sistema de escritura, habría venido a Occidente en busca de Europa, raptada por Zeus. El historiador cuenta cómo los fenicios, guiados por Cadmo, importaron su alfabeto a Tebas y lo transmitieron a los jonios que habitaban el entorno. El más antiguo testimonio del primitivo alfabeto jonio serían tres trípodas vistos por el propio Heródoto en el templo de Apolo Ismenio (Tebas) con “letras cadmeas” muy similares a las

fenicias.<sup>101</sup> Dentro de la tradición cadmea debemos incluir a Diodoro Sículo (3.67.1) y hasta a Nono de Panópolis, quien en el primer tercio del siglo V d.C. continúa sosteniendo esta versión.<sup>102</sup> Hay variados datos que hacen indiscutible la adaptación a partir de un sistema de origen semítico: el nombre y el orden de las letras es el mismo, y las formas respectivas son semejantes. También hay que tener en cuenta la dirección de la escritura en los testimonios griegos más antiguos –que refleja la deuda con la práctica en uso entre los semitas, que escribían uniformemente de derecha a izquierda–. En efecto, se empezaba por el lado donde se había concluido la línea anterior, invirtiendo todos los caracteres en ese proceso, de manera que las letras de cualquier línea eran la imagen especular de las líneas adyacentes: es el modo de escritura conocido como βουστροφηδόν, *boustrophedón*, es decir “a la manera de los bueyes al arar”, aludiendo al símil del alternado desplazamiento de los animales al hacer la labranza de un surco a otro. Ahora bien, cuando la dirección de izquierda a derecha se generalizó, las formas de las letras eran las inversas a la heredadas de los semitas (que es el caso de los grafos para B, E, N cotejados con sus homólogos originales, según se desprende del cuadro del alfabeto griego y de su modelo, que más adelante reproducimos). Especifiquemos que incluso dentro del grupo de escrituras semíticas, es casi seguro que la versión con la cual se encontraron los griegos era la usada por los fenicios: no sólo por

<sup>101</sup> Heródoto (5.58-61). De hecho, en este pasaje mismo figura la expresión que devendrá habitual entre los griegos para referirse a los caracteres de su propia escritura: φοινικῆια γράμματα ‘letras fenicias’.

<sup>102</sup> “Cadmo trajo a la Hélade entera dones con voz e inteligencia, al fabricar los instrumentos que representan los sonidos mismos de la lengua; mezcló consonantes (*sýzyga*) y vocales (*ázuga*) en un orden de armonía connatural; dio forma a los caracteres gráficos, silenciosos y con voz a la vez...” (Nono de Panópolis, *Dionisiacas* IV, 255ss).

las circunstancias históricas que posibilitaron el contacto con este pueblo –que comerciaba y viajaba por mar–, sino también porque hasta hoy en día las mayúsculas griegas guardan mayor analogía con ese original que con las letras del hebreo o el árabe modernos.<sup>103</sup>

Ahora bien, junto a esta tradición de la procedencia semítica del alfabeto griego existía otra que hablaba de un posible origen egipcio, ya conocida por Anaximandro y Hecateo. Aunque el importador hubiese sido el fenicio Cadmo, éste lo habría aprendido de su auténtico inventor, el egipcio Dánao. Esta postura, que llega incluso hasta Tácito, *Ann.* 11.14, es una consecuencia lógica de la idea, bien presente en el mismo Heródoto, según la cual toda la sabiduría tenía su origen entre los egipcios: de hecho, el conocido mito sobre el origen de la escritura que Platón desarrolla en el *Fedro* está situado en Egipto, y aparece allí la escritura como una invención que Teut, una divinidad de la región de Náucratis, le presenta al dios Tamus, que “por aquel entonces era rey de todo Egipto”.<sup>104</sup>

<sup>103</sup> El hebreo y el árabe modernos descienden de una tradición de escritura semítica “oriental” o “aramea”; el fenicio, de una “occidental” o “cananita” (Sampson [1997:143]). Una clasificación más compleja –pero menos clara– integra los tipos fenicios y hebreo, que formarían parte del grupo “occidental”, mientras que el árabe, con varios subtipos, queda relegado al grupo “meridional” –el arameo sería el único representante del grupo semítico “oriental”– (véase <http://www.proel.org/alfabetos/fenicio.html>). La escritura fenicia para Ragousi (2001:1) es un “West Semitic consonantal syllabary”, y para Havelock (1982:66) el sistema fenicio pertenecería a las “North Semitic scripts from which Persian, Sanscrit, Aramaic, Hebrew, and Arabic have descended”.

<sup>104</sup> Platón, *Fedro* 274d 2-3. El tratamiento del mito platónico será estudiado en detalle en 3.3.1. Digamos, por otra parte, que esta tradición mítica sobre el origen del alfabeto puede estar en la misma línea que aquella que convierte a Palamedes, cuya leyenda está relacionada con el ciclo troyano, en inventor de la escritura (véase el capítulo siguiente, 3.3.3. *in fine*); o bien, según Esquilo (*Prometeo* 460), la invención de las letras sería obra de la personalidad benefactora del género humano por excelencia, Prometeo.



Dada la índole de nuestro trabajo, que apunta a la descripción del alfabeto griego como una fundamental innovación para representar la estructura *fonemática* de la segunda articulación del lenguaje, sólo haremos **1)** una sucinta exposición de los pasos de la adaptación gráfica a partir del modelo semítico, para centrarnos después **2)** en el esencial *cambio de sistema* que trajo aparejado con relación al modelo silábico original.

### **2.3.2.1. La adaptación gráfica**

Según dijimos antes la evidencia de una procedencia semítica del alfabeto griego está asentada, fundamentalmente, en el hecho de que los nombres de los signos no pueden explicarse con la ayuda de la propia lengua helénica, sino que corresponden casi exactamente a los de las diferentes escrituras semíticas. Así, los *alpha*, *beta*, *gamma*, *delta*, etc., griegos corresponden a los *álep*, *bét*, *gímel*, *dálet*, etc. semíticos, con los significados respectivos de ‘buey’, ‘casa’, ‘camello’ y ‘puerta’. A su vez entre los diversos pueblos que usaban este tipo de escritura debemos inclinarnos por los fenicios, dado que *iota*, *pi* y *rho* griegos se encuentran cerca de las respectivas palabras *jód* ‘mano’, *pé* ‘boca’, *rôs* ‘cabeza’, de uso entre ellos. Como se ve, es propio del griego el agregado de /a/ en *alpha*, *beta*, etc., y es una consecuencia de la repugnancia de la lengua griega por las consonantes finales (con la excepción de *n*, *r* y *s*).<sup>105</sup> Si el *nombre* de cada grafo derivaba entonces del dibujo (¿logograma?) de la cosa o ser familiar que representaba originariamente, el *sonido* que estaba asociado a cada grafo correspondía al de la primera sílaba con que era pronunciado ese dibujo: se trata del principio *acrofónico*, según el cual si para ‘casa’ existía una pronunciación /bêth/ en la lengua oral, se extraía la pronunciación fonética de la

<sup>105</sup> Gelb (1976:230). Para la transliteración de los grafos véase la nota 107.

sílaba inicial, disociándola de su primitivo compuesto, y servía así para representar cualquier palabra que contuviera esa sílaba en cuestión –la adaptación griega dará un paso más y descompondrá gráficamente incluso los elementos constitutivos de la sílaba, llegará, verdaderamente, a la segunda articulación del lenguaje–. En cuanto al orden de las letras en la tabla fenicia, no ha podido ser explicado hasta el momento, y es difícil hallar una lógica fonética evidente que dé cuenta de esta ordenación.

Como refleja el cuadro que copiamos a continuación, la mayoría de las letras consonantes del griego derivan sus valores de la escritura semítica de manera directa: en realidad el avance verdaderamente novedoso y significativo fue el uso de seis letras semíticas para representar vocales, dado que la distinción entre vocales era mucho más crucial en griego que en las lenguas de origen. Efectivamente, en estas lenguas son las consonantes las que aseguran lo esencial de la identidad de la palabra, variando las vocales en el curso de la flexión y de la derivación: en árabe, ‘escribió’ se dice *kataba*, y ‘escrito’, *ma-ktub*, con el prefijo *ma-* y las mismas consonantes, *k*, *t*, *b*, pero con un vocalismo totalmente diferente. A los fenicios les pareció que era esencial asegurar la unidad de la palabra, escribiendo respectivamente *k-t-b* y *m-k-t-b* sin notación para las vocales, a emplear signos totalmente diferentes para las cinco sílabas de las dos formas.<sup>106</sup>

Pero el griego es una lengua indoeuropea: las distinciones vocálicas están para establecer contrastes léxicos, y solo en menor

<sup>106</sup> Martinet (1997:103). Como se ve, estamos siempre en el registro de una notación *silábica* para la representación gráfica de la lengua oral: se ha logrado sólo una *economía* en los grafos (frente al silabario micénico, por ejemplo), pero hemos dejado paso a la ambigüedad: recuérdese el segundo requisito de una escritura “ideal”, según citamos al comienzo del punto 2.3. Más adelante, con la dimensión exacta de la gran innovación griega, enmarcaremos finalmente esta cuestión.

medida se utilizan con fines gramaticales. Además, nótese que las palabras griegas suelen comenzar con vocales, y que un vocablo como ἀγορεύουσι es totalmente normal (mientras que la secuencia de dos o más vocales era casi desconocida en las lenguas semíticas). Observemos el cotejo entre las dos escrituras,<sup>107</sup>

<sup>107</sup> Cuadro tomado de Sampson (1985:104): téngase en cuenta, por lo tanto, que las grafías están transliteradas a la lengua inglesa, y que mantenemos por razones de correspondencia esta versión en la presente subdivisión.

Ⲁ	ʔālep /ʔ/	Α	alpha /ă, ā/
Ⲃ	bēt /b/	Β	beta /b/
Ⲅ	gīmel /g/	Γ	gamma /g/
Ⲇ	dālet /d/	Δ	delta /d/
Ⲉ	hē /h/	Ε	epsilon /ě/
Ⲋ	wāw /w/	(Ϝ)	wau /w/
Ⲍ	zajin /z/	Ζ	zeta /z/
Ⲏ	hēt /ħ/	Η	eta /æ/
Ⲑ	ṭēt /ṭ/	Θ	theta /tʰ/
Ⲓ	jōd /j/	Ι	iota /ī, î/
Ⲕ	kāp /k/	Κ	kappa /k/
Ⲗ	lāmed /l/	Λ	lamda /l/
Ⲙ	mēm /m/	Μ	mu /m/
Ⲛ	nūn /n/	Ν	nu /n/
Ⲝ	šāmek /s/	Ξ	xi /ks/
Ⲟ	ʔajin /ʔ/	Ο	omicron /ō/
Ⲡ	pē /p/	Π	pi /p/
Ⲣ	çādē /s°/	(Ϟ)	san /s/
Ⲥ	qōp /k°/	(Ϙ)	koppa /k/
ⲇ	rēš /r/	Ρ	rho /r/
ⲉ	šin /š, ś/	Σ	sigma /s/
ⲋ	tāw /t/	Τ	tau /t/
		Υ	upsilon (/ü, ū/>) /ÿ, ÿ/
		Φ	phi /pʰ/
		Χ	chi /kʰ/
		Ψ	psi /ps/
		Ω	omega /ō/

(Figura 6)

Como adelantamos, limitémonos a destacar solamente algunas características de la adaptación gráfica, que nos dan la tendencia general del criterio adoptado. Si comenzamos con las vocales, éstas surgieron como la transformación de ciertos signos que se usaban para expresar las llamadas “consonantes débiles”, que no eran fonémicas en griego. Los griegos convirtieron estas grafías –innecesarias en su lengua– en vocales. Así el signo semítico *ʔálep*, indicador de un sonido oclusivo laríngeal sordo, fue cambiado en la vocal *a* de *alpha*; el semítico *hé*, fricativo laríngeal sonoro, en *e* de *epsilon*; el semítico *wáw*, empleado en los períodos más antiguos del griego como consonante *w* (*digamma*), también desarrolló el valor vocálico *u* de *upsilon*, colocado casi al final del alfabeto, después de *tau*; el semítico *jód* se convirtió en la vocal griega *i* (*iota*); y finalmente el sonido laríngeal enfático *ʒajin* de los semitas se convirtió en la vocal *o* (*omicron*). En un primer momento sólo se utilizaron representaciones para las vocales breves; será en un momento posterior cuando se busquen nuevos signos para representar las largas /e/ y /o/, es decir, *eta* y *omega*.

Si pasamos ahora a las consonantes, vemos que la mayoría derivan sus valores de la escritura semítica de manera directa, obviando la leve diferencia que podía haber entre la pronunciación del sonido original y el existente en griego, como es el caso de *tét*, que fue usado por los griegos bajo la forma  $\theta$ , para un fonema no faríngealizado /th/. Otro caso interesante fue la adaptación primitiva de la *qóp* fenicia para representar /k/ delante de las vocales posteriores, y de *káp* para los alófonos que ocurrían antes de las vocales centrales y anteriores, pero después del siglo VI a.C. se impuso la lógica del principio fonémico, de modo que los alófonos posteriores de /k/ también se escribieron con K, y la letra Q, llamada ‘koppa’ por los griegos, no sobrevivió en el período clásico.<sup>108</sup>

<sup>108</sup> En la época en que los romanos tomaron contacto con la escritura etrusca

De las letras suplementarias que crearon diferentes comunidades griegas, siempre agregándolas al final del alfabeto, conviene reparar en Ξ y Ψ, la primera usada para /ks/ y la segunda para /ps/. Se trata, como se ve, de grupos de consonantes fonéticamente distintos, y sin embargo son sentidos como un solo sonido: una explicación posible es que son los únicos grupos consonánticos que pueden darse como sílaba final en griego, y esto condujo a los hablantes a percibir estos fonemas como más aglutinados entre sí que otros, y apropiados por tanto para ser representados por un solo grafema. Por otro lado, el principal problema que plantean tanto la consonante doble Ψ, como las aspiradas Φ y Χ, son sus diferentes valores fonéticos en los distintos alfabetos locales. Fue a partir de las diferentes realizaciones de estos signos complementarios que A. Kirchhoff realizó su famosa clasificación de los alfabetos locales o “epicóricos” de la Grecia arcaica,<sup>109</sup> de la cual nos limitaremos a citar sólo la diferenciación preliminar en dos grandes grupos, oriental y occidental, según el valor que presentarían estos signos complementarios:

- oriental: Φ, Χ, Ψ como /ph/, /kh/, /ps/, respectivamente (ciudades costeras de Asia Menor, islas del Egeo, Corinto, Argos y Megara);
- occidental: Χ, Φ, Ψ como /kh/, /ph/, /kh/ respectivamente (Grecia continental restante, Rodas y las colonias occidentales, de las que derivó el alfabeto latino).<sup>110</sup>

esta letra estaba incluida entre sus grafías: reservarán Q no para un alófono de /k/, sino para el fonema labio-velar /k<sup>w</sup>/.

<sup>109</sup> Kirchhoff (1887<sup>4</sup>).

<sup>110</sup> Cortés Copete (199:46). En la clasificación definitiva, Kirchhoff dividió los diferentes alfabetos “epicóricos” griegos por colores: *verdes*, *azules* (*azules oscuros* y *azules claros*) y *rojos*.

Para finalizar digamos que después de este período temprano de diversificación, siguió uno de convergencia, durante el cual las áreas que usaban otras versiones del alfabeto las fueron descartando en favor de la versión jónica, perteneciente al grupo “oriental”, que se aceptó como estándar en toda Grecia alrededor del 350 a.C. Se trata, en lo esencial, del alfabeto griego clásico que conocemos en la actualidad.<sup>111</sup>

### 2.3.2.2. Cotejo de los dos sistemas: silabario y alfabeto

La ilustración de un tipo de silabario como el Lineal B, con su número elevado de signos, nos dio la pauta de la dificultad que seguramente debía entrañar para el escriba el manejo ágil de un sistema semejante.<sup>112</sup> Después están, naturalmente, las dificultades inherentes al sistema, producidas por el hecho de dar forma visible no a las unidades fonemáticas sino, precisamente, a las silábicas de la segunda articulación (recuérdense las figuras 2 y 3). Ahora bien, como adelantamos más arriba –véase nota 106 y contexto– en el sistema fenicio se sigue reteniendo la sílaba como unidad última, pero se ha avanzado en el entendimiento de que las sílabas caen dentro de series que pueden ser agrupadas de acuerdo con sus rasgos comunes, o sea, el *sonido consonante que las encabeza*: de manera que en este sistema se avizora el principio de que /ba/ /be/ /bi/ /bo/ /bu/ constituyen una serie de sílabas “be”, mientras que un silabario habría utilizado cinco signos distintos,

<sup>111</sup> En realidad comenzó a universalizarse por toda Grecia a partir de la adopción por parte de Atenas: ocurrió bajo el arcontado de Euclides (403/402), y, según nos informa la Suda (s.v. Σαμίων ὁ δῆμος), fue Arquinos quien persuadió a la asamblea para adoptar “las letras jonias” (τοις τῶν Ἰώνων γραμμασίην).

<sup>112</sup> Téngase en cuenta que a la lista de la figura 5 deben agregarse los grafos destinados a clarificar la escritura de la palabra: hay consenso en admitir un número total de aproximadamente 90 signos.

sin relación entre sí. Según se ve, el reconocimiento de la consonante como “índice” del grupo prepara el camino para la representación de la consonante *aislada* por parte del alfabeto griego, abstracción a la cual nunca llegó sin embargo el sistema fenicio, dado que en este sistema la vocal de la sílaba en cuestión siempre *estaba implícita* en la sola consonante anotada, y debía ser conjeturada entre varias elecciones posibles: como se ve, la economía de anotar un solo signo de la sílaba (C-), frente a un silabario estándar que anota ambos componentes (CV), se logra al costo de una franca ambigüedad. La exhaustividad del silabario a su vez, como sabemos, recarga la memoria de un aprendizaje previo a la lectura difícilmente accesible al común de los lectores –de allí el estatuto de profesional, diríamos, del que sabía manejar la escritura y la lectura en esas culturas–. En resumen, en ninguno de los dos silabarios era posible una transcripción visual adecuada de una palabra griega como ἄνδρα, por ejemplo –como tampoco lo sería para una palabra moderna como el inglés *strength*, con su serie de consonantes trabadas–.

Quizás una manera de relevar la exacta dimensión del aporte griego a la evolución de la escritura consista en comentar el ejercicio propuesto por Havelock, que imagina la transcripción a un silabario de tres simples palabras inglesas –en su auténtica grafía fonética–, del tipo<sup>113</sup>

### JAK AND JIL

(Figura 7. Ejemplo 1)

<sup>113</sup> Corresponden al comienzo de la canción de cuna “Jack and Jill went up the hill” que Havelock (1982:78-82) toma como ejemplo de su exposición. Dado que la obra no cuenta con traducción castellana, puede resultar de interés dar a conocer este didáctico ejercicio comparativo entre dos sistemas de escritura.



Obsérvese que se trata de un total de nueve signos, de los cuales siete son signos únicos: para el lector adiestrado en este alfabeto (para el que saber “leer”, según decimos) hay una inmediata articulación de las grafías con los sonidos correspondientes, sin ningún margen de error.

Si pensamos ahora en la manera en que un silabario debería transcribir estos sonidos, podríamos pensar en uno que tratara de registrar toda sílaba “abierta” del lenguaje (CV), que es el caso del Lineal B, por ejemplo, según hemos visto.<sup>114</sup> De acuerdo con este sistema, JA y JI no ofrecerían dificultades: serían representados por dos signos silábicos diferentes, por ejemplo podemos pensar en unos grafos así,

JA and JI

También podemos permitirnos que nuestro silabario tenga signos para vocales, de manera que la A de AND tampoco nos ofrecería inconvenientes.

El problema se habrá de presentar para el resto: las consonantes oclusivas finales y las dobles consonantes, dado que un silabario va a aportar mayores datos que los requeridos, pues *cada signo en el sistema contiene una vocal*. Entonces, bien podríamos asumir que cuando esto ocurre el tipo vocálico elegido *será aquel que repite la vocal de la sílaba previa*, de manera que K en esta instancia será representado por el signo para el sonido KA, N por NA, D por DA,

<sup>114</sup> Que es, de hecho, el modelo que Havelock sigue, aunque no lo menciona explícitamente: si lo hará inmediatamente después en oportunidad de pensar en un silabario que registre las vocales aisladas. También haremos notar la presencia del paradigma micénico en la reconstrucción del autor en oportunidad del registro de las consonantes “trabadas” y dobles consonantes.

y L por LI.<sup>115</sup> Todos estos sonidos tendrán su signo en el silabario, que podemos reconstruir de la siguiente manera,



KA NA DA LI

La frase entera habría de ser leída entonces como sigue,



JA KA A NA DA LI LI

(Figura 7. Ejemplo 2)

de donde resulta un total de 7 signos, todos ellos únicos.

El sistema semítico imprime a este silabario un drástico corte, según hemos visto, de manera que lo resolvería de la siguiente manera:

J K N D J L

(Figura 7. Ejemplo 3)

con la sola anotación de las consonantes, que se manifiesta en una escritura de seis letras, cinco de las cuales son únicas.

Si abordamos ahora el comentario de los Ejemplos, certificamos en primer lugar que, desde el punto de vista de la cantidad de signos empleados, el Ejemplo 3 es el más económico: incluso estaríamos tentados a darle la primacía como el más eficiente de los sistemas de escritura. Pero también es obvio que ni el Ejemplo

<sup>115</sup> En esencia estamos en la lógica del sistema micénico, según vimos al final 2.3.1. (en el contexto de la nota 98), y en el cual, indudablemente, Havelock está pensando.

3 ni el Ejemplo 2 despiertan en el lector el inmediato reconocimiento de los sonidos del original oral. Pero entonces... ¿cómo pueden ser leídos? La respuesta no puede ser otra que la familiaridad del lector con las manifestaciones lingüísticas originales que los grafos silábicos reproducen, el horizonte de expectativa, digamos, que se activa ante la lectura de un silabario. Y esto es particularmente evidente en un contexto poético, en el cual ritmo y rima, que están en el fondo de nuestra memoria, son evocados por los grafos consonánticos del ejemplo 3, para venir a dar cuenta de las vocales ausentes. También esto es válido para el Ejemplo 2, pero aquí la tarea es más laboriosa, dado que hay que descartar el vocalismo redundante para llegar a dar con la exacta composición de la sílaba. En una palabra, ambos sistemas se proponen despertar la memoria *no solo* de los sonidos aislados, sino también del *significado total* de lo visualizado, que debe ser entendido como una disposición de sonidos *previamente conocida y reconocible* en esos signos silábicos.

Entonces, ¿tiene que ver con las carencias de los dos sistemas anteriores la superioridad de JAK AND JIL como vehículo de reconocimiento? ¿Cómo ha llegado a ser una invención no superada hasta la actualidad? Evidentemente la razón no puede estribar en un criterio de economía de caracteres, dado que, según hemos visto, al emplear nueve signos para despertar la memoria acústica correcta –contra siete y seis de sus más próximos rivales– resulta el menos económico de los tres. Incluso si extendiéramos la transcripción a la línea entera del mensaje original oral,<sup>116</sup> la disparidad –en desmedro del sistema alfabético– se incrementaría: claro está que la variación del sistema del Ejemplo 2 consistiría en la aparición de otros signos *únicos*, con su pertinente registro se-

<sup>116</sup> Véase nota 113.

parado en la memoria, mientras que en las escrituras de los Ejemplos 1 y 3 habría una repetición de signos dentro de un restringido número de grafos.<sup>117</sup>

Es evidente que la importante innovación alfabética que representa el Ejemplo 1 *no* puede recibir la habitual respuesta de que el sistema griego descubrió la manera de encontrar representación gráfica para la anotación de las vocales: el Ejemplo 2 puede registrar tanto vocales aisladas como vocales combinadas con consonantes, y es incluso un sistema altamente vocalizado. En realidad la explicación tiene que tomar el hilo conductor de lo *empíricamente dado en el acto de habla* (Ejemplos 2 y 3) frente a los *elementos abstractos en que se descompone la emisión de los sonidos lingüísticos* (Ejemplo 1). En una palabra, volviendo a las unidades de la segunda articulación del lenguaje, el nivel de la sílaba y el nivel del fonema (recuérdense las Figuras 2 y 3). La intención de copiar una a una las unidades realmente *escuchadas* es evidente en el Ejemplo 2, y, aunque reduciendo la representación gráfica, esta intención subsiste en el Ejemplo 3. Si el alfabeto griego, en cambio, tiene que recurrir a un mayor número de caracteres, es que *va más allá de los datos empíricos*, al momento del puro movimiento fisiológico de la vibración de aire sometida al movimiento articulatorio de lengua, labios, paladar, etc. Si no, ¿cómo podría haber logrado una representación *aislada* de los sonidos “consonánticos”, esos que precisamente *no suenan*, “no tienen voz”, son “mudos”?<sup>118</sup> El alfabeto griego se sitúa más allá de los sonidos y del lenguaje: en un impresionante esfuerzo *teórico* analiza el puro proceso de la emisión fónica, y llega a la certeza de que la sílaba *no* es la unidad última de la palabra, porque junto al elemento

<sup>117</sup> Havelock (1982:79-80).

<sup>118</sup> Es decir, son ἄφωνα: Platón, *Filebo* 18a1 ss. El tratamiento está ya en *Crátilo* 393d-e y 424c.

vocálico hay otro que “suena conjuntamente” con él, es decir, un elemento “con.sonante”, como gráficamente ilustra la etimología latina.<sup>119</sup> De allí la necesidad de requerir dos o más elementos gráficos para simbolizar efectivamente cualquier unidad lingüística –excepto una vocal aislada, claro–: porque este sistema atómico fonemático descompone en sus elementos abstractos constitutivos lo que en el habla concreta se da como una totalidad empírica –punto que nunca pudo rebasar el silabario–.

Con el alfabeto griego se ha llegado, como se ve, a la representación simbólica de lo que en la moderna lingüística se conoce con el nombre de fonema. El griego arribó a este descubrimiento con el puro análisis del proceso de emisión fónica: dado que el número y variedad de las vibraciones es limitado, y puesto que la variedad de cierres y aperturas también es estrictamente limitado en un lenguaje específico, este sistema logró con un número aproximado de treinta signos, combinándolos en grupos de dos a cinco para formar diptongos y dobles consonantes, dar cuenta con exactitud de todas las miles de excéntricas combinaciones del habla, enmarcadas en las posibilidades del aparato fonatorio en cuestión.

Según se ha visto, el sistema griego, menos económico en un sentido cuantitativo que el de los Ejemplos 2 y 3, puede producir sin embargo una completa cobertura de todos los fonemas de la lengua, con un número estricto de signos, y sin ambigüedad.<sup>120</sup> En el punto siguiente se verán las importantes consecuencias de esta innovación.

<sup>119</sup> Lógicamente nos referimos a la sílaba que cuenta con un elemento consonántico (no vocal aislada o diptongo). Destaquemos que es obra, precisamente, del alfabeto fonemático griego el hecho de que nos resulte tan familiar “leer” mentalmente una sílaba en sus elementos constitutivos, vocálicos y consonánticos.

<sup>120</sup> De nuevo: los tres requisitos teóricos “ideales” mencionados al comienzo del punto 2.3.

### 2.3.3. La creación del alfabeto: lugar y tiempo; consecuencias

Antes de dimensionar la exacta incidencia de la creación de un sistema como el alfabeto en la naciente literatura griega, no sólo *objetivada*, sino en gran medida *posibilitada* por esta innovación técnica, conviene tener presente el marco espacio-temporal de su adaptación a partir del contacto con los pueblos del Este, cuya tradición milenaria estaba ya fijada por la escritura desde hacía mucho tiempo atrás. Porque es posible que frente a la evidencia de este hecho hayan sentido las nacientes *póleis* griegas la inquietud de poseer también un registro escrito de su tradición épica: y aquí el alfabeto, con su extraordinario poder de dar signos visuales al discurso oral, al igual que el discurso vivo permitirá cubrir el campo de la experiencia humana, según testimonian los poemas homéricos con su riqueza de caracteres y de situaciones. Frente a las literaturas plasmadas con sistemas prealfabéticos, que evitan las excentricidades y los detalles en sus descripciones y se mueven en el horizonte de acciones y pensamientos típicos y estereotipados, se yergue la monumentalidad y la complejidad del mundo homérico, fijado alfabéticamente, cuyo influjo estético y filosófico perdura hasta nuestros días. Antes bien que procurar reflejar exactamente la propia oralidad de la que emerge, un sistema no alfabético tiene que asegurar la lectura fácil y correcta del texto, de allí la necesidad de estandarizar y codificar la experiencia humana, sacrificando la variedad de la vida a la repetición de acciones y situaciones arquetípicas. El alfabeto, en la medida en que un medio visual idóneo puede reflejar el lenguaje humano, nos trajo a través del “texto dictado” el primer monumento literario de Occidente, apartándolo del flujo de la creación oral, en el cual había sido creado y recreado una y otra vez.

### 2.3.3.1. El marco espacio-temporal. La finalidad originaria de la adaptación gráfica

La isla de Eubea, con su posición privilegiada respecto a las otras regiones de Grecia, habría de transformarse en el pasaje obligado para favorecer el reencuentro de etnias y tradiciones. Fue el centro de la cultura griega en la Edad del Hierro, y a partir de este dato fundamentaremos la conjetura de que en su movimiento expansivo hacia el Oriente fue un eubeo quien en una zona de contacto adaptó la escritura fenicia a la lengua griega, y, venido a la isla, pudo haber tenido ocasión de escuchar al propio Homero –que habría arribado, como tantos otros artistas de la época, atraído por la fama de las grandes ciudades de la isla–. Nada impide pensar que este mismo adaptador –o su discípulo, si remontamos la adaptación al comienzo del siglo VIII a.C.– haya sido a su vez el escriba que registró los poemas que el propio poeta le dictó. No puede dejar de ser significativo el hecho de que en el *herôin* eubeo de Lefkandi se haya encontrado la inscripción más antigua hallada hasta el momento en alfabeto griego, datada entre el 775-750 a.C.

#### *La isla de Eubea*

Eubea es una especie de plataforma giratoria que mira a la vez tanto hacia el Ática por medio de Beocia y el canal de Euripo, como hacia las vastas regiones de Tesalia – Calcídica – Tracia, y también hacia el mundo de las Cícladas (Creta – Rodas – Chipre), con la amplia perspectiva oriental de la costa sirio-palestina-fenicia. Las ciudades de Eubea estuvieron presentes en el reducido número de *póleis* que se lanzaron a la llamada primera fase de la colonización griega (775-675 a.C.), y fueron los eubeos los fundadores de las colonias más antiguas de Occidente (Pitecusa, 750 a.C.; Cumas, 750-730, etc.). En la Calcídica fundan Metone en 730-700 a.C., y Torone en 650 a.C.: de hecho el nombre mismo de la

península da cuenta de la influencia de las instalaciones de la ciudad eubea de Calcis en la región. Si bien en la zona del Próximo Oriente es difícil hablar de colonias propiamente dichas –dado que se trata más bien de asentamientos comerciales–, los testimonios de gente griega remontan hasta el siglo IX a.C., y son igualmente muy frecuentes en el siglo VIII a.C. Estos datos dan cuenta de la llegada de los eubeos en compañía de habitantes de las Cícladas ante todo a Al Mina, y a partir de aquí de su diseminación tanto a lo largo de la costa sur del Asia menor, como de la costa sirio-palestina. Los hallazgos en los tres sitios arqueológicos mayores de la isla, Calcis, Eretria, y a media distancia, las actuales Xerópolis-Lefkandi, afirman la importancia de Eubea en este período histórico.

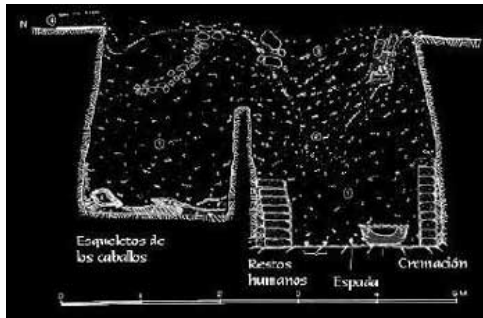
*Los datos arqueológicos: Lefkandi, Eretria*

Precisamente en el cementerio de Toumba, cerca de Lefkandi, en donde está situado el emplazamiento de Xerópolis, fue descubierto en agosto de 1980 un extraordinario templo de estructura absidal, de aproximadamente 50 metros, al que cubre una superestructura oval formando un túmulo, datado entre el 1050-900 a.C. Una construcción de esta naturaleza no tiene paralelos en la época, y habrá que esperar al menos dos centurias para encontrar una semejante, y como ejemplo de santuario dedicado a un héroe o *herôin*, no existirá plenamente hasta la época de Alejandro Mango.<sup>121</sup> Efectivamente, en el interior del edificio se encontró un rehundimiento de unos 2,75 metros, realizado en la roca madre, que contiene dos enterramientos: el primero era una cremación dentro de un ánfora de bronce chipriota, envuelta en lino; el ánfora estaba decorado con una escena que reproduce una caza de animales. El segundo es una inhumación femenina colocada junto a la pared de la fosa, y que había

<sup>121</sup> Popham-Calligas-Sackett (1988-1989).



sido adornada con un anillo de electrón y joyería de oro, incluyendo una gargantilla de posible origen babilónico; un disco también de oro cubría cada pecho formando un pectoral de ese mismo metal. Además, se encontró un cuchillo de hierro con un pomo de marfil al lado del hombro derecho. Por último, en el eje norte fueron hallados los restos de cuatro caballos, sacrificados en el mismo lugar para formar parte del depósito funerario –con pequeños trozos de hierro en sus bocas, restos de un posible bocado–. Dadas las importantes consecuencias que pueden extraerse de estos datos para medir el grado de desarrollo alcanzado por Eubea a partir de aquí y en la época arcaica –donde con toda seguridad podemos situar a Homero–, podremos comenzar con una ilustración orientadora del santuario de Lefkandi, en donde es posible observar los elementos enumerados:



Corte estratigráfico de la fosa (Figura 8)<sup>122</sup>

Debemos asentar ante todo que una construcción de este tipo nos previene contra la imagen estereotipada de una Grecia desolada tras el colapso que sobrevino a la “invasión doria”, aproximadamente en el 1200 a.C., y que tras destruir la civilización micénica habría dado origen a la “Edad Oscura”, que se extendería

<sup>122</sup> Tomado de Prieto González: [www.dearqueología.com](http://www.dearqueología.com).

hasta el siglo VIII a.C., comienzo de la “Edad Arcaica”.<sup>123</sup> Y si bien es cierto, como dijimos antes, que no hay paralelos en este período que puedan equipararse al sitio de Lefkandi, esto probaría precisamente que la isla de Eubea estuvo al margen de los centros micénicos continentales, que fueron desapareciendo a fines del segundo milenio. Porque es evidente que la disposición topográfica de conjunto es característica de los sitios micénicos, con una “acrópolis” como hábitat principal, y una necrópolis más abajo. En una palabra, trataremos de argumentar a favor de una *continuidad de la tradición heroica* mantenida en la isla de Eubea, que posibilitó el auditorio propicio para recrearse con una epopeya como la narrada en los poemas homéricos. La pujanza de la región, por felices circunstancias geográficas, hizo el resto (atraer a los cantores más cotizados y favorecer la expansión mercantil con las regiones del Este, una de cuyas consecuencias fue la adaptación del sistema de escritura fenicio al uso griego).

Si continuamos con los datos arqueológicos, hay que citar otro templo dedicado al culto del héroe, sacado a luz en Eretria y datado entre 715-690 a.C. Se halló cerca de un grupo de tumbas de guerreros, en una de las cuales había cuatro espadas de hierro y cinco puntas de lanzas de ese mismo metal. Durante el lapso de una centuria objetos votivos y sacrificios fueron ofrendados a este *herôin*.<sup>124</sup> Evidentemente, estos símbolos de poder hablan de la pervivencia de una comunidad jerarquizada, de base guerrera,

<sup>123</sup> En la actualidad estas periodizaciones tradicionales se toman con reserva. Con relación a la llegada de los dorios, por ejemplo, se piensa antes bien en oleadas sucesivas –impulsados por el avance de los “Pueblos del mar”– que en un ataque súbito contra el mundo micénico. Véase Ruipérez-Tovar (1978:57ss.).

<sup>124</sup> Coldstream (1977:196-201). También en Eretria, en 1979, se halló una tumba en el depósito del santuario de Apolo, fechada en 875-850 a.C., y que pertenecía a un guerrero que había sido inhumado con su espada (Blandin, 2000)

con profundas semejanzas con el mundo homérico. Debe recordarse incluso que en el Catálogo de las naves de libro segundo de la *Iliada* figura Eretria entre las siete ciudades eubeas que aportan contingentes a Agamenón, y que los habitantes de la isla –que Homero conoce como Abantes– se destacan como “lanceros ávidos de romper con sus enarboladas astas de fresno / las corazas en torno del pecho de los enemigos”.<sup>125</sup> De hecho, la pervivencia de una sociedad guerrera aflora en el enfrentamiento entre Calcis y Eretria por la llanura de Lelanto, y que se convierte así en la primera guerra histórica (y no inserta en la tradición épica) entre los griegos, la cual, como en el caso de Troya, atrajo aliados a través de todo el mundo griego (Tucídides 1.15). La guerra lelantina se sitúa ordinariamente en el tardío siglo VIII a.C., pero es probable que al tratarse de un conflicto por límites se encendiera una y otra vez periódicamente.<sup>126</sup>

#### *Eubea y la continuidad de la tradición en el siglo VIII*

Como se ve, desde Lefkandi hasta los túmulos de guerreros hallados en Eretria –pasando por el conflicto entre las dos grandes ciudades de la isla por la llanura de Lelanto–, la *tradición bélica continuó vigente* en Eubea. Y desde esta perspectiva cabe explicar el ritual de los sacrificios en el templo de Lefkandi: tanto los caballos como la que fuera muy probablemente consorte del guerrero son inmolados ritualmente para acompañar el paso a la otra vida del héroe muerto, según la práctica usual de una sociedad que la guerra estructura con su tabla de valores propias. Es, de

<sup>125</sup> *Il.* 2, 543-544 (traducción Crespo Güemes, 1991).

<sup>126</sup> Janko (1982:94-98). Téngase en cuenta además que es muy probable que Lefkandi fuera la “Eretria prehistórica”, y que al ser vencidos en uno de los tantos enfrentamientos con Calcis, abandonaran el emplazamiento primitivo y se retiraran a la actual Eretria. Véase Altherr-Charon / Berard (1980).

hecho, el panorama que nos ofrece la *Iliada* en oportunidad de la descripción de los funerales de Patroclo.<sup>127</sup> Pero el deleite de las Musas no le era ajeno a esta comunidad educada en la tradición heroica: el testimonio directo del poeta Hesíodo nos cuenta que visitó Calcis en oportunidad de los juegos por la muerte de Anfídamante, y que se llevó un premio por resultar vencedor con un himno –e incluso en *Certamen*, obra tardía, aparece el propio Homero como su antagonista–. Y es muy probable que esto acaeciera sobre el telón de fondo de la guerra lelantina.<sup>128</sup> ¿Por qué no podría haber sido éste entonces el caso de Homero, contemporáneo de Hesíodo, que por un lado tiene el peso de una tradición que avala su presencia en ese certamen, y por otro hay a su favor la evidencia interna de su propia obra, en cuyos temas y valores se realzan precisamente las pautas de una sociedad semejante en muchos puntos a la de la Eubea de su tiempo? Y esta conjetura puede con toda licitud formularse dado que es muy probable que el mundo pintado por Homero, mediada la “distancia épica” impuesta por el arte mismo del poeta, corresponda precisamente a su propio siglo VIII a. de C., en cuyo marco se precipitó la tradición heredada: porque evidentemente no es el mundo micénico el que dejan ver los poemas, pero, por otro lado, el manifiesto hecho de la ausencia de determinados datos contemporáneos no significa que

<sup>127</sup> *Il.* 23, 171 y 175.

<sup>128</sup> *Erga* 654–655. El comentario de Proclo identifica a este Anfídamante con el rey que murió combatiendo a los eritrenses en una batalla naval que se dio en la lucha, precisamente, por la llanura de Lelanto. Con respecto a *Certamen* es un valioso testimonio que nos ocupará más adelante. Adelantemos por el momento la fuerte probabilidad de que esta ficción dramática que imposta precisamente en Calcis el encuentro de los dos aedos posea un asidero real: de lo contrario, la necesidad poética de figurar un *agón* entre ambos se hubiese montado sobre un contexto distinto, como el *agón* entre Esquilo y Eurípides que en *Ranas* de Aristófanes se libra en el Hades.

*Iliada* y *Odisea* estén describiendo los posteriores siglos X y IX a.C. Resumiendo entonces: contra la “interpretación micénica” digamos que Homero no parece tener ninguna idea de los palacios del segundo milenio, propios de la cultura cretomicénica: lo que se describe en los poemas (la mansión de Odiseo en Ítaca y la de Alcínoo en Feacia) es la organización de una gran casa aristocrática, de un *oïkos*, y no el funcionamiento de un palacio micénico, según se nos presenta por los vestigios arqueológicos y por la información de las tablillas del Lineal B. Pero la ausencia a su vez de importantes índices de su propia época, no debe implicar necesariamente que Homero esté pintando los siglos posmicénicos inmediatos: es cierto que no aparecen *póleis* ni colonización, ni escritura ni armas de hierro, ni tampoco comerciantes griegos ni comunidades sin rey. Pero la “distancia épica” que el artista instaaura con su propio tiempo puede dar cuenta de estas ausencias – como de la aparición de ciertos elementos fantásticos en medio de la realista descripción de los poemas–. Además, después de todo, la mayor parte de los elementos contemporáneos enumerados nacían, precisamente, junto con Homero: una razón más para que el mundo poético se distanciara del prosaico mundo cotidiano de sus oyentes. Por supuesto que siempre cabe pensar que la obra viene a operar como un síntesis entre la tradición que se remonta hasta la época micénica y los diversos elementos con que se fue enriqueciendo a través de los siglos de transmisión. De todas formas, el rumbo de nuestro trabajo, en donde la incidencia del contexto eubeo es determinante, nos conduce necesariamente a situar el mundo pintado por Homero en su propio contexto contemporáneo.<sup>129</sup>

<sup>129</sup> Es también la conclusión a la que llega Powell en su excelente artículo (1993), e incluso es la de West (1997:46), quien, desde una posición todavía más radical, considera la redacción de *Theogonía* anterior a la de las obras homéricas: “The *Theogony* may well be the oldest Greek poem we have. The *Iliad* and

*Las inscripciones. Al Mina: posible lugar de adaptación*

Pero *Iliada* y *Odisea*, no hubiesen llegado hasta nosotros en el estado actual, sin la mediación del sistema gráfico capaz de fijarlo visualmente: y la creación del alfabeto también puede ser postulada como una invención de los eubeos. Por lo tanto, argumentaremos a favor de esta posibilidad en lo que sigue, de acuerdo con estos tres datos: **1)** que en el emplazamiento de Lefkandi se encontró la inscripción alfabética más antigua; **2)** que antes de este hallazgo el testimonio escrito más remoto correspondía a los versos grabados en la famosa “Copa de Néstor”, *skýphos* de la necrópolis de Pitecusa, también colonia eubea; por último **3)**, Al Mina, una especie de *empóron* griego a orilla del Orontes, en el norte de Siria, se cuenta entre los más probables lugares de adaptación del alfabeto: ahora bien, Al Mina fue un emplazamiento comercial con griegos que también procedían de la isla de Eubea. De Lefkandi **1)** nos vienen tres graffiti, que probablemente sean partes de nombres propios, y que al ser datados por estratificación en torno a 775-750, se constituyen en los antecedentes más antiguos de escritura alfabética.<sup>130</sup> De todas formas, no podemos descartar

*Odyssey* are both later, at least in their present form, for they both admit elements that archaeology shows to be not older than c. 700, and not only admit them, but attribute them to the Heroic Age” (en nota a pie de página aparece la obra de Lorimer [1950] como la fuente arqueológica más importante de su conclusión). Contra la “interpretación micénica” argumenta muy claramente Finley (1975:158-161), aunque por no tomar en cuenta la “distancia épica” –resaltada por Morris (1986) en su crítica a éste– ubica el mundo homérico en la Edad de Bronce. En cambio para Snodgrass (1974) el mundo que surge de los poemas es una mezcla de tradiciones culturales.

<sup>130</sup> La datación de estos fragmentos fue dada por Jeffery (1979) –en un simposio no publicado–, que se apoya en los datos arqueológicos de Popham-Sackett-Themelis (1978-1980). Según Powell (1993, nota 27), M. Popham –en una comunicación personal que le cursa en julio de 1987– acepta como razonable

la posibilidad de que alguna vez estos fragmentos pertenecieran a expresiones más extensas.

Otro muy temprano testimonio del alfabeto es la llamada “Copa de Néstor” **2)**, hallada en el otro extremo del Mediterráneo –en la actual isla de Isquia, a la salida de la bahía de Nápoles–. Se trata de la antigua colonia de Pitecusa, fundada conjuntamente por Calcis y Eretria, en un período de paz entre ambas ciudades eubeas. En la necrópolis del Valle de San Montano se encontró este *skýphos* con decoración protogeométrica, con una inscripción incisa en el último cuarto del siglo VIII (725-700). Se trata de tres versos de escritura retrógrada, con interpunciones (:), en dialecto jónico y alfabeto euboico.<sup>131</sup> Como se ve, la dirección de la escritura refleja la deuda en estos primeros tiempos con el modelo semita, dado que aún no se había adoptado el sistema *boustrophedón* (recuérdese **2.3.2. in principio**). Para marcar sintéticamente la línea histórica que siguió la escritura alfabética, digamos que fueron los colonos de Pitecusa, juntamente con nuevos llegados de Eubea y de Beocia, quienes fundaron Cumas en el continente, y es probable la presencia en este asentamiento de habitantes de una *Kýme* eólica o eubea que dieran el nombre de su ciudad madre a la colonia italiana.<sup>132</sup> Los etruscos tomaron el alfabeto de la Cumas itálica en torno al 700 a.C., el que transmitido por Roma se expandió por Occidente, y es el que ha perdurado hasta nosotros.

esta propuesta, aunque no hay una certeza absoluta. Véase también Powell (1999:123-124) y Ragousi (2001:4).

<sup>131</sup> El carácter de la primera línea no está claro: o es un trímetro trocaico cataléctico o un trímetro yámbico, o simplemente debe ser considerada como prosa seguida de dos hexámetros. El texto es el siguiente: “La copa de Néstor (era) agradable de beber, pero el que beba de esta copa quedará dominado al punto por el deseo de Afrodita, la de la hermosa corona”. Véase Cortés Copete (1999:193-195), que se apoya en Jeffery (1961:236-236).

<sup>132</sup> Strabón 247; Livio 8.22.6, confirmado por modernas excavaciones.

Al Mina finalmente 3), identificada con la colonia griega de Posideo, aparece como la plaza más probable para la adaptación del alfabeto, dado que si por un lado fue un lugar de contacto habitual entre eubeos y fenicios, por otro su posición estratégica facilitó su difusión hacia diferentes puntos comerciales, de manera que el alfabeto habría seguido la ruta de difusión de la cerámica, hacia puntos comerciales de importancia como Creta, Rodas o Eubea, y de aquí al resto de Grecia. Si bien ésta es la opinión de importantes estudiosos,<sup>133</sup> la hipótesis que se inclina a poner en Chipre el lugar de adaptación debe ser tenida también en cuenta. El argumento más fuerte de los que así argumentan estriba en la existencia de un silabario chipriota, adaptado para *anotar la lengua griega*, y que debe ser diferenciado del sistema chipro-minoico previo del cual surgió, que no pudo ser leído hasta la actualidad, y que data del 1500 a.C. aproximadamente; ahora bien, el silabario chipriota en cambio arranca con la llegada de los griegos a la isla, en torno al 1200 a.C., y se *mantiene* hasta la época clásica –en la cual convive con el ya creado sistema alfabético–, para ser abandonado finalmente tras la extensiva helenización de la época de Alejandro Magno. Como se ve, el sistema silábico de Chipre guarda con su antecedente no descifrado chipro-minoico, la misma relación que el Lineal B con el Lineal A previo, según hemos visto. De hecho, las analogías entre la escritura micénica y la chipriota para anotar el griego son sorprendentes.<sup>134</sup> Como es de imaginar, resulta casi natural pensar que los nuevos griegos pudieron tomar la idea de la anotación de las vocales de un sistema que, aunque silábico, *tenía signos para las mismas*, y además estaba puesto a los fines de representar una variante de su propia len-

<sup>133</sup> Jeffery (1961:5-12), Powell (1993;1999 *passim*), Cortés Copete (1999:39).

<sup>134</sup> Johnston (1981-1983:66), citado por Ragousi (2001:4); véase también “Cy-priote”, en <http://www.ancientscripts.com>



gua, como era el dialecto griego hablado en Chipre. En una palabra, del contacto entre colonos eubeos llegados más o menos contemporáneamente con los comerciantes fenicios a la isla de Chipre –en los albores del siglo VIII a.C.– y los primitivos habitantes de la isla habría surgido la creación del alfabeto, pero *a partir del sistema silábico fenicio*, de uso también en la isla con la llegada de este pueblo. Pero entonces surge un interrogante, ¿por qué no efectuaron la adaptación sobre el silabario chipriota mismo, y en cambio adaptaron la escritura fenicia? Se ha pensado en una respuesta de esta naturaleza:

[The recent discovery of a Cypriot syllabic inscription of the later eleventh century at Palaipaphos (Kouklia) goes some way to closing the gap that exists between the syllabaries of the Bronze Age and of the developed Iron Age. Greek speakers arriving in the ninth or eighth century at Paphos or Salamis, or even Kition, Amathous or Kourion, would see writing and be told, in Greek, of its uses; such writing would be both syllabic Greek and quasisyllabic Phoenician.]The fact that the visiting Greeks then adopted the Phoenician signs may be explained by the fact they had more dynamic dealing with the easterners than with the indigenous Greek-speaking population.<sup>135</sup>

Sin embargo, una explicación de esta índole, según lo que hemos asentado antes sobre la gran innovación griega en su concepción de la lengua como sistema fonemático (2.3.2.2), no nos parece suficiente: solamente en *la continuidad* de la senda abierta por el sistema fenicio fue posible el *aislamiento de la representación gráfica de la consonante*, verdadero logro del sistema alfabético –y no el simple hecho de la anotación de las vocales–. En una pala-

<sup>135</sup> Johnston (1981-1983:66), citado por Ragousi (2001:4).

bra, no pudo haber sido cuestión de mero interés pragmático hacer arrancar la adaptación de un sistema u otro. Si la hipótesis de tomar a Chipre como lugar de adaptación parte de la coexistencia del sistema fenicio junto al silabario chipriota, no nos parece suficientemente argumentada como para desplazar la postulación de Al-Mina: este *empóron*, al no estar situado en tierra griega, aparece como el punto de difusión independiente más probable que habría de llevar la naciente invención a los diversos confines del mundo griego.<sup>136</sup>

### *La finalidad del alfabeto griego*

Y esto nos lleva a una última cuestión ligada con la creación del alfabeto, la de su *finalidad* originaria, es decir, si la idea que guió el registro gráfico de la lengua griega fue fijar visualmente los poemas homéricos, y los usos comerciales del alfabeto fueron secundarios; o bien la actividad mercantil estuvo en la base de la naciente invención, aprovechada posteriormente para dejar asentados los grandes poemas épicos transmitidos por vía oral hasta ese momento. Intuitivamente parece imponerse esta última opinión, asentada por los datos epigráficos –sean nombres, fragmentos de nombres, o bien frases– que siempre están relacionadas

<sup>136</sup> Al-Mina, que en árabe es “el puerto”, fue destruida por los “Pueblos del mar” – los mismos que habrían empujado a los dorios hacia la Grecia micénica, según nota 123–, y refundada por los griegos de Eubea en el siglo VIII, con el nombre de Posideo (según las excavaciones de Woolly, 1953). Es muy probable que el elemento semita subsistiese en todo el contorno, lo que favoreció la adaptación del alfabeto. Además el dato de Heródoto (3.91) que remonta la fundación de Posideo a Anfíloco, hermano de uno de los siete que lucharon contra Tebas –lo que llevaría la colonización aproximadamente al XII a.C.–, no necesariamente contradiría los datos arqueológicos: pudo haber un contacto previo en la Edad de Bronce entre griegos y orientales como, de hecho, ocurrió en muchos puntos geográficos durante el período cretomicénico.

con la *propiedad* o el agente de la manufactura, del tipo 'Yo o esto pertenece(n) a X' o 'X me hizo' o 'Yo soy' más un nombre en genitivo, otra indicación de la propiedad. Incluso contra la opinión de quienes se apoyan en la "copa de Néstor" (véase nota 131) como evidencia de la presencia poética en los primeros testimonios de la escritura, comprobamos que también puede reducirse a la indicación de una posesión, según uno de los tipos arriba enumerados. Las rutas de difusión del alfabeto que coincidirían con los puntos comerciales del Mediterráneo de los siglos VIII y VII a.C., como así también la utilización meramente burocrática –y no literaria– de un sistema prealfabético como el Lineal B, vendría a avalar esta opinión. Resumiendo, la finalidad que habría guiado la creación del alfabeto por parte de los griegos fue facilitar el intercambio y las actividades comerciales.<sup>137</sup> La oposición categórica a esta postura es la de Powell, quien continuando con la línea que hemos expuesto hasta aquí, hace del adaptador del alfabeto el mismo personaje que registra por escrito los poemas homéricos, encarnando históricamente de esta forma la figura que nos viene hipostasiada en el mito bajo el nombre de Palamedes (recuérdese **nota 104**). Como se ve, en esta posición no sólo se defiende la monogénesis –el alfabeto sería adoptado, desarrollado y transmitido por el mismo individuo–, sino que se hace al hexámetro épico el exclusivo responsable del desarrollo del alfabeto griego.<sup>138</sup> En realidad, una autoridad como Lord parecería no contradecir este punto de vista, cuando se pregunta por la causa que hubiera llevado a pasar por escrito los poemas, dado que desde la estricta creación oral la memoria se limita al mero uso de fórmulas del material heredado, y no a la repetición de un texto fijado

<sup>137</sup> Ragousi (2001, *passim*), con cita de varios autores que defienden esta opinión.

<sup>138</sup> Powell (1989:321-350); (1991:119-186).

previamente, que obstaculizaría el “tempo” mismo de la espontaneidad creativa –y que ya está suponiendo, obviamente, la aparición de la escritura–.<sup>139</sup> Su opinión es que dirigiendo la mirada hacia los alrededores del mundo griego en la época de la invención del alfabeto, los pobladores de Grecia se ponían en contacto con pueblos que hacía ya mucho tiempo habían puesto por escrito su literatura, y de aquí

I should like to suggest that the idea of recording the Homeric poems, and the Cyclic epics, and the works of Hesiod, came from the observation of or from hearing about similar activity going on further to the East.<sup>140</sup>

Esta sugerencia de Lord está en la línea de otra formulada en una obra previa (1953:130), donde puntualizaba que,

we know from other traditions that when writing has arrived at the moment when it is used for artistic purposes, the first things written are the songs of the peoples.

observación que si bien puede ser sometida a crítica –quizá no sea enteramente válida para todas las tradiciones–, es correcta de un modo general.

<sup>139</sup> Nos hemos extendido en esto en oportunidad de diferenciar la figura del *aidós* frente a la del *rhapsoidós* (2.2.4.2.). De todas formas es frecuente pensar que la escritura puede proporcionar una ayuda “mnemotécnica”. La posición de Havelock, por ejemplo, parece inclinarse a esta postura en alguna parte de su obra (1982:180), que es puesta de relieve por Ragousi (2001:2). Sin embargo, en otros pasajes la perspectiva de Havelock es más amplia: “... fluent transcription of the oral record became the primary use to which the alphabet was put” (1982:86 *in fine*).

<sup>140</sup> Lord (1960:156). Véase también Teodorsson (2006:167).

De manera que si bien queda abierta la pregunta sobre la *finalidad* originaria del alfabeto, debe tomarse en cuenta la incidencia de una curiosidad y sorpresa semejantes: la de que los pueblos del cercano Oriente preservaban su poesía como textos escritos, mientras que ellos mismos transmitían sus poemas oralmente. La invención de un sistema como el alfabeto dio a los griegos la posibilidad al fin de registrar su literatura, hecho que no fue posible en el contacto primero con los pueblos del Este, dado que en la cultura micénica el Lineal B no podía satisfacer las exigencias del hexámetro épico, ni tampoco los silabarios con los que esos pueblos registraron sus epopeyas. Y con la concurrencia simultánea de tres factores, que un autor denominó “el feliz *καὶ γόος*”<sup>141</sup>, podemos una respuesta a lo adelantado al término de **2.3.1**, en el sentido de por qué fue necesario esperar hasta esta primera mitad del siglo VIII para tener por escrito los poemas homéricos: el primer azar venturoso fue la masiva influencia de los pueblos orientales con su literatura ya fijada escrituralmente; el segundo, la invención de un sistema de escritura apropiado para reproducir visualmente la complejidad del verso épico; el tercero y último, la aparición de Homero, un poeta fuera de serie, por cuyo genio fue tamizada la tradición varias veces secular.

### **2.3.3.2. Los resultados de la invención**

Un sistema de escritura como el representado por el alfabeto griego, con su impresionante facilidad de aprendizaje y su internalización a modo de reflejo inconsciente una vez aprendido, estaba destinado a democratizar la capacidad alfabética de la cultura griega, y a instaurar esa “razón gráfica” por medio de la cual la sociedad occidental presencié el surgimiento de nuevas destre-

<sup>141</sup> Heubeck, citado por Teodorsson (2006:182).

zas intelectuales ligadas al formalismo y a la bidimensionalidad del soporte escrito. En efecto, por un lado sólo en un sistema de grafos de extraordinario poder simbólico –que cesan de interponerse como objeto de pensamiento y se neutralizan tras de despertar en la memoria los sonidos de la lengua– puede hallarse el modelo de todo formalismo en la ciencia; y por otro lado entre los diversos “soportes transpuestos” que pueden suplir al originario canal audio-oral del lenguaje humano consideración especial merece el *soporte gráfico*, que hace aparecer la bidimensionalidad del espacio plano como fondo de la linealidad de la cadena hablada – y que posibilitará el nacimiento de la gramática, por ejemplo, con su representación de listas y paradigmas-.<sup>142</sup> Pero esta invención que habría de alterar el carácter de la cultura humana, no tuvo el efecto inmediato que un invento técnico puede tener en la actualidad y que analógicamente estamos inclinados a proyectar retrospectivamente: la democratización de la lecto-escritura no depende sólo del sistema creado en sí, sino de la organización y el mantenimiento de una instrucción a nivel elemental, encargados de difundir esta habilidad técnica en los niños –porque el sistema alfabético pone el arte de la escritura al alcance de los más pequeños, cuando todavía están aprendiendo los sonidos de su propia lengua–. Como se ve, aquí nos topamos con un requerimiento de índole social antes bien que tecnológico, y que en Grecia tardó al menos tres siglos para cumplimentarse más o menos masivamente, y fue abandonado en Europa durante un largo período después de la caída de Roma. En realidad sólo posteriormente, desde la imprenta en adelante, se pudo actualizar ple-

<sup>142</sup> Para todo esto Auroux (1998:55-84). También Derrida (1967:42-43) recuerda que para Husserl la escritura es –destacado por el autor– “*la condition de possibilité des objets idéaux* et donc de l’objectivité scientifique. Avant d’être son objet, l’écriture est la condition de l’*épistémè*”.

namente la capacidad de democratización que lleva implícita un sistema como el del alfabeto griego. De todas formas, en esos lapsos de relativa difusión, Occidente presenció el nacimiento de prácticamente todas las disciplinas ligadas al saber y al desarrollo del arte, y la posibilidad que garantiza el alfabeto de identificar con seguridad los fonemas de cualquier lengua abre inmediatamente el horizonte de la traducción entre aquellas que se valen de este sistema: este es el secreto tecnológico que hizo posible la construcción de una literatura romana a partir del modelo griego –la primera empresa semejante en la historia de la humanidad–.<sup>143</sup>

### **Conclusión**

Podemos esquematizar el recorrido de este subcapítulo en dos grandes unidades conceptuales. Una encierra la vasta temática y conjeturas sobre el origen del alfabeto, la otra corresponde a la incidencia de la invención de la escritura en la sociedad griega –cuyo avance, tensión y definitiva imposición sobre la oralidad serán tratados en el capítulo 3–.

Con respecto a la génesis de la adaptación gráfica por parte de los griegos nos inclinamos a pensar en un adaptador único, un “Palamedes humano”, que de forma directa –o, a lo sumo, una generación después por obra de un discípulo– tomó el dictado del propio Homero que dio origen al *Ur-Text* de la tradición tex-

<sup>143</sup> Havelock (1982:85) comenta a continuación el error en que caen los traductores ingleses de Tucídides (4.50.2) cuando en oportunidad de un episodio de la guerra leemos que los documentos de un persa capturado habrían sido “translated” al griego. Pero en realidad el μεταγραψάμενοι que trae el texto debe ser interpretado no como un volcar “letra a letra” la escritura silábica original –con caracteres cuneiformes– del persa a la lengua griega –¿cómo podría hacerse algo semejante?–, sino que la versión resultante en *griego alfabético* tiene que haber surgido a partir del dictado oído a un informante bilingüe que *en voz alta* iba traduciendo el documento persa que tenía delante de sí.

tual. Maestro y discípulo deben situarse en la primera mitad del siglo VIII a.C. (799-750), coincidiendo uno u otro con la propia vida del poeta. El registro escrito habría sido llevado a cabo en alguna celebrada ciudad de la isla de Eubea, sea Calcis, sea Eretria, o bien la propia Lefkandi. De hecho, los fenicios, la isla de Eubea y el origen de la escritura griega están conectados en el historiador Heródoto:

Los Gefireos, clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco, eran –según sus propios testimonios– originarios de Eretria; ahora bien, merced a mis averiguaciones personales, yo he llegado a la conclusión de que eran fenicios, fenicios integrantes del contingente que, con Cadmo, llegó a la comarca [...] introdujeron en Grecia muy diversos conocimientos, entre los que hay que destacar el alfabeto, ya que en mi opinión, los griegos hasta entonces no disponían de él.<sup>144</sup>

De la segunda temática da cuenta el hecho que con el registro escrito de los poemas homéricos asistimos al “effective start to Greek literacy”.<sup>145</sup> En efecto, en rápida sucesión siguieron el Ciclo Épico, los primeros Himnos homéricos y los poemas de Hesíodo. La antigua tradición oral fue transformada en literatura escrita en menos de un siglo. Es fácil de notar que una nueva concepción de

<sup>144</sup> Heródoto 5, 57-58. Por supuesto que debemos retener lo esencial y no los anacronismos: la época de Cadmo, fundador de la Casa de Tebas, debería ser ubicada hacia el fin del Bronce Medio (1600 a.C. aproximadamente), época demasiado temprana, según se ve, para la invención del alfabeto griego. Ocurre, sencillamente, que “Herodotus’ story is a legendary account of the historical fact that the alphabet did come from Phoenicia” : Powell (1999:10).

<sup>145</sup> Teodorsson (2006:184). La amplitud del campo semántico del término inglés “literacy” no halla su equivalente en un significante aislado en castellano, podemos así pensar en “alfabetismo”, “cultura escrita”, o “literatura” en general.



la poesía nacía al ser fijada con el auxilio del sistema alfabético, como puede demostrarlo, por ejemplo, la actitud de Hesíodo, consciente de su misión como poeta e intérprete del mensaje de los dioses. Homero, en cambio, es el único poeta griego conocido por nosotros que pertenece todavía al antiguo gremio de los cantores orales, lo que explica –junto al carácter narrativo de sus poemas– el enigma de su anonimato. El siglo V a.C. finalmente, de la mano de la democratización de la escritura, traerá la conocida como “revolución literaria” en Grecia, efecto de la visualización del lenguaje en el espacio del soporte escrito, con sus posibilidades de comparación entre diversos pasajes, desarrollo de argumentos lógicos difíciles de seguir oralmente y el uso creciente de la subordinación en el orden sintáctico.<sup>146</sup>

## 2.4. COSMOVISIÓN HOMÉRICA

### *Presentación sumaria*

A partir de los testimonios lingüísticos en este subcapítulo se estudia la forma en que el personaje de la saga denotaba su propio cuerpo y cómo experimentaba las vivencias de su vida interior (2.4.1 y 2.4.2). Un último ítem dará cuenta del problema hermenéutico siempre presente en este tipo de interpretación (2.4.3).

Tanto de los ámbitos corporal como psíquico resulta muy difícil extraer una idea de totalidad en el mundo homérico. Se trata de otra manifestación del tratamiento aditivo, que en el plano lingüístico nos enfrentó con la parataxis (capítulo 1) y que es una característica concomitante con el estadio oral de la cultura. Tanto

<sup>146</sup> Recuérdese que el paso de la parataxis a la hipotaxis lingüística fue el hilo conductor del capítulo primero de este trabajo.

el cuerpo como la interioridad humana están concebidos como una suma de partes cuya dinámica no obedece a un centro: la palabra con que posteriormente se aludirá a la realidad “cuerpo” significará ‘cadáver’ en este estadio, y aquella para “alma” tendrá un muy otro significado para Homero. La plasticidad de los términos con que se alude a estos ámbitos delata los rasgos ya conocidos de esta cosmovisión: variedad y riqueza de descripciones y situaciones –frente a la tendencia conceptual de la sociedad alfabetizada–. Un cotejo con la representación gráfica del cuerpo humano en los vasos de la época de los poemas dará cuenta de lo extendido de esta cosmovisión en todas las manifestaciones culturales. Un término de especial relevancia en la tradición espiritual de Occidente, ψυχή, ameritará un lugar especial en este estudio. Diversos contextos ilustrarán su empleo en los poemas, de donde surgirá una denotación difícil de conciliar desde nuestra perspectiva actual: por un lado su innegable significación de ‘vida’, pero por otro su presentación negativa, diríamos, en el sentido de que el hombre se percata de ella en el momento de la muerte, cuando abandona al ser vivo para volar hacia el Hades. De cómo psyché llegó a la significación de ‘alma’, y σῶμα a la de ‘cuerpo’ a partir de ‘cadáver’ también se esboza una conjetura.

Todo abordaje de esta naturaleza corre el riesgo del anacronismo, es decir el de adjudicar categorías actuales al ser y pensar del hombre de otro estadio cultural. La forma que puede tomar en este caso tal prejuicio hermenéutico sería la de situarse en una supuesta meta del desarrollo humano que nuestro presente habría alcanzado, y desde allí juzgar el nivel o la distancia en que se encontraban esos agentes humanos de la plena conciencia de sus actos, o bien del concepto que hoy manejamos para denotar la realidad corporal. Estos excesos, sin duda, también son denunciados por nosotros. Pero no se pasa por alto sin embargo el resaltar el vicio contrario: el de negar un movimiento que va de una inte-

rioridad difusa, problemáticamente ligada a sus actos en el aspecto moral, hacia una subjetividad enriquecida por los finos análisis de que dan cuenta, por ejemplo, los agónes de la tragedia euripídea o las reflexiones teóricas de la ética aristotélica.

#### **2.4.1. El tratamiento de la corporeidad en los poemas homéricos**

Bruno Snell hacía notar que Aristarco ya había advertido que en Homero la palabra *σῶμα*, que más adelante significaría ‘cuerpo’, en Homero no se usa jamás con referencia a un ser vivo.<sup>147</sup> Y efectivamente, los pasajes en que aparece el término certifican que la palabra se aplica sólo al cadáver, es decir, a la “condición de muerto” del hombre caído. Así, en *Iliada* 3, 23, se habla de un león que se arroja sobre el *sôma* de un ciervo, y en 7, 80-81, Héctor en su desafío a los aqueos propone que en caso de resultar vencido su cadáver (*sôma*) sea devuelto a los suyos para ser incinerado,

pero que devuelva mi *sôma* a casa, para que, tras morir, del fuego me hagan partícipe los troyanos y las esposas de los troyanos.

Y a continuación agrega que si la victoria llega a ser suya, hará otro tanto con el *nékys* del vencido, utilizando otro término que designa, precisamente, “cadáver”. Ahora bien, los vocablos que aparentemente designan el objeto “cuerpo”, no lo denotan en tanto totalidad, sino más bien reparan en los aspectos intuitivos que se destacan para el espectador o poeta, acorde con una peculiaridad habitual en la evolución semántica del lenguaje.<sup>148</sup> Snell lo ilustra con los copiosos signos que posee la lengua homérica para las diversas modalidades de la *función* de la vista que, en tanto *actividad misma*

<sup>147</sup> Snell (1965:22).

<sup>148</sup> Véase, por ejemplo, Guiraud (1995:36-83).

no estará representada como tal, sino solo en la variedad de sus posibilidades: “ver con mirada aguda”, “mirar con mirada brillante”, etc. (ὄρᾱν, ἰδεῖν, λεύσσειν, ἄθρεῖν, θεᾶσθαι, σκέπτεσθαι, ὄσσεσθαι, δενδλλεῖν, δέρεσθαι, παπταίνειν).<sup>149</sup> De manera que si volvemos ahora a la expresión de la corporeidad del hombre, nos encontramos con diversos términos que aluden antes bien a una pluralidad que a una referencia unitaria y orgánica. Tenemos así δέμας, χρός y γυῖα / μέλεα. El primero puede ser pensado como denotando la idea de ‘talla, figura’, y según pensaba Aristarco, era la palabra que más se aproximaba a lo que posteriormente fue *sôma* (de todas maneras es un insatisfactorio sustituto). En *Il.* 5.115, describiendo al guerrero Tideo, se dice que “era de talla (*démas*) menuda, pero luchador”, y en 8.305, se describe a la bella Castianira como “semejante a las diosas en *démas*”; en *Od.* 10.239-240, por obra de Circe los compañeros de Ulises,

ya tenían la cabeza y la voz y los pelos de cerdos  
y aun la entera figura (*démas*), guardando su mente de hombres.<sup>150</sup>

*Chrós* puede equivaler a ‘piel’ como límite del cuerpo –dado que ‘pellejo’ equivaldría más bien a otro término, *dérma*–<sup>151</sup>, y es bastante gráfico el pasaje de *Ilíada* 23, 67, en el cual el *eidolon* del amigo se le presenta a Aquiles en sueños, semejante a Patroclo,

En la voz y en las ropas que vestía en torno a su cuerpo (*chrós*).

También un guerrero refiriéndose a Aquiles puede decir que su *chrós* es vulnerable, como la de cualquiera, al agudo bronce de un

<sup>149</sup> De estos verbos muchos desaparecieron en el griego posterior, al menos en la prosa (Snell [1965:18]).

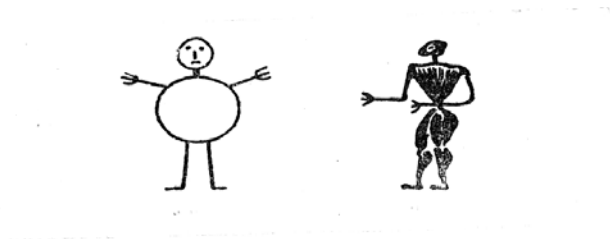
<sup>150</sup> Otros pasajes en *Ilíada* 1, 115; y *Odisea* 5, 212-213, 18, 251, etc.

<sup>151</sup> Eggers Lan (1964-1965:23).

arma. Si continuamos con los excelentes análisis filológicos de Snell –que abrió un camino en la concepción antropológica homérica, no exenta de crítica, según se verá, en sus supuestos hermenéuticos–, vemos que se inclina a considerar a *guîa* y *mélea* como las únicas palabras en los poemas que de algún modo designan la corporeidad: ambos vocablos están en plural y tienen la significación de ‘miembros’: el primero con la connotación de “en tanto movidos por articulaciones”, el segundo con la de que “poseen fuerza por medio de los músculos”. Entre los abundantes ejemplos citamos aquel de la catábasis del libro 11 de la *Odisea* (200-201), que tiene la particularidad de no referirse a una muerte guerrera, sino a una enfermedad,

[...] enfermedad, como aquellas que suelen  
 en fatal consunción, arrancar de los miembros (*mélea*) el alma  
 (*thymós*).

Ahora bien, esta representación fragmentaria del cuerpo humano hallará su equivalente en el arte arcaico, en el cual la sustancia corporal del hombre no era concebida como una unidad, sino como una suma de partes. En efecto, en el arte geométrico de los vasos de la época correspondiente a la redacción de los poemas, nos encontramos con que los lineamientos de las figuras humanas pueden ser comparados con los que puede hacer un niño de nuestros días y que Snell representa con los siguientes dibujos,



(Figura 9)

de los cuales el primero presenta una *Hauptstück* o 'parte principal', a la cual se le asignan la cabeza, los brazos y las piernas. En la cerámica arcaica, en cambio, según ilustra el segundo dibujo, falta precisamente esta pieza central: verdaderamente constan sólo de *mélea* y *guîa*, esto es, un busto triangular conectado en su vértice inferior –que hace de cintura– con robustos muslos, ligados a su vez en un extremo con el resto de la pierna, ésta con el pie, etc.<sup>152</sup> La cratera funeraria conocida como Vaso de Dipilón, del período Geométrico tardío (750-710 a.C.) ejemplifica la cosmovisión dominante de la época arcaica, con los rasgos "aditivos" en la percepción del cuerpo humano que estamos destacando:



(Figura 10)

<sup>152</sup> Snell (1965:24); Eggers Lan (1964-1965:23)

En la pintura de esta crátera, tanto en el primer nivel como en el segundo, debajo de los meandros característicos del estilo geométrico, se puede apreciar la usual representación de las figuras humanas del período. Este vaso, de altura monumental (1,07 m.), muestra en primer lugar una procesión fúnebre que contiene a su vez una escena más detallada y elaborada, del tipo conocido como *próthesis* o exposición del cuerpo del difunto, que comentamos en detalle en la siguiente Figura. Debajo de estas decoraciones fúnebres ha sido agregada una procesión de carros, caballos y guerreros, en donde es de notar cómo los individuos han sido reducidos a figuras geométricas altamente estilizadas (la forma de violín se debe a la representación del escudo recortado del período).



Detalle  
(Figura 11)

Este detalle es la escena central de la crátera de Dipilón, y muestra el típico estilo geométrico de representación de las figuras humanas, según venimos comentando: el tórax como triángulo, la cabeza co-

mo círculo, los brazos a la manera de líneas, etc. (nótese, además, los intentos de dar cabida a la perspectiva: es probable que ese sea el motivo del aparente segundo lecho mortuario que vemos detrás del primero, y de la manera en que están pintadas las patas de la silla, a la izquierda del lecho, en donde está sentada la viuda).<sup>153</sup>

#### 2.4.2. La interioridad del hombre a la luz de los poemas

De la obvia evidencia de que los hombres homéricos poseían un cuerpo como los griegos posteriores no se deduce, sin embargo, que tuvieran conciencia de él como “cuerpo”, sino que lo percibían como “suma de miembros”, según hemos desarrollado en el punto anterior. Ahora bien: algo semejante se nos presentará en la esfera de lo anímico: tampoco nos hallaremos aquí con un concepto de “alma” semejante al que la tradición filosófica posterior nos ha legado –sería inconcebible por otro lado, dado que está ausente la polarización semántica frente a “cuerpo”–, y por lo tanto ψυχή, el término que en griego posterior vendrá a significar “alma”, en Homero estará muy lejos de representar la función anímica que piensa y que siente. Pero antes de abordar el estadio homérico de *psyché*, conviene tratar otros términos descriptivos de lo que podríamos denominar la “interioridad” del héroe ho-

<sup>153</sup> Feyerabend (2000:225) al tratar del aspecto aditivo de la figura en el arte arcaico menciona, en la línea que estamos desarrollando, el dibujo de un cabrito medio tragado por un león: “El león tiene el aspecto feroz, el cabrito tiene el aspecto pacífico, y el acto de tragar consiste en la mera *yuxtaposición* de la representación de lo que *es* león y de lo que *es* un cabrito. (Tenemos aquí lo que se llama un *agregado paratáctico*: los elementos de un agregado de este tipo reciben todos la misma importancia, la única relación que existe entre ellos es la relación secuencial, no hay jerarquía alguna, no se representa ninguna parte como subordinada a, o determinada por, las otras). El dibujo *quiere decir*, león feroz, cabrito pacífico, el león se traga al cabrito” (lo destacado es del autor).



mérico, difícilmente reductible, como ocurría con su contrapartida corporal, a una noción unitaria de “yo”.

**ἄτη, μένος, θυμός, νοῦς**

Comencemos asentando el hecho de las frecuentes “intervenciones psíquicas” por parte de los dioses, que dan cuenta de las diversas sensaciones como valor, cobardía, etc., en el combate o situaciones conflictivas, y que el héroe percibe como provenientes de los agentes divinos. El mismo poeta nos narra con frecuencia explícitamente estos hechos, y así podemos certificar la verdad de que “Zeus aumenta y disminuye la *areté* de los hombres del modo que quiere” (*Il.* 20, 242-243). En el caso de la muerte de Patroclo, por ejemplo, el héroe ya moribundo le dice a Héctor,

Pero el funesto destino (*moîra*) y el hijo de Leto (=Apolo) me han matado,  
y, de los hombres, Euforbo; tú al despojarme sólo eres el tercero.<sup>154</sup>

Un episodio similar ocurrirá a su vez con la muerte de Héctor, en donde el troyano es engañado por Atenea, que favorece a Aquiles (*Il.* 22, 297,299). También se refleja claramente la injerencia de agentes externos en el obrar humano en la famosa “explicación de Agamenón”, que el jefe del ejército aqueo ofrece de su error ante los caudillos reunidos,

[...] pero yo no soy el culpable,  
sino Zeus, el Destino y la Erinia, vagabunda de la bruma,  
que en la asamblea infundieron en mi mente (*phrénes*) una fe-  
roz ofuscación (*áte*)  
aquel día en que yo en persona arrebaté a Aquiles el botín.<sup>155</sup>

<sup>154</sup> *Il.* 16, 849-850.

<sup>155</sup> *Il.* 19, 86-89.

Comencemos con *áte*: no se trata de una disculpa, dado que la cosmovisión que no ponía en el sujeto la *fuerza* de un obrar que a la luz de los hechos posteriores se mostrara improcedente, era compartida: el propio Aquiles reconoce que es Zeus quien da “grandes *átai* a los hombres” (Il. 19.270), y habla de la *áte* de Agamenón cuando le cuenta a su madre la ofensa recibida (Il. 1. 411-412). E incluso cuando rechaza a la embajada que viene a solicitarle que retorne al combate, se refiere a Agamenón como aquel a quien Zeus “le ha quitado las *phrénes*” (Il. 9, 377). De donde debemos colegir que el poner *áte* en las *phrénes* equivale a “quitarle las *phrénes*”. Es decir que esta obnubilación, esta “locura parcial pasajera”<sup>156</sup> que es *áte* –una especie de intermediaria del destino y de los dioses para hacer cumplir su voluntad–, y de la cual el agente no puede dar cuenta, ejerce su influencia en el sentido de forzar al héroe a un acto que en estado de lucidez no habría ejecutado. Pero entonces es lícito preguntarse si *phrénes* podría equivaler aproximadamente a “vida mental”, cuyo curso normal se vería alterado por el advenimiento, precisamente, de la *áte*. Y aquí nos enfrentamos con la gran distancia que media entre la concepción homérica y la moderna: si usamos un adjetivo relacionado con la actividad espiritual, estamos dejando de lado el amplio uso como órgano “fisiológico” que el término posee en los poemas. En efecto, la lanza arrojada por Patroclo contra Sarpedón se dirige allí “donde las *phrénes* rodean el musculoso corazón” (Il. 16, 841), o bien Ulises piensa en matar al cíclope con la cuchilla y “clavarla en su pecho, donde las *phrénes* sostienen al hígado” (Od. 9, 301: véase el texto griego en nota 158). O sea, si pensamos en algo así como en ‘diafragma’ para estos usos, tenemos que llegar a la conclusión que el *mismo término* está designando tanto el ór-

<sup>156</sup> Dodds (1980:19).

gano en sí, como la *vida mental* que se desarrolla en él, como pueden mostrar claramente tanto los ejemplos citados anteriormente que nos muestran esa actividad interior alterada por la presencia de *áte*, como la expresión habitual “meditaba en sus *phrénes*”, que alude a un desarrollo normal de la vida psíquica. Pero antes de tratar de esbozar una síntesis, pensemos en otro término (o “estado”, quizá para ser más precisos), que puede alterar las *phrénes*: el *ménos*. Cuando Agamenón, al comienzo de la *Ilíada*, se entera de que tiene que devolver a Criseida, “sus sombrías *phrénes* se llenaron de *ménos*” (1, 103), es decir, de fuerza, de violencia. Es la misma a la que pone término Atenea, cuando le dice al colérico Aquiles en su intento de matar a Agamenón: “vengo a poner fin a tu *ménos*” (*Il.* 1.207). Es también *ménos* el ardor que Poseidón infunde a los Ayantes y que les permite seguir combatiendo (*Il.* 13, 60-61 y 78); y en otras ocasiones el *ménos* surge como efecto del comer y del beber (*Il.* 9, 706 y 19, 161). En este orden de ideas debe explicarse el uso de *ménos* aplicado a objetos como el fuego, por ejemplo cuando se habla de los huesos de un difunto, “ya que todo deshecho quedó por el *ménos* del fuego” (*Od.* 11, 220).

Según se ve, hay que discriminar dos instancias de estos procesos, experimentados por el héroe homérico como estados anormales o de enajenamiento: la primera es que no los experimenta como propios –no concibe la situación de estar “fuera de sí”, según diríamos hoy–, y tiende a atribuirlos a un poder extraño al hombre, es decir, a los dioses. La segunda instancia tiene que ver con las concomitancias o consecuencias fisiológicas de la emoción, según nuestro lenguaje actual: pero precisamente el hecho de la ausencia de un *centro* diferenciado de la vida anímica hace imposible una apreciación semejante del fenómeno; no se concibe un *yo* cuya vida emotiva se irradiaría hacia una repercusión orgánica, de manera de constituir un proceso con dos caras. Esta es la causa de que las *phrénes* puedan ser consideradas simultáneamente como un órga-

no del “cuerpo” y una sede de procesos “anímicos”. Ciertos usos metafóricos del lenguaje nos retrotraen a un estado de cosas semejantes –que dan cuenta de la profunda dimensión humana de los poemas–: “inflamársele el pecho a uno”, “tener una corazonada”. Precisamente en este orden de ideas nos encontramos con otro término que denota tanto un estado emotivo racional como uno irracional, y que es *thymós*.<sup>157</sup> Así, en el episodio del cíclope antes mencionado, el término da cuenta de dos estados interiores contrapuestos del héroe homérico,

Al momento me di yo a pensar en mi magnánimo *thymós*  
en llegarme, sacar del costado la aguda cuchilla  
y clavarla en su pecho, donde las *phrénes* sostienen al hígado luego  
de palpar con la mano; otro *thymós* detúvome entonces.<sup>158</sup>

El segundo *thymós* es evidentemente reflexivo, dado que pone freno al primer *thymós* –el de matar al cíclope–, ya que a la postre le sería perjudicial: no podría Ulises con sus propias fuerzas mover después la inmensa roca con la que el gigantesco personaje había obturado la entrada de la gruta. Incluso la primera aparición del término es susceptible también de interpretarse intelect-

<sup>157</sup> Y que por esta ambivalencia misma refuta los muy buenos análisis –aunque quizá un poco esquemáticos– de Dodds (1980:29-31), quien atribuye al “intelectualismo griego” el hecho de explicar el carácter o la conducta en términos de conocimiento, y a excluir por lo tanto del *yo* todo aquello contrario al sistema de disposiciones conscientes. Pero héte aquí que *thymós*, uno de los principales términos que Dodds incluye en el repertorio de los impulsos “irracionales y asistemáticos”, también es usado en ocasiones para representar una actividad reflexiva del agente. Véase la crítica de Eggers Lan (1964-1965:49-50).

<sup>158</sup> *Od.* 9, 299-302. Creemos importante ilustrar con el texto griego: τὸν μὲν ἐγὼ βούλευσα κατὰ μεγαλήτορα θυμὸν / ἄσσον ἰών, ξίφος ὃξὺ ἐρυσσάμενος παρὰ μηροῦ, / οὐτάμεναι πρὸς στήθος, ὅθι φρένες ἦπαρ ἔχουσι, / χεῖρ' ἐπιμασσάμενος· ἕτερος δέ με θυμὸς ἔρυκεν.

tualmente: de hecho el verbo *bouleúo* que lo acompaña sugiere una acción reflexiva antes bien que impulsiva (aunque *thymós* tiene aquí un epíteto emotivo: *megalétor* “de gran corazón”, que hemos vertido por “magnánimo”). Pero lo que está claro es que el cálculo de posibilidades que introduce el segundo *thymós* es, a todas luces, un “impulso” reflexivo.<sup>159</sup>

Ahora bien, el hecho de un carácter “intelectual” en ocasiones de *thymós*, nos previene de polarizar su sentido en una connotación exclusivamente emotiva frente a *noûs*, que correspondería a la capacidad de representación (y a *thymós*, entonces, la de emoción). No debemos olvidar que ambos transcurren en el pecho, aunque sin mucha precisión, tanto en el corazón como en las *phrénes*. Pero en general podemos decir que frente a *thymós*, que indica la conciencia de una impetuosidad, de algo que empuja a la acción, *noûs* se alzaría como un término más abstracto, que daría cuenta de un “percatarse de una situación”, especialmente de una situación de gran impacto e importancia emocional.<sup>160</sup> Se trataría, en suma, de una especie de intuición súbita, pero nunca significa “razonamiento”.<sup>161</sup> Y nuevamente, de acuerdo con lo que venimos observando, son estas *connotaciones emocionales* las que

<sup>159</sup> Otra vez se impone la analogía con el fondo común del lenguaje, relegado en la modernidad a los usos poéticos o coloquiales: en la letra de un tango leemos, “Quise vengarme, matarla quise, / pero un impulso me serenó”; y mal que le pese a un logicismo estrecho, viene desde Homero la presencia de arrebatos que... serenar (los versos citados pertenecen a *La copa del olvido*, compuestos en 1921 por Alberto Vaccarezza y musicalizado por Enrique Delfino).

<sup>160</sup> Fritz, citado por Eggers Lan (1964-1965:56).

<sup>161</sup> La significación menos concreta de *noûs* respecto de *thymós* viene dada por el hecho de su derivación lingüística: *noûs* es el sustantivo abstracto del verbo *noeîn*, originariamente “olfatear”, pero en el estadio semántico de los poemas homéricos está relacionado con el sentido de la vista, de allí su significación de “percatarse”.

hacen aparecer la sede de *noûs* en el pecho del agente humano (Il. 9, 553-554; Od. 13, 255).

En resumen, según adelantamos antes, *ménos*, *thymós* y *noûs*, si bien suceden en el hombre (en sus *phrénes*, fundamentalmente), le advienen desde afuera, no emanan de su *yo*, no forman parte de él: el agente humano no es su *fuentes*, y al volver de esos estados de enajenación cualquier héroe homérico puede decir con relación a sus actos, las mismas palabras que Agamenón, citadas anteriormente, “pero yo no soy el culpable”, es decir, “yo no soy el *causante* (*aítios*)”.<sup>162</sup> Como se ve, la concepción fragmentaria, no orgánica de la interioridad humana está en relación con la situación que nos presentaba la representación de la corporeidad en los poemas –solidaria con la pintura de las figuras en los vasos–: el carácter aditivo, no substancial de lo real como manifestación fundamental de la cosmovisión homérica.<sup>163</sup>

## ψυχή

Una aproximación primera a *psyché* es traducir este término por ‘vida’. Así, en un contexto en el cual se habla de los bienes que,

<sup>162</sup> De todas formas, la exacta dimensión de *aítios* en este estadio de la cultura es difícil de conceptualizar : citamos sólo un párrafo del análisis de Ricoeur (2006:27) aplicado a la experiencia moral de los primeros hombres: “Por el lado del mal moral, la incriminación de un agente responsable pone al descubierto, desde un trasfondo tenebroso, la zona más clara de la experiencia de culpa. En su profundidad esta encierra el sentimiento de haber sido seducida por fuerzas superiores, que el mito no tendrá dificultad en demonizar”.

<sup>163</sup> Unas palabras para *kêr*, que es uno de los términos para “corazón” (como *kradié*, *kardíe* o *êtor*): éstos designan órganos interiores y los procesos que normalmente se desarrollan en él, pero en pasajes como el de Od. 20, 13-18, parecen adquirir una connotación psíquica, que implicarían una tendencia a centrar en el *propio* hombre la sede la de los procesos anímicos.

según la contingencia de nuestros actos, podemos ganar o perder, se dice sin embargo que,

la *psyché* de un hombre ni está sujeta a pillaje para que vuelva ni se puede recuperar cuando traspasa el cerco de los dientes.<sup>164</sup>

En otro pasaje, así se describe la muerte de un guerrero por el bronce de Menelao,

[...] La *psyché* se precipitó por la llaga abierta a toda prisa, y la oscuridad le cubrió los ojos.<sup>165</sup>

Si tomamos en cuenta que en los contextos anteriores también es posible el compuesto nominal 'último aliento' o 'aliento vital', dado que a un fenómeno de esta naturaleza tiene que aludir la posibilidad de abandonar el cuerpo a través de los dientes o bien a través de la abertura de una herida, una traducción de este tipo se impone cuando el poeta nos describe el momento mismo de la muerte de Patroclo,

Apenas habló así el cumplimiento de la muerte (*télos thanátoio*) lo cubrió.  
La *psyché* salió volando de sus miembros y marchó al Hades.<sup>166</sup>

Y efectivamente a esta condición no material quedará reducido el individuo después de su muerte, como explícitamente dice la

<sup>164</sup> *Il.* 9, 408-409.

<sup>165</sup> *Il.* 16, 518-519.

<sup>166</sup> *Il.* 16, 855-856. La previa imprecación a Héctor, el último en herirlo, fue citada anteriormente (véase nota 154).

madre de Ulises, cuando el héroe intentó vanamente por tres veces abrazar su *éidolon* en el Hades,

sólo la *psyché*, escapando a manera de sueño (*óneiros*), revuela por un lado y por otro.<sup>167</sup>

Una primera recapitulación que nos ofrecen estos pasajes – entre los muchos que podrían citarse– es la aparición de *psyché* ligada *al momento de la muerte del individuo*. No es posible encontrar un contexto en que aparezca animando al hombre *vivo*, o cumpliendo alguna función *vital*: nos percatamos de su presencia sólo negativamente, al abandonar precisamente el cuerpo, en espera de su ingreso al reino de los muertos. Hay veces, sin embargo, en que la partida es *pasajera*, porque la función vital, que parecía haber cesado, se reestablece. Así, volviendo nuevamente al héroe Sarpedón –al cual su hora definitiva no habría de llegar todavía– se nos dice que,

la *psyché* lo abandonó, y la niebla se difundió sobre sus ojos;  
pero le volvió-el-soplo-vital (*empnýnthe*), y el soplo (*pnóié*) del  
Bóreas a su alrededor  
reavivó, soplándole-encima (*epipneiousa*), su ánimo (*thymós*)  
ya malamente desfallecido.<sup>168</sup>

Hemos insistido en una traducción que refleje en nuestra lengua la familia de palabras ligadas a la idea de “soplo”, “aliento”, es decir, *pnóié*, evidentemente positiva, dado que se liga *al retorno de la vida*, mientras que *psyché* se polariza como un soplo o aliento también, pero que *se pierde en el momento de la muerte*. Resumien-

<sup>167</sup> *Od.* 11, 223-224.

<sup>168</sup> *Il.* 5, 696-698.



do, esta *psyché* puede a veces abandonar el cuerpo transitoriamente en el desvanecimiento (véase también el desmayo pasajero de Andrómaca ante el espectáculo de la muerte de Héctor, en *Iliada*, 22, 466ss.) pero nunca se nos habla de su regreso al cuerpo cuando el individuo vuelve en sí: se reanima el *thymós*, pero hay silencio con respecto al retorno de la *psyché*.

La pérdida de la *psyché*, inexorable para todo hombre, es la evidencia inexcusable de su destino mortal, de su *moîra*. En dos ocasiones muy semejantes es el propio padre de los dioses quien se conduce de dos guerreros dilectos, Sarpedón y Héctor, y muestra la intención de evitar sus muertes eminentes: pero sufre inmediatamente el reproche de sus pares, que si bien no se atreven a torcer su voluntad, dejan en claro su desacuerdo. Zeus, finalmente, deja librada a la balanza la suerte de ambos, cuyo destino se cumple inexorablemente. En ocasión del episodio de Sarpedón es Hera la que habla,

¿A un hombre mortal y desde hace tiempo abocado a su sino pretendes sustraer de la entristecedora muerte?<sup>169</sup>

La pérdida de la *psyché* es vivida dramáticamente en los poemas homéricos: en el Hades sólo hay nostalgia de la vida terrena: las famosas palabras de Aquiles a Ulises en los infiernos así lo atestiguan,

No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos de la muerte, que yo más querría ser siervo (*theteuémén*) en el campo de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron.<sup>170</sup>

<sup>169</sup> *Il.* 16, 441-442. En el pasaje de la muerte de Héctor es Atenea quien cuestiona la decisión de Zeus (*Iliada*, 22, 178-181).

<sup>170</sup> *Od.* 11, 488-491.

En resumen, parecería que en esta *experiencia sensitiva* de todo lo real para la cosmovisión homérica, *psyché* marcaría el *impacto* de la muerte para la condición humana: el ser viviente se desvanece como un soplo (de allí la probable etimología a partir de *psýcho*, “soplar”), y, por la misma inconsistencia de hálito con que es figurada *psyché*, esta es inasible una vez que se ha perdido definitivamente. Posesiones y honor se esfuman a través de la herida abierta o por los variados caminos con que la *moîra* se cumple. El *hombre total* se pierde con la muerte. La interesante reflexión con que Eggers Lan cierra su trabajo ensaya una articulación de este concepto de *psyché* en Homero con el que adquirirá posteriormente en el griego posterior. Nos pareció importante citar también a continuación la hipótesis de Snell, con puntos de contacto, a nuestro juicio, con la primera –además es una manera de dimensionar adecuadamente los aportes de sus ideas, quizá criticadas en exceso, como veremos en el apartado siguiente, que cierra este capítulo–. Leemos en Conrado Eggers Lan (el destacado es del autor),

Y si la *psyché* designa a *todo el individuo que se pierde con la muerte*, es completamente natural que se utilice ese nombre para designar al espectro de la antigua creencia y que ahora carece de toda consistencia y posibilidad de actuar en sentido alguno, y cuya morada tradicional es el Hades, o sea, debajo de la tierra que pisamos [...] para el hombre homérico es todo el individuo que se ha perdido, y por ende sólo nos cabe llorarlo y recordarlo respetuosamente. Este sentido de *psyché* es, a mi juicio, lo único que permite que, a pesar de no referirse jamás a la vida psíquica del hombre (ni consciente ni inconsciente, ni en el sueño ni en la vigilia), haya pasado a designar la vida psíquica en su totalidad (de la cual *thymós* sólo va a ser un aspecto o una parte). Esto sucedió cuando las creencias populares –ignoradas por Homero pero nunca extirpadas–, que jamás creyeron o aceptaron que con la muerte termina todo, tornaron a la escena

pública griega e impregnaron el pensamiento de los poetas y filósofos. De este modo se rescató la *psyché*, que, de “todo el individuo que se pierde con la muerte”, pasó a significar “todo el individuo que subsiste allende la muerte”.<sup>171</sup>

Snell, por su parte, así explica la transición del sentido homérico al uso clásico del término *psyché*,

Los testimonios sobre el uso de la palabras  $\sigma\tilde{\omega}\mu\alpha$  y  $\psi\upsilon\chi\eta$  en el tiempo que media entre Homero y el siglo V ciertamente no bastan para seguir con detalle la manera como evolucionan los nuevos sentidos de “cuerpo” y “alma”. Evidentemente, surgieron como conceptos mutuamente complementarios, y la evolución de la palabra  $\psi\upsilon\chi\eta$  hubo de encontrar camino abierto allí donde las ideas sobre la inmortalidad del alma tuvieron influencia. Si precisamente el término que designaba el alma de los difuntos se convierte en término para designar el alma en general, y el que designaba el cadáver pasa a designar el cuerpo vivo, ello presupone, evidentemente, que se atribuyó al principio de las emociones, sentimientos y pensamientos del hombre una existencia ulterior en la  $\psi\upsilon\chi\eta$ . Esto implica conciencia de que el hombre vivo tiene algo anímico o espiritual, pero de momento esto no puede ser designado con una palabra precisa y adecuada. En realidad, esta es la situación con que nos encontramos en la lírica arcaica. Como contraposición a esta  $\psi\upsilon\chi\eta$ , se daba en el muerto el  $\sigma\tilde{\omega}\mu\alpha$ , y casi como por supuesto se usó en seguida esta palabra también para los vivos, en contraposición a la  $\psi\upsilon\chi\eta$ .<sup>172</sup>

<sup>171</sup> Eggers Lan (1964-1965:61-62).

<sup>172</sup> Snell (1965:36-37).

### 2.4.3. El problema hermenéutico

Una tendencia crítica en los trabajos recientes cree ver en los estudios de Snell y de sus seguidores una predecisión hermenéutica que estaría prejuzgando el resultado de la exégesis: dicha interpretación proyectaría sobre el modelo homérico una representación moderna de la persona, sólo desarrollada en la filosofía contemporánea.<sup>173</sup> El problema parecería estribar en un modelo evolucionista-hegeliano implícito en el marco teórico de Snell, quien en su descripción de la vida psíquica de los personajes como un complejo de partes interconectadas, vería un modo deficiente de la conciencia en su marcha gradual hacia la síntesis en un unitario y auto-consciente “yo”. En nuestro medio, la crítica pionera de Conrado Eggers Lan advertía sobre el exacto sentido que podría tener para Snell el término ‘descubrimiento’ aplicado al dualismo conceptual de cuerpo y alma, porque si bien es cierto que el autor de *Die Entdeckung* niega rotundamente –en base al rigor de sus exámenes lingüísticos– que en Homero se dé una noción de “cuerpo” y “alma”, no queda claro si el fin de la indagación será entonces estudiar el proceso de cómo se llegó a ese dualismo –porque efectivamente en algún momento tuvo su origen–, o si Snell, por el contrario, está *presuponiendo* que dicho dualismo se corresponde con la realidad, y en consecuencia *el proceso por el cual se llegó a él es el proceso de su descubrimiento*.<sup>174</sup> También podemos citar la crítica dirigida contra Adkins, que continuaría a Snell en sus argumentos a favor de un estadio pre-personal de la conciencia de sí mismo en la épica, que daría cuenta de una acción moral fuertemente adherida al contexto preestablecido, y es de

<sup>173</sup> Se trataría de la “subjective-individualist conception”, frente a la auténtica “objective-participant conception”, que correspondería al estadio de las epopeyas (Gill [1996:11]).

<sup>174</sup> Eggers Lan (1964-1965:25).

esta vinculación a los modelos de actuación social preexistentes que se desprendería la falta de auto-diferenciación del héroe como persona.<sup>175</sup> En suma, Snell y Adkins nuevamente estarían juzgando el estadio homérico anacrónicamente, es decir a la luz de un modelo que supone actos conscientes de voluntad, según fue teorizado en el Occidente de los siglos XVII y XVIII, en la línea que va de Descartes a Kant.<sup>176</sup> De todas formas, si de desplazamientos temporales se trata, parecería haber un anacronismo inverso en Gill, al destacar –no sin cierta satisfacción– que la renovada interpretación de Homero –contra la ya tradicional de Snell– tiene puntos de contactos con las teorías contemporáneas,

If you move from reading Snell and Atkins to the contemporary theory of mind, what is immediately striking is that those concepts whose absence these scholars note in Homer are precisely those whose validity is widely questioned by many contemporary theorists.<sup>177</sup>

Y en este orden de ideas remite allí mismo a la teoría de la acción de Donald Davidson,

The typical pattern of explanation, in this theory, is stated in terms of a combination of beliefs and desires. But the theory does not presuppose that the beliefs and desires which constitute the reasons for a given action are necessarily conscious to the agent, either prior to the action or subsequently.

Las críticas, al parecer, apuntan tanto a los supuestos que dan la impresión de estar operando en el tratamiento de Snell sobre la

<sup>175</sup> Citamos a Adkins (1970), según Wald (2003:249).

<sup>176</sup> Williams (1993:21-31; 41-42), en quien se apoya Gill (1995:6-7)

<sup>177</sup> Gill (1996:4)

corporeidad y lo anímico en Homero, como al error hermenéutico del mismo estudioso al juzgar el acto moral del personaje épico a la luz de las teorías modernas. Dado que nuestro estudio anterior –de base lingüística– aplicado a los poemas nos proveyó de los elementos para teorizar sobre la visión del mundo homérica, bien podemos seguir ese mismo orden para cotejar la crítica de los comentaristas con el juicio de Snell sobre esos aspectos.

#### **2.4.3.1. El “dualismo conceptual” de ‘cuerpo’ y ‘alma’**

Es en las páginas de la “Introducción” del libro de Snell en donde más nítidamente se expone la perspectiva en que es colocado el estudio de los griegos. Se asienta en primer lugar la dependencia de Occidente con la forma de pensar inaugurada por ellos,

El pensar europeo empieza con los griegos, y desde entonces no hay otra manera de pensar. Los europeos no tenemos otra opción.<sup>178</sup>

Y un poco más adelante nos topamos con el concepto clave de “descubrimiento” –que encabeza el título del libro en el original: véase nota 14–, y de cuya polémica complejidad parece ser plenamente consciente Snell, habida cuenta del esfuerzo de este párrafo por delimitar exactamente su alcance, cuyas partes esenciales reproducimos. Para mayor claridad dividimos su exposición en tres momentos,

1) Los griegos crearon de raíz lo que nosotros llamamos el pensamiento. Ellos descubrieron el alma humana y el espíritu humano. A ellos se deben los fundamentos de una nueva concepción que el hombre tiene de sí mismo [...].

<sup>178</sup> Snell (1965:7).

2) Hablamos del “descubrimiento” de lo espiritual en sentido distinto de cuando hablamos del “descubrimiento” de América por Colón. América existía aun antes del “descubrimiento”; pero el espíritu europeo empieza a existir por el hecho de ser descubierto: su existencia independiente está en la conciencia del hombre.

3) Sin embargo la palabra “descubrimiento” es adecuada. Lo espiritual no se inventa, como puede el hombre inventar un instrumento [...] sino que en cierto sentido es algo que posee “verdad” aun antes de ser descubierto: una verdad bajo diversa forma, todavía no como espíritu.<sup>179</sup>

Si seguimos estrictamente la lectura de 1), debemos atribuir, efectivamente, al término “descubrimiento” el alcance de un poner a luz entidades *ya dadas*, constituidas por las esferas anímicas de alma y espíritu (las cuales parecerían ser la condición de posibilidad de la creación del “pensamiento”). Inmediatamente después 2), sin embargo, se impone una resignificación de la interpretación de 1), dado que la semejanza de lo espiritual con algún tipo de realidad independiente previa a su descubrimiento *es negada rotundamente*, y el momento de la existencia de lo espiritual, entonces, coincide con su ser descubierto. Pero en 3) esta línea de análisis parece complicarse nuevamente, cuando se nos afirma que lo espiritual en cierto sentido poseía “verdad” antes de ser descubierto. En otros pasajes de esta misma Introducción se va asentando cada vez con más firmeza esta idea de la *existencia bajo otra forma* de lo espiritual antes de Homero.<sup>180</sup> La clave hermenéutica del acceso de Snell a la dimen-

<sup>179</sup> Snell (1965:8).

<sup>180</sup> “Lo espiritual existía para Homero en un cierto sentido, pero no en el sentido que nosotros damos a la palabra. Esto significa que la expresión “lo espiritual” es una interpretación de algo –naturalmente la interpretación adecuada, si no podríamos hablar de “descubrimiento”– que previamente fue

sión histórica de los poemas parece estar dada por su implícita adherencia a la Filosofía del Espíritu, según puede desprenderse de estas líneas cuya cita textual también puede ser clarificadora,

[...] decimos que “lo espiritual” se manifiesta, significando con ello no un proceso o resultado de la propia actividad del hombre, sino un acontecimiento metafísicamente objetivo [...] lo espiritual se revela “a sí mismo” en cuanto adquiere ser por primera vez a través de tal manifestación (“se hace” a sí mismo) en el curso de la Historia.<sup>181</sup>

A nuestro criterio –y al de los críticos, que parecen haberse detenido demasiado en esta Filosofía de la Historia de cuño hegeliano implícita en el autor–, esta es la parte más cuestionada de la aproximación de Snell al fenómeno de los griegos. Pero la pregunta que realmente interesa es la de cómo incide esta idea de evolución espiritual de la cultura humana *en sus excelentes análisis filológicos*, en qué medida desvirtúan o no el rigor de sus observaciones lingüísticas sobre el imaginario del héroe homérico –y las herramientas que nos brinda para inferir la cosmovisión del hombre que escuchaba estas epopeyas y que compartía esta visión del mundo–. Detengámonos en los hechos: el uso de los vocablos homéricos para la realidad que posteriormente conoceremos como “*sôma*”, son varios –según hemos visto–, y ninguno de ellos tiene la significación totalizadora de

interpretado de otra forma, y consiguientemente existía de otra forma” (p.11); “Si en las páginas que siguen se dice que el hombre homérico no conocía todavía lo espiritual, el alma, y muchas otras cosas, no quiere esto decir que el hombre homérico no pudiera todavía gozar de algo, pensar, etc. Esto sería absurdo. Sólo queremos decir que tales actividades todavía no se interpretaban como una actividad del espíritu o del alma. *En este sentido* no se da todavía el espíritu o el alma (p. 12).

<sup>181</sup> Snell (1965:9)



"*sôma*". La cerámica de la época de creación de los poemas nos mostró algo semejante, según hemos visto en las Figuras 10 y 11. Ahora bien, Snell, luego de articular lúcidamente los dos dominios culturales y encontrar su analogía, afirma que "los hombres homéricos tenían cuerpo igual que los griegos posteriores; pero no tenían conciencia de él como 'cuerpo', sino como 'suma de miembros'".<sup>182</sup>

Por lo tanto, detengámonos ahora en la fina crítica a que es sometida esta conclusión por Conrado Eggers Lan,

Dice Snell que los hombres homéricos tenían realmente *cuerpo*, pero no lo conocían como cuerpo (es decir como unidad orgánica con un "Hauptstück" al cual se refirieran los distintos órganos y miembros); y también afirma que "lo que nosotros interpretamos como *alma*, el hombre homérico lo veía como tres entidades, que explicaba en analogía con los órganos corporales". Es decir, que lo que nosotros interpretamos como *alma* y como *cuerpo* no serían para Homero más que *dos grupos distintos de elementos* (carente, cada grupo, de un "Hauptstück", o sea, de un soporte sustancial), lo que supone en cualquier caso es *un dualismo de esferas conceptualizadas ya por Homero*.<sup>183</sup>

Si tomamos en primer lugar el concepto de 'cuerpo', podemos preguntarnos si los sagaces estudios de Snell que sacan a luz una serie de vocablos independientes, sin relación entre sí, que velan al hombre de las epopeyas la íntima dependencia de las partes con el todo de esa *unidad sustancial y estructural* –que posteriormente será denotada como *sôma*–, implican necesariamente la aceptación de un dualismo conceptual que estaría operando implícitamente en la cosmovisión de los personajes –hecho que en el ámbito de lo anímico tendría su contrapartida dada por la impo-

<sup>182</sup> Snell (1965:25).

<sup>183</sup> Eggers Lan (1964-1965:25), destacado por el autor.

sibilidad de reducir las funciones psíquicas a un centro o “yo”-. Nadie más autorizado, desde este punto de vista, que el propio Snell para marcar la *indistinción* de fronteras entre lo anímico y lo fisiológico en Homero, según dimos cuenta en los diversos testimonios citados anteriormente, y que hemos extraído en su mayor parte de su propia obra. Ahora bien, la crítica de Eggers Lan, sin embargo, podría estar apuntando a otra cosa, al metalenguaje, diríamos, de que se vale Snell, cuando tiene que aludir a la parte orgánica: dice de los héroes homéricos que “no tenían conciencia de él como ‘cuerpo’”, al certificar la obvia ausencia de un concepto integral para el cual no hay un significante unitario –en su lugar, recordemos, teníamos la variada denotación fragmentaria de *guîa*, *mélea*, *chrós* y *démas*-. O sea, que al introducir el término “cuerpo”, *ausente en Homero*, Snell se haría responsable de un anacronismo, según interpretamos de la crítica de Eggers Lan. ¿Pero con qué metalenguaje abordar entonces eso-que-está-ahí formado por *guîa* y *mélea*? Porque creemos que negar su *unidad sustancial* sería llevar el “giro lingüístico” demasiado lejos, y por lo tanto no es incurrir necesariamente en “evolucionismo” el suscribir con Snell que el hombre homérico *no* había llegado a la conciencia unitaria de esa *realidad objetiva* que *sôma* posteriormente denotará *simpliciter*.

Además de la crítica a un anacrónico “dualismo conceptual” que Snell atribuiría al hombre homérico, también un prejuicio hermenéutico estaría condicionando los análisis de la vida moral de los personajes de *Iliada* y *Odisea*, según adelantamos antes.

#### 2.4.3.2. La acción moral

Un famoso pasaje de la *Iliada* y el concomitante comentario que leemos en *Die Entdeckung* han sido especialmente relevantes para la crítica como muestra de una interpretación “moderna” del concepto de sujeto y acción de la Antigüedad. En aquel episodio del Canto primero, en el cual Atenea detiene a Aquiles de su *ménos* –

visto como algo salvaje, animal, de allí el término *íscheo*, “refréna-te”, que usará la diosa-, la base de la persuasión divina estará en anunciarle al héroe que ese Agamenón que ahora lo agravia,

un día te ofrecerá el triple de tantos espléndidos regalos  
a causa de este ultraje: tú refrénate y haznos caso.<sup>184</sup>

Así lee Snell este pasaje,

Así, pues, si Aquiles obedece a la diosa, si refrena su impetu-  
osidad, lo hace porque ello le ha de reportar mayores venta-  
jas. Esta motivación no tiene nada que ver con la “moral” [...]  
El hemistiquio, “esto le pareció a él lo más ventajoso” cierra a  
menudo en Homero la descripción de la escena en que un  
hombre delibera consigo mismo.<sup>185</sup>

La revisión de la intención originaria de matar a Agamenón es,  
como se ve, una acción cuya fuente se halla fuera del sujeto.<sup>186</sup> En  
la línea de Snell, Adkins apoya su concepción del estadio pre-per-  
sonal de la conciencia de sí mismo en Homero en el hecho de que,  
tanto en las reflexiones de sus protagonistas, como en los monó-  
logos interiores de Aquiles y Ulises, siempre se dice, “esto me  
pareció ser el mejor plan”, como si de alguna manera la decisión  
se formara a sí misma y a la luz de aquello que se muestra como  
lo mejor. Así leemos en Adkins,

The personal pronoun makes it easier for the mind to pass  
from decision to action. For there is a distinct difference in

<sup>184</sup> *Il.* 1, 213-214.

<sup>185</sup> Snell (1965:234-235).

<sup>186</sup> “[...] lo moral no es autónomo, sino que está engarzado en concepciones religiosas” (*idem*, 237).

model [...] between 'I decided' and 'it seemed best to me'. The latter suggest a kind of spectral balance into which the reasons on one side or the other are poured until at length, after due consideration, the balance goes down by itself and action ensues.<sup>187</sup>

Incluso desde el ámbito teológico Hans Urs von Balthasar también somete a crítica los juicios de Snell sobre la ausencia de una decisión libre en los personajes de Homero. Certifica en la saga un alto grado de concreción y evidencia en la descripción de la mutua implicación de las acciones divinas y humanas, “que en buena teología reconoce la iniciativa a los dioses, sin privar al hombre de espontaneidad (como hace la mala teología)”, y se apoya en *Iliada* 9, 703, en donde se muestra la doble determinación, el *thymós* y la divinidad, que el héroe percibe como agentes de su acción. De allí que al citar el juicio de Snell en el sentido de que el avance de la comprensión entre los griegos concluyó en llevar al ámbito subjetivo esta acción que emanaba de la objetividad divina, considere que en el autor está operando “el esquema evolucionista, que desde siempre destruye cualquier auténtica visión de la forma”.<sup>188</sup>

Como se ve, los argumentos parecerían apuntar a que sólo un estudio que se concentrara en el *puro momento histórico* de la creación de la saga –y no como un eslabón de un marco evolutivo

<sup>187</sup> Adkins (1970:24), según Wald (2003:249).

<sup>188</sup> von Balthasar (1986:68). Leemos allí mismo en nota 208: “Estos dioses son ya en Homero ‘tan naturales y comprensibles’ y tan integrados ‘en el orden natural del mundo’, que el racionalista puede ver en ellos de antemano un disfraz de la (moderna) ley natural.” Y sigue una cita de Snell, con un destacado crítico, “Pero Homero aún (!) no considera al hombre autor de su propia decisión”, y a continuación agrega la conclusión de que “le sea necesaria la divinidad” (45 –numeración de von Balthasar–).

de cuya culminación sería un momento imperfecto– puede garantizar la mejor comprensión de la auto-aprehensión del hombre homérico –y para ello es necesario desprenderse del condicionamiento de la tesis evolucionista–.

### **Conclusión**

Cerremos con algunas observaciones estas complejas cuestiones de abordaje que, de alguna manera, están más allá de los objetivos de este trabajo, cuya propuesta para el presente subcapítulo fue ir relevando la cosmovisión del hombre de la época de los poemas, labor que, al menos en lo pertinente a los testimonios, creemos ha sido llevada a cabo. En lo que concierne al problema hermenéutico, entonces, digamos lo siguiente. La pertinencia de las críticas a una aproximación que se enmarque en un modelo evolucionista son obvias: sería inconcebible la *identificación* que en todos los tiempos el lector ha sentido con los héroes homéricos, si éstos estuvieran representando meramente un estadio *superado* de la conciencia, que los tornaría irremediabilmente ajenos a nuestra *experiencia* vital de seres concretos en nuestro aquí y ahora. Evidentemente, nuestra sensibilidad actual puede sentir como propias las vicisitudes del héroe épico. Incluso hay más: modalidades determinantes del pensamiento contemporáneo –fundamentalmente el psicoanálisis– nos han hecho volver al estadio homérico en busca de modelos alternativos de teorías de la acción, dada la puesta en cuestionamiento de una postura ética centrada exclusivamente en el “yo”.

Pero esto *no* implica en modo alguno que no podamos registrar, prescindiendo de todo juicio axiológico, un *movimiento* que, partiendo de un débil compromiso moral, llevó a la emergencia de una subjetividad de más en más ligada con sus actos, como podemos colegir incluso de los datos lingüísticos –el camino de nuestro análisis, según se ve, abre a una tercera vía frente al *télos*

trascendente o a la evolución inmanente—. En efecto, en un estudio del capítulo anterior, dedicado a ilustrar los testimonios del estadio paratáctico en la lengua evolucionada, nos encontrábamos con un interesante fenómeno que podría dar testimonio de esta conciencia creciente del sujeto moral. Se trata de la construcción personal (1.4.1), en la cual se nos exponía la forma en que originarias estructuras impersonales (con verbos de necesidad, afecto, fenómenos atmosféricos) fueron reconducidas a personales por medio de la adjudicación de un sujeto antropológico (así de μοὶ ἀρέσκει a ἀρέσκω, o del primitivo ὕει a Ζεὺς ὕει). Y a esta clase de verbos originariamente en “tercera persona”<sup>189</sup> deben integrarse los tipos significativos para nuestra investigación como δεῖ, ‘es necesario’, o δοκεῖ μοι, ‘me parece’, dado que este último, por ejemplo, fue relevado por Adkins como el verbo usual para dar cuenta en el contexto homérico de deliberaciones cuyo peso, por así decirlo, caen por sí mismas, *sin intervención del sujeto*.

La incidencia de estos datos como ilustrativos del cambio de cosmovisión que se está operando en el hablante de la lengua es innegable. De lo que se trata, según destacábamos antes en oportunidad del “dualismo conceptual”, es que las descripciones con que nos acerquemos a estos fenómenos se efectúen con la mayor precisión posible: evidentemente nada nos autoriza, por el mero hecho del uso de expresiones terciopersonales en los personajes de la saga, a inferir un estadio “pre-personal” en la deliberación del sujeto moral, o bien a considerar que la mera exculpación de la acción por parte del agente a una potencia como *Áte*, implica sin más la ausencia de responsabilidad. Pero también en el otro platillo de la balanza –imagen cara a Homero– debemos tomar en

<sup>189</sup> La especificidad de esta persona gramatical es abordada con frecuencia en el capítulo 1 (véase nota 9, con remisión a su vez a otras partes del capítulo).

cuenta que  $\delta\kappa\epsilon\tilde{\iota}$   $\mu\omicron\iota$  deja su lugar a  $\acute{\epsilon}\gamma\omega$   $\delta\kappa\omega$ , y que en los personajes euripídeos –o de forma eminente en la reflexión socrática– la interioridad humana se ha independizado en gran medida de la presión de agentes externos.

## CAPÍTULO 3

---

*MNÉME, HYPÓMNESIS, KAIRÓS*





### 3.1. INTRODUCCIÓN

En una extremada síntesis conceptual podríamos decir que este último capítulo tendrá como protagonista a *Mnéme* (3.2), a la memoria creativa, surgida y elaborada en el proceso de intercambio oral, que no proviene del mero registro externo que procura la escritura, simple “ayuda memoria” o “recordatorio”, *hypómnesis* (3.3): de hecho, en los tribunales y la asamblea, sólo una memoria suficientemente independiente del registro gráfico puede responder a las apremiantes circunstancias de la ocasión, del momento oportuno, es decir, del *kairós* (3.4).

Sabemos que la sociedad griega conservó la base oral de sus instituciones políticas y culturales durante los primeros siglos del período alfabetizado, de allí que el ejercicio activo de la memoria continuara vigente, aunque inexorablemente la objetivación gráfica de la palabra viva iba relegando esta facultad psíquica a una función de más en más reproductiva. El Proemio del poeta Hesíodo a su *Teogonía*, compuesto probablemente en las últimas décadas del siglo VIII a.C., concede un lugar de excepcional privilegio a las Musas, hijas de Mnemósine, es decir, de la memoria: es un homenaje de alta belleza poética hacia las que fueron inspiración y técnica creativa del contexto de la oralidad, desplazadas por el avance de la producción escrita. El *fortleben*, la perduración de esta tensión llega incluso hasta la época de Platón, quien en su

famoso mito sobre el origen de la escritura que se encuentra al final del *Fedro* da cuenta narrativamente del impacto que debió experimentar el hombre de la oralidad ante la irrupción de la escritura alfabética, al ver amenaza la interioridad del *lógos* por los meros ecos mnemotécnicos de unos grafos externos. De todas formas, la problemática continuaba vigente todavía en ese primer tercio del siglo IV, época de redacción del diálogo platónico. Precisamente el último de los testimonios que hemos seleccionado, el de Alcidamente de Elea, ilustra en el ámbito de la retórica la preocupación común: el opúsculo que habremos de analizar es un fuerte alegato contra la ineficacia del discurso público que tiene detrás un modelo escrito aprendido memorísticamente, cuyas ataduras entorpecen el desenvolvimiento que la ocasión requiere. El discurso que se mueve al unísono con la circunstancias es el único que puede procurar al orador el éxito perseguido. Esa comunicación directa puede apoyarse, a lo sumo, en un esquema previamente internalizado con auxilio de la técnica escrita.

Cada uno de estos subcapítulos serán enriquecidos con temáticas que enmarcarán la tensión de las dos técnicas de la palabra en horizontes más amplios. El Proemio de Hesíodo, por ejemplo, nos ilustrará sobre la forma en que se desarrollaba la dinámica jurídica en una sociedad no alfabetizada: en una sugestiva fusión veremos aparecer tanto a reyes y a aedos como portadores del don de la palabra autorizada, y la dignidad decisiva que tenía para los primeros no sólo el conocimiento sino también la capacidad de transmitir “las normas y sabias costumbres”, dado que la materia a memorizar incluía las directrices específicas del día a día de la actividad gubernamental. El mito platónico, por su parte, nos enfrentará a importantes cuestiones que traerán a cuento el estatuto de la palabra viva en la filosofía de su autor y como contrapartida el lugar que le es asignado en esta concepción a su “imagen” o “pintura” escrita, visible y externa. Por la primera

elucidación arribamos a la hipótesis de los *ágrapha dógmata* o doctrinas no escritas de Platón, por la segunda se nos abre la sorprendente analogía de esta concepción con el pensamiento de Alcídamente: también para el defensor de una retórica de base oral o “improvisada” el discurso escrito no es otra cosa que un ineficaz *éidolon* o copia del auténtico discurso espontáneo. La posición común de ambos autores se evidenciará también a la hora de decidir quién debe realmente juzgar sobre el valor de una *téchne*, a la sazón la escritura, si aquel que la produjo, o quien prevé las consecuencias de su uso.

Según se ve, la riqueza de estos debates da cuenta de la extraordinaria circulación de ideas en la época.

## 3.2. *MNÉME*

### 3.2.1. El Proemio de *Teogonía* (1-115)

Asentemos ante todo que este estudio debe estar precedido, dentro de las vastas cuestiones que a manera de una “*quaestio hesiódica*” rodean la obra y la producción de Hesíodo, de una inserción de nuestro poeta dentro del marco de la oralidad, que es el hilo conductor de nuestro trabajo. De hecho, en la composición de sus poemas se trasunta la técnica típica de ese estadio, tanto por el uso de fórmulas como por el fondo tradicional del que parte –que es también el caso de Homero, con el cual comparte algunas veces la dicción formular y el material heredado, pero otras veces no, de donde podemos colegir que junto a una tradición épica oral había otros géneros que influyeron en Hesíodo–.<sup>1</sup> Pero

<sup>1</sup> “El influjo de Homero en las obras de Hesíodo es innegable: en temas, lenguaje oral, composición” Adrados (2001b:200), aunque también reconoce la presencia de otras tradiciones en la obra hesiódica. En cuanto a la cronología

no sólo en este aspecto hay puntos de contactos entre las dos figuras: si sabemos que un griego de la época clásica no dudaba en colocarlos entre sus más antiguos poetas y hacerlos casi contemporáneos, entonces la problemática que hemos desarrollado en el capítulo anterior con relación a la redacción final de *Iliada* y *Odissea* no puede ser ajena al autor que ahora nos ocupa: la aparición de la reciente invención gráfica también tiene que haber incidido en los poemas de Hesíodo tal como han llegado hasta nosotros.<sup>2</sup>

En los “Prolegomena” de la edición más autorizada de *Teogonía*, que es la de West, se renuncia a situar a Hesíodo en una fecha más temprana que el 750 a.C. precisamente por la evidencia de que el poeta “wrote his poems down, or dictated them”, y de

de sus poemas hay consenso en establecer este orden: *Teogonía*, como el más antiguo, seguido de *Trabajos y Días*, y del *Catálogo de las mujeres*, que es una continuación del primero, anunciado en su Epílogo (1019-1022). También está *Escudo*, cuya autoría se le cuestiona –como el *Catálogo*–, pero pertenece en todo caso a su tradición. *Teogonía* representa una visión histórica y pancrónica del mundo natural y divino, manifestando así en Grecia la expansión de un género oriental que unía una cosmogonía con una teogonía; mientras que *Trabajos y Días* representa otro género, el de aquellas colecciones de proverbios que unían parénesis, fábulas, símiles, mitos y máximas. De todas formas, la poesía genealógica y épica están presentes en estas dos obras mayores, claros precedentes del *Catálogo* y el *Escudo*. En el artículo de Adrados arriba mencionado hay bibliografía actualizada para estas cuestiones que aquí son sólo un apoyo.

- <sup>2</sup> “Most Greeks in the late fifth and early fourth centuries B.C. regarded Orpheus, Musaeus, Hesiod, and Homer, in that order, as their oldest poets”: West (1997:40). Orden que si bien sufrió variaciones a lo largo de la antigüedad no comprometió la creencia en la proximidad en el tiempo de los dos poetas. De hecho en la obra *Certamen*, cuya redacción definitiva se remonta a la época de Adriano, aparecen Homero y Hesíodo disputándose uno a otro el premio de un concurso poético (véase la nota 128 del capítulo anterior, y también el Apéndice II al final del presente capítulo (es posible que Alcides haya intervenido en alguna versión del *Certamen*).

que del alfabeto, según la fuente que sigue este autor, hay solamente un testimonio que puede situarse antes del 700 a.C.<sup>3</sup> Por nuestra parte hay dos cosas para destacar, la primera es la innegable injerencia de la escritura en la etapa final del poema. Como el mismo West se encarga de remarcar no hay ejemplos en el período de pura transmisión oral de un rapsoda (nosotros, de acuerdo con el estudio del capítulo anterior, diríamos mejor “aedo”), salvo Hesíodo, que hable de sí mismo en primera persona, según veremos en el Proemio, o nos cuente del triunfo en un certamen fuera de su ciudad (*Trabajos* 654-659), o se dirija a su díscolo hermano recordándole a su padre (*Trabajos* 633). Marcas claras de una pronunciada personalidad que el *continuum* de una tradición puramente oral a través de innumerables cantores se hubiese encargado de diluir en el curso del tiempo. Incluso hay muestras del “tempo” de la escritura en la elaborada calidad de los dos poemas mayores y en la organización de los mismos sobre la base de un prólogo que anticipa una serie de partes o capítulos, verdadero modelo de la literatura futura. Sin embargo, la técnica de composición sigue siendo oral: por un lado está la presencia de las fórmulas, según antes dijimos, y por otro las digresiones, contradicciones, finales deshilachados, que apartan a *Teogonía* y a *Trabajos* del paradigma de la “literatura” sistemática y rígidamente organizada.<sup>4</sup> Se impone entonces sobre este punto la conclu-

<sup>3</sup> West (1997:40-41). En esto sigue a Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece*, p. 68. La edición original de West es de 1966, reimpressa en 1971 –la de 1997, que manejamos, aparece como una “special edition”–, de manera que la fecha de publicación del libro de Jeffery, pese a no estar citado en la “Select Bibliography” del autor, no puede corresponder sino a la edición del año 1961. Estos datos cobrarán importancia para nuestra argumentación.

<sup>4</sup> Adrados (2001b:201-202) menciona las atétesis del pasado sobre el corpus hesiódico –que nosotros podríamos homologar a la crítica analítica de Ho-

sión de West, que para mayor ilustración transcribimos, y que concuerda con aquella *performance* particular de la cual surgió el “texto dictado”, escena que se nos presentó en el capítulo anterior con respecto al registro escrito de *Ilíada* y *Odisea*:

Hesiod must, in any case, have been one of the first Greeks poets to take the momentous step of writing his poems down, or more likely of dictating them to someone who knew how to write [...]. He could not produce such a poem every day, like the trained rhapsodes [...]. And yet, after his death, his poems were remembered, and famed, because they had been written down. And they belonged to him, inalienably, more than any oral poet’s work had ever done.<sup>5</sup>

Si volvemos ahora a la probable datación de obras, agreguemos a uno de los márgenes temporales mencionados (750 a.C.) el otro que nos propone West: éste, argumenta, no puede llegar más acá que el 650 a.C., habida cuenta de que avanzando en el tiempo nos topáramos con la época de los líricos, y todos ellos, dice con razón nuestro autor, tienen a Hesíodo como a su paradigma (es imitado seguramente por Alceo, y muy probablemente por Epiménides, Mimnermo, Semónides de Amorgos, Tirteo y Arquíloco). En cuanto a la conjetura de que la ubicación cronológica de Hesíodo tiene que corresponder a la segunda mitad del siglo VIII, está apoyada en las escasas muestras de escritura antes del 700, según la fuente que el autor usa, y a la cual antes aludimos. Finalmente, para la redacción de *Teogonía*, que es lo que nos interesa aquí, se inclina por el último tercio del siglo

mero— como cosa ya de “pura historia”, y defiende la innegable unidad de las obras mayores.

<sup>5</sup> West (1997:48).

VIII (730-700 a.C.), defendiendo con sólidos argumentos la verdad histórica del certamen antes mencionado, lo que le permite enraizarlo con otros hechos de la Grecia de entonces.<sup>6</sup>

Por nuestra parte aportamos a esta conclusión, que compartimos, los elementos que surgen del estudio del capítulo anterior sobre las recientes dataciones de los más antiguos testimonios escritos hallados hasta el momento. En efecto, los descubrimientos de Pitecusa y, sobre todo, de Lefkandi, llevan hasta el 775-750 a.C. el testimonio gráfico más antiguo,<sup>7</sup> y de hecho, con este marco nos manejamos para situar la vida de Homero. Ahora bien, el mismo criterio se nos impone para Hesíodo: el también se habría servido de la reciente invención gráfica, que ya era conocida desde unas décadas atrás entre los griegos, y podemos suponer que en la persona de un discípulo del adaptador, o bien en otro de una generación posterior llevó a cabo su registro, y esto avala incluso la posibilidad de la fecha más tardía (730 a.C.) en que pudo fijarse por escrito *Teogonía*. De esta forma salvamos la contemporaneidad con Homero, sancionada por la tradición, y en el flujo de una oralidad “fotografiada” por el registro visible más idóneo que halló Occidente encontramos una nueva clave para explicar la perenne belleza y altura poética de las obras de ambos poetas.

Si nos centramos ahora específicamente en el Proemio, nos encontramos con que manifiesta en el molde del verso épico la

<sup>6</sup> La base de la argumentación se apoya en el dato que ya habíamos registrado en este trabajo: la muerte del rey Anfídamante –en cuyos juegos fúnebres se desarrolla el concurso poético– combatiendo en la guerra entre Calcis y Eretria por la llanura de Lelanto (véase arriba nota 2 –con remisiones–).

<sup>7</sup> Véase 2.3.3.1, en especial nota 130, en donde Powell trae esta datación *como proveniente de la propia Jeffery* –en un simposio del año 1979 que se detalla en nuestra Bibliografía–. Debemos concluir entonces, de acuerdo con lo adelantado en nota 3, que en la argumentación de West no se encuentran estos nuevos descubrimientos.



tradición lírica de la cual emerge, pero además con la especial característica de que la propia técnica creativa de este estadio cultural, es decir, la composición oral, se ha hecho presente bajo la impostación de la figura de las Musas, inspiradoras de hechos célebres a los poetas y de sentencias perdurables a los reyes, sosteniendo en la belleza acústica el imaginario de una sociedad que ignora la escritura. De manera que en lo que sigue, con el relevamiento de las partes más representativas para nuestro análisis, habremos de extraer información con respecto a la función de Mnemósine en la cultura oral (3.2.2), el sentido de la oposición entre mentira / verdad (*pseúdea / alethéa*) en ese contexto (3.2.3), la conciencia de la profesión poética según aparece por primera vez con Hesíodo (3.2.4), y el presente Proemio como valiosísimo documento en torno al hacer cotidiano en la “Época oscura” de Grecia (3.2.5).

Transcribimos a continuación la traducción castellana de Pérez Giménez (1990), con ligeras modificaciones que nos pertenecen y con una división estructural que tomamos de West (1997:150).<sup>8</sup>

I. Algunas de las actividades características de las Musas:  
danzan y cantan por las noches en el Helicón. (versos 1 a 21)

a. Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconíadas (Μουσάων Ἑλικωνιάδων), que habitan la montaña grande y divina del Helicón. Con sus pies delicados danzan (ὀρχεῦνται) en torno a una fuente de violáceos reflejos y al altar del muy poderoso Cronión. Después de lavar su piel suave en las aguas del Permeso, en la Fuente del Caballo o

<sup>8</sup> La división en párrafos es un mero recurso externo para facilitar la cita, y en cuanto a los abundantes términos griegos agregados tienen como fin ilustrar el análisis con el campo semántico de la lengua original, que trasunta una marcada impronta oral –para el momento del comentario se trabajará con la transliteración de los mismos–.

en el divino Olmeo, forman bellos y deliciosos coros (χοροὺς καλοὺς ἱμερόεντας) en la cumbre del Helicón y se cimbrean vivamente sobre sus pies.

**b.** Partiendo de allí, envueltas en densa niebla marchan al abrigo de la noche, lanzando al viento su maravillosa voz (περικαλλέα ὄσσαν), con himnos (ὕμνεῦσαι) a Zeus portador de la égida, a la augusta Hera argiva calzada con doradas sandalias, a la hija de Zeus portador de la égida, Atenea de ojos glaucos, a Febo Apolo y a la sateadora Ártemis, a Posidón, que abarca y sacude la tierra, a la venerable Temis, a Afrodita de ojos vivos, [a Hebe, de áurea corona, a la bella Dione, a Eos, al alto Elios y a la brillante Selene,] a Leto, a Jápeto, a Cronos de retorcida mente, a Gea, al espacioso Océano, a la negra Noche y a la restante estirpe sagrada de sempiternos Inmortales.

**II.** Narración de un suceso particular que las tiene como protagonistas: su epifanía frente al propio Hesíodo. (vv. 22-34)

**a.** Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto (ᾠοιδίην) mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje (μῦθον) a mí en primer lugar me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus, portador de la égida:

**b.** “¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan sólo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades (ψεύδεα πολλὰ ἐτύμοισιν ὁμοῖα); y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad (ἀληθεία)”.

**c.** Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. Y me dieron un cetro después de cortar una admirable rama de florido laurel. Infundieronme voz divina (αὐδὴν θέσπιον) para celebrar el futuro y el pasado (τὰ τ' ἔσσομένα πρό τ' ἔόντα) y me encargaron alabar con himnos (ὕμνεῦσαι) la estirpe de los felices Sempiternos y cantarles (αἰείδειν) siempre a ellas mismas al principio y al final. Mas, ¿a qué me detengo con esto en torno a la encina o roca?

**III.** Se retoma el relato con la actividad habitual de las Musas: ofrecer su canto a Zeus en el Olimpo. (vv. 35-52)

**a.** ¡Ea, tú!, comencemos por las Musas que a Zeus padre con himnos regocijan (Διὶ πατρὶ ὑμνεῦσαι τέρπουσι) su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el pasado y el futuro (εἶρουσαι τὰ τ'έόντα τὰ τ'έσσομένα πρό τ'έόντα). Infatigable brota de sus bocas el grato sonido (φονή). Se torna resplandeciente la mansión del muy resonante Zeus padre al propagarse la delicada voz (αὐδὴ ἠδεῖα) de las diosas y retumba la nevada cumbre del Olimpo y los palacios de los Inmortales.

**b.** Ellas, lanzando al viento su divina voz inmortal (ἄμβροτον ὄσσαν), alaban con su canto (ἀοιδῆ) primero, desde el origen, la augusta estirpe de los dioses a los que engendró Gea y el vasto Urano, y los que de aquéllos nacieron, los dioses dadores de bienes. Luego, a Zeus padre de dioses y hombres, [al comienzo y al final de su canto, celebran las diosas], cómo sobresale y con mucho entre los dioses y es el de más poder. Y cuando cantan con himnos (ὑμνεῦσαι) la raza de los hombres y los violentos Gigantes, regocijan (τέρπουσι) el corazón de Zeus dentro del Olimpo las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida.

**IV.** Otra sección narrativa: la historia de su nacimiento. (vv. 53-62)

**a.** Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine (Μνεμοσύνη), señora de las colinas de Eleuter, como olvido de males y remedio de preocupaciones (λησμοσύνην τε κακῶν ἄμπαυμά τε μερμηράων).

**b.** Nueve noches de unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando ya era el momento y dieron vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron muchos días, nueve jóvenes de iguales pensamientos, interesadas sólo por el canto (ἀοι-

δῆ) y con un corazón exento de dolores (ἀκηδέα θυμόν) en su pecho, dio a luz aquella, cerca de las más alta cumbre del nevado Olimpo.

V. De la narración nuevamente a la descripción: qué hicieron –y hacen– desde su nacimiento. (vv. 63-103)

a. Allí forman alegres coros (λιπαροὶ χωροί) y habitan suntuosos palacios. Junto a ellas viven, entre fiestas las Gracias e Hímero. Y una deliciosa voz divina (ἐρατὴν ὄσσαν) lanzando por su boca, cantan (μέλπονται) y celebran las normas y sabias costumbres (νόμους καὶ ἤθεα κεδνά) de todos los Inmortales.

b. Aquéllas iban entonces hacia el Olimpo, engalanadas con su bello canto, inmortal melodía (ὄπι καλῆ, ἀμβροσίη μολπῆ). Retumbaba en torno la oscura tierra al son de sus cantos, y un delicioso ruido subía de debajo de sus pies al tiempo que marchaban al palacio de su padre. Reina aquél sobre el cielo y es dueño del trueno y del llameante rayo, desde que venció con su poder al padre Cronos. Perfectamente repartió por igual todas las cosas entre los Inmortales y fijó sus prerrogativas.

c. Esto cantaban (ἄειδον) las Musas que habitan las mansiones olímpicas, las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Érato, Polimnia, Urania, Calíope. Ésta es la más importante de todas, pues ella asiste a los venerables reyes.

d. Al que honran las hijas del poderoso Zeus, y ven que descende de los reyes, vástagos de Zeus,<sup>9</sup> a éste le derraman sobre su lengua una dulce gota de miel y de su boca fluyen melifluas palabras (ἔπεα μείλιχα). Todos fijan en él

<sup>9</sup> Modificación nuestra sobre la base del texto griego: γεινόμενόν τε ἴδωσι διοτρεφέων βασιλῶν (v. 82). En la versión de Pérez Giménez se lee: “y le miran al nacer, de los reyes vástagos de Zeus”.

su mirada cuando interpreta las leyes divinas con rectas sentencias (διακρίνοντα θέμιστας ἰθειῆσι δίκησιν) y él con firmes palabras en un momento resuelve sabiamente un pleito por grande que sea. Pues aquí radica el que los reyes sean sabios, en que hacen cumplir en el ágora los actos de reparación a favor de la gente agraviada fácilmente, con persuasivas y complacientes palabras (μαλκοῖσι ἐπέεσσιν). Y cuando se dirige al tribunal, como a un dios le propician con dulce respeto y él brilla en medio del vulgo. ¡Tan sagrado es el don de las Musas para los hombres!

e. De las Musas y del flechador Apolo descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra; y de Zeus, los reyes. ¡Dichoso aquel de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca (γλυκερὴ ἀυδή). Pues si alguien, víctima de una desgracia, con el alma recién desgarrada se consume afligido en su corazón, luego que un aedo servidor de las Musas cante las gestas de los antiguos y ensalce a los felices dioses que habitan el Olimpo, al punto se olvida aquél de sus penas y ya no se acuerda de ninguna desgracia. ¡Rápidamente cambian el ánimo los regalos de las diosas!

**VI.** Final del Proemio y transición hacia la parte principal de Teogonía. El poeta pide inspiración a las Musas. (vv. 104-115).

¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto. Celebrad la stirpe sagrada de los sempiternos Inmortales, los que nacieron de Gea y del estrellado Urano, los que nacieron de la tenebrosa Noche y los que crió el salobre Ponto. [Decid también cómo nacieron al comienzo los dioses, la tierra, los ríos, el ilimitado ponto de agitadas olas y, allí arriba, los relucientes astros y el anchuroso cielo.] Y los descendientes de aquéllos, los dioses dadores de bienes, cómo se repartieron la riqueza, cómo se dividieron los honores y cómo además, por primera vez, habitaron el muy abrupto Olimpo. Inspiradme esto, Musas que desde un

principio habitáis las mansiones olímpicas, y decidme lo que hubo antes de aquéllos.

### 3.2.2. Mnemósine y la doctrina de la inspiración

Canto y danza de las Musas recorren un poema del cual ellas mismas son su centro: qué hacen, cómo nacieron, y cómo se presentaron ante el mortal que las está celebrando. Prolifera el léxico de la oralidad (*óssa, audé, phoné, óps* ‘voz’; *aidé* ‘canto’; *molpé* ‘melodía’; *hymneûsai, aeídein, mélpesthai* ‘cantar’) y el de la danza (*orchéomai* ‘danzar’, *chorós* ‘coro’), y sus efectos placenteros (*térpein* ‘regocijar’) sobre dioses y hombres. Sin embargo sabemos que tanto ellas, como su madre, Mnemósine, no tenían en la época del poeta el lugar de privilegio que alguna vez poseyeran en la religiosidad griega, como lo testimonia la genealogía que el mismo Hesíodo se encarga de narrarnos en el cuerpo del poema: Mnemósine pertenece a la primera generación de los dioses, y es fruto de la unión de Tierra y Cielo, como Tea, Rea, o Temis (*Teogonía* 135ss.). Pero, repetimos, son figuras muy antiguas que los cambios de la vida cultural, sobre los que apoyaremos nuestra argumentación, habían relegado al olvido, de suerte que los testimonios de los más tempranos griegos veían ya a estos dioses “surrounded with a haze of extreme antiquity”.<sup>10</sup> En realidad son muy escasos los auténticos homenajes hacia las Musas que se encuentren en la línea de Hesíodo –dado que la apelación a estas divinidades se deslizó en los siglos siguientes a una mera convención literaria–. Podemos citar, sin embargo, el *Himno a Hermes*, que la tradición atribuía a Homero, y por lo que llevamos dicho hasta aquí, no sería improbable entonces que la época de su

<sup>10</sup> Rose (1929), citado por Notopoulos (1938:465).

composición coincidiera aproximadamente con la de Hesíodo. Leemos allí que el dios, al descubrir la lira,

Honró con su canto de entre los dioses primero a Mnemósine, madre de las Musas, pues ella tenía bajo su tutela al hijo de Maya. Y de acuerdo con su edad y cómo nació cada uno, honró a los dioses inmortales el ilustre hijo de Zeus, narrándolo todo con orden y tañendo la cítara sobre su brazo (429 ss.).

Como se ve, también en este raro testimonio hay una sobrevivencia de la suprema importancia que alguna tuvo Mnemósine, es decir la Memoria en el pasado griego. Porque efectivamente, la etimología nos lleva a descubrir tanto en el nombre de la progenitora de las Musas, como en el apelativo de ellas mismas el semantema fundamental en indoeuropeo para indicar ‘actividad mental’, es decir la raíz *m̥n̥ / m̥ndh* que encontramos por ejemplo en *mnéme* ‘memoria’ (compárese con *Mnemosýne*), o bien, vocalizada y con alargamiento dental, en *máthesis* ‘conocimiento’. Precisamente, a partir del grado alargado de la raíz –vocalizada en *o-*, y con un sufijo que indica género femenino, llegamos a *moûsa* < *month.ja*. De manera que estas divinidades nos retrotraen a la personificación de una fuerza vital imprescindible para el desarrollo de una cultura que no conoce la escritura. Con la memoria, impostada ahora en un homenaje de alta belleza poética, nos volvemos a encontrar con el hilo conductor que recorre nuestro trabajo: la tensión entre oralidad y escritura.

Efectivamente, este Proemio da cuenta, en el momento en que el terreno de la memoria dejaba su lugar al avance de la fijación escrita, de la suprema importancia que revistió en la cultura de base oral, panorama que emergió de diversas secciones del capítulo anterior, por ejemplo el pertinente a la dicción formular (2.2.4.1), o a las críticas que suscitó el modelo del “texto dictado”

(2.2.4.2) –buena parte de las cuales partían de una interpretación errónea de la exacta dimensión de la memoria en el ámbito no alfabetizado–. Precisamente, si tenemos presente el segundo de los “malentendidos” tratados en esa oportunidad –qué se entiende por “improvisar” en la creación poética preliteraria, y cómo se polarizan las figuras del *aidós* y del *rhapsoidós*–, tenemos un apoyo para sistematizar ahora la *función* de la memoria en ese estado, que analíticamente puede subdividirse en un triple uso, como *fin*, como *utilidad* y como *medio*.<sup>11</sup>

En una sociedad que carece de registro escrito el imaginario colectivo no puede almacenarse sino en la memoria de sus poetas, de allí que el *fin* inmediato de tal facultad consista en mantener vivas las *tôn prósthen kléa andrôn heróon*, es decir, ‘los hechos famosos de los héroes de antaño’, hombres y actos envueltos en una saga de cuyo entramado habrán de extraerse los preceptos morales que mantienen unido al cuerpo social.<sup>12</sup> En efecto, si bien

<sup>11</sup> Se organiza la exposición bajo esta clasificación de Notopoulos (1938:468s.).

<sup>12</sup> De hecho, en el pasaje de *Iliada* en cuestión (9, 524-525) Fénix habrá de aducir un ejemplo del pasado para tratar de persuadir a Aquiles de que deponga su cólera. Leemos en Castello (2003:259-260), “[...] la oralidad –en la cual está ausente cualquier apoyatura mnemotécnica visible– es la que fuerza a narrativizar todo enunciado que se quiere conservar. No sólo porque la sucesión de hechos actuados, articulados por un agente –el héroe– parece ser lo más inmediato a la experiencia ingenua del hombre, sino porque además –y fundamentalmente– es el único tipo de discurso que, en su fluir imaginativo, puede dar el marco de inserción a cualquier atisbo de pensamiento abstracto. Una máxima de carácter general saldrá de los labios de un héroe como respuesta a una situación existencial determinada, una clasificación o catálogo aparecerán en medio de la dinámica de una acción concreta –únicos medios por los que podrán ser recordados–. Esta es la razón de la proliferación de sujetos personales o cosas personificadas que obedecen a su ley gramatical: la parataxis. También esta necesidad de memorización explica la peculiar perspectiva con que se inicia una producción épica, *in medias res*: no hay



todo no tiene el mismo interés en ser conservado, es evidente que los patrones de conducta dignos de imitarse por la comunidad deben ser incorporados de generación en generación. Y el material heredado que la memoria transmite a través del canto de sus poetas rebasa la esfera ética: se extiende a las actividades elementales que coadyuvan a la sobrevivencia del grupo. Es así como este saber pre-técnico (medicina, estrategia, pesca, etc.), inserto en una saga narrativa que posibilita su recuerdo, será el horizonte en el que se moverá Platón para imponer una nueva modalidad epistémica, la *téchne*, posibilitada por la escritura, según vimos en **2.3.3.2**. La memoria se constituye entonces en esa “enciclopedia tribal” que ambula de un lugar a otro sostenida en la persona del poeta y que, acompañada de canto y danza enmarca en placer acústico la transmisión del imaginario colectivo: en el orden divino está la hipóstasis de las Musas que nos trae Hesíodo, que saben del pasado, del presente, y del futuro (véase más arriba **III. a.**, con el verso griego incorporado); en el plano humano es el aedo Demódoco, de *Odisea* VIII, quien canta las gestas de Troya con el instrumento musical y con aires de baile.<sup>13</sup>

manera de empezar por el estricto orden cronológico. Solo la difusión de la escritura, ese registro visual externo, desligado de su autor y autónomo, marcará un cambio cualitativo a este primitivo estado de cosas”.

<sup>13</sup> El verso con que Hesíodo describe la actividad habitual de las Musas en *Teog.* 38 es semejante al empleado por Homero al describir la clarividencia del adivino Calcas (*Il.* 1,70), ὄς ἤδη τά τ' ἐόντα τά τ' ἐσσόμενα πρό τ' ἐόντα ‘que conocía tanto lo que es, como lo que iba a ser y lo que había sido’ –con traducción propia para destacar la reiteración de los participios sustantivados del verbo *eimi*, ‘ser’–. La dicción formular, cuya lógica es la preservación del ritmo poético, permitió cambiar la idea inicial (εἰρῶσαι frente a ὄς ἤδη) bajo un mismo esquema métrico (ὄο ὄ). A partir de la cesura la homogeneidad de los versos es total. Véase **2.2.4.1**. En cuanto al sentido de esta línea leemos en González García (1991:149): “Sin las Musas y sin Mnemósine, su madre, no habría conservación del saber dentro de la sociedad griega; su

Con lo dicho en último término estamos ya en la esfera de la clasificación de la memoria como *utilidad*, es decir que el poeta oral, como un técnico de la memoria, preserva lo útil y lo transforma en verso: entonces también lo “no poético” hace su entrada en el poema, y no sólo las capacidades prácticas antes mencionadas, sino también las genealogías, cronologías y leyes. Volveremos sobre esto en 3.2.5. Baste por ahora decir que la función de esta importante facultad interior del hombre en ausencia de registro escrito alguno es fundamental tanto para conservar lo útil como para perpetuar lo inmortal. En cuanto a la memoria como *medio* estamos informados ya en nuestro trabajo. Se trata de la función que desempeña esta facultad en el *proceso mismo de creación poética*, es decir, bajo su doble aspecto de actividad meramente estática o repetitiva, o, por el contrario, fundamentalmente creativa, con el material que le proporciona el fondo tradicional bajo el molde de la dicción formular. Remitimos entonces a lo que dejamos asentado oportunamente cuando nos esforzamos en dejar delineadas en las figuras del rapsoda y del aedo los dos tipos de memoria así caracterizados, recordando que la actividad repetitiva presupone la existencia de un *texto fijo* en apoyo de la *performance*, que reconduce hacia sí las modificaciones que necesariamente se producen en cada actuación, y que no afectan al corpus poético bajo la condición de no ser introducidas como variantes textuales. Lo que conviene agregar aquí, sin embargo, es una observación que ameritaría un tratamiento específico, y que al menos es necesario delinear en su marco general. Se trata de la doctrina de la “inspiración” poética, adjudicada a las Musas, pero que nos es

inspiración, enraizada en el pasado, pero que canta al ser en su permanencia profunda, une constantemente el pasado y el presente con el futuro, contribuyendo así a formar el conocimiento y mantenerlo libre del olvido provocado por el paso del tiempo”.

forzoso articular con lo que llevamos dicho en torno a Mnemósine, su madre, la memoria como facultad y como *técnica* humanas.<sup>14</sup>

Si tomamos uno de los textos fundamentales –y quizá el más importante– en donde se encuentra fundamentada la doctrina, que es el *Ion* de Platón, podemos leer lo siguiente (también aquí acompañamos la presentación de la traducción con referencias al léxico original),

Sóc. — Ya miro, Ion, y es más, intento mostrarte lo que me parece que es. Porque no es una técnica (τέχνη) lo que hay en ti al hablar bien sobre Homero; tal como yo decía hace un momento, una fuerza divina (θεία δύναμις) es la que te mueve, parecida a la que hay en la piedra que Eurípides llamó magnética y la mayoría, heraclea. Por cierto que esta piedra no sólo atrae a los anillos de hierro, sino que mete en ellos una fuerza tal, que pueden hacer lo mismo que la piedra, o sea, atraer otros anillos, de modo que a veces se forma una gran cadena de anillos de hierro que penden unos de otros. A todos ellos les viene la fuerza que los sustenta de aquella piedra. Así, también la Musa misma crea inspirados (ἐνθεοῦς), y por medio de ellos empiezan a encadenarse otros en este entusiasmo (ἐνθουσιαζόντων). De ahí que todos los poetas épicos, los buenos, no es en virtud de una técnica por lo que dicen todos esos bellos poemas, sino porque están endiosados y posesos (ἐνθεοί, κατεχόμενοι). Esto mismo les ocurre a los buenos líricos, e igual que los que caen en el delirio de los Coribantes no están en sus cabales (οὐκ ἔμφρονες) al bailar, así también los poetas líricos hacen sus bellas composiciones no cuando están serenos, sino cuando penetran en las regiones de la armonía y el ritmo poseídos por Baco, y, lo mismo que las bacantes sacan de los ríos, en su arrobamiento, miel y le-

<sup>14</sup> Para lo fundamental de esta temática, “Psicología de la recitación poética”, en Havelock (1994:143-159).

che, cosa que no les ocurre serenas, de la misma manera trabaja el ánimo de los poetas, según lo que ellos mismo dicen.<sup>15</sup>

En este pasaje, bastante significativo, el saber inspirado de los poetas (*entheoús*), obra de una fuerza divina (*theía dýnamis*), es opuesto a ese cuerpo de saber organizado representado por la *téchne*, que versa sobre un conjunto de objetos específicos, limitados precisamente por el dominio de otras *téchnai*.<sup>16</sup> De hecho, el campo léxico de *téchne* en el diálogo aparece como archilexema especificado por diversos dominios, *arithmetiké, iatriké, poietiké*, etc., y en una distribución, además, que asocia este término a los verbos de tipo intelectual: entre otros, *eidénai, epístamai, gignósko* ‘saber, conocer por *téchne*’. Los poetas, en cambio, como sus pares, los Coribantes, cuando entonan sus cantos, no están en sus cabales (*ouk émphrones*). Y si por un lado el poeta es un ser leve, alado y sagrado, en el momento de poetizar no habita en él ya más la inteligencia (*noûs*).<sup>17</sup> Como adelantamos antes, la profundización de la temática de la inspiración nos llevaría a cuestiones más vastas que aquí sólo pueden tener la función de enmarcar el horizonte de nuestro trabajo (por ejemplo la crítica filosófica a la que es sometida la poesía en el libro X de *República* sobre la base del concepto de *mímesis* –y que no es tratada en el *Ion*–, o bien el estatus

<sup>15</sup> Platón, *Ion*, 533 c9 – 534 a8. Traducción de E. Lledó Íñigo (1981).

<sup>16</sup> Justamente la argumentación del personaje Sócrates contra Ion consistirá en extraer la consecuencia de que si el rapsoda fuera “técnico” en Homero (como pretende serlo), también podría recitar exitosamente a los otros poetas (cosa que Ion mismo se encarga de desmentir). Además, la figura del especialista en cada dominio –entre los variados campos de saber que trata Homero– está más capacitado que el rapsoda para apreciar el valor de lo que dice el poeta –sigue en pie el hecho, sin embargo, de que Ion “entusiasma” a su público–.

<sup>17</sup> Platón, *Ion*, 534b 3-6.

de la poesía como *manía poietiké* en el *Fedro*). De todas formas, si avanzamos en este testimonio aislado, vemos cómo frente a este cuerpo de saber organizado representado por la técnica<sup>18</sup> se polariza otro tipo de conocimiento que, dado su carácter inconsciente, no puede provenir de la propia persona del poeta, y debe ser atribuido, por ende, a la divinidad. Es un saber inspirado. E incluso tiene una misteriosa particularidad, que se esboza en el pasaje transcripto y se desarrolla un poco más adelante en el diálogo: como la piedra magnética que infunde una fuerza poderosa en los anillos de hierro, de suerte que éstos atraen a su vez a otros, así la Musa obra con el primer inspirado al impregnarlo de un hálito entusiástico que habrá de transmitir a su turno a otros.<sup>19</sup>

Ahora bien, según anunciamos antes, se nos abre un reparo a la presente doctrina: ¿cómo insertamos lo que sabemos de Mnemósine en este panorama? Concentrándonos en el solo Proemio y en este diálogo aislado, nos resulta difícil encontrar en Hesíodo esa transfiguración espiritual de la que habla Platón. Por otro lado, de las páginas del capítulo anterior, en oportunidad del estudio de la creación poética en el marco de la oralidad, parece desprenderse una escena en la cual los *mecanismos* de la memoria, representados por las fórmulas y el material heredado son lo determinante –y la capacidad psicosomática privilegiada, claro, de un Homero o de un Hesíodo–. Es decir, que el sentido que puede tener una “Invocación a las Musas” en un contexto que *desconoce la escritura*, no puede ser otro que la solicitud de ayuda divina, sí, pero *para mantener en su grado óptimo tanto el virtuosismo verbal y rítmico, como la*

<sup>18</sup> Y que puede por ende ser enseñado, según el tratamiento aristotélico de *Metafísica* A.1.

<sup>19</sup> Así más adelante se nos dirá que en esta cadena o escala de inspirados el primer eslabón es, a la sazón, Homero, luego sigue Ion, y finalmente se encuentran los espectadores, a los que el rapsoda conmueve (*Ion*, 535e 7 -536b 4).

*capacidad mnemotécnica*, de los cuales depende por entero la creación. La situación cambia radicalmente con la injerencia de la escritura. La Musa en este contexto sí puede ser invocada como fuente de inspiración *temática*: el oficio ya no necesita la fuerza extraordinaria de “diez lenguas y diez bocas, voz inquebrantable y un bronceo corazón” (Il. 2, 489-490), como condición para la declamación durante horas de cientos de versos. El papel no nos encadena a su *kairós* como la presión de una audiencia.

En resumen, hemos querido dejar matizada la difundida teoría de la inspiración en su aplicación al menos en lo que al ámbito de la oralidad se refiere. Precisamente el pasaje de Homero que acabamos de citar podría ser un corolario de lo que llevamos dicho, dado que el mismo se halla en el poema precediendo al “Catálogo de las naves”, y la hipérbole en cuestión cobra su pleno sentido al cotejarla con el vasto registro de naves y hombres que el poeta habrá de *cantar* frente a su audiencia a lo largo de casi cuatrocientos versos sin interrupción. En este contexto que inmediatamente antes había solicitado la asistencia de las Musas: ¿para pedir “inspiración” de una lista de onomásticos y topónimos? Antes bien, diríamos, para que las diosas le otorguen, efectivamente, la potencia sobrehumana que su empresa requiere: *hoc opus, hic labor est*.<sup>20</sup>

### 3.2.3. La oposición entre mentira y verdad: la *hypónoia* del *mûthos*

Las Musas le dicen a Hesíodo que saben en ocasiones disimular la verdad, y otras veces, en cambio, proclamarla abiertamente (Pr. II. b.). Descartemos en primer lugar la interpretación que creía ver en estos versos una oposición entre la poesía épica de Homero y el

<sup>20</sup> Virgilio, *Eneida* 6, 129.

presente poema didáctico, dado que lo que llevamos dicho del carácter educador para toda Grecia que representó la saga homérica antes de la aparición de la escritura no se compatibiliza con un mensaje en que “muchas mentiras” (*pseúdea pollá*) puedan tomar el lugar de la verdad (*etýmōisin homoíā*).<sup>21</sup> Se ha pensado también que las Musas estén aludiendo a las diferentes versiones con que el mito se presenta en los diversos poetas, y se trae a cuento la conocida sentencia de Solón (Diehl 21) *πολλὰ ψεύδονται ἀοιδοί* ‘muchas cosas mienten los aedos’, de manera que en esta oportunidad las diosas le estarían revelando a Hesíodo que si bien tienen a su arbitrio los dos tipos de mensajes, esta vez será cuestión de transmitirle la sola verdad.<sup>22</sup> Pero este mensaje, “curiously elliptical”, que en su epifanía las divinidades transmiten al poeta, puede ser objeto de una profundización más, que viene a articularse naturalmente con el curso de nuestro estudio. La referencia a las *pseúdea*, a las cosas que revisten, que encubren la verdad, puede tener otra connotación en boca de las Musas: se trataría de la necesaria carga de ficción con que se transmite, precisamente, la verdad en medio de la saga narrativa en donde se halla montada. Y ya sabemos que no hay otra forma de transferencia conceptual en el puro *continuum* de la oralidad que un mensaje bajo la forma de relato, que necesariamente cuenta con héroes y acciones legendarias. Es decir, que si bien no nos apartamos de la interpretación que ve en esta epifanía revelado el secreto de la creación poética, intentamos, sencillamente, dar el marco de la *necesidad* que rige la tensión entre mentira y verdad en un estadio cultural en que el mensaje tiene que subordi-

<sup>21</sup> “No Greek ever regarded the Homeric epics as substantially fiction” (West:1997:21).

<sup>22</sup> Nuevamente West (*ad loc.*), quien parafrasea así el *dictum* de las Musas: “You have lived your life in ignorance or the truth. But now you shall tell it to men. Admittedly, we sometimes deceive; but when we choose, we can reveal the truth, and we are going to reveal it to you”.

narse a una condición desconocida en la época alfabetizada: la de crear las condiciones para ser memorizado. Este camino abre a su vez nuestra perspectiva a un campo más vasto, que es la *relación del lenguaje* de la oralidad con las realidades denotadas, lenguaje en el cual la palabra tiene un poder omniabarcante, dado que su zona de sentido todavía no ha sufrido la polarización a la que se verá relegada con la aparición del *lógos*. Es decir, como explícitamente le anuncian las diosas a Hesíodo, el tipo de mensaje que le transmiten es un *mûthos* (Pr. II. a.) o “palabra mítica”, que puede darnos una clave interpretativa del elíptico anuncio de las Musas.<sup>23</sup>

El desarrollo del término *lógos* puede dar una idea del campo referencial que fue aglutinando bajo su concepto, de resultados del cual quedó restringido el ámbito de *mûthos*, que cubría prácticamente toda la esfera del “decir” antes del avance del otro elemento léxico. El relevamiento de la obra homérica nos da sólo dos ocurrencias de *lógos* con sentido de ‘palabra’, y ambas en plural (*Il.* 15, 393; *Od.* 1, 56). Como verbo esta misma raíz se realiza en *légo* ‘decir’, con exponentes muchos más frecuentes que el sustantivo: ahora bien, las ocurrencias van desde ‘recoger’ (por ejemplo huesos, en *Il.* 23, 239), pasando por ‘contar’ (por ejemplo focas en *Od.* 4, 452), hasta ‘narrar’, que es la manera con que traducimos la escena en que Odiseo ‘cuenta’ sus males en *Od.* 14, 197, “porque

<sup>23</sup> Al igual que en el apartado anterior se impone la salvedad metodológica: hay una vasta literatura filosófica sobre la relación entre el mito y el *lógos*, mientras que en el presente estudio surge como un apoyo específico a una temática particular. Las obras fundamentales que abrieron el tratamiento contemporáneo de la cuestión son las de Cornford (1912) y Nestle (1942). Es importante el libro de Brisson (1994) y también el Curso de Eggers Lan (1991), que rectifica en algunos puntos al primero, y al que tenemos presente en las líneas que siguen. De todas formas, el tratamiento del *mûthos* volverá a aparecer en estas líneas, en oportunidad del relato mítico sobre el origen de la escritura que leemos en Platón (véase 3.3.1).



contar los padecimientos es algo así como hacer un balance”.<sup>24</sup> Esta articulación, después de todo, que va de ‘recoger’ hasta el sentido intelectual de ‘contar’ (y piénsese en la funcionalidad que llegó a adquirir el sustantivo *lógos*), tiene detrás de sí la fundamentación etimológica: efectivamente, la raíz indoeuropea de que parte el término, \**legh*, arranca con la significación concreta que, por ejemplo, sobrevive en nuestra lengua –a través del latín– en términos como “reco.lectar” o “leg.umbre”, de manera que en la facultad psíquica de la atención –requerida para el juntar o el recoger– estaría el origen de los sentidos abstractos posteriores.<sup>25</sup> A través de los datos lingüísticos, entonces, parece presentarse el siguiente panorama: el de una relación *articulada* de *lógos/légo* con la *realidad* mentada que habría de destinar a este término a ser el representante de la palabra “racional” por excelencia.<sup>26</sup>

Pero este tipo de restricción no existía para *mûthos*, el otro término fundamental para el campo del ‘decir’ en la lengua griega. Lo cual no nos autoriza a pensar que el ámbito de la “realidad” estuviese vagamente delineado antes de la aparición de *lógos*, pero tampoco que con la ampliación referencial de este último término el campo del decir se hubiese polarizado en un decir verdadero (el del *lógos*), frente al decir falso del *mûthos*. El panorama es complejo, como se ve, pero lo cierto es que para el *mûthos* epifánico que nos narra Hesíodo ambos valores veritativos están presentes como potencialidades del discurso (“Sabemos decir muchas mentiras ... y sabemos ... proclamar la verdad”, Pr. II.b.).

<sup>24</sup> Eggers Lan (1991).

<sup>25</sup> De manera que hay que remontar esta raíz hasta los orígenes de la lengua, en la etapa recolectora del pueblo indoeuropeo.

<sup>26</sup> Minar (1939:323ss.), citado por Adrados (1973), hace ver que los sentidos antiguos de *lógos* son los de ‘cómputo’, ‘exposición’, ‘fórmula’, pero no ‘razón’.

Asentemos en primer lugar que *mûthos* no debe interpretarse como *lógos pseudés* ‘palabra falsa’, dado que hay variados pasajes en la obra platónica, por ejemplo, en que diversos “mitos” aparecen al servicio de una verdad y no orientados hacia la falsedad. Baste pensar en *Fedón* 61d, donde asistimos a los momentos previos a la muerte de Sócrates, y le oímos reflexionar ante hecho de tamaña gravedad sobre la necesidad de “ponerse a examinar y relatar mitos” (*diaskopéîn kai mythologéîn*) para quien va a emigrar hacia allá, cosa que sería inconcebible tomar en el sentido de mero fábulas o juego de la imaginación. También el Libro II de *República*, en uno de los pasajes más explícitos al respecto (377-378), en oportunidad de tratarse sobre la educación de los futuros guardianes, se nos anuncia la necesidad de recurrir a *mûthoi* adecuados para alcanzar el fin óptimo “convenceremos a las nodrizas y a las madres de que cuenten a los niños fábulas (*mûthoi*) escogidas y que mediante ellas modelen sus almas, poniendo en la tarea mayor cuidado que el que ponen en formar sus cuerpos con ayuda de las manos” (377c) –más adelante, al introducir el concepto de *hypónoia*, encontraremos la vía que estamos buscando en nuestras indagaciones–. Agreguemos por el momento el testimonio del Aristóteles de *Poética*: se concede allí que el mito halla su lugar natural en el *poietés*, y éste se llevará las palmas frente al historiador, dado que entre este último y el poeta “la diferencia reside en que el uno dice lo que ha acontecido, el otro lo que podría acontecer. Por eso la poesía es más filosófica y mejor que la historia, pues la poesía dice más lo universal, mientras que la historia es sobre lo particular (capítulo 9, 1451b)”.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Por supuesto que tomamos los casos de polarización para hacer más evidente la contraposición, pero un estudio pormenorizado nos llevaría a encontrar contextos en que *lógos* hace las veces de término neutro, o bien en que *mûthos* es sentido, efectivamente, como una ficción carente de sentido. Pero nos in-

Los testimonios, según se ha visto, problematizan la cuestión, sobre todo si bajo esta luz volvemos a Hesíodo y reparamos ahora que efectivamente estos datos nos han ilustrado la existencia de *mûthoi verdaderos*, de manera que las diosas, en el propio ámbito del decir mítico, podían con todo derecho alegar la existencia de ambos valores de verdad para su relato.

Pero si por un lado abandonamos el criterio epistémico para deslindar el mito del *lógos*, por otro queda aún pendiente encontrar el parámetro que nos permita separar ambos tipos de discursos, cuya diferencia, al menos en sus grandes rasgos, es intuitivamente percibida tanto por nosotros como por un griego de la antigüedad.

A poca distancia del pasaje de *República* que hemos citado, en que está en juego la importante misión de la educación de los guardianes, se les impone a los poetas la obligación de evitar los relatos que no se encuadren dentro de lo estipulado, y evitar por ende, entre otras narraciones reprochables que allí se mencionan, las teomaquias inventadas por Homero, “construidas con *hypónoiai* o sin *hypónoiai*”. Y después se agrega que el motivo es que “el joven no es capaz de juzgar lo que es *hypónoia* y lo que no” (*Rep.* 377d). Es decir que habría mitos –como se dijo antes en el diálogo– cuya *hypónoia* para los fines educativos sería evidente, cosa que no ocurriría con la crudeza de las narraciones homéricas, que a veces, según parece decirnos Platón, carecen de *hypónoia*, y otras, en que la *hypónoia*, si bien se encuentra presente, no es fácil para el joven saber desentrañarla (la dificultad es resuelta por Platón, sabemos, quitando del dominio de la poesía la interpretación de la *hypónoia* e instalándola en el discurso de la naciente filosofía).

clinamos por considerar estas ocurrencias como hechos secundarios frente a la polarización originaria.

En esta ‘inteligencia’ (*noûs*) que ‘subyace’ (*hypó*) al mito, en este ‘sentido subyacente u oculto’ entonces está una posible vía, a nuestro criterio, de encontrar la explicación de una “verdad –oculta–” a la “apariciencia de mentira”, según revelaron las Musas de Hesíodo.

Es decir que el mito, con sus ingredientes de belleza y subordinación al lenguaje *oral* del que parte, participa como éste de la *variedad* y de un menor grado de *verificabilidad* que el naciente *lógos* se esforzará por alcanzar, pero de ninguna manera la verdad está ausente en todos ellos –como la *falsedad* puede estar presente también en el *lógos*–. El mito puede ser eso, nada más que mito –en el sentido que llegó a adquirir en los casos más extremos de su polarización con *lógos*–, pero en otros, y para el que sabe desentrañar su *hypónoia*– nos habla de profundos sentidos que van más allá de los límites que una estructura conceptual *relacionante, estructurante* –que es la propia del *lógos*– puede alcanzar. En síntesis, la *hypónoia* del mito es reacia a subordinarse a la experiencia verificable.<sup>28</sup> Las Musas tenían razón: ahí está la impresionante visión de *Teogonía* para certificarlo –más allá de las desconcertantes y abigarradas genealogías–, como en nuestro Occidente la *Divina Comedia*, montada en el mito de la escatología medieval, nos abre el misterio de la vida trascendente latente en las profundidades de su *hypónoia*.

<sup>28</sup> Pieper (1984: *passim*). En esta línea debemos interpretar el carácter de *eikòs mûthos*, de ‘discurso verídico’, con que es autoglosado el relato cosmológico del *Timeo* (28d 2), o bien la manifiesta imposibilidad de un discurso verdadero por parte del hombre en torno a las cosas superiores, según declara Sócrates en el *Fedro*, antes de comenzar la exposición del mito del carro alado (246a). Como se ve, la problemática epistémica arranca del seno mismo de la oralidad: más adelante adquirirá una nueva complejidad cuando el “soporte transpuesto” de la escritura haga su aparición (para el soporte gráfico recuérdese 2.3.3.2 y para los “límites de la comunicabilidad” véase 3.3.3).

### 3.2.4. La conciencia de la profesión poética

Al hacernos conocer su nombre y las circunstancias concretas en que va a componer su obra, Hesíodo se independiza de la corporación de los aedos tradicionales, y pierde el anonimato.<sup>29</sup> Desde el punto de vista literario, esta introducción del nombre propio al principio de la obra, como una especie de sello (σφραγίς), será un hábito que tendrá amplia continuidad en la lírica posterior –y el *sphragís* acabará por desplazarse al final del escrito–. Esta presencia del “yo” poético es un claro índice de esa tradición no épica antes mencionada que sirvió de fuente a Hesíodo, que también se manifiesta en la función del Proemio todo como un adelanto de lo que se desarrollará después (el cuerpo de lo narrado en *Teogonía*). Nuestro interés sin embargo está enmarcado en interpretar este explícito enunciador del poema como una conciencia poética que afirma públicamente el valor de su profesión.<sup>30</sup> Por ello se vale el

<sup>29</sup> “Ellas –las Musas– precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto” (Pr. II.a). El poeta vuelve a dirigirse a las divinidades al final del Pr. (VI) “¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto”. En otra parte es claro que detrás de la corporación de los cantores profesionales está el propio Hesíodo (Pr. V. d.e).

<sup>30</sup> Del *sphragís* en los líricos recordemos a Alcman (PMG 39), o el final del epinicio 3 de Baquílides (en donde el poeta se denomina a sí mismo “poeta de lengua de miel” y “ruiseñor de Ceos”), y también a Teognis, que abre la tradición de agregar además del “sello” el nombre de la persona amada. Pero nuestro Proemio cuenta con otro elemento fundamental que delata su inclusión en la tradición lírica: su estructura composicional, que implica dos poemas líricos originarios que se han fusionado (cuyos temas eran las Musas del Helicón –I.a– y las Olímpicas –III.a.–), y ambos, como totalidad, hacen la veces de un prólogo para la cosmogonía-teología que viene después. A su vez, en cada una de estas secciones es posible encontrar una estructura ternaria con marcada simetría entre una y otra. Para completar este panorama véase Adrados (2001b). También Homero nos ofrece alusiones a lo lírico, por ejemplo en el peán –himno a Apolo– de *Il.* 1,472, o la escena del escudo de Aquiles (*Il.* 18, 495) en que vemos a jóvenes danzando al son de ἀυλοὶ φόρμιγγες

poeta de la fuerza o entidad protectora de la poesía en el contexto de la oralidad que pretende evocar, las Musas, hijas de esa Memoria en cuya evocación y registro se conservaba el imaginario tribal desde el surgimiento de la cultura.<sup>31</sup>

Las Musas aparecen como inspiradoras del poema concreto que va a ser cantado: un *mûthos* acerca de los dioses, pero también como representantes de la poesía oral en general, y de allí la pintura de su nacimiento, prerrogativas y funciones en el Proemio. Es decir que a la primera perspectiva pertenecen tanto los “catálogos” que aparecen en el Proemio anunciando las genealogías que luego hallarán detenido análisis en el cuerpo de la obra, como la epifanía por medio de la cual le encomiendan a Hesíodo la narración.<sup>32</sup> La

τε, o cuando el propio héroe es descrito en la tienda entreteniéndose con el canto que acompaña con su φόρμιγξ (*Il.* 9,186). El treno –canto fúnebre– se encuentra en las respectivas monodias de Andrómaca, Hécuba y Helena por la muerte de Héctor (*Il.* 24,720ss.). Incluso los cantos que acompañan el trabajo –otra fuente de lo lírico– están reflejados en la descripción de Calipso y Circe aplicadas al telar en *Od.* 5,61-62 y 10,221-223, respectivamente. En cuanto a la poesía épica, con el aedo como imagen especular del propio Homero, nos es dada a conocer por la figura de Demódoco (*Od.* 8, 43; 12, 27): agreguemos la del otro cantor que aparece en los poemas, Femio –el aedo de Ítaca–, según es retratado en *Od.* 1, 325; 16, 252 y 22, 133. Para todo esto Lesky (1976:131-180) y Adrados (1981:17-39).

<sup>31</sup> “El relato épico hacía las veces de un acta documental de una cultura, pero puede afirmarse que es Hesíodo quien primero se percata de ello, y que su descubrimiento lo empujó a reflexionar sobre cuál era en realidad el papel del poeta” (Havelock [1994:103]).

<sup>32</sup> Hay breves “catálogos” en Pr. **I.b.** (“inverso” éste, dado que se comienza, contrariamente a *Teogonía* por Zeus), **III.b.** (donde se parte, acorde con *Teogonía* 126ss., de Gea y Urano, para inmediatamente llegar a Zeus) y **VI** (también se comienza por Tierra y Cielo). La explicación más plausible de las inconsecuencias del Proemio con el tratamiento en el interior de la obra sea la que toma en cuenta la índole del material heredado con el que trabaja Hesíodo. Véase Pérez Jiménez (1990, *ad loc.*).

otra perspectiva, que ve en las diosas la hipóstasis de la creación oral, revela la conciencia del poeta sobre la dinámica de la sociedad iletrada, apoyada en el registro de las Musas.

En el Helicón el canto (*aoidén*) transmitido por las divinidades tiene un *mûthos*, por lo demás, verdadero: celebrar el tiempo futuro como el pasado, y alabar con himnos la estirpe de los dioses. Tal es la magna tarea que se le encomienda al poeta (Pr. II. a.b.c). Inmediatamente el escenario cambia,<sup>33</sup> y ahora, en la misma atmósfera de voces musicales que regocijan (*térpousin*) el corazón de Zeus, es el Olimpo el que presencia a las propias Musas alabando con su canto (*aoidêi*) el linaje divino desde su origen, en una narración que abarca todas las dimensiones del tiempo, porque al futuro y al pasado se ha añadido el tiempo presente (Pr. III. a.b.). El aedo Hesíodo es el encargado de llevar a cabo la alta misión que las Musas cumplen en el Olimpo. Hesíodo, desde el Helicón, cantará a los hombres lo que las diosas en el Olimpo narran a Zeus. El aedo es el representante mortal del canto inmortal. Esta indistinción del plano divino y del humano se extiende a otros versos significativos, en donde hay una nueva especificación del contenido del canto de las Musas, y en donde la ambigüedad sintáctica coadyuva a la indistinción del efectivo plano denotado. En efecto, en el original griego leemos (vv. 66-67, ed. West),

μέλπονται, πάντων τε νόμους καὶ ἦθεα κεδνά  
ἀθανάτων κλείουσιν, [...]

<sup>33</sup> La transición se da a través de un verso de significado oscuro (35): “Mas, ¿a qué me detengo con esto en torno a la encina a la roca”, pero posiblemente esta expresión proverbial aluda precisamente a la diferencia cualitativa del nuevo escenario que se habrá de presentar. En Pérez Jiménez (1990: *ad loc.*) hay un exhaustivo relevamiento de las interpretaciones.

En la versión que hemos tomado como base así son traducidos estos versos,

cantan y celebran las normas y sabias costumbres de todos los inmortales. (Pr. V.a.)

en la cual, como se ve, se ha procedido tanto a integrar los dos genitivos plurales (*pánton* y *athanáton* = ‘todos los inmortales’), como a aglutinar en un único concepto a los dos objetos (*nómous* y *éthea kedná* = ‘normas y sabias costumbres’); por otro lado se ha prescindido de la pausa colocada por el editor del texto griego, y también se han aproximado los verbos, llegando así a la traducción asentada. Pero es posible otra interpretación, en la que cada genitivo especifique por separado a cada uno de los núcleos en cuestión: ‘las normas de todos y las sabias costumbres de los inmortales’, lo que permitiría ya la coexistencia del mundo humano y el plano divino. Si incluso damos un paso más, y hacemos que cada verbo seleccione independientemente cada complemento tendríamos lo siguiente: ‘cantan las normas de todos y celebran las sabias costumbres de los inmortales’, donde los sendos ámbitos están claramente delineados, pero al ser presentados en común en el canto, bien puede el plano superior ser el paradigma del mundo que está debajo. En Havelock encontramos un apoyo a esta interpretación,<sup>34</sup> pero creemos que con lo que llevamos di-

<sup>34</sup> Vertimos la traducción del texto griego que está en Havelock (1994:72), sobre la base de la versión castellana que manejamos: “Según la interpretación más probable, el poeta inició este verso con una afirmación de carácter general: ‘cantan las normas y sabias costumbres de todos’, para añadir luego un segundo verso, por asociación con el primero: ‘incluso de los inmortales celebran [esos usos]’. La solución significa, en efecto, que en la mente de Hesíodo no había distinción rígida entre las costumbres de los dioses y las de los hombres”.



cho puede aceptarse que en la intención del poeta el ámbito denotado es de incumbencia tanto divina como humana. Incluso hay otros datos de importancia para esta posición.

*Nómos* y *êthos* acompañan desde los testimonios más tempranos la forma de mentar los griegos relaciones esenciales de la convivencia social, de manera que llegaron a polarizarse en las nociones de los que podríamos denominar “derecho público o político” por un lado, y “derecho privado o familiar” por otro. En efecto, no olvidemos que *êthos* llega a proporcionar la base lingüística de la acuñación aristotélica del término “ética” –a partir de un sentido de pauta de comportamiento personal, o incluso de carácter–, y que *nómos* es la palabra fundamental para denotar la norma estatutaria, pero a partir de un origen, como el contexto de Hesíodo claramente lo muestra, en que representaba el uso impuesto por la promulgación oral.<sup>35</sup>

Así nos ha ilustrado Hesíodo el ámbito del *mûthos* narrado por los poetas, que abarca tanto la genealogía de los dioses como el nacimiento del mundo, pero también son materia de su canto las leyes y normas que regulan la vida de los hombres. Bien amerita tamaña conciencia poética el sello de su nombre (*sphragís*) para la posteridad. Como leeremos a continuación nuestro poeta afianza su papel fundamental en la preservación de la memoria colectiva –proyectándose en la descripción de la corporación de los aedos– en una sintética pintura que llega ahora hasta la pala-

<sup>35</sup> Es conocida la polarización de *nómos* frente a *Dike* en la *Antígona* (450-451) de Sófocles: “porque no fueron *Dike* ni Zeus los que lo proclamaron” (se refiere al edicto –injusto– de Creonte). Aunque debe notarse que la protagonista defiende a continuación su posición sobre la base de las leyes –no escritas– de los dioses, a las que llama –*ágrapta*– *nómima*, valiéndose de un derivado, como se ve, de *nómos*. En realidad Creonte, antes bien que al *nómos* representa en la tragedia al *kérygma*, es decir, al edicto.

bra rítmica del día a día de la actividad gubernamental y la relación, precisamente, del poeta con el gobernante.

### 3.2.5. La preservación de la palabra cotidiana. Reyes y aedos

La *Teogonía* es un vasto poema que da cuenta del horizonte cósmico y teológico sedimentado por una larga tradición entre los griegos. Además de la voz manifiesta de su autor en el Proemio, esta composición delata una concepción nueva de la poesía, según la cual el mensaje que se desea transmitir ya no deberá ser extraído, deducido de las peripecias de la saga narrativa, sino que la intención será presentarlo, exponerlo, diríamos, antes bien que narrativizarlo. Pero no todo lo que es necesario preservar, sin embargo, para el normal funcionamiento de una sociedad que no guarda ningún tipo de registro escrito amerita entrar en la gran tradición varias veces secular. Ni en la teológica-cosmogónica, ni en la épica, que preserva los *kléa andrôn*, las gestas famosas, a las que antes aludimos, y cuyo ejemplo paradigmático son los poemas mayores de Homero. Hay un sinnúmero de directrices, de decisiones, de resoluciones jurídicas cuya preservación también le es encomendada a la memoria rítmica, no sólo por la posibilidad de una perduración mayor, sino por la utilidad sobreañadida del encanto musical del verso, instrumento de persuasión cuando el caso lo requiere. Es así que en este ámbito se presenta un nuevo representante de las Musas en la tierra: si la voz de la historia y de la tradición sigue encarnándose en el poeta, en el ámbito de la dinámica cotidiana del hacer político se hace necesaria la dicción métrica también para el rey.

La pintura de este estado de cosas arranca en nuestro Proemio después de la enumeración de cada una de las Musas (V.c), y al llegar el turno de la última, Calíope, 'La de bella voz', habremos de saber que es la que tiene a cargo la asistencia de los reyes. En efecto, sólo aquella 'cuya voz resuena agradablemente', y la más próxima

por ende al arte verbal formular, será la destinada a tener bajo su resguardo el cuidado de las sentencias y edictos del gobernante.<sup>36</sup> Viene a continuación (V.d) el núcleo de la descripción, dedicado a dejar asentado *que el dominio del arte métrico es esencial para un rey*, porque las melífluas palabras (*épea meilicha*) que le vienen de Calíope como un don son la condición de que atraiga todas las miradas en el momento de interpretar ‘las leyes divinas con rectas sentencias’ – otra vez la indistinción de ambas esferas en el universo mítico–. Es decir que en este caso puntual pintado por el poeta debemos deducir que la perdurabilidad de la sentencia dictada por el rey *dependía de la capacidad de ser retenida en la memoria del pueblo*, dada la inexistencia de cualquier otro tipo de registro gráfico. Pero no solo está en juego la capacidad de conservación de los dichos emanados de la autoridad del rey: los actos de reparación son tanto más efectivos cuanto más se efectivicen través de ‘complacientes palabras’ (*malkoî-si epéessin*), añadiendo de esta forma al poder objetivo del gobernante la siempre deseable persuasión, que facilita la labor del poder y despierta el dulce respeto del vulgo, que se lo tributa ‘como a un dios’. No podemos dejar de traer a colación la conocida escena del escudo de Aquiles en que dos litigantes son presentados defendiendo su caso ante los asesores, que luego dictan sentencia: la ilustra-

<sup>36</sup> El significado de los nombres de las restantes Musas es el siguiente: *Clío* ‘La que da fama’, *Polimnia* ‘La de variados himnos’, *Urania* ‘La celestial’, *Euterpe* ‘La muy encantadora’, *Talía* ‘La festiva’, *Érato* ‘La deliciosa’, *Melpómene* ‘La que canta’, *Terpsícore* ‘La que ama el baile’. Si interpretáramos cada uno de estos nombres como mentando diversos aspectos del hecho poético en la oralidad, diríamos que los tres primeros simbolizarían los temas (gestas de héroes, dioses y, quizá por extensión, divinización del propio poeta); los tres siguientes los efectos que despierta el poeta en su audiencia (encanto, alegría, placer); los dos restantes están ligados a la *performance*: canto y danza que acompañan la actuación.

ción se adecua perfectamente a la pintura que nos trae el Proemio.<sup>37</sup> El contexto que describe Homero es el mismo que el de Hesíodo, es decir, no hay tecnología alguna que sostenga la comunicación, de allí la estrecha asociación que como *necesidad* debe coexistir entre arte verbal y ejercicio del poder: la educación de un héroe como Aquiles se asienta en su extraordinaria fuerza física y valentía, pero a la par que “un ejecutor de hazañas” también se ha convertido en un “orador de discursos”, según nos lo presenta la saga homérica.<sup>38</sup> Es evidente entonces que desde las decisiones más importantes hasta las transacciones cotidianas que hubiera interés en conservar, en esta “Edad oscura” del momento cultural de Grecia y ante la sola memoria de los hombres como registro de la comunicación, el tipo de palabra rítmica, es decir el verso con su capacidad mnemotécnica, es la única garantía de conservación.

En la segunda parte que cierra la descripción (V.e) la figura del rey, que en nada parecía distinguirse de la del poeta, es aquí deslindada. Es una especie “de visión bifocal”.<sup>39</sup> En efecto, según la traducción oportunamente asentada, leemos,

De las Musas y del flechador Apolo descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra; y de Zeus, los reyes. ¡Dichoso aquel de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca (γλυκερὴ ἀυδίη).

En primer lugar hay una clara articulación con lo consagrado por la tradición: de Zeus viene el poder, y por lo tanto de su estirpe proceden los reyes; el dominio de los poetas recae sobre las

<sup>37</sup> Il. 18, 497ss.

<sup>38</sup> Il. 9, 443. En cuanto a la familiaridad del héroe con las Musas hemos aludido a ello en nota 30.

<sup>39</sup> Havelock (1994:111).

palabras, por ende descienden de las Musas y Apolo. De manera que un rey, según estos versos, *no es necesariamente un poeta*, como parecería haber sido establecido antes. Es decir, habría gobernantes que *no* dominan el arte verbal, que no son vistos, diríamos, por las Musas al nacer (V.d), que no tienen, en fin, el talento *innato* sobre el cual es necesario apoyar la educación poética. La *glykerè audé*, entonces, es un don que queda al arbitrio de las Musas, según ‘se prendan’ o no de él, según leemos arriba.

De todas formas, es posible justificar ambas descripciones. De la coexistencia de los dos poderes, explícitamente tratados juntos, podemos colegir la *colaboración del poeta* con las labores del gobernante: cuando la capacidad verbal del rey, en la elaboración de edictos o la proclama de sentencias, no llegara a encontrar la fórmula de su perduración en la memoria de sus súbditos, recurriría al poeta. De hecho, si Calíope ‘asiste a los venerables reyes’ (V.c), bien puede dar a entender esta simbólica expresión que detrás de la figura de un rey puede haber un poeta atento a reformular en verso las decisiones emanadas prosaicamente en el ejercicio del poder.

El Proemio de *Teogonía* nos ha ofrecido desde esta perspectiva un importante documento sobre la vida en la comunidad griega iletrada de la “Edad oscura”. También aquí, como en los ítems anteriores de este subcapítulo, se despliega toda la eficacia de la palabra viva, generando desde sí misma su propia técnica de conservación, que es la métrica formular, ante la todavía no invención del registro escrito. Pero este recurso cuenta con una condición de posibilidad, al cual responde precisamente este tipo de técnica y no otro: la memoria humana y su receptividad mnemotécnica.

### 3.3. ΥΠÓΜΝΗΣΙΣ

#### 3.3.1. El mito sobre el origen de la escritura

Así como el análisis del Proemio de *Teogonía* en el subcapítulo anterior nos permitió estudiar el despliegue de la memoria en todos los ámbitos en que era menester la preservación de la palabra viva, en el pequeño relato que será expuesto a continuación se nos presentará el enfrentamiento del imaginario de la cultura oral ante la irrupción de la invención de la escritura, impostado míticamente y según el genio inventivo de un pensador de la ya avanzada sociedad alfabetizada. En efecto, todavía en las primeras décadas del siglo IV a.C. –época de composición del *Fedro*– la sociedad griega conservaba en sus instituciones la base oral suficiente como para sufrir la tensión que el mito gráficamente describe, y de allí que la analogía sorprendente entre este relato y algunas secciones de un discurso casi coetáneo, el de Alcídamente de Elea, nos imponga el cotejo con este autor, cuyo análisis en detalle habremos de diferir para el subcapítulo siguiente –y que representará en nuestro tránsito teórico el canto de cisne de la tradición oral–.

Si la reflexión llevada a cabo sobre la *mnème*, la memoria espontánea, abría a la consideración del arte verbal rítmico y formular como posibilidad mnemotécnica de almacenamiento, y en la cual la implicación del sujeto iba de suyo en cada acto de evocación, con el advenimiento del nuevo registro de la palabra, por medio de signos externos y con un enunciador ausente, la *mnème* correrá el peligro de echarse a perder, su propia actividad espontánea se verá comprometida en la dependencia de esas configuraciones objetivas y verá su poder de facultad auténtica degradado a mera *hypómnesis*, a simple recordatorio, ayuda-memoria que podría usurparle su lugar. Así parece alertarnos Platón a través de la *hypónoia* de este mito, a cuyo análisis nos abocaremos a continuación (3.3.2).

Pero paralelamente una cuestión paradójica se abre en este recorrido, la de que una crítica al alfabeto se presenta bajo una forma, precisamente, *escrita*. Y si bien es cierto que la forma literaria es la del diálogo, con personajes ofreciendo sus propias palabras ante el lector y sin espacio para la narración, este hecho no nos exime sin embargo de tratar de desentrañar la exacta dimensión de una crítica de tal naturaleza. Se abre entonces la posibilidad de que los textos con que hoy contamos no reflejen el pensamiento más auténtico de Platón, que sería reticente a dejar el núcleo de su enseñanza librado a la circulación literaria, y que entre el círculo de sus discípulos se encuentre la verdadera clave de su doctrina. Se trata del problemático campo de las conocidas como “doctrinas no escritas” de Platón, que será sucintamente delineado en el trabajo (3.3.2).

La última de las cuestiones que se tratará, entre las múltiples connotaciones ligadas a este pequeño mito con cuyos ecos se cierra el *Fedro* de Platón, es una interpretación que pretende rebasar la consensuada opinión de que en el diálogo entre los dos personajes legendarios quedaría asentado el privilegio otorgado a la palabra viva en desmedro de la escritura. En realidad, cuando del saber auténtico se trata, no sólo la palabra escrita, sino el lenguaje en general es alcanzado por la crítica. Más allá de la transmisión verbal aseverativa o proposicional, hay un saber de uso o experiencia que marca el “límite de la comunicabilidad” (3.3.3).

La complejidad del pensamiento platónico nos obligará no obstante a digresiones necesarias implicadas en estas temáticas, por ejemplo una aproximación a la elucidación del estatuto de la *phoné* en la búsqueda del auténtico saber, en cuyo tratamiento la oposición entre la voz viva y la letra muerta es resignificada por su pertinencia o no de alcanzar el alma del sujeto. También la extraordinaria circulación de ideas de este momento cultural de Grecia forzará a adelantar la presencia de Alcídamente, que com-

parte con Platón otro juicio común con respecto a la escritura, en tanto exponente del pensamiento técnico: el usuario idóneo de una *téchne* –es decir, aquel que sabe ejercerla de un modo óptimo– está más autorizado que el propio productor de la invención para juzgar sobre su utilidad, y para estos fines cada uno de los autores impostará en sendos mitos este interés común cuya vigencia llega hasta nuestro propio presente.

Si vamos finalmente al mito propiamente dicho con que Platón nos presenta el origen de la escritura, y que se halla al final del *Fedro* (274c5–276a9), vemos que aparece como corolario de una larga discusión sobre el arte oratoria que ha ocupado la segunda parte del diálogo, abierta a su vez por otro mito, el de las cigarras. Sin embargo resta una última cuestión: ¿debemos o no reprochar a Lisias que redacte sus discursos? ¿Escribir es bueno o malo? ¿Qué vale la escritura? La escena, impostada en un pasado legendario, ofrecerá algunos elementos de respuesta, en cuya senda se cerrará la obra.<sup>40</sup>

Más allá de la importancia que el marco general del presente diálogo pueda guardar para el análisis específico que nos ocupa, el motivo de la sucinta síntesis temática que a continuación se presenta también toma en cuenta que la reflexión sobre el arte de la palabra volverá a aparecer en la propuesta retórica de la última parte de nuestro estudio:

El *Fedro* se abre con un prólogo en que se presenta el encuentro de los dos personajes de la obra, y que concluye con el célebre ‘locus amoenus’ a orillas del Iliso, cuya frescura enmarcará toda la conversación posterior. Es aquí donde Fedro dará comienzo a la lectura del discurso de Lisias, que efectivamente guardaba bajo su manto, y que fingió tenerlo registrado so-

<sup>40</sup> Drez (1993:158).



lo de memoria, en el momento en que hacía su alabanza frente a Sócrates. Descubierta al fin, y después de unos melindres, comienza la lectura del texto del famoso orador por boca de su joven admirador (230e-234b), que parece contagiado del estilo brillante del escrito, en donde se reiteran las razones para defender una tesis central: que para el amado es más provechosa la relación con un no enamorado que con uno que lo esté. Inspirado por éste viene el primer discurso de Sócrates (237a-241d), el cual, según la tradición hermenéutica dominante, adheriría en general a la tesis de Lisias, para después, solo en el momento de su segundo discurso (243e-257b), dejar bien claro su posición contraria.<sup>41</sup>

Lo que podríamos denominar la segunda parte del *Fedro*, algo menos de la mitad del diálogo (257b-279c), es la conversación que tienen los dos personajes con posterioridad al segundo gran discurso de Sócrates (aquel del célebre mito del carro alado con su auriga al frente). El tema excluyente es el de la *téchne rethoriké*. Frente a la retórica tradicional vemos alzarse el proyecto socrático, el de una retórica filosófica, fundada sobre la dialéctica.<sup>42</sup> Este método heurístico, destinado a determinar y clasificar los elementos que intervienen en la definición del objeto del cual se va a tratar, es puesto a prueba, precisamente, sobre el discurso de Lisias. En la perspectiva abierta ya por los dos contradiscursos socráticos, resultan evidentes sus falencias “no arranca desde el principio, sino desde el final, y atraviesa el discurso como un nadador que nadara de

<sup>41</sup> En un trabajo inédito que nos pertenece (Castello:2004), sosteníamos, sobre la base la teoría de la Interacción argumentativa (Plantin:1998), que también el primer discurso puede ser tomado como un “contradiscurso”, pero revestido de una serie de alusiones, de velos, que han obrado en contra de su clara inteligibilidad hermenéutica.

<sup>42</sup> Como así también “sur la cosmologie, qui permet de savoir à quoi s’en tenir sur l’âme humaine, résidu de l’âme du monde qui meut le corps du monde en son entier et le corps celestes”. Véase Brisson (1989:53).

espaldas y hacia atrás, y empieza por aquello que el amante diría al amado, cuando ya está acabando [...] ¿y qué decir del resto? ¿Te parece que, por alguna razón, lo que va en segundo lugar tenga que ir ahí, y no alguna cosa de las que se dicen? Porque a mí me parece, ignorante como soy, que el escritor iba diciendo lo que buenamente se le ocurría". Después viene la conocida conclusión, lugar común de los *réthores*: "Pero creo que me concederás que todo discurso debe estar compuesto como un organismo vivo, de forma que no sea acéfalo, ni le falten los pies, sino que tenga medio y extremos, y que al escribirlo, se combinen las partes entre sí y con el todo (264a-c)".<sup>43</sup>

Como se ve, parece natural que esta problemática de la palabra viva nos lleve luego a la de su fijación escrita, habida cuenta de que fue una *lectura* la que abrió el diálogo: pues bien, una reflexión sobre la escritura habrá de cerrarlo.

Sócrates comienza su relato enmarcándolo en un tiempo legendario y en un lugar distante, y dejando claro antes que lo ha recibido por tradición oral: son los caracteres típicos del mito:

SÓC. — Pues bien, oí que había por Náucratis, en Egipto, uno de los antiguos dioses del lugar al que, por cierto, está consagrado el pájaro que llaman Ibis. El nombre de aquella divinidad era el de Teut. (274c5 ss.).<sup>44</sup>

Es decir que hay un evidente contraste entre el escenario de la conversación tan gráficamente descrito de que hace gala el *Fedro*, y la vaguedad temporal del relato en boca de Sócrates. Estas

<sup>43</sup> Recuérdese la nota 4 del capítulo 2.

<sup>44</sup> Para mayor claridad en un apéndice al final del presente ítem se encuentra la traducción completa del relato, ilustrada, como es habitual, con los términos griegos más significativos, que en el análisis aparecen transliterados.

características terminan de enraizar en el acerbo mitológico tradicional, cuando poco después aparece el otro personaje, también de índole divina, el rey-dios Tamus.<sup>45</sup>

Ahora bien, Teut es presentado como autor de diversas artes (*téchnas*), entre ellas las letras (*grámmata*), y la escena del mito se concentra en el diálogo que mantiene con Tamus en torno a la conveniencia de difundir tal invención entre los egipcios. El creador de la escritura así defiende su invención:

Este conocimiento (*máthema*), oh rey, hará más sabios (*sophotérous*) a los egipcios y más memoriosos (*mnemonikotérous*), pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría (*mnémes te gàr sophías phármakon*). (274e)

Según se ve, en el alegato del dios local no se cuestiona la memoria como fuente del saber, por el contrario, podría pensarse en una endíadis en que *mnéme* y *sophía* forman un único concepto, con la particularidad de que la primera tendría la posibilidad de ser potenciada, como por obra de un fármaco, con el presente conocimiento.

<sup>45</sup> Sobre el tema de la escena del *Fedro* y sus rasgos estilísticos, véase Ferrari (1987). Por otro lado, las características del mito pueden documentarse en los siguientes acápites, que corresponden al libro de Brisson (1994:17-105): "1. Information", "2. Moyens de transmission", "3. Fabrication", "4. Narration", "5. Reception", "6. Imitation", "7. Persuasion". No obstante obsérvese que los caracteres del anonimato o de la impostación en un tiempo remoto no tienen carácter general: sabemos que el mito *escrito* nos ha llegado por un *poietés* con nombre propio en Grecia –para el caso, el que estamos tratando, posiblemente de puro cuño platónico–, y que *Los Persas*, de Esquilo, por ejemplo, de clara estructura mítica, alude sin embargo a un suceso histórico contemporáneo del autor. De forma que en el complejo concepto de mito el núcleo invariante parecería ser la estructura discursiva, según lo asentado en 3.2.3.

La respuesta del rey de los dioses se abre con una interpelación, τεχνικώτατε ‘artificiosísimo’, nueva evocación de la *téchne* en el contexto de la escritura –que, por otra parte, es *máthema* ‘conocimiento’–: clara intuición de la “razón gráfica” a la que oportunamente hicimos alusión.<sup>46</sup> Sin embargo, en el parecer de Tamus, el dios subordinado prodiga bondades contrarias a las que realmente el invento tiene (en virtud de su carácter de progenitor: ‘padre que eres de las letras’):

Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan (*tôn mathónton léthen*), al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera (*éxothern*), a través de caracteres ajenos (*hyp’ allotrion týpon*) no desde dentro (*éndothern*), desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio (*hypómneseos*). (275a)

Se abre así la dialéctica del “afuera” y del “adentro”: la palabra viva, en el asilo de la interioridad del alma, se vería amenazada por los *týpon* externos, caracteres ajenos que son degradados a simple evocación de la memoria, *hypómnesis*, lejos de ser el *phármakon* que Teut imaginaba. Es decir que se producirían dos especies de violencia, por así decirlo, la primera es que la *mnème* se transmutaría en su antípoda, el olvido (*léthe*), y la segunda, es que en la interpretación de Tamus la escritura deja de ser un ‘remedio’ para representar un ‘veneno’ de la memoria, y en esta última metamorfosis la propia lengua griega abre el camino, sobre la base de la ambivalencia del término *phármakon*.<sup>47</sup> De manera que

<sup>46</sup> Véase 2.3.2.2 del capítulo anterior.

<sup>47</sup> “*Phármakon* –de donde vine “farmacia”– resulta un veneno, como el bebido por Sócrates en el relato del *Fedón*, que en pequeñas dosis es altamente curativo y purificador” (Pinkler, 1993:81).

el efecto de saber producido por esta impronta externa también será jerárquicamente inferior,

Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos (*toîs mathetaîs dóxan*), que no verdad (*alétheian*)

Y no es un saber aparente el apetecido por quien está, precisamente, ávido de conocimiento (*mathetés* 'alumno').

En el segundo momento del relato habrá una exégesis del mito a cargo del propio Sócrates, precedido de un breve intercambio con Fedro, a cuyo término se reitera el carácter subordinado de los caracteres gráficos con relación al discurso oral. Así se critica la ingenuidad de quienes creen,

que las palabras escritas son algo más, para el que las sabe, que un recordatorio de aquellas cosas sobre las que versa la escritura. (275d)

de forma que un *lógos* vivo deberá estar detrás de toda letra fijada por la escritura, y el acto de lectura oficiará de *hypómnesis* o recordatorio del mismo, pero esta forma de conjurar el riesgo supone una condición, la de que *previamente* haya sido conocido el contenido del mensaje por el medio auténtico, a la sazón el discurso viviente: de lo contrario se abre el marco de la exterioridad caracterizado por el léxico negativo que hemos recorrido: 'olvido', 'apariencia', 'droga -nociva-'. Desde esta posición, desde la *palabra oral* del rey, depositaria del saber -y del poder- en el estadio preliterario, ha sido juzgada la invención de la escritura en el mito narrado por Sócrates.<sup>48</sup>

<sup>48</sup> Recuérdese 3.2.5. Pero hay algo más: las primeras palabras del rey-dios antes de juzgar la escritura se encargan de diferenciar las dos posiciones con res-

El magro valor de la escritura como *hypómnesis* será definitivamente dejado de lado en la exégesis socrática que viene a continuación para perseverar en la *pars destruens* abierta por el mito.<sup>49</sup>

Porque es que es impresionante, Fedro, lo que pasa con la escritura, y por lo que tanto se parece a la pintura (*zographía*). En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si tuvieran vida (*zônta*); pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras – escritas–. (275d)

Evidentemente se ha dado un paso más y, por oposición, la escritura se desplaza hacia el campo semántico de lo inanimado, es decir, de lo no viviente (*zônta*), de la mera pintura, es decir del esquema, del grabado del ser viviente (*zo.graphía*). Cuando más adelante llegamos a lo que podríamos considerar el término del relato propiamente dicho –y se abra el tratamiento del verdadero *lógos*, apartado ya su reflejo escrito– leemos,

¿Te refieres a ese discurso lleno de vida y de alma (*zônta kai émpsychon*), que tiene el que sabe y del que el escrito se podría justamente decir que es el reflejo (*eídolon*)? (276a)

El campo positivo de la palabra viva se ha enriquecido con una nueva determinación, es ‘animado’, es decir está situado en el alma, custodiado por la memoria auténtica (*mnème*) a la que ya

pecto a la invención, aquella del que la creó, y la del usuario de la misma. Desarrollaremos esta fecunda perspectiva –de la cual habrá de participar también el *Odiseo* alcidamantino– más adelante (3.3.3).

<sup>49</sup> Habrá una alusión a la *hypómnesis* más adelante, en el contexto del uso de la escritura como ‘entretenimiento’ (*paidiá*): procurará a todo aquel que la cultive que “atesore recordatorios” para la edad de la vejez. (276d)

hemos aludido. La escritura también suma un nuevo rasgo negativo, es una imagen, un reflejo, un *éidolon*, de manera que la polarización originaria de lo interior-exterior, deviene en la de original-copia, de riquísimas connotaciones en la filosofía platónica. Pero esta tensión entre el discurso oral y el escrito se extendía, al parecer, más allá de Platón en el contexto cultural del primer tercio del siglo IV. En efecto, bajo otra forma literaria, esta vez un opúsculo de corte retórico posiblemente con fines didácticos, vemos aparecer, entre los variados argumentos contra el empleo de la escritura en la vida pública ateniense, casi idénticas críticas contra su estatus epistémico. Se trata del escrito del orador Alcídamante de Elea que redacta, casi contemporáneamente a Platón, su alegato contra aquellos profesionales que componían discursos para ser memorizados, y que sus clientes debían reproducir después mnemotécnicamente ante la asamblea o tribunales atenienses, dado que la estructura oral todavía vigente impedía la práctica de la lectura en tales instituciones.<sup>50</sup> Los párrafos pertinentes del *SDE* son los siguientes,

(27) Y creo que no es justo que los discursos escritos sean llamados siquiera discursos, sino como imágenes y figuraciones e imitaciones de discursos, y con toda naturalidad podríamos tener de ellos la misma opinión que también tenemos de las estatuas de bronce y monumentos de piedra y animales representados. Pues así como éstos son imitaciones de los cuerpos verdaderos y producen gozo a la contemplación pero no ofrecen ninguna utilidad a la vida de los hombres, (28) del mismo modo el discurso escrito, al contar con una configura-

<sup>50</sup> Como adelantamos, reservamos la exposición en detalle del *Sobre los que escriben los discursos escritos o Sobre los sofistas (SDE)* para la última división de este capítulo (la traducción total se encuentra en el Apéndice I, en donde algunas nociones básicas, como es habitual, están acompañadas del léxico original).

ción y estructura simples, visto desde el libro tiene cierto efecto impresionante, pero al permanecer inmóvil en los momentos críticos, no ofrece ninguna utilidad a quienes lo usan. Pero así como los cuerpos verdaderos, pese a tener formas muy inferiores a las bellas estatuas, ofrecen utilidades muchas veces mayores en los hechos, así también el discurso que es pronunciado en el acto, desde el interior de la propia mente, está animado y también vive y sigue a los hechos y es semejante a los verdaderos cuerpos. En cambio el escrito, al ser por naturaleza semejante a una representación del discurso real, resulta privado de cualquier tipo de vivacidad.

Como se ve, son sorprendentes las analogías con el texto platónico, y antes bien que una influencia del uno al otro –que en todo caso iría de Platón a Alcídamente–, podemos pensar, según adelantamos antes, que eran vivencias comunes a un contexto social que vivía dramáticamente el inexorable avance de la escritura en todos los dominios de la cultura. Más allá del objetivo de este opúsculo –la inutilidad práctica de los discursos memorizados–, lo cierto es que el estatus de la fijación gráfica de la palabra viva vuelve a ser el de la apariencia: *éidola, schémata, mimémata*. Incluso la analogía rebasa el ámbito conceptual y llega al mundo mimesis artística: monumentos, estatuas, pinturas. Como en Platón, sólo el discurso oral representa lo vital: está animado (*émpsychos*) y vive (*zê*).<sup>51</sup>

En definitiva, ambos textos asignan el lugar de lo inanimado-muerte para la escritura. El discurso vivo expulsa a su ídolo, a su copia, fuera de su ámbito. Ya con sorpresa señala Walter Ong,

<sup>51</sup> De todas formas, el uso de la escritura no será desechado totalmente en Alcídamente, y será importante desentrañar su presencia velada (aunque el *kairós*, vívidamente caracterizado como como circunstancia y tiempo *vital*, relega a la práctica escritural al lugar de la *ausencia*).



Una de las paradojas más sorprendentes inherentes a la escritura es su estrecha relación con la muerte.<sup>52</sup>

procediendo a citar a continuación la referencia de 2 Corintios 3:6, “La letra mata, más el espíritu vivifica” y, entre otras, el impresionante dicho de Henry Vaughan a Sir Thomas Bodley, artífice del monumental proyecto de la Biblioteca Bodleyana de Oxford,

cada libro es tu epitafio.<sup>53</sup>

Y esta profunda intuición, que atraviesa el tiempo y las fronteras, también en nuestro medio halló su testimonio en la pluma de un temprano Borges, en oportunidad de un ensayo sobre el autor del *Juan Moreyra*, publicado en el año 1937 y que concluye así,

Eduardo Gutiérrez (cuya mano escribió treinta y un libros) ha muerto, quizá definitivamente. Ya las obras “del renombrado autor Argentino” ralean en los quioscos de la calle Brasil o de Leandro Alem. Ya no le quedan otros simulacros de vida que alguna tesis de doctorado o que un artículo como este que escribo: también, modos de muerte.<sup>54</sup>

Si nos atenemos entonces al mito sobre el origen de la escritura tal como nos ha sido presentado en el *Fedro* –y con el apoyo de los párrafos de Alcídamente citados–, debemos concluir, efectivamente, que la tensión entre oralidad y escritura encuentra en este relato uno de sus exponentes más paradigmáticos. En su inmovilidad las letras no sólo ‘apuntan siempre y únicamente a una y la misma cosa’ (275d), sino que ruedan por doquier ‘igual entre los

<sup>52</sup> Ong (1987:83).

<sup>53</sup> Ong (1987:84) [en el original: “every book is thy epitaph”].

<sup>54</sup> Borges (1990:118s.).

entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto'. Además, están siempre menesterosas de un padre, dada su imposibilidad de defenderse por sí mismas (275e). Desde esta estricta perspectiva el significante auditivo, ligado a la enunciación viva, es ponderado como el lugar natural del habla: la expresión vehiculizada por el órgano visual ocupa, según vimos, el lugar de lo Otro, de la muerte. La *hypómnesis* sólo ganaría un lugar dentro del habla, a condición de un discurso oral como soporte, es decir, después de un proceso de "siembra" de palabras con fundamento,

capaces de ayudarse a sí mismas y a quienes las planta, y que no son estériles, sino portadoras de simiente de las que surgen otras palabras que, en otros caracteres, son canales por donde se transmite, en todo tiempo, esa semilla inmortal, que da felicidad al que la posee en el grado más alto posibles para el hombre. (277a).<sup>55</sup>

<sup>55</sup> Este mito es un importante testimonio en la tesis de Derrida (1967) sobre el "prejuicio fonológico" que domina las relaciones entre habla y escritura, y que se extiende hasta la obra de Saussure (aunque Derrida se ocupa de extraer del propio *Curso* los elementos que contradicen esta postura). En síntesis no habría cosa tal como "jerarquía natural" entre los significantes u órdenes de significantes, y la subordinación de la escritura a la oralidad no obedecería a ninguna necesidad de esencia o universalidad. Más allá de que como es lógico suponer la mención aquí de esta interpretación es sólo para destacar la fecundidad de este relato a través del tiempo, lo que decimos más adelante (3.3.3) sobre el estatuto de la *phoné* a partir de su estudio en un pasaje platónico, pueda indicar que la oposición entre palabra escrita y palabra oral es más compleja en Platón que la que puede elucidarse a partir de este breve mito. En Derrida (1972) el enfoque lingüístico-fenomenológico deja su lugar a un tratamiento simbólico del mito.

APÉNDICE

El mito sobre el origen de la escritura, *Fedro* 274c 5-276a 9.<sup>56</sup>

274c5 SÓC.— Pues bien, oí que había por Náucratis, en Egipto, uno de los antiguos dioses del lugar al que, por cierto, está consagrado el pájaro que llaman Ibis. El nombre de aquella divinidad era el de Teut. Fue éste quien, primero, descubrió el número y el cálculo, y, también, la geometría y la astronomía, y, además, el juego de damas y el de dados, y, sobre todo, las letras (γράμματα). Por aquel entonces, era rey de todo Egipto Tamus, que vivía en la gran ciudad de la parte alta del país, que los griegos llaman la Tebas egipcia, así como a Tamus llaman Ammón. A él vino Teut, y le mostraba sus artes (τέχνυας), diciéndole que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Pero él le preguntó cuál era la utilidad que cada una tenía, y, conforme se las iba minuciosamente exponiendo, lo aprobaba o desaprobaba, según le pareciese bien o mal lo que decía. Muchas, según se cuenta, son las observaciones que, a favor o en contra de cada arte, hizo Tamus a Teut, y tendríamos que disponer de muchas palabras para tratarlas todas. Pero, cuando llegaron a lo de las letras, dijo Teut: “Este conocimiento (μάθημα), oh rey, hará más sabios (σοφωτέρους) a los egipcios y más memoriosos (μνημονικωτέρους), pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría (μνήμης τε γὰρ σοφίας φάρμακον)”. Pero él le dijo: “¡Oh artificiosísimo (τεχνικώτατε) Teut! A unos les es dado crear arte, a otros juzgar qué de daño o provecho aporta para los que pretenden hacer uso de él. Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan (τῶν μαθόντων λήθην), al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llega-

275a

<sup>56</sup> Traducción de E. Lledó Iñigo (1986), con nuestros agregados.

rán al recuerdo desde fuera (ἐξωθεν), a través de caracteres ajenos (ὕπ' ἀλλοτριῶν τύπων), no desde dentro (ἔνδοθεν), desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio (ὑπομνήσεως). Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos (τοῖς μαθηταῖς δόξαν), que no verdad (ἀλήθειαν). Porque habiendo oído muchas cosas sin aprender-

b las, parecerá que tienen muchos conocimientos, siendo, al contrario, en la mayoría de los casos, totalmente ignorantes, y difíciles, además, de tratar porque han acabado por convertirse en sabios aparentes (δοξόσοφοι) en lugar de sabios de verdad."

FED. — ¡Qué bien se te da, Sócrates, hacer discursos de Egipto, o de cualquier otro país que se te antoje!

SÓC. — El caso es, amigo mío, que, según se dice que se decía en el templo de Zeus en Dodona, las primeras palabras proféticas provenían de una encina. Pues los hombres de entonces, como no eran sabios como vosotros los jóvenes, tal ingenuidad tenían, que se conformaban con oír a una encina o a una roca,

c sólo con que dijesen la verdad. Sin embargo, para ti la cosa es diferente, según quién sea el que hable y de dónde. Pues no te fijas únicamente en si lo que dicen es así o de otra manera.

FED. — Tienes razón al reprenderme, y pienso que con lo de las letras pasa lo que el tebano dice.

SÓC. — Así pues, el que piensa que al dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa ingenuidad y, en realidad, desconoce la predicción de Ammón, creyendo que las pa-

d labras escritas son algo más, para el que las sabe, que un recordatorio de aquellas cosas sobre las que versa la escritura.

FED. — Exactamente.

SÓC. — Porque es que es impresionante, Fedro, lo que pasa con la escritura, y por lo que tanto se parece a la pintura (ζωγραφία). En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si

tuvieran vida (ζῶντα); pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras –escritas–. Podrías llegar a creer como si lo que dicen fueran pensándolo; pero si alguien pregunta, queriendo aprender de lo que dicen, apuntan siempre y únicamente a una y la misma cosa. Pero, eso sí, con que una vez algo haya sido puesto por escrito, las palabras ruedan por doquier, igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no. Y si son maltratadas o vituperadas injustamente, necesitan siempre la ayuda (βοηθοῦ) del padre, ya que ellas solas no son capaces de defenderse ni de ayudarse (βοηθῆσαι) a sí mismas.

FED. - Muy exacto es todo lo que has dicho.

276a SÓC. - Entonces, ¿qué? ¿Podemos dirigir los ojos hacia otro tipo de discurso, hermano legítimo de éste, y ver cómo nace y cuánto mejor y más fuertemente se desarrolla?

FED. - ¿A cuál te refieres y cómo dices que nace?

SÓC. - Me refiero a aquel que se escribe con ciencia en el alma del que aprende; capaz de defenderse a sí mismo, y sabiendo con quiénes hablar y ante quiénes callarse.

FED. - ¿Te refieres a ese discurso lleno de vida y de alma (ζῶντα καὶ ἔμψυχον), que tiene el que sabe y del que el escrito se podría justamente decir que es el reflejo (εἶδωλον)?

### 3.3.2. Los *ágrapha dógmata*

Así como el camino abierto por nuestro estudio nos condujo en el capítulo anterior al análisis de la composición y cosmovisión de la obra homérica desde la perspectiva enmarcada por la oralidad en que fue creada, el presente capítulo fue la ocasión de relevar los testimonios en los que la tensión con la escritura se imponía

por su evidencia, sea en el Proemio de Hesíodo o en el breve mito del *Fedro* que acabamos de tratar. Precisamente es la innegable y explícita impronta oral de la filosofía platónica, aunada a la crítica de la escritura del mito tratado –igual en importancia a un conocido pasaje de la *Carta VII*–, la que dio origen a una línea exegetica cuya tesis sostiene que algunas enseñanzas orales transmitidas por la tradición indirecta y que no se encuentran en la obra conservada fueron excluidas de ella conscientemente por Platón. Se trata de los *ágrapha dógmata* o ‘doctrinas no escritas’, auténtico núcleo de la filosofía platónica para el “nuevo paradigma hermenéutico” o “paradigma esotérico” en la interpretación de la obra del filósofo.<sup>57</sup>

Frente a este debatido problema, nuestro aporte específico consiste en apoyar el casi unánime consenso histórico de que, efectivamente, la enseñanza en la Academia de Platón fue de base oral, y el ejercicio de la actividad docente era llevado a cabo sea en forma dialógica, sea en exposiciones sistemáticas, de acuerdo con la modalidad difundida en las *epideíxeis* o demostraciones públicas de los sofistas, o en las escuelas de retórica, según el modelo que Alcídamente de Elea nos habrá de ofrecer. Es decir que nuestro filósofo no es un hecho aislado en el fenómeno cultural ateniense del primer tercio del siglo IV a.C., en donde la base oral de la sociedad –como hemos reiterado– estaba todavía vigente.<sup>58</sup> De esta

<sup>57</sup> La serie de artículos aparecida en *Méthexis* VI (1993) –con la totalidad de los trabajos traducidos al castellano en el “Suplemento”– da un amplio panorama del estado de la cuestión. Este importante problema hermenéutico no puede ser más que aludido en nuestro estudio. Por la “Escuela de Tubinga”, que rehabilita el nuevo paradigma, pueden consultarse allí los artículos de Krämer, Reale y Szlezák; no comparten esa posición Brisson e Isnardi Parente. Eggers Lan, como editor, presenta una breve introducción de la temática.

<sup>58</sup> Es cierto no obstante que la institución de la Academia, fundada casi con seguridad en la segunda década de ese siglo IV, es un fenómeno específico.

forma nos parece natural el testimonio de Aristóxeno, discípulo de Aristóteles, que habla de una *akróasis* ‘conferencia’, ‘curso’, de Platón sobre el Bien, y del cual se desprenden algunas circunstancias concomitantes: su carácter público y la posibilidad de que dicha conferencia haya sido dada en el gimnasio de la Academia.<sup>59</sup>

Ahora bien, la práctica oral de la filosofía que nos viene por este testimonio de la tradición indirecta también puede articularse con un pasaje de la “digresión filosófica” de la *Carta VII* (341b – 345c) en donde, al igual que en el mito del *Fedro*, vemos los límites de la escritura en la transmisión de las cosas ‘de mayor seriedad’ (*spoudaiótata*): es bastante significativa la insistencia en la imposibilidad del registro escrito para la expresión de los temas graves (ya tuvimos oportunidad de citar el término con el cual el pensamiento platónico juzga la escritura, *paidiá* ‘juego’, antónimo típico en la lengua griega de *spoudé*, seriedad). La parte pertinente es la siguiente,

Precisamente por ello cualquier persona seria (*spoudáios*) se guardará muy mucho de contar por escrito cuestiones serias (*tôn spoudaíon*), exponiéndolas a la malevolencia y a la ignorancia de la gente. De ello hay que sacar una simple conclusión: que cuando se ve una composición escrita de alguien, ya se trate de un legislador sobre leyes, ya sea de cualquier otro tema, el autor no ha considerado estas cuestiones como cosas serias (*spoudaiótata*), ni él mismo es efectivamente serio (*spoudáios*), sino que permanecen encerradas en la parte más preciosa de su ser. Mientras que si él hubiera confiado a caracteres escritos estas re-

Véase Eggers Lan (1993:1). En cuanto a la modalidad de las *epideixeis* entre los rapsodas, recuérdese el contexto de la nota 20 del capítulo segundo.

<sup>59</sup> Isnardi Parente (1993:77). El cuanto a la cita de Aristóxeno (*Elementa Harmonica* II p.39-40 Da Rios [cf. G 7, K1, R 1]) véase el Apéndice del Suplemento de *Méthexis* (1993:177 –texto 10–).

flexiones como asuntos serios (*espoudasména*), entonces es que seguramente no los dioses, sino los hombres le han hecho perder la razón (344c1 - 344d2).<sup>60</sup>

Si hacemos una recapitulación de los datos recogidos hasta aquí, el último texto ha venido a confirmar la crítica platónica de la escritura y la defensa del discurso vivo que nos había adelantado el *Fedro*. El testimonio de Aristóxeno por otro lado también se integró al curso de nuestras reflexiones en el sentido de la vigencia de la oralidad en todos los ámbitos de la cultura griega todavía en el despuntar del siglo IV. Ahora bien, si a esto acopiamos una fuente que nos indique la efectiva existencia de sentencias u opiniones orales del filósofo dedicadas a la enseñanza y no trasladadas a los diálogos, abrimos el problema de los *ágrapha dógmata* o ‘doctrinas no escritas’ de Platón. El testimonio se encuentra en la *Física* de Aristóteles,

También dice Platón en el *Timeo* que la materia y el espacio son lo mismo; pues "lo participante" (*tò metaleptikón*) y el espacio son una y la misma cosa. Por cierto, allí habla de «lo participante» de otro modo que en las llamadas ‘doctrinas no escritas’ (*ágraphois dógmasin*).<sup>61</sup>

Texto que puede ser articulado con otras referencias de Aristóteles comentando el pensamiento de Platón. En el caso que nos ocupa se trata de una doctrina que *no* fue posible ubicar en los diálogos platónicos. La mención aparece en *Metafísica* A 6, A 9 y

<sup>60</sup> Véase *Fedro* 277e5-278a5: “[...] en el discurso escrito sobre cualquier tema hay, necesariamente, un mucho de juego (*paidiàn pollén*)”.

<sup>61</sup> *Física* IV, 2, 209b s. (para conservar la coherencia hemos suplantado ‘opiniones’ de la traducción original por ‘doctrinas’) La cita completa está en el Apéndice del Suplemento de *Méthexis* (1993:175 –texto nº3–).



M 4, y allí Aristóteles da cuenta de la existencia de los principios de lo Uno y la Díada, a la par que los presenta como el fundamento de la filosofía de su maestro.

De esta forma, podemos decir que contamos con los elementos básicos sobre los que se apoya el nuevo paradigma hermenéutico que cuestiona la obra escrita del filósofo como auténtica exposición de su doctrina, recurriendo entonces a la tradición indirecta para escudriñar el sentido oculto de sus enseñanzas.

A riesgo de reiterar la salvedad ya dicha, insistimos en que la profundización de la puntual temática hermenéutica nos apartaría del cauce de nuestro estudio, y sólo desde el ámbito mismo de la tensión entre oralidad y escritura que constituye el hilo conductor de nuestro recorrido podemos hacer nuestro aporte al problema. Desde nuestra perspectiva entonces, el panorama es el siguiente. En primer lugar que la oralidad en la enseñanza de la Academia debía ocupar el lugar eminente, se deduce del privilegio otorgado a la palabra viva en la reflexión de Platón, a la ejemplaridad ágrafa de su maestro Sócrates, a la dialéctica, en fin, ligada al intercambio oral en la búsqueda de la verdad. Por otro lado están los diálogos, la forma literaria elegida por Platón, que posibilita que los pensamientos se encarnen en figuras cuyos intereses, educación, personalidad social ejercen una presión que si por un lado rompe la aparente coherencia del discurso, lo enriquece por otro con la vivacidad de las circunstancias pragmáticas de la enunciación.<sup>62</sup>

Precisamente esa forma dramática es un remedo de la palabra viva. Nada impide que obre como *hypómnesis* del discurso efectivamente entablado por los personajes: de hecho, el lector de buena parte de los diálogos es de alguna manera el último oyente

<sup>62</sup> Lledó Íñigo (1984:37-43).

de una conversación que en la ficción narrativa pasa por haber sido realmente llevada a cabo. Necesariamente, por otro lado, es cierto que no puede haber coincidencia entre la enseñanza *oral* de Platón y el contenido de los diálogos: siempre existirá el abismo entre la fijación escrita, limitada a la comprensión, a la invariabilidad y a la inercia, y la palabra viva. Nunca podrá anotarse completamente un discurso, ni modificarse, ni adaptarse a sus destinatarios.<sup>63</sup> Pero esta forma literaria, privilegiada por Platón, no tiene por qué necesariamente limitar su contenido a determinada temática y estar cerrada, por carencia, a otra. O mejor dicho, si existe un contenido *ágraphon* por la imposibilidad del soporte literario para reflejarlo –cosa absolutamente factible de acuerdo con los términos de la Carta VII–, un saber no proposicional o asertivo que el registro escrito no estaría en condiciones de transmitir, debe tenerse en cuenta que este tipo categorial de saber *tampoco* sería pasible de comunicarse por medio del lenguaje oral, de manera que el acceso a este conocimiento se daría a partir de la propia *experiencia* del sujeto en el tratamiento del asunto, rebasando así la esfera lingüística y alcanzando el punto el límite de la comunicación, según veremos a continuación.

Si volvemos a la cuestión de los principios mencionados por Aristóteles, se debe decir que no es evidente la existencia de entidades ontológicamente superiores a las Ideas en las obras escritas, de forma que queda abierta la posibilidad de que en esta especie de Meta-Ideas se halle el contenido de los *ágrapha dógmata* de Platón.<sup>64</sup>

<sup>63</sup> Brisson (1993:17).

<sup>64</sup> Eggers Lan (1994:27-41). De todas formas es sugestivo el conocido pasaje de *República* 506d 11ss.: “pero, dichosos amigos, dejemos por ahora qué es en sí mismo el Bien (αὐτὸ μὲν τί ποτ' ἐστὶ τὰγαθὸν ἐάσωμεν τὸ νῦν εἶναι) –pues me parece demasiado como para que el presente impulso permita en este momento alcanzar lo que juzgo de él–. En cuanto a lo que parece un vástago

La presente temática platónica ligada al ámbito de la oralidad y la escritura autoriza la analogía con el estado actual de la cuestión homérica, desarrollada en el capítulo anterior. En ambos casos se trata de la relación del texto que actualmente poseemos con la creación oral que le dio origen. Cómo llegaron a ser textos *Ilíada* y *Odisea* a partir del fondo tradicional del cual emergieron por un lado, y cómo los diálogos platónicos reproducen las lecciones o *akróasis* que se impartían en la Academia.<sup>65</sup> En un caso existe una postura crítica que postula que ambas obras resultaron un corpus integrado a partir de una génesis azarosa (teorías del núcleo y de la compilación), en el otro existe una interpretación que sostiene la existencia de doctrinas orales que fueron excluidas por Platón en sus diálogos. Con respecto a los poemas homéricos hemos adherido en nuestro trabajo al modelo del “texto dictado” para salvar la unidad de la saga épica. La especificidad del problema concerniente a la obra del filósofo, en cambio, impide continuar la analogía y contar con una hipótesis de ese peso argumentativo para oponer al nuevo paradigma hermenéutico – que en su versión extrema sacrifica a la búsqueda de la doctrina auténtica la problematicidad y riqueza de conexiones que se hallan en cada diálogo de la obra de Platón–. De todas formas, también aquí, en la espera de pruebas decisivas, podemos decir que el *onus probandi* corre a cargo de aquellos que escudriñan las fuentes secundarias en busca de un fundamento más originario del pensamiento platónico: mientras tanto, los textos con que hoy

del Bien, y lo que más le asemeja, en cambio, estoy dispuesto a hablar”. También se ha creído ver la teoría de los principios sobre el fondo de la larga *paideía* educativo-matemático-dialéctica, indispensable al auténtico filósofo, en los pasajes de *República* VI y de *Leyes* XII, relevados por Gaiser (1988:121ss.).

<sup>65</sup> Leemos en Parenti (1993:77), “*akróasis* está utilizado generalmente para designar no una sino varias lecciones que conformaban una unidad”.

contamos, sancionados por la tradición, siguen manteniendo, pasados los milenios, su extraordinaria influencia en la filosofía occidental.

### **3.3.3. Los límites de la comunicabilidad: del discurso escrito al lenguaje en general**

En el apartado anterior hemos tratado de sintetizar la postura de la “Escuela de Tubinga”, línea exegética cuya formación se consolidó durante la década del sesenta del último siglo, y en la cual se nos presenta una escena que tiene como protagonista a un Platón que excluye determinados contenidos de la tradición directa, que quedan así confiados solamente a la enseñanza oral impartida en la Academia. Por otra parte el estudio del mito sobre el origen de la escritura y la presentación de un pasaje de la *Carta VII* tienen como trasfondo a un autor para el cual el saber y el conocimiento jamás pueden ser llevados a la forma del discurso fijado por escrito –ni tampoco ser comunicados a otro bajo esa forma–. Resta sin embargo elucidar *a qué* tipo de saber se está refiriendo Platón cuando habla de la imposibilidad de su registro escrito, dado que, según adelantamos, si para determinada clase de contenidos la dificultad se extiende también a la *forma lingüística* como tal, *tampoco* el discurso oral podría oficiar de soporte para esta categoría de saber, de manera que la crítica a la escritura se tornaría en realidad una crítica al lenguaje en general, ambos afectados por los “límites de la comunicabilidad”.<sup>66</sup>

<sup>66</sup> El artículo de Wieland (1991:19-37), de cuyo título forma parte la expresión citada, es fundamental para la elucidación de un ámbito de saber que está más allá del mentado en proposiciones o aseveraciones lingüísticas, focalizando su estudio en el saber de *experiencia* o *habilidad*, que es el que tematizaremos aquí (para otro tipo de contenido irreductible al saber proposicional recuérdese la nota 28 y su contexto). Por otro lado, interesados como estamos en las diversas

Sin embargo, antes de presentar este tipo categorial de saber, cuya manifestación implica la *experiencia* del sujeto, y por ende no es reductible a ningún tipo de transposición simbólica, conviene que nos detengamos en un pasaje del *Protágoras*, que constituye un claro exponente de la complejidad del pensamiento platónico en el abordaje de la relación entre la palabra oral y la escrita. Se trata en este caso de un cuestionamiento a la *propia* palabra oralmente transmitida, pero que no es capaz de ligarse a aquella instancia que garantiza todo saber en la concepción de Platón y que designa con el nombre de alma.<sup>67</sup> La escena que nos ocupa gira en derredor del análisis de un poema *compuesto* por Simónides y que Sócrates y su interlocutor *recuerdan* en el momento de abordarlo: pero la ausencia del “padre” de los versos condenará también a la *exterioridad* esta forma discursiva, “escritura” al fin que no llega al alma.<sup>68</sup> Sócrates concluye a su turno la exégesis del poema y se muestra dispuesto a retomar la discusión con Protágoras, volviendo al método habitual y no ya mediante largos discursos. Con la caracterización de estas dos modalidades discursivas que hace Sócrates a continuación se enriquecerá el alcance de la crítica platónica a *todo* registro de una palabra que prescindiera de la implicación del sujeto que la interpela.

347c Pues me parece que el dialogar sobre la poesía es mucho más propio para charlas de sobremesa de gentes vulgares y frívolas. Ya que estas gentes, porque no pueden tratar

facetas de la tensión entre oralidad y escritura en este especial momento de la cultura griega, centraremos el análisis en esta nueva perspectiva que nos abre el pensamiento platónico. Rebasaría lo que nos hemos propuesto dimensionar su incidencia en el problema de los *ágrapha dógmata*.

<sup>67</sup> Wieland (1991:26).

<sup>68</sup> Recuérdese el análisis del *Fedro*, y el registro del auténtico saber, ‘aquel que se escribe con ciencia en el alma del que aprende’ (276a).

unos con otros por sí solos mientras beben, con [opinión] d su voz (*phonês*) propia ni con argumentos (*lógon*) [suyos] propios, a causa de su falta de educación, encarecen a [los flautistas] las flautistas, pagando mucho en el alquiler de la voz ajena (*allotrián phonén*) de las flautas, y acompañados por [el son] la voz (*phonês*) de éstas pasan el tiempo unos con otros. Pero, donde los comensales son gentes de bien y de cultura, no consigues ver flautistas ni bailarinas e ni tañedoras de lira, sino que, como son capaces de tratar unos con otros sin los jaleos y los juegos ésos, con su propia voz (*hautôn phonén*), hablan y escuchan (*légontás te kai akouóontas*) a su turno con gran moderación, por mucho vino que beban. Así también estas reuniones, si se componen de hombres tales como la mayoría de nosotros dicen ser, para nada necesitan de voces ajenas ni siquiera de poetas (*allotriás phonês oudè poiétôn*), a los que no se puede preguntar de qué hablan; y muchos, al traerlos a colación 348a en sus argumentos, los unos dicen que el poeta pensaba esto y los otros aquello, discutiendo sobre asuntos que son incapaces de demostrar. Pero los educados dejan a un lado las reuniones de esa clase, y ellos conversan por sí mismos (*heautoîs*) entre sí (*di' heautôn*), tomando y dando una explicación recíproca en sus diálogos (*heautôn lógois*). A éstos parece que debemos imitar más tú y yo; y, deponiendo a un lado a los poetas, hagamos nuestros razonamientos uno con otro, poniendo a prueba la verdad y a nosotros mismos.<sup>69</sup>

Nótese la presencia reiterada del reflexivo *heautón* (= *hautón*) 'propio', es decir, 'de ellos', que hemos transliterado en buena

<sup>69</sup> Platón, *Protágoras*, 347c3– 348a 1. La traducción es de García Gual (1981), con transliteraciones y algunas variantes de nuestra parte que están a continuación de lo enmarcado. Nos fue de mucha utilidad para la línea del presente análisis el artículo de Walker (2005).

parte de sus ocurrencias en el texto. Resulta evidente entonces el esfuerzo del personaje Sócrates por deslindar el ámbito de la interioridad, de la voz propia frente a la voz ajena. Y el lugar de la exterioridad, que en la concepción platónica hasta ahora relevada correspondía a los signos gráficos, es cubierto en este diálogo por una nueva entidad, la de la voz ausente de los poetas, presente no obstante en la memoria de quienes recitan sus versos.

En efecto, con sorpresa nos percatamos de que aun una palabra fijada en la *memoria* puede ser esencialmente una voz ajena (*alotría*) para el sujeto, como ajenos eran los caracteres de la escritura que el mito del *Fedro* nos hizo conocer (*alotrion týpon*). Pero si la evidencia visual de los signos gráficos no ofrece duda alguna de su exterioridad, dado que vienen al intérprete realmente ‘desde afuera’ (*éxot-hen*), la audaz concepción platónica llega a atribuir *también* el estatus de escritura al discurso internalizado sin la implicación producida por el ejercicio dialógico. De hecho, importa poco *cómo llegaron* estos versos a la memoria de quienes lo están analizando, lo cierto es que en el *momento* en que la discusión se lleva a cabo la *ausencia de su autor* coloca a este poema en el mismo lugar de la carencia que denuncian en su inmovilidad los signos gráficos: no puede responder por sí mismo, y está siempre precisado de un ‘padre’ que venga en su auxilio. Así, en un breve y significativo momento del diálogo, la necesidad de que se *vivencie* este discurso poético en un personaje *in praesentia* motiva la alerta de Sócrates al ver que Protágoras señala una contradicción en el poema en cuestión: “¡Pródico, que Simónides es compatriota tuyo!, es justo que le prestes tu ayuda” (340a1), valiéndose del mismo término (*boetheîn*) con el que también se aludió a la orfandad de la escritura en el breve mito del *Fedro*.<sup>70</sup>

<sup>70</sup> Incluso en la lengua griega la sintaxis de la expresión está formulada en uno de los ejemplos más radicales de la construcción personal: δίκαιος εἶ βοηθεῖν τῷ ἀνδρί ‘eres justo en ayudar a tal varón’. Recuérdese el trata-

Hablábamos antes de la complejidad del pensamiento platónico que esconde otra dimensión que aquella que surge de un primer nivel de análisis. Si de la elucidación del pequeño relato legendario impostado en el lejano Egipto surgía, efectivamente, una crítica a la palabra escrita, este pasaje del *Protágoras* nos enseña que no por ello todo pensamiento que viene originariamente a uno en el soporte de la voz viva puede erigirse en el lugar donde mora el auténtico saber –al menos que al modo de una “siembra en el alma” repose en ella hasta que fructifique, según citábamos al final de 3.3.1–.

En nuestra idealidad interior toda *phoné* es semejante: sea que haya penetrado en nuestra consciencia a través de una lectura, sea que provenga de la voz viva de un diálogo con otro. En la fugacidad de la percepción el fluir de la consciencia relega a ambos tipos de voces al *modus essendi* propio de la memoria, y pasan de este modo a formar parte de un caudal interior homogéneo e indiscernible. Será preciso el ejercicio de la rememoración para remontarnos al momento inicial en que esas huellas se depositaron, y discriminar así si el punto de arranque de esa *phoné* fue una percepción visual o auditiva. Pero no es una fenomenología de esta naturaleza la que está en juego en Platón. Su interés es el saber, el auténtico saber, no la *dóxa*, la opinión. De acuerdo entonces con la presentación que hemos llevado a cabo, estas voces son mera “escritura”, quedaron inscriptas en nosotros como un cuerpo ajeno, desde el momento en que ‘apuntan siempre y únicamente a una y la misma cosa’, y además no se les ‘puede preguntar de qué hablan’. Pasaron por nuestros sentidos y no alcanzaron el alma.<sup>71</sup>

miento de este fenómeno en el primer capítulo (1.4.1).

<sup>71</sup> Para insistir en el estatus semejante de estas “voces” externas, nótese que la primera cita arriba citada proviene del mito del *Fedro* y sirve para caracteri-



Al alma no puede llegar otra *phoné* que la *propia*, surgida del ejercicio dialéctico con el semejante, en el libre juego del *hablar* y del *escuchar* (*Protágoras* 347e). Ya hemos tenido oportunidad de citar más arriba el intenso juego de los pronombres reflexivos con los cuales se presentaba la participación del sujeto en el intercambio dialógico, que debemos articular con las características existenciales que lleva implícita la presencia del interlocutor y que el diálogo como forma literaria paradigmática nos dio oportunidad de conocer: una voz viva a la cual se le puede preguntar de qué habla. La concepción platónica resuelve la tensión entre oralidad y escritura situándola en la interioridad del alma. El material poético que la tradición arrastra, creado con una técnica que ignora la escritura, no es sin embargo por sí mismo el lugar del saber que el filósofo busca: la memoria repetitiva del rapsoda Ion es tan escritural como los caracteres sin vida inventados por Teut, y tanto Sócrates en el diálogo homónimo como Tamus en el mito se encargan de señalarlo.<sup>72</sup> También los personajes que abordan el poema de Simónides

zar la palabra escrita; la segunda, en cambio, corresponde al pasaje del *Protágoras* antes transcrito, y se aplica a la palabra escuchada –y cuyo enunciadore está ausente en el momento de ser recordada–.

<sup>72</sup> Walker (2005:180), sobre la base de Havelock (1963:199) –al cual traduce del original– destaca la “condición mental pasiva” del hombre de la oralidad contra la cual está combatiendo Platón. Reconoce sin embargo la capacidad funcional de ese estado de cosas –recordemos la oposición entre rapsoda y cantor estudiada en el capítulo anterior 2.2.4.2–, y concluye: “Por el contrario, con el paso a una cultura escrita se genera una distancia entre el que conoce y el objeto conocido que transforma la condición mental pasiva en una condición activa de reflexión. La conclusión de Havelock es que ‘la doctrina de la *psyché* autónoma es la contracara del rechazo de la oralidad’”. De todos modos abriría a un nuevo cauce de estudios profundizar la relación de Platón con el discurso poético, aunque el recorrido efectuado hasta aquí nos ha demostrado la presencia de esta ineludible temática en toda aproximación a la oralidad en Grecia.

permanecerán alejados del verdadero saber y cautivos de los dichos de otros en tanto no aflore la voz propia, esa que *germina* en el alma y está ligada a la búsqueda de la verdad en común a través de la práctica del diálogo. Por eso nuestro pasaje se cierra así:

deponiendo a un lado a los poetas, hagamos nuestros razonamientos uno con otro, poniendo a prueba la verdad y a nosotros mismos.

De manera que con estas elucidaciones nos encontramos en el camino del interrogante abierto al principio de este ítem, el del tipo de saber que la escritura permite comunicar: todo parece indicar entonces que *en principio* la letra *también* puede convertirse en una voz viva en tanto *fecunde* en el lector, y su contenido oficie de inventiva para el ejercicio dialógico con otro. Pero las conocidas cuestiones de hecho, sin embargo, se presentan a escena y problematizan esta postulación: ¿cómo interrogar al “padre” del discurso escrito para que las exégesis de los intérpretes no sean contradictorias entre sí? ¿Con quién confrontar ese conocimiento llegado a través de la letra, mera opinión hasta tanto no se torne auténtica sabiduría? No olvidemos que Platón jamás nos ofrece un pensamiento que no surja *encarnado* de la boca de un personaje cuya caracterización se esfuerza en presentar, de manera que esta *situacionalidad* de toda voz, enmarcada en las condiciones pragmáticas de la enunciación nos dan la pauta de que la transmisión lingüística es el último eslabón de una larga serie de elementos existenciales que la preceden. Desde esta perspectiva quizá deba entenderse el carácter de “juego” o “entretenimiento” que se le adjudica a la palabra escrita: para *uno mismo* y en carácter de “recordatorio” para la vejez.<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Véase nota 49.

Pero esto no es todo sin embargo. Según adelantamos, hay un tipo de saber categorial que por *esencia* es irreductible a la escritura, pero también a la transmisión viva meramente verbal: es el saber ligado a la *experiencia* de su propio portador, y que solo puede llegar a adquirirse por un *tratamiento* con la cosa misma sobre la que versa: se trata del conocimiento ligado a la posesión de una capacidad o habilidad. En el fecundo mito que nos presentaba el diálogo entre el dios mayor egipcio y la divinidad inventiva local, tuvimos oportunidad de presenciar como Teut, pese a ser el *heuretés* de la escritura, debía contentarse con su rol subordinado frente a Tamus, conocedor del valor de uso de la misma, graficando así el hecho, de alguna manera misterioso, de que aquel que *trata* con una cosa, *sabe* lo que realmente es. Certeza de la cual no necesariamente participa el productor de la cosa.<sup>74</sup> Los diálogos platónicos dan cuenta de situaciones de este tipo, fundamentalmente en ese ámbito tan destacado de las técnicas artesanales indagado por el personaje Sócrates.<sup>75</sup> De manera que, por ejemplo, el que se prueba el zapato –y resulta un usuario idóneo que sabe apreciar su valor funcional– será el encargado de juzgar sobre si es bueno o malo antes de toda verbalización o reflexión. La instancia de la *práctica* es una dimensión del saber que no se deja objetivar en forma de proposiciones.

La sorprendente circulación de ideas que recorría esta atmósfera cultural de principios del siglo IV nos lleva a señalar otro testimonio en que, bajo el ropaje de personajes míticos –esta vez de la tradición griega– se vuelve a manifestar el esfuerzo por discriminar la invención de la *téchne* de los efectos de su aplicación. Se trata nuevamente del *rhétor* Alcidas de Elea, en una obra

<sup>74</sup> Wieland (1991:23). Véase nota 48.

<sup>75</sup> Véase Adrados (1992).

cuya temática se aparta de la preceptiva retórica que se leerá en el subcapítulo siguiente, y que por lo tanto podemos adelantar en este momento. La relación entre este orador y Platón ha dado lugar a una abundante bibliografía, e incluso Quintiliano en la antigüedad (*Institutio oratoria* III 1, 8-10) identificó la alusión a aquel “Palamedes eleático” del *Fedro* (261d) con la figura de Alcídamente, dado que éste escribió, efectivamente, el discurso que lleva el título de *Odiseo* o *Contra Palamedes por traición* –en el cual se encuentra además el paralelo que ahora nos ocupa–. De todas formas, resulta muy improbable la identificación.<sup>76</sup>

El *Odiseo* sigue de cerca el modelo de un discurso de acusación de una corte judicial y apunta probablemente a los propósitos de exhibición (*epídeixis*) como de enseñanza, e incita a una obvia comparación con el discurso atribuido a Gorgias, en el cual Palamedes monta una defensa imaginaria contra los cargos que se le imputan.<sup>77</sup> Ahora bien, en la estructura de este pequeño discurso la *narratio* nos pone en conocimiento de la traición de Pa-

<sup>76</sup> Por ejemplo en el *Odiseo* la figura de Palamedes aparece detractada por su invención antes bien que caracterizada positivamente como en el pasaje platónico. Por otro lado, el gentilicio “eleático” denota la Elea itálica y no la asiática (que es la de Alcídamente): de allí que la alusión al “Palamedes eleático” corresponda probablemente a las figuras de Parménides o Zenón –aunque no tenemos información de que estos filósofos hayan abordado temas de retórica, que es el contexto del *Fedro*–. Para la profundización de este punto véase la reciente publicación de López Cruces *et alii* (2005:93, **nota**). Con respecto a los paralelos entre Platón y Alcídamente, véase Milne (1924:10-20), Friemann (1990:310-312), y Mariss (2002:56-63).

<sup>77</sup> Muir (2002:XVII). Creemos como López Cruces *et alii* (2005:21-29) que algunos detalles del *Odiseo* se explican con relación al discurso gorgiano, y no viceversa (como el mayor número de inventos que son atribuidos al personaje mítico en la acusación de Alcídamente –si bien para denostarlos–, que muy probablemente Gorgias, en caso de ser posterior su *Defensa de Palamedes*, los hubiese retomado para presentarlos favorablemente).

lamedes: el intercambio de proyectiles entre el griego y un arque-ro troyano escondía en realidad un cambio de mensajes, según da cuenta el testimonio de quienes pudieron leer lo escrito en la flecha enemiga (en la que constaba la recompensa asignada al autor de la traición o *prodosía*); la *argumentatio* nos sugiere que con toda probabilidad también había un mensaje en la lanza que a su turno arrojó éste hacia el supuesto adversario.<sup>78</sup> Llegamos así a la *refutatio*, de donde partirá el paralelismo de ambos mitos con relación al cuestionamiento de la *téchne*: los inventos que Palamedes reivindica para sí no son suyos, sino que eran ya conocidos (22-26); los que él ha introducido son perjudiciales (27-28).

En efecto, las formaciones de combate, las letras, los números, las medidas, los pesos, las damas, los dados, la música, la moneda y las señales luminosas, dan cuenta de las invenciones “que ha intentado urdir engañando a los jóvenes (*hà kai philosophèîn epikecheíreken exapatôn toùs néous*)”<sup>79</sup>, y haciéndolas pasar por propias, cuando de hecho una parte de ellas ya reconoce un *heuretés* previo: Néstor y Menesteo ya hicieron uso de las *táxeis polemikás* antes de Palamedes, la escritura la inventó Orfeo y Lino la música, Museo los números, y la moneda viene de los fenicios. Para las restantes se presenta un panorama de malas influencias y desafortunados resultados,

<sup>78</sup> Hay elementos en la versión del mito que nos presenta Alcídamente que contradicen la tradición que nos viene por los *Cantos Ciprios*, y que sirven así para dar objetividad a la acusación de Odiseo: se guarda silencio con relación al enfrentamiento que tuvieron los dos personajes antes de la guerra de Troya, en un episodio en el cual Palamedes puso al descubierto el ardid de Odiseo para evitar su alistamiento en la campaña contra Troya. Hay un resumen en Muir (2002:XV).

<sup>79</sup> “The rhetoricians and sophists, like all teachers, evidently had to be wary of such charges: Sócrates has not alone” (Muir [2002:*ad loc*]).

También inventó medidas y pesos (μέτρα δὲ καὶ σταθμά), que son engaños y perjurios para gentes de mercaderías y comercio; y las damas (πεπτούς), que son trifulcas e insultos para los gaudules. Y enseñó, además, el juego de dados (κύβους), la mayor calamidad: penas y daños para los que pierden, ridículo y oprobio para los que ganan, porque lo que se gana en los dados resulta improductivo, y la mayor parte se gasta inmediatamente. (27)<sup>80</sup>

La lista se cierra con la mención de las señales luminosas (*pyrsóús*), que seguramente habría de evocar en el auditorio el recuerdo ominoso de la venganza de Nauplio.<sup>81</sup>

Según esta *refutatio* entonces habría ciertas invenciones que, *e silentio*, debemos suponer positivas: pero son precisamente aquellas cuyo mérito se le sustrae a Palamedes.<sup>82</sup> En las restantes se encuentra la articulación con el mito estudiado en el *Fedro*: al autor de un hallazgo no le corresponde juzgar acerca de su utilidad. En una escala de orden ascendente vemos los efectos negativos tanto de las invenciones destinadas a la subsistencia (*métra, stathmá*), como de aquellas que se aplican al ocio (*peptóús, kýbous*), enjuiciando al juego de dados como la peor de todas. En este listado negativo no se mencionan las letras: quizá sea un ejemplo paradigmático de la ambivalencia axiológica de toda *téchne* –y no en vano es la misma que problematiza el soberano Tamus frente a todos los inventos de Teut–. Porque si bien la escritura no es de suyo y siempre perjudicial para los hombres, el abuso que de la misma ha hecho Palamedes demuestra que puede ser también mal instrumentada. Implícitamente entonces las *grámmata* son un

<sup>80</sup> Traducción de López Cruces *et alii* (2005) con nuestros griegos agregados.

<sup>81</sup> Aquel que mediante estas señales hizo naufragar numerosas naves griegas. Véase Ps. Apolodoro, *Epit.* 3, 7 y 11.

<sup>82</sup> Avezzù (–Alcidamante– 1982:80).

ejemplo de la posibilidad del *buen y mal uso* de una misma *téchne*, y que escapa al control de su creador. En este discurso el hecho es llevado a su nivel paradójico: “si alguien cree el embuste de Palamedes que se atribuye la creación de las letras –parecen decirnos Odiseo/Alcidamante–, vean la aplicación que él mismo hizo de ellas: un instrumento de su traición”.<sup>83</sup>

Este último texto analizado viene a cerrar paradigmáticamente el itinerario de este subcapítulo: la *téchne grammatiké* es el punto axial de una nueva época que por un lado cierra la estación de la oralidad, y por otro abre al estadio de las variadas *téchnai* con que se enriquecerá la cultura humana. Pero así como éstas deberán rendirse ante la *empeiría*, irreductible a una formulación proposicional, también para la escritura permanecerá vedado el ámbito del saber auténtico, reservado al sólo ejercicio dialéctico.

### 3.4. KAIRÓS

#### 3.4.1. El *SDE* y su contexto

El tercer testimonio con el que habremos de cerrar el recorrido del capítulo guarda también la especial significación de coincidir con el término de este estudio, cuyo punto de arranque fue el fenómeno de la parataxis como trasfondo lingüístico de la lengua oral, y que prosiguió luego con la presentación de la técnica compositiva y visión del mundo propias del estadio no alfabetizado, para concluir ahora en el espacio de la retórica, en donde la técni-

<sup>83</sup> Según se ve está en juego una preocupación de este fecundo período de Grecia: el valor de toda *téchnai*. Entre las múltiples connotaciones no podemos dejar de recordar el famoso estásimo de *Antígona* (364 ss.) “Poseedor de una sabiduría superior a la esperable, la capacidad de urdir técnicas, unas veces al mal, otras al bien la encamina” (traducción Pinkler-Vigo, 1987).

ca oral y su contrapartida escrita serán tomadas conjuntamente por Alcídamente de Elea como dos prácticas productivas enfrentadas, puestas a prueba en el momento de la comunicación del discurso –pero que en un nivel más profundo habrán de rebasar esta oposición para alcanzar las fronteras de la interacción entre pensamiento y modalidad de comunicación–. La oratoria “espontánea” de Alcídamente es así la nueva figura con que se reviste la oralidad, hipostasiada como Mnemósine por Hesíodo, y relegada a mera *hypómnesis* por Platón, toda vez que se subordina a la escritura. En este modelo oratorio el tiempo del debate político o del pleito judicial, es el *kairós*. Ningún plan textual preconcebido puede prever el ánimo de la audiencia o los argumentos que el azar hará surgir de la parte contraria: el discurso escrito siempre quedará por detrás del *kairós*, y la impronta del texto fijado delatará su presencia en el trasfondo de las palabras libradas memorísticamente, dado que la obligada *performance* era impuesta por la vigencia del canal oral de transmisión en la vida comunitaria. Sólo un discurso que responda al “tiempo oportuno”, nos dice este maestro de retórica nacido en la Elea asiática, garantizará el éxito del debate –y de esta forma incentiva la curiosidad de los alumnos para frecuentar su Escuela–.

De manera que por los cambios que experimenta el arte de la palabra en los tiempos de la escritura vemos a Alcídamente alinearse a favor de la tradición, del estilo depositado en la dicción de los poetas, frente a las pautas formales de una creación sujeta a la técnica gráfica. Y así se desarrollará una curiosa oposición léxica en la que el *deinòs rhétor*, el ‘orador hábil’, estará por encima del *poitès*, mero ‘hacedor de discursos’ en el juicio de nuestro autor. En primer lugar se abordará entonces el marco general de la naciente disciplina retórica, posibilitada por un contexto cultural y político marcado por el dinamismo de la palabra viva, en donde se destacará la figura de este maestro del *légein* en su in-



tento de perseverar en el cultivo de una *léxis* que en última instancia se remonta a Homero, y cuya vertiente opuesta llega hasta Isócrates, contemporáneo de Alcídamente, ambos discípulos de Gorgias no obstante (3.4.2).

En la lúcida y metódica exposición del opúsculo que habremos de analizar (3.4.3) no está en juego, sin embargo, la insuprimibilidad de la escritura. Alcídamente es consciente de que la estación de la pura oralidad ha pasado. De hecho, en la *refutatio* de su alegato un interlocutor ficticio cuestiona el uso de la escritura en quien no ahorra críticas para la misma –alimentando retrospectivamente la misma sospecha que ha dado origen a la doctrina de los *ágrapha dógmata*–. La defensa del orador a esta objeción nos dará la dimensión de sus reparos al uso de los signos gráficos como medio de comunicación. De hecho, pese al estado fragmentario de la mayor parte de su legado, podemos colegir sus intereses eruditos y la confianza en la perduración de su obra, rasgo propio del “humanismo literario” del cual hacía gala también su contemporáneo –y rival– Isócrates.

El opúsculo *Sobre los que escriben los discursos escritos o Sobre los sofistas* (SDE), puede ser datado en torno al 390 a.C. sobre la base de la evidencia externa que proporciona el *Contra los sofistas* de Isócrates, que muy probablemente responde al SDE, y que permite ser remitido a esa fecha en razón de que en una obra madura el propio Isócrates aludió a su temprano discurso, según leemos en un pasaje de su *Antídosis*, “cuando comencé a dedicarme a esta actividad divulgué un discurso escrito en el que dejaba claro que criticaba a quienes hacen promesas excesivas y exponía mi propia opinión” (193).<sup>84</sup> Ahora bien, hay un comentario aristo-

<sup>84</sup> La relación del SDE frente a la obra de su rival puede ser conjeturada a partir del cotejo de ambos escritos (compárese SDE 1-2, 15 con *Contra los sofistas* con 9, 11, 13, 30, y *Panegírico* 11ss.). De todas formas, es lícito suponer que los

télico con respecto a la vigencia de la palabra viva en su propio tiempo que será con más razón pertinente al contexto del discurso que habremos de analizar, escrito medio siglo antes que la *Téchne rhetoriké* del Estagirita. En efecto, en el capítulo 12 del libro III de la *Retórica*, en oportunidad del tratamiento final de la doctrina de la *léxis*, se presenta la división de los géneros oratorios sobre la base de la clase de expresión (1423b3ss.): a la *léxis* hablada se le atribuye el ámbito de los debates, a la escrita (*graphiké*) el género epidíctico, considerado adecuado para la lectura (1414a18). Pero lo que cobra especial relieve para nuestra perspectiva es la clasificación que se efectúa a su vez sobre el discurso oral, es decir la oratoria política (*demegoriké*) y la oratoria forense (*dikaniké*),<sup>85</sup> que nos delinea el amplio espacio institucional en que la comunicación entre los ciudadanos reposaba sobre el canal oral de transmisión, incluso en un estadio en que la praxis letrada se iba imponiendo cada vez más en la sociedad griega.<sup>86</sup>

métodos de enseñanza de ambas escuelas eran mutuamente conocidos, de manera que la polémica pudo haberse originado indistintamente por cualquiera de las dos partes (véase O'Sullivan [1992:23-31]).

<sup>85</sup> Los puntos de contacto de la *Retórica* con las doctrinas de Isócrates, en particular el ya citado *Antídosis* (§46-50), plantean el problema más general de una postura común de ambos autores frente a la concepción de la retórica en Platón. En términos generales podemos seguir a Vallejo Campo (1994) cuando argumenta en torno a la ruptura que llevó a cabo Aristóteles en su concepción de la *téchne rhetoriké*, al rechazar la concepción monolítica de la *epistéme* platónica y desgajar de ella un ámbito propio para la razón práctica y los razonamientos en los que ha adquirido destreza el orador. En suma, se trata del espacio de la *práxis* y de la *poíesis* –y debe recordarse que la *téchne* es parte integrante de esta última. Se da el caso, entonces, de que Aristóteles está más cerca en este aspecto de la tesis de Gorgias que la de su maestro, según se desprende del célebre diálogo homónimo de Platón.

<sup>86</sup> Hay un panorama en Harris (1991:84-88) sobre la temprana circulación de los textos en Atenas.

Un ejemplo del ámbito de ejercicio de la palabra viva puede proporcionarlo el funcionamiento del jurado popular o Heliaía: esta institución forense estaba formada a fines del siglo V a.C. por 6000 miembros, elegidos por sorteo y distribuidos en diez tribunales, el principal de los cuales era, precisamente, el Heliaía, por el nombre de cuyos miembros (los *heliaístaí*) se designó por extensión a todos los jueces. Pero lo más importante a tener en cuenta es el lugar que en esta dinámica ocupaba el intercambio oral. Efectivamente, el tribunal ateniense no conocía fiscales oficiales. La acusación en cualquier caso, incluso en las que concernía a los intereses del estado o a la salvaguarda del orden establecido, podía ser sostenida por cualquiera que lo deseara. Como principio se consideraba que los intereses y la seguridad del estado tenían que tocar por igual a todo ciudadano, y es por eso, precisamente, que se estaba obligado a salir en su defensa.<sup>87</sup> Pero lo más importante, en conexión directa con el ejercicio retórico, estaba el hecho de que *tampoco existían defensores profesionales*, todo ciudadano tenía que defenderse por sí mismo; en los casos en que no se sentía en condiciones de hacerlo con suficiente eficacia, se dirigía a un especialista y aprendía de memoria el discurso que éste escribía para él. Este profesional es el *logógrafo*, ‘redactor de discursos’, y es claro que los alumnos que concurrían a las escuelas de renombrados maestros de retórica (como Alcídamente o Isócrates, o anteriormente Gorgias, mentor común de ambos), tenían en vista estos espacios institucionales como ámbitos de su futura labor profesional.

<sup>87</sup> Castoriadis (2006:67) señala la sorpresa –y admiración– que le causaba esta concepción de la democracia como régimen sin ninguna norma externa a sí misma, y ejemplifica con el caso paradigmático de la *graphé paranómon*, según la cual cualquier ciudadano puede pedir la revocación y condena de otro que ha propuesto y logrado la aprobación de una ley injusta: “¡Fantástica vacilación, enigma de la democracia, de la sociedad *autónoma!*” (*ibid.* –resaltado por el autor–).

También el virtuosismo verbal era ejercido en ocasión de las fiestas, como los variados festejos que jalonaban el calendario oficial ateniense, sea en las Panateneas y sus *performances* de rapsodas (recuérdese el *Ion* de Platón), sea en las representaciones dramáticas y el concurso de canto coral ditirámico en oportunidad de las Grandes Dionisias o Dionisias urbanas.

### 3.4.2. El enfrentamiento de las *léxeis*

Según venimos adelantando, el *SDE* es una propuesta de fundar el discurso bajo la impronta del dictado de la ocasión, del *kairós*, y Alcídamente se ve en la necesidad de argumentar a su favor frente a otras concepciones de la *téchne rhetoriké*, que a instancias de debates semejantes se consolidará definitivamente tiempo después en la *Retórica* aristotélica, con el triunfo de una prosa especializada y con procedimientos de estilo ajenos a la propuesta de Alcídamente.<sup>88</sup>

Según se sabe, el “mito fundacional” del nacimiento de la retórica en Grecia está centrado en la llegada de Gorgias a Atenas en carácter de embajador de su ciudad natal, Leontino, en Sicilia.<sup>89</sup> La visita de esta delegación –aunque no de Gorgias mismo– en 427 a.C. está mencionada por Tucídides;<sup>90</sup> de todas formas es difícil imaginar que el prolífico despliegue de la retórica posterior pudiera tener este origen puntual, habida cuenta de que la actividad de Protágoras, Hipias y Antífonte estaba ya en pleno desarrollo para esa fecha, co-

<sup>88</sup> La mayor parte de las citas de *Retórica* 1406a18-b11 provienen de Alcídamente, y figuran allí como ejemplos de estilo *psychrón* o ‘estéril’ –los latinos lo tradujeron como *frigidum* o *insulsum*–. La complejidad del alcance de estas críticas está analizada en Avvezù (1982:xi-xiii) y en Muir (2002:88-90). De todas formas hay más información en el Apéndice II del presente trabajo.

<sup>89</sup> Y pasaba por ser uno de los discípulos de Córax y Tisias, creadores del nuevo arte (Cicerón, *Brutus* 46ss.).

<sup>90</sup> VIII 68. En cambio sí lo menciona Platón en el *Hipias Mayor* 282b.

mo lo demuestra el interesante repertorio de oradores y sofistas que se lee en *Fedro* 266d-267d. Pero incluso no debe olvidarse que la tradición oratoria griega, más allá de la vertiente italiana representada por Gorgias, bien puede remontarse hasta Homero, y abrir así al debatido problema de si la retórica como tal ya existe en *Iliada* y *Odissea*.<sup>91</sup> El hecho es que el simbólico título de la obra *Certamen entre Homero y Hesíodo*, una de cuyas versiones debe atribuirse con seguridad a Alcidas, encierra el antagonismo de dos *léxeis* enfrentadas, como también podemos encontrarlo en el debate de los dos poetas dramáticos de *Ranas*: la línea del *genus grande*, que arranca de Homero y que en la comedia de Aristófanes está representado por Esquilo –de base oral, que confluiría en Gorgias–, y la del *genus tenue*, que se encarna en el rol de Eurípides, y que podemos identificar con los cultores de una estilística con base en la escritura, cuyo punto de arranque se remontaría hasta Hesíodo.<sup>92</sup> La vertiente gorgiana se continúa en Alcidas, y la identificación llega al punto de que, según el testimonio de *Suda* i.535, pasa por haber sido el sucesor de la escuela a la muerte del maestro, de manera que la tradición sancionó una dependencia mayor de Alcidas con respecto a las enseñanzas de Gorgias que la que atribuyó a Isócrates, el otro famoso condiscípulo de éste. Y efectivamente el *SDE* se enfrenta al *Contra los sofistas* como un postrer momento de la antigua polémica, que habrá de inclinarse definitivamente por el triunfo del *technítes*, del *poietés* o ‘hacedor de discursos’ en términos de Alcidas, relegando a segundo plano al *deinòs rhétor*, que brilla en la *performance* del discurso espontáneo frente a la audiencia.

<sup>91</sup> Véase Iglesias Zoido (2000).

<sup>92</sup> O’Sullivan (1992:106-152). Para *Certamen* recuérdese nota 2 (con remisiones).

### 3.4.3. La tensión entre oralidad y escritura y el testimonio de Alcidas de Elea

En conexión directa con su contenido se encuentra la *forma* literaria del *SDE*: este singular ensayo no es un discurso realmente pronunciado –su estructura es de otra naturaleza y, por lo demás, no hay indicios de una audiencia real o imaginaria–, pero tampoco es un ejemplo de cómo improvisar un discurso en un caso concreto, qué léxico es el más adecuado, y qué argumentos convienen. La idea más aproximada tiene que encontrarse en un tipo de texto de difusión pública que un orador hace del programa de su escuela, en la intención de atraer alumnos a sus cursos de retórica.<sup>93</sup> Una propuesta, en suma, que garantiza al discípulo el éxito (*eupóros*, 13 y *passim*) en los asuntos públicos, el progreso en el aprendizaje (*seméiâ tês epidóseos*, 32), e incluso la utilidad para la propia vida (*têi chreíai toû bíou*, 34). De esta promisoriosa meta sólo se nos adelanta que habrá de alcanzarse por una optimización del discurso espontáneo, destacándose nítidamente del discurso que se expone memorísticamente sobre la base de un texto previamente escrito –el cual es severamente criticado–. Sin embargo, como habremos de ver, la técnica de composición que se asocia al *gráphein* al ‘escribir’

<sup>93</sup> Y es en este tipo de difusión donde se encontrará el legítimo valor de la escritura para Alcidas (*SDE* 31). Véase el Apéndice I con la traducción total del *SDE*, que nos pertenece, y cuyos resultados fueron adelantados en Castello (2005c). La traducción va acompañada, como es habitual, con el léxico griego que será significativo para el análisis. Debemos agregar, por último, que en coincidencia con nuestro trabajo salió a luz la traducción española de López Cruces *et alii* (2005), en la cual, como dato curioso, se menciona en la página 68 una única versión del *SDE* a nuestra lengua, la de J. G. López Alcalá, *Traducción y estudio del texto “Acerca de los Sofistas”, de Alcidas*, Tesis, UNAM, México 1994, seguida de esta observación, “Que esta primera traducción sea tan reciente no debe sorprender, ya que la mayor parte de los oradores menores han sido traducidos en los últimos decenios del siglo XX”.

no está ausente en la presentación de esta propuesta. La contradicción se habrá de resolver en un segundo nivel de análisis, que presupondrá un estudio léxico de los términos asociados a *autoschediázein* 'improvisar', a efectos de delimitar el auténtico sentido que Alcidadamante otorga a esta noción que, contrariamente a lo que intuitivamente tendemos a suponer, *no* implicará, en la etapa de elaboración del discurso, la ausencia de una instancia escrita. Claro que esta técnica creativa es relegada por Alcidadamante a un segundo plano, desdibujándose bajo la insistencia puesta en la *performance*, pero que de todas formas algunos indicios insoslayables dejan entrever, a pesar de la manifiesta intención de ocultamiento por parte del autor, y de cuyo móvil ensayaremos oportunamente una interpretación. La índole estructural del abordaje léxico que se habrá de emprender traerá a cuenta también el campo semántico del *gráphein*, ya que en la oposición con el campo del *légein* 'hablar' –hiperónimo que comprende naturalmente a *autoschediázein* como uno de sus hipónimos– surgirá la exacta dimensión del polémico ensayo de nuestro autor.

El *SDE* es no sólo la más temprana de las obras conocidas de Alcidadamante, sino una de las dos conservadas en su totalidad. El resto son sólo fragmentos y conjeturas más o menos plausibles sobre su contenido.<sup>94</sup>

### 3.4.3.1 Análisis del *SDE*

El alegato se abre con un claro tono polémico que, sin proponerse crear la impresión de un imaginario discurso judicial, según dijimos más arriba, recrea sin embargo la atmósfera del foro: el autor se propone emprender la acusación contra los discursos escritos

<sup>94</sup> Para una reseña de las obras que con cierta probabilidad podemos atribuir a Alcidadamante, véase el Apéndice II (con algunas conjeturas biográficas sobre el autor que se pueden inferir de las mismas).

(*epicheiréso kategorían poiésasthai tòn graptôn lógon*) de aquellos que, poseedores tan solo de esta habilidad técnica, reivindican el conocimiento total de la retórica, y en su vanidad se creen sofistas, cuando el título más justo sería el de poetas, es decir de meros hacedores de discurso (1,2). Podemos decir que la crítica al discurso escrito ocupa el centro de la obra (3-28), y con variados, ricos y hasta ingeniosos argumentos, se extiende hasta el inicio de la conclusión en la cual, curiosamente, asistimos al comienzo de una especie de palinodia que pretende ajustar los excesos de un juicio negativo sobre la escritura, que podrían desprenderse de una mala interpretación de los dichos anteriores (29-33). Así las cosas, en el último apartado de la obra se vuelve a las ventajas del discurso improvisado, pero que reviste, como resultas de la mediación que se acaba de efectuar, un carácter evidentemente problemático (34).<sup>95</sup>

El peso de las razones dadas en la parte principal del tratado para justificar la inferioridad del discurso escrito de antemano y luego repetido de memoria frente al improvisado es, efectivamente, abrumador: es una técnica a la mano de cualquiera, pero el hablar en el acto sobre lo que el azar presenta supone una naturaleza y una educación especiales (3-4); por eso mismo es de suponer que para el que sabe hablar el tránsito al escribir le será llano, como ocurre en general con una capacidad que de lo arduo se vuelve a lo más fácil (trátese de un peso, de un corredor, de un ejercitado de tiro), pero en la situación inversa no estamos a la recíproca, y así con los que son prácticos en escribir: nadie aseguraría que a partir de esa habilidad serán también capaces de hablar bien (5-8). También el sosiego –o dilación– (*scholé*) que es

<sup>95</sup> Misma división en López Cruces *et alii* (2005:101-104): Exordio (1-2); Argumentos contra la escritura (3-28); Objeciones de un interlocutor ficticio y refutación (29-33), Conclusión: las virtudes de la improvisación (34).



la condición de la técnica letrada se opone al *kairós*, a la inmediatez requerida por los que se dirigen al pueblo y por los que litigan (*demegoroûsi kai dikazoménois*): podría darse la situación ridícula de uno que al llamado del heraldo para tomar la palabra fuera presuroso a la tablilla de escritura para componer y memorizar un discurso. La cosa llega al punto de que hasta los que escriben tratan de remedar el discurso espontáneo, habida cuenta del mayor crédito de que goza éste entre la audiencia (9-13). Es que incluso la memorización previa de un discurso deja una impresión de incoherencia en el momento de ser pronunciado: dado que siempre una dosis de improvisación es necesaria en cualquier asunto, el cambio de registro entre lo previamente estructurado y lo dicho en el acto será tan notorio, que el orador atraerá hacia él la crítica, cuando unos temas parezcan más próximos a la declamación o a la exhibición rapsódica, y otros insignificantes y triviales frente a la precisión (*akríbeia*) de aquéllos. Al tener su mente llena de perplejidad y alboroto (*aporía kai thórybos*), semejará a los encadenados que, una vez en libertad, no pueden abandonar el paso con que les era antes forzoso marchar (14-17). La memorización, por su parte, también es una cosa ardua: no se trata solo de recordar unos pocos argumentos (*enthymémata*) como en los discursos improvisados, sino que hay que aprender también palabras y sílabas, que son muchas y comunes, y con poca diferencia entre ellas, y además para quienes se presentan con un texto previamente elaborado no les es fácil como a los que hablan en el acto disimular el olvido, sino que los invade el extravío y la búsqueda de palabras, y frecuentemente con un silencio interrumpen su discurso, y esta perplejidad se presenta como indecorosa, ridícula y difícil de remediar (18-21). Y si uno toma en cuenta las inclinaciones de los oyentes, los que improvisan se sirven mejor de ella que los que dicen textos escritos, pues estos últimos oradores hablan más largamente que lo esperable, o bien cuando el público

quiere oír incluso más, concluyen sus discursos con antelación, y no pueden, como los que pronuncian discursos no escritos, estructurar como propios los argumentos que en la ocasión surjan de la parte contraria (22-26). Los últimos dos párrafos de esta serie de argumentos adversos a la escritura (27-28) son aquellos que adjudican a los discursos escritos el estatus de meras imágenes (*eídola*), figuraciones (*schémata*), e imitaciones (*mimémata*) de los discursos auténticamente improvisados, y que tuvimos oportunidad de adelantar en 3.3.1., en el cotejo con el mito sobre el origen de la escritura en el *Fedro*.

La radicalización de las razones presentadas deja, sin embargo, abierta la contradicción. ¿Cómo es posible, en efecto, justificar entonces el medio por el cual el autor nos hace conocer sus ideas, que es, precisamente, la técnica letrada que así fue denostada? A lo cual hay que agregar una implicación que parece desprenderse de la crítica a la escritura, la de que no se admitiría su injerencia en *ningún momento* del proceso de la comunicación en una oratoria como la que aquí se presenta. Alcídamente es consciente del primer punto, y abre entonces la conclusión matizando los alcances de lo dicho hasta el momento –y dejando deslizar algunos indicios para la interpretación del segundo punto.

(29) Quizás alguien podría decir que es ilógico acusar la eficacia de la escritura, y hacer uno mismo ostensivas exhibiciones públicas por medio de ella, y criticar esa actividad, por la cual uno se dispone a tener buena reputación entre los griegos, e incluso elogiar los discursos improvisados, mientras uno ocupa su tiempo en la filosofía, y creer más ventajoso el azar que la previsión, y más prudentes a los que hablan a la ligera que a los que escriben con dedicación.(30) Pero yo he dicho esas palabras en primer lugar no por despreciar enteramente la eficacia de la escritura, sino por pensar que ella es inferior a la improvisación

En primer lugar parece desprenderse que la oposición oralidad-escritura, tan marcada en el momento de la *performance* según hemos visto, de la comunicación misma del discurso, tiene contornos más imprecisos fuera del *kairós*, del momento ajustado a la oportunidad. De hecho es el medio adecuado por parte del autor para las *epideíxeis*, los discursos públicos por los cuales hace conocer el virtuosismo de su escuela a toda Grecia.<sup>96</sup> Además no sería el caso de que alguien ocupado en la filosofía –nos dice desdoblándose en una genérica tercera persona–, elogie los discursos improvisados, es decir, que mal podría un orador que cultiva los estudios sistemáticos, metódicos (es el valor de *philosophía* en Alcídamente, es decir un uso no especializado), elogiar sin más el hablar espontáneo. Ya el actual opúsculo lo había asentado claramente desde el comienzo,

(1) Dado que algunos de los llamados sofistas han descuidado la educación y la investigación y al igual que los simples ciudadanos son inexpertos en el uso de la palabra, pero que en su afán de escribir discursos y en mostrar a través de los textos su propia habilidad se vanaglorian y son engreídos en exceso (...)

Es decir que el enunciador de este alegato no descuida, como otros que se arrojan el nombre de sofistas, ni la educación (*paideía*) ni la investigación (*historía*), y está por lo tanto muy lejos de los simples ciudadanos (*idiôtai*).<sup>97</sup>

<sup>96</sup> Y el presente programa podría ser un claro ejemplo de *epideixis* (Muir –2002:29– prefiere la variante *apódeixis*, frente a Avezzù, que sigue a Bekker. Pero de hecho más adelante tenemos al verbo *epideíxo* –30– y nuevamente al sustantivo *tôn epideíxeon* –31–). Es el nombre de una práctica difundida en la época, a la cual hemos aludido más de una vez en nuestro estudio (véase nota 58 –y remisión–).

<sup>97</sup> Ya adelantamos esa especie de “humanismo literario” que se desprende de lo que podemos colegir de su restante producción (véase Apéndice II).

Pero esta sección de su *epídeixis* nos dice algo más: no estuvo en su intención anteponer el azar (*týche*) a la previsión (*prónoia*), ni tampoco los que hablan a la ligera (*toùs eikêi légontas*) a los que escriben con dedicación (*metà paraskeuês graphón-ton*). Lo cual no es óbice para que en la síntesis con que se abre 30 se vuelva a asentar el rol secundario de la escritura frente al discurso improvisado (*cheíro tês autoschediastikês*).

De lo dicho en 29 y en la primera parte del 30, y en conexión con el párrafo introductorio, se desprende un campo semántico del *gráphein* formado por hipónimos positivos –que forma un contraste con lo que se vino asentando de 3 a 18– que es el siguiente

***gráphein***

*paideía*

*historía*

*philosophía*

*prónoia*

*paraskeuê*

En cambio el campo del *légein* recibe un tratamiento ambiguo: parece que el ‘decir’ que se toma en consideración es el de un discurso sin un plan previsto, según lo que propicie el azar, y consecuentemente según lo que a uno le venga en gana. Sin embargo se concluye otorgando el rol preeminente al discurso improvisado, de manera que su caracterización positiva no permite enrolarlo sin más en el campo del ‘decir’, marcado con notas negativas. Quizá podamos graficarlo así.

*légein*

***autoschediázein***

*týche*

*eikêi légein*

La integración definitiva, por el momento, sería la siguiente, en la cual permanece abierta la exacta caracterización del 'improvisar'.

*gráphein*

*légein*

**autoschediázein**

*paideía*

*týche*

*historía*

*eikêi légein*

*philosophía*

*prónoia*

*paraskeuê*

El final de 30 reitera términos ya adelantados también en la introducción de la obra, es decir la afirmación de la propia capacidad del autor para servirse con perfección de la escritura, y el poco rédito de vanagloriarse de ello. Así tenemos

además me valgo también del escribir no por destacarme en eso, sino por demostrar a los que se vanaglorian en esa actividad, que con poco esfuerzo nosotros seremos capaces de borrar y destruir sus discursos.

en correlato con

emprenderé la acusación contra los discursos escritos, **(2)** no por sentirme ajeno a esa habilidad de ellos, sino por preciar-me más de otros medios distintos y pensar que es necesario tomar el escribir como cosa accesoria del hablar

La refutación continúa a lo largo de 31 y 32, en donde asistimos a la exposición de otras razones que dan cuenta del buen uso que puede hacerse de la técnica gráfica, desde proveer el medio de que lleguen las enseñanzas de la escuela a discípulos alejados o que esporádicamente asisten a las clases, hasta hacer las veces

de muestra de los progresos (*seméia tês epidóseos*) que se van realizando en los estudios, y desde esta perspectiva la escritura es asimilada a un espejo que permite contemplar los progreso del alma. Incluso no falta la nota de vanidad personal –propia, por lo demás de la época.<sup>98</sup>

Y además por la preocupación de dejar memoria de nosotros mismos y por sernos agradable la sed de honores nos empeñamos en escribir discursos (32 *in fine*)

Pero será en el penúltimo apartado del tratado donde podremos continuar recabando datos para dimensionar adecuadamente el sentido de la oposición entre oralidad y escritura en la presente obra. Leemos en (33) –con una subdivisión para deslindar los pasos argumentativos–

1. Pero realmente ni siquiera es justo cree que exhortamos a hablar a la ligera, valorando la habilidad de improvisar en lugar de la de escribir.
2. Pues pensamos que es necesario que los oradores hagan uso de los argumentos y del orden según un plan previsto, pero que improvisen en la elección del léxico.
3. Pues no es tanta la utilidad que ofrece la precisión del discurso escrito, cuanta es la adecuación que tiene al momento oportuno la elección de los términos dichos en el acto.

En 1. nos volvemos a encontrar en los términos polares de la oposición, es decir, el *légein* y el *gráphein*. Pero también con el *autoschedázein*, el improvisar, que, según se desprendía de lo ante-

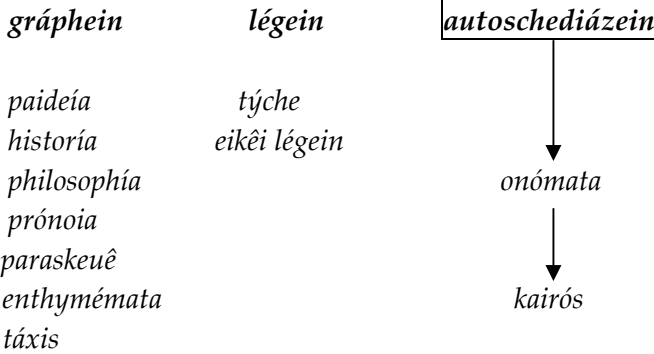
<sup>98</sup> Véase, por ejemplo, Isócrates *Panegírico* 3, 12-14.

rior, *no* se identifica con el mero ‘hablar’ –a la ligera–, ni, por supuesto, con el escribir.

En 2. se le pide al orador que se valga de argumentos y orden, e incluso de un plan previo (*toîs enthymémasi kai têi táxei metà prónoias*), y al parecer nos hallamos a las puertas de una contradicción con lo asentado en 29, cuando la *prónoia* fue opuesta al azar (*týche*), y enrolada entonces por nosotros en el campo del *gráphein*. Y aquí se le pide al orador, modelo de la oratoria espontánea propuesta por Alcidas, que se valga de una organización del discurso, que *sólo* puede satisfacer la escritura. Y así como en aquella oportunidad emergía el *autoschediázein* en una zona de sentido que no podía asimilarse a la de un *légein* negativamente caracterizado –ni a un *gráphein* que por principio está en las antípodas–, aquí también aparece el improvisar aislado, dado que su actividad se concentra *sólo* en la elección del léxico (*perì dè tèn tôn onomáton délosin autoscheiázein*), mientras que se reserva la técnica escrita para fijar la estructura y los argumentos básicos del discurso en el momento de la creación.

Sin embargo esta única actividad del improvisar está, por así decirlo, hipercaracterizada en 3. Efectivamente, ‘los términos dichos en el acto’ (una *variatio* por *autoschediázein*) son los que mejor articulan el *kairós*, el momento oportuno, de forma que ofrecen más utilidad que la que pueden ofrecer los discursos escritos y su precisión (*akríbeia*).

De todas maneras en este complejo enfoque parecería que es el campo del *gráphein* el que sale enriquecido con la nueva caracterización que nos trae el texto, y si bien el improvisar gana la claridad de una denotación más precisa, esta parece escasa para un alegato que pretenda defender una oratoria ‘autoschediástica’.



El ensayo alcidamánteo se cierra con los términos de la parte “fuerte” de la obra, es decir la de la crítica del discurso escrito, y si bien podemos aceptar que los párrafos anteriores, constituidos en parte “débil”, dejaron un amplio margen para relativizar una crítica radical a la utilidad de la técnica alfabética, y de esta manera dieron satisfacción a uno de los interrogantes planteados por el interlocutor ficticio –el de cómo era posible una crítica radical de la propia técnica comunicativa de la que uno se vale–, el segundo de los problemas planteados en esa oportunidad, el de la exacta medida de la intervención de la escritura en la *elaboración* del discurso improvisado –porque a esta altura de nuestra interpretación es imposible negar su incidencia– queda aún sin una respuesta satisfactoria. El *SDE* concluye así,

(34) Por lo tanto quienquiera que desee llegar a ser un hábil orador y no un experto autor de discursos, y quiera valerse adecuadamente de la ocasión más que hablar con un léxico de forma precisa, y trate de tener a su favor la benevolencia de la audiencia más que su recelo por antagonista, y quiera además que se presente ante ella un intelecto flexible, una memoria rica de recursos, e inadvertido el olvido, y esté dispuesto a adquirir la habilidad de los discursos adecuada a las necesidades de la vida, ¿ése no se tomaría naturalmente el mayor cui-



dado en improvisar siempre y en toda circunstancia, y tomándose la escritura a modo de diversión y de cosa accesoria no sería juzgado entre los que piensan bien como uno que piensa bien también?

### 3.4.3.2. Una interpretación del SDE

Efectivamente este párrafo final retoma la oposición oralidad – escritura bajo la perspectiva polarizada con que fue descrita de 3 a 26, distribuyéndose los lexemas bajo los sendos hiperónimos de *rhétor deinós* y *poietés lógon hikanós*, es decir entre las prácticas del orador hábil, agente de la retórica que la escuela promete transmitir al discípulo por medio de su *paideía* (13), y la mera aptitud del hacedor de discursos, que lleva implícita la recurrencia a la escritura, a la *scholé* (8), y que está por ende en las antípodas del *kairós*, es decir de la ocasión o del momento oportuno. El hecho de traer a cuento la incidencia de la audiencia, la importancia de poseer ante la inminencia del debate las cualidades óptimas de flexibilidad mental, memoria y habilidad de disimular el olvido, no hacen más que confirmar la intención del autor de evocar la parte “fuerte” de su alegato, hecho que confirma la caracterización de la escritura como modo de diversión (*en paidiâi*) y cosa accesoria (*en parérgoi*, véase también 2), frente a la auténtica modalidad oratoria, es decir, la del *autoschediázein*, la del improvisar.

Pero lejos está la conclusión de la obra de dejar en claro para el lector la exacta incidencia del auxilio escrito en los diversos momentos de la elaboración del discurso. En primer lugar, ¿qué sentido puede tener en un autor que se ha jactado de cultivar la *paideía* y la *historía* la crítica contra esa misma técnica que las ha posibilitado? No era cuestión de juego o cosa secundaria el legado erudito que, según la tradición, sus obras transmitían, y que en algún momento de nuestro trabajo hemos supuesto enmarcado en una especie de humanismo literario, conectándose en este

aspecto con Isócrates, al cual se le adjudicó alguna vez el título de “hombre de letras”.<sup>99</sup> Por otra parte, la refutación a las objeciones imaginarias de los párrafos 29 a 33 *no* permiten absolutizar la crítica a la escritura.

En camino hacia una elucidación del alcance de las ideas de Alcidas sobre la escritura, tenemos que partir de las circunstancias pragmáticas de este alegato: nos inclinamos en el momento de abordar el problema por un tipo de texto de difusión pública que un maestro de retórica hace del programa de su escuela. Esta interpretación pare hallar su confirmación cuando el autor destaca la importancia de un texto fijado como apoyatura de las *epideíxeis*, y bien podría ser enrolado el *SDE* como una de esas clases en que diversos actores del contexto ateniense manifestaban su virtuosismo técnico y su capacidad de transmisión del saber. Pero el ámbito de la retórica –y ese es el *destino* de esta obra– no es el mismo que el de la *léxis graphiké*.

Se puede, evidentemente, elevar la dignidad de la escritura, y dejar memoria de sí a toda Grecia y por todos los tiempos; pero ésta no podrá eludir el estatus de *paidiá* y *en parérgoi* frente a la eminencia del *kairós*, que reclama la prontitud del *autoschediázein*, de la oratoria espontánea.<sup>100</sup> Y en esto va a estribar precisamente el alto valor de la técnica del hablar que ofrece Alcidas frente a sus rivales, la de que ofrece un modelo de retórica que tiene como meta el *rhétor deinós* cuyo éxito en los certámenes agonísticos garantizará su preeminencia sobre los meros ‘redactores de discursos’ (*logográphois*, 13).

<sup>99</sup> Gauthier-Jolif (1970: II 2, 486).

<sup>100</sup> Más allá del contexto, es sugestivo que la idea de juego aplicada a la escritura aparezca tanto en Platón (*Fedro*:277e6), como en la conclusión del *Encomio de Helena*, de Gorgias, figura conectada estrechamente con Alcidas, según se ha mencionado.

Ante la novedad de una propuesta de esta naturaleza, que se ofrecía como una continuación del *genus grande* y que se emparentaba con el cauce de la tradición no letrada, en el momento en que los tiempos se encaminaban definitivamente hacia la praxis escrita,<sup>101</sup> Alcidasante **no** podía conceder, al menos públicamente, un lugar destacado a esa técnica en la producción del discurso, bajo pena de correr el riesgo de confundirse con las escuelas rivales, la de esos que ‘derrochan su vida’ (2) en tamaños menesteres.

Sin embargo fue la presencia de la escritura la que elevó el *autoschediázein* al lugar de honor que tiene en Alcidasante, frente al mero *eikêi légein*, propio de los *idiôtai*, dado que el paradigma de orador que propone la escuela, está lejos del hablar a la ligera del simple ciudadano, sujeto al azar. Está tan alejado de los no educados (*apaidéútois*) como de los cultores de los discursos aprendidos memorísticamente y luego pronunciados.

Pero que no nos engañe la simetría de un grado cero con dos vertientes equidistantes, que podemos esquematizar así,

*gráphein* ← *eikêi légein* → *autoschediázein*

La escritura *está presente* en el momento de la ideación del discurso, al menos como bosquejo:

(23) Pero en las improvisaciones recae sobre el orador determinar los discursos en atención al efecto de su oratoria, es decir abreviar las partes extensas y expresar a través de giros más largos las cosas bosquejadas (*eskemména*) abreviadamente.

<sup>101</sup> Recuérdese (nota 88) que la crítica aristotélica contra Alcidasante en el Libro III de la *Retórica* es contra su estilo “poético”, de inspiración gorgiana. Es decir, como vimos, es la línea de la retórica de base oral la que es criticada.

(24) (...) es que al expresarse en todos los temas con palabras surgidas en el acto, ni aun cuando dicen más que lo bosquejado (*tôn eskemménon*), no ofrecen en absoluto un discurso incoherente o embrollado.

Y este resquicio de una técnica compositiva celosamente velada por Alcidasante debe ser articulado con aquel requerimiento de argumentos, orden y plan previsto que se le imponía al orador espontáneo, estructura que sólo puede satisfacer un esquema previo apoyado en la escritura (recuérdese 33). Desde esta perspectiva podemos volver a un párrafo muy significativo, inserto en la argumentación contra la escritura, y en donde la reiterada mención de la memoria corrobora la insoslayable presencia de esta facultad psíquica en toda reflexión sobre la tensión entre oralidad y escritura. Leemos,<sup>102</sup>

(18) Y considero también que el aprendizaje de los discursos escritos llega a ser arduo, y la memorización penosa, y vergonzoso en los debates el olvido. Pues todos acordarían que es más arduo aprender y memorizar los asuntos pequeños que los grandes y muchas cosas que pocas. Además con relación a los discursos improvisados se necesita solo fijar la atención en los argumentos, y expresarlos con las palabras del momento; pero en los discursos escritos es forzoso memorizar y aprender con precisión tanto los argumentos como las palabras y las sílabas.

Nótese otra vez la sorprendente coincidencia con el pensamiento platónico: como en el mito del *Fedro*, también en el ámbito de la retórica la memoria se metamorfosea en su antípoda, el ol-

<sup>102</sup> Para el problema textual –que no compromete la interpretación–, véase el Apéndice I (*ad loc.*), con el léxico griego que aquí es analizado.

vido, corroborando de esta forma el juicio del soberano Tamus ante la invención de la escritura: dista mucho de ser un ‘remedio para la memoria’ (*mnémes phármakon*), según el deseo de Teut. En resumen, *no* hay una valorización absoluta de la escritura como instrumento de la memoria, sobre todo cuando apremia librar el discurso en el *kairós* de la vida pública ateniense. Tanto el ámbito de ‘las palabras del momento’ como el de la ‘improvisación en la elección del léxico’ (33,3) es infranqueable para la representación alfabética, porque en este espacio reside la libertad creativa de la propuesta “autoschediástica” de Alcidas: a la escritura ésta sólo se le concede, e incluso con velada reticencia, el delineamiento del esquema argumentativo previo, pero corre a cuenta de la improvisación del momento –apoyada en una elemental memoria esquemática– la elección del léxico que el *kairós* requiere.

Este vibrante alegato, según se ha visto, no puede cuestionar la insuprimibilidad de los *phoinikéia grámmata*, a favor de los cuales se resolverá finalmente la tensión entre oralidad y escritura. De todas formas, parece decirnos Alcidas, el *kairós* no debe ser inmolado en el altar de la letra: el *agón* en el tribunal o en la asamblea despliega las potencialidades del orador a condición de que esté al unísono con las circunstancias concomitantes al acto de su elocución. De lo contrario, es decir cuando librare un discurso elaborado de antemano y reproducido por ende en una ocasión distinta, se habrá de instalar en una irrealidad y su causa estará destinada al fracaso. Es verdad que la técnica escritural puede trascender las *póleis* y hacernos perdurar a través del tiempo –y de hecho, agregaríamos nosotros, “el texto dictado” ha fijado el *continuum* de la creatividad homérica y la ha conservado para siempre–, pero a su vez, insistiría nuestro orador, una amenaza se cierne sobre la escritura, la de que en su inmovilidad e incapacidad de reaccionar al estímulo del momento y las circunstancias precisas traicione nuestra esencia y nos aparte del mundo

humano vital, logrando algunas veces la perfección de los entes artificiales pero alejados como éstos del fluir de la vida, ligado al *kairós*. Esta noción ha ido tomando el protagonismo de clave de bóveda a lo largo del estudio de la retórica de Alcidas, de manera que con una caracterización más precisa de su injerencia en el *SDE* se cerrará este recorrido, precedido de una sucinta aproximación a los ámbitos denotados por la significación de este importante término.

El primer testimonio de *kairós* es homérico, pero bajo la forma adjetival de género neutro, *káirion*, cuyas ocurrencias están todas en *Ilíada*. El contexto es siempre el de heridas en una parte vital del cuerpo, de manera que *káirion* representa el ‘punto preciso’, el ‘lugar mortal’ en que el arma ha alcanzado la zona fatal.<sup>103</sup> Con posterioridad a Homero, por ejemplo en Hesíodo o en Teognis, aparece ya la forma sustantivada, el familiar *kairós*, ahora con un carácter abstracto por la recategorización lingüística, que opone un término de clase a la propiedad particular mentada por el adjetivo. De manera que el nuevo estatus categorial permite el juego de oposiciones: es fundamental en este estadio la polarización frente al adverbio *ágan* ‘demasiado’, y de allí la conocida sentencia delfica<sup>104</sup> *medèn ágan: kairôi pánta prósesti kalá*, que solemos traducir ‘nada en exceso: en el momento oportuno todas las cosas están presentes’, optando por una significación decididamente temporal. Sin embargo en un testimonio de Hesíodo, en donde *kairós* está en asociación con *métrá* y con *áristos* parecería aludir a una articulación más amplia que la meramente cronológica, a unas circunstancias plenificadas, diríamos, con todos los aditamentos del momento en cuestión: en la serie de consejos que el poeta dirige a su hermano en *Trabajos y días* recomienda evitar

<sup>103</sup> *Il.* 4,185; 8,84; 8,326, y 11.439 (aquí bajo la forma compuesta –*télos– katakáirion*).

<sup>104</sup> Que en DK 88B. 7 es adjudicada a Critias (quien la adscribe a su vez a Qui-lón de Esparta).

un peso excesivo en el carro, dado el riesgo de quebrar el eje y perder la carga: la advertencia se cierra con este hexámetro, *métra phylássesthai: kairós d' epì pâsin áristos* (694) 'guarda la medida: la oportunidad es óptima en todo'. Esta "oportunidad" en cuestión que *kairós* mienta comprende todo el haz de eventos concomitantes que aseguran la realización óptima que el hecho requiere, a la sazón, la medida del peso que un carro determinado en un momento determinado puede transportar. En realidad este sentido amplio de *kairós* también está vigente en el propio siglo V a.C., en concurrencia con la conocida significación temporal. Para hacer un relevamiento mínimo concentrado en el ámbito de la tragedia, vemos que en Esquilo se habla de una flecha *prò kairoû* para aludir a aquella que yerra el blanco (*Agamenón* 365); pero de *kairòn cháritos* para mentar el grado debido de *cháris*, es decir de homenaje al rey, en el contexto de la misma obra (787). En el *Prometeo* se intenta persuadir al Titán de que en su trato con los mortales no obre *kairoû péra* 'más allá del límite de lo debido' (507). En Sófocles y en Eurípides existen pasajes semejantes en que asistimos antes bien a una denotación de adecuación que a una noción de temporalidad.<sup>105</sup>

Si volvemos a Alcídamante podemos interpretar finalmente su retórica fundada en el *kairós* como un ejercicio de la palabra librada espontáneamente, sin las ataduras que supone la memorización completa de un discurso elaborado fuera del contexto de la enunciación. Es decir que la retención temática de una sinopsis elemental será suficiente para permitir al *deinòs rhétor* el libre des-

<sup>105</sup> Sófocles, *Áyax* 34, *kairòn d' ephékeis* 'tu llegada es apropiada, oportuna'; *Electra* 31, *ei mé ti kairoû tyncháno* 'si algo digo fuera de lugar'; Eurípides, *Hécuba* 593, *gê ...tychoûsa kairoû theóthen* 'la tierra...encuentra lo apropiado (sc. lluvia, claridad, etc.) de parte de los dioses'; *Orestes* 122, *hà eis adelphèn kairós ekponéîn emé*, 'lo que es apropiado que yo ofrezca a mi hermana' (en cuyo contexto –un ritual funerario– no se trata en absoluto de una significación temporal).

plazamiento por las circunstancias concomitantes que demandan su atención en el momento de la *performance*, desde la audiencia, con su ánimo cambiante y la imprevisible variedad de los argumentos que la discusión hace surgir, hasta las propias facultades del orador, que el azar puede entorpecer, pero que una educación en el *kairós* podrá hasta revertir a su favor, dado que ‘un intelecto flexible, una memoria rica de recursos y un olvido que pase inadvertido’ (34) son las primicias que depara Alcídamente al alumno que siga las enseñanzas de su escuela.



## APÉNDICE I / TRADUCCIÓN

### *Sobre los que escriben los discursos escritos o sobre los sofistas*

(1) Dado que algunos de los llamados sofistas (σοφιστῶν) han descuidado la educación y la investigación (ἱστορίας καὶ παιδείας) y al igual que los simples ciudadanos (ιδιώταις) son inexpertos en su capacidad de hablar, pero que en su afán de escribir discursos y en mostrar a través de los textos<sup>106</sup> su propia habilidad se vanaglorian y son engreídos en exceso, y al poseer una insignificante parte de la retórica (τῆς ῥητορικῆς) reivindican la eficacia del arte entero, por esa causa emprenderé la acusación contra los discursos escritos (ἐπιχειρήσω κατηγορίαν ποιήσασθαι τῶν γραπτῶν λόγων), (2) no por sentirme ajeno a esa habilidad de ellos, sino porpreciarme más de otros medios distintos y pensar que es necesario tomar el escribir como cosa accesoria (ἐν παρέρργῳ) en la

**Nota general:** las referencias se encuentran en el catálogo de fuentes de la bibliografía (*s.v.* Alcidas). La edición tomada como base es la Avezzù (1982), que es con mucho el texto más ampliamente documentado con que contamos, y nos ofrece tanto una descripción total de todos los manuscritos como el *apparatus criticus* más completo que disponemos. En síntesis, casi todos los manuscritos supérstites de Alcidas derivan de dos: **A**, el MS Cripp (Burney 95 en el Museo Británico) escrito en el siglo trece o a comienzos del catorce a.C., que incluye el *Odiseo* pero no el *SDE*, y **X**, el MS Palatino (ahora en Heidelberg – 88) escrito en el siglo doce a.C., que incluye ambos, el *Odiseo* y el *SDE*. También es importante la edición de Muir (2002), que presenta la traducción enfrentada con el texto griego y acompañada con un breve comentario. La fijación del texto original es la de Avezzù, con desacuerdos anotados y asentados en el comentario. Para más datos véase nota 93.

<sup>106</sup> δία βιβλίων, conjetura de Reiske, más coherente con todo el discurso según nuestro criterio que la *lectio difficilior* (δι' ἀβεβάλων) de los manuscritos adoptada por Avezzù. De esta última forma tendríamos 'con medios inseguros', y es la versión defendida por López Cruces et alii. Muir atribuye el error del copista a una confusión fonética o visual: BIBΛΙΩΝ/BEBΛΙΩΝ en unciales.

práctica de hacer discursos,<sup>107</sup> y por suponer que los que derrochan su vida en eso mismo están muy alejados de la retórica como de la filosofía, y por considerar que podrían ser declarados poetas mucha más justamente que sofistas. (3) Primeramente entonces uno podría recelar del escribir por esta causa, porque es accesible, fácil y a la mano de cualquiera que por azar lo tome. Puesto que el hecho de hablar en el acto (ἐκ τοῦ παραυτίκα) acerca de lo que por azar se presenta verosímelmente, y el valerse de un ágil repertorio de argumentos (τῶν ἐνθυμημάτων) y del buen uso del vocabulario, y acompañar con buen tino la ocasión (τῷ καιρῷ) y las inclinaciones de los hombres y hablar el lenguaje que conviene, ni es propio de toda naturaleza ni de una educación que se obtenga de casualidad. (4) En cambio el hecho de escribir con mucho tiempo y el de corregir tranquilamente (κατὰ σχολήν), y después de hacer el cotejo con las composiciones de los sofistas que nos han precedido, reunir argumentos de varios lados para una misma obra e imitar los ocasionales logros de las cosas bien dichas, y corregirlas así según el gusto de los simples ciudadanos, como depurarlas y rescribirlas uno mismo en sí mismo después de un reiterado examen, también para los que no tienen educación (τοῖς ἀπαιδεύτοις) es naturalmente fácil. (5) Y las cosas buenas y nobles son sin excepción raras y arduas y nacen habitualmente con esfuerzo, pero las comunes y ordinarias son de fácil adquisición. Así, dado que el escribir está más a nuestra disposición que el hablar, con toda naturalidad podríamos también considerar de menor valor su adquisición. (6) Además, de los que son hábiles en hablar (τοῖς λέγειν δεινοῖς), nadie que piense bien desconfia-

<sup>107</sup> τοῦ λέγειν μελετᾶν: el primer verbo es una reposición de Radermacher, que también acepta Muir. López Cruces et alii, que siguen a Avezzù –que no considera la reposición– traducen ‘y creo que la escritura debe practicarse como una actividad de segundo orden’.

ría de que ellos, variando un poco su disposición mental, escribirán discursos verosímiles para ser pronunciados, en cambio nadie aseguraría que los que son prácticos en escribir serán también capaces de hablar a partir de esa habilidad. Pues es natural que los que llevan a cabo tareas arduas, cuando vuelven su atención hacia las más difíciles, tengan a mano la forma de cumplirlas cómodamente; pero para los ejercitados en las cosas fáciles la práctica de las más arduas se les presenta resistente e insoportable. Y uno podría comprender esto a partir de los siguientes ejemplos: (7) el que puede levantar un peso considerable podría fácilmente llevar en sus manos las cosas más livianas que llegara a encontrar; pero el que apenas alcanza con su esfuerzo hasta las cosas livianas no sería capaz de soportar ninguna de las más pesadas. Y a su vez el corredor de pies ligeros fácilmente podría ir al paso de los más lentos; pero el lento no sería capaz de correr a la par de los más rápidos; y además de esto el que puede con el dardo o el arco dar certeramente con un blanco alejado, también fácilmente acertará con los que están cerca; pero el que sabe lanzar a un blanco próximo de ninguna manera está claro si también alcanza los que están lejos. (8) Así, de la misma manera, también ocurre con los discursos: el que hace buen uso de ellos en el momento justo no es raro que con tiempo y tranquilidad será un autor de discursos que sobresaldrá al escribir, pero el que hace del escribir su ocupación no es poco evidente que al pasar a los discursos improvisados (τοὺς αὐτοσχεδιαστικούς λόγους) tendrá la mente llena de perplejidad, extravío y confusión. (9) Creo también que para la vida de los hombres siempre y en toda ocasión es algo útil (χρήσιμον) el hablar, pero la capacidad del escribir rara vez se le presenta a uno como algo ajustado a la oportunidad (εὐκαιρον). Pues quién no sabe que hablar en el acto es forzoso para los que se dirigen al pueblo y para los que litigan (καὶ δημηγοροῦσι καὶ δικαζομένοις) y también para los que platican en privado, y que

muchas veces se presentan situaciones imprevistas, en las cuales los que guardan silencio parecen ser dignos de desprecio, pero donde vemos que los que hablan son honrados por los otros como si tuvieran una mente propiamente divina. **(10)** Pues toda vez que fuera necesario reprender a los que caen en el error o aconsejar a los desafortunados o apaciguar a los encolerizados o refutar las acusaciones imputadas de improviso, es en esos momentos que la capacidad de hablar puede venir en auxilio de la necesidad de los hombres. Pero la escritura necesita de dilación y prolonga los tiempos más allá de las oportunidades, pero éstas reclaman un auxilio rápido en los debates, mientras que aquella lleva a cabo sus discursos con dilación y lentamente. Entonces, ¿quién que se precie de sensato envidiaría esta capacidad, que de tal forma se aleja de las oportunidades? **(11)** ¿Y cómo no sería ridículo, si al llamado del heraldo “¿quién de los ciudadanos quiere hablar en la asamblea?”, o, en los tribunales, con el agua ya corriendo en la clepsidra, el orador se dirigiera a su tablilla de escritura para componer y memorizar un discurso? Pues ciertamente si fuéramos tiranos de las ciudades, en nuestro poder estaría convocar los tribunales como deliberar sobre los asuntos públicos, de forma que, cuando escribiéramos los discursos, recién entonces pudiéramos llamar a los otros ciudadanos para escucharlos. Pero dado que otros están encargados de esas cosas, quizá no sería ingenuo que nosotros adoptemos una práctica diferente de discursos *†exactamente en la posición contraria†* < ... ><sup>108</sup>. **(12)** Si las

<sup>108</sup> Ninguna de las conjeturas para aclarar esta secuencia desconectada del texto (*enantíos échousin akribôs*) es satisfactoria: Muir traduce: ‘for those clearly in the contrary position’, y Avezzù: ‘si atteggiano invece ad acribia’. López Cruces *et alii*, que se apoyan en los suplementos de Mariss (pp. 176-178), optan por una modalidad interrogativa de toda la oración y dan la siguiente versión, ‘<que es contraria a los discursos que carecen de exactitud >’.

obras con un texto elaborado y más semejantes a producciones poéticas (ποιήμασιν) que a discursos y que rechazan lo espontáneo (τὸ αὐτόματον) y lo más conforme a la verdad, y que parecen haber sido moldeadas y compuestas con un cuidado previo, llenan de desconfianza y antipatía la mente de los que escuchan < ... ><sup>109</sup> **(13)** La mayor prueba es la siguiente: los que escriben los discursos para los tribunales rehuyen la precisión e imitan el estilo de los discursos improvisados, y parecen escribir más logradamente toda vez que producen discursos que semejan lo menos posible a los escritos, y dado que incluso para los redactores de discursos éste es el extremo de la plausibilidad, el que imiten a los discursos improvisados, ¿cómo no ha de ser necesario también estimar sobremanera a aquella especie de instrucción, a partir de la cual estaremos bien provistos (εὐπόρως) para este género de discursos? **(14)** Y pienso que también por esto se deben juzgar indignos los discursos escritos, porque hacen aparecer incoherente el comportamiento de aquellos que los practican. Pues saberse discursos escritos para todos los asuntos es naturalmente una de las cosas imposibles; y es forzoso que, toda vez que uno improvisa unos temas, y moldea otros según un modelo, el discurso por su desemejanza atraiga la crítica hacia el orador, y que estos últimos temas parezcan más próximos a la declamación o a la exhibición rapsódica (ὑποκρίσει καὶ ῥαψοδίᾳ), y aquellos se muestren insignificantes y triviales frente a la precisión de los escritos. **(15)** Y es asombroso que el que reivindica la filosofía y promete que habrá de educar a otros, toda vez que tenga una tablilla de escritura o un libro, es capaz de mostrar su propio saber, pero toda vez que está lejos de ellos, se presenta en un estado en nada mejor que el de los no educados, y si se le da tiempo, es

<sup>109</sup> Laguna advertida por Radermacher.

capaz de producir un discurso, pero sobre lo que se le presenta inmediatamente está más privado de palabras que los simples ciudadanos, y ofrece técnicas de oratoria, pero no tiene en sí mismo evidentemente ni siquiera una pequeña capacidad de hablar. Pues el ejercicio del escribir constituye el obstáculo mayor del momento de hablar. **(16)** Pues siempre que alguien está acostumbrado a elaborar minuciosamente los discursos y a reunir con precisión y con ritmo (*ἀκριβείας καὶ ὀυθμοῦ*) las frases, y a perfeccionar su estilo con un lento ejercicio de su actividad intelectual, es forzoso esto, que siempre que llegue a los discursos improvisados, al obrar de forma contraria a sus hábitos tenga la mente llena de perplejidad y alboroto (*ἀπορίας καὶ θορύβου*), y esté incómodo frente a todas las cosas, y en nada difiera de los que tienen problemas en la voz, y jamás con una libre vivacidad de su espíritu maneje sus discursos flexible y agradablemente. **(17)** Sino que así como los que fueron liberados después de un largo tiempo de sus cadenas no pueden adoptar un modo de andar semejante a los otros, sino que son constreñidos a aquellos movimientos y pasos, con los que precisamente les era forzoso marchar cuando estaban encadenados, del mismo modo la escritura, al hacer lentos los procesos de la mente y al desarrollar la práctica del hablar en contradicción con sus características propias, pone al alma en perplejidad y entre cadenas, y llega a ser el obstáculo de todo llano fluir en los discursos improvisados. **(18)** Y considero también que el aprendizaje de los discursos escritos llega a ser arduo, y la memorización (*μνήμην*) penosa, y vergonzoso en los debates el olvido (*λήθην*). Pues todos acordarían que es más arduo aprender y memorizar (*μνημονεῦσαι*) los asuntos pequeños que los grandes y muchas cosas que pocas. Además, con relación a los discursos improvisados, se necesita solo fijar la atención en los argumentos, y expresarlos con las palabras del momento; pero en los discursos escritos es forzoso memorizar

(ποιεῖσθαι τὴν μνήμην) y aprender con precisión tanto los argumentos como las palabras y las sílabas.<sup>110</sup> **(19)** Además, los argumentos en los discursos son pocos e importantes, pero las palabras y frases muchas y comunes y con poca diferencia entre ellas, y cada argumento se expresa de una sola vez, pero estamos forzados a servirnos de las mismas palabras muchas veces. Por eso es de fácil realización la memorización de los unos, pero la memorización de las otras se presenta difícil de adquirir y su aprendizaje difícil de conservar. **(20)** Incluso el olvido de los discursos improvisados está al resguardo del deshonor. Y es que al ser libre el estilo y no excesivamente pulidas las palabras, aun en el caso de que se le escape algún argumento, no es difícil para el orador pasarlo por alto y con tomar el argumento siguiente sustraer de todo deshonor a su discurso, sino que incluso de los que se le escaparon, si posteriormente los recordare, será fácil hacer la exposición. **(21)** Pero para los que pronuncian textos escritos, toda vez que en los debates omiten o alteran una pequeña parte, nece-

<sup>110</sup> El final del período no es simétrico, y se ha pensado en la intervención de un interpolador. Por eso Avezzù, tomando en cuenta propuestas anteriores presenta así el texto transmitido: τῶν ὀνομάτων [καὶ τῶν ἐνθυμημάτων] καὶ <τῶν> συλλαβῶν ‘tanto los nombres [como los argumentos] y <las> sílabas’. En nuestra traducción no obstante no nos apartamos de la tradición textual, limitándonos a aceptar la reposición del artículo. A su vez la eliminación de καὶ συλλαβῶν “nato como una maldestra aggiunta volta ad ampliare, in modo improprio, gli elementi del serrato paragone tra i due gradi della memoria”, que es la propuesta de Vallozza (1987:95), nos parece excesiva: piénsese que también la pleonástica insistencia del γράφειν en la primera parte del título con que nos ha llegado este discurso, Περί τῶν τοῦς γραπτῶς λόγους γραφόντων ἢ περὶ τῶν σοφιστῶν había despertado en Radermacher la sospecha de una interpolación (Avezzù), pero no debemos perder de vista el hecho de que el discurso de Alcídama es una composición en la que está en juego la *léxis* de la oralidad, reacia a las pautas estilísticas nacidas de la composición escrita.

sariamente la perplejidad y el extravío y la búsqueda de palabras los invade, y se demoran durante un largo tiempo, y frecuentemente con un silencio interrumpen el discurso, y su perplejidad se presenta como indecorosa, ridícula y difícil de remediar. **(22)** Y creo que los que improvisan se sirven mejor de las inclinaciones de los oyentes que los que dicen textos escritos. Pues los que trabajan con empeño sus obras escritas mucho antes de los debates algunas veces no aciertan con los momentos oportunos; pues o bien al hablar más largamente que lo esperable se hacen odiosos a los que escuchan, o bien, cuando el público quiere oír incluso más, concluyen sus discursos con antelación. **(23)** Pues es difícil, y quizá imposible que la previsión humana alcance el futuro, como para prever con exactitud en qué nivel se habrá de encontrar la expectativa de los que escuchan con relación a la extensión de lo dicho. Pero en las improvisaciones recae sobre el orador determinar los discursos en atención al efecto de su oratoria, es decir abreviar las partes extensas y expresar a través de giros más largos las cosas bosquejadas abreviadamente. **(24)** Aparte de estas cosas, vemos además que un orador y otro no pueden usar de la misma manera los argumentos que se les presentan en los debates. Pues a los que pronuncian discursos no escritos, toda vez que toman algún argumento de la parte contraria, o por agudeza de su pensamiento lo piensan desde sí mismos, les es fácil estructurarlo como propio: es que al expresarse en todos los temas con palabras surgidas en el acto, ni aun cuando dicen más que lo bosquejado, ofrecen en modo alguno un discurso incoherente o embrollado. **(25)** Pero para los que debaten con discursos escritos, si acaso se les presenta algún argumento fuera de lo preparado, les es difícil ajustarlo y usarlo de un modo conveniente; pues la precisión en el arreglo de las palabras no admite las improvisaciones, sino que les es forzoso o no usar en absoluto los argumentos presentados por el azar (*ἀπὸ τῆς τύχης*), o, si los usan, disgregar y



desequilibrar la disposición del texto, y presentar un estilo embrollado y discordante al decir algunas cosas con precisión y otras a la ligera. **(26)** Y ciertamente ¿quién con buen sentido podría adoptar una práctica semejante, que se presenta como un obstáculo al uso de bienes que surgen espontáneamente de uno y que ofrece una ayuda peor a veces que el azar a los que debaten, y que, frente al hábito de todas las otras artes de conducir la vida de los hombres hacia lo mejor, ésta es claramente un impedimento para los recursos que surgen espontáneamente de uno? **(27)** Y creo que no es justo que los discursos escritos sean llamados siquiera discursos, sino como imágenes y figuraciones e imitaciones (εἰδῶλα καὶ σχήματα καὶ μιμήματα) de discursos, y con toda naturalidad podríamos tener de ellos la misma opinión que también tenemos de las estatuas de bronce y monumentos de piedra y animales representados. Pues así como éstos son imitaciones de los cuerpos verdaderos y producen gozo a la contemplación pero no ofrecen ninguna utilidad (χρησιμ) a la vida de los hombres, **(28)** del mismo modo el discurso escrito, al contar con una configuración y estructura simples, visto desde el libro tiene cierto efecto impresionante, pero al permanecer inmóvil en los momentos críticos, no ofrece ninguna utilidad a quienes lo usan. Pero así como los cuerpos verdaderos, pese a tener formas muy inferiores a las bellas estatuas, ofrecen utilidades muchas veces mayores en los hechos, así también el discurso que es pronunciado en el acto, desde el interior de la propia mente, está animado y también vive (ἔμψυχός ἐστι καὶ ζῆ) y sigue a los hechos y es semejante a los verdaderos cuerpos. En cambio el escrito, al ser por naturaleza semejante a una representación del discurso real, resulta privado de cualquier tipo de vivacidad.

(29) Quizás alguien podría decir que es ilógico acusar la eficacia de la escritura, y hacer uno mismo ostensivas exhibiciones públicas (τὰς ἐπιδείξεις)<sup>111</sup> por medio de ella, y criticar esa actividad, por la cual uno se dispone a tener buena reputación entre los griegos, e incluso elogiar los discursos improvisados, mientras uno ocupa su tiempo en la filosofía, y creer más ventajoso el azar que la previsión (τὴν τύχην τῆς προνοίας), y más prudentes a los que hablan a la ligera (τοὺς εἰκῆ λέγοντας) que a los que escriben con dedicación (τῶν μετὰ παρασκευῆς γραφόντων). (30) Pero yo he dicho esas palabras en primer lugar no por despreciar enteramente la eficacia de la escritura, sino por pensar que ella es inferior a la improvisación, y por creer que es necesario ejercitar muchísimo la capacidad de hablar; además me valgo también del escribir no por destacarme en eso, sino por demostrar a los que se vanaglorian en esa actividad, que con poco esfuerzo nosotros seremos capaces de borrar y destruir sus discursos. (31) Además de esas cosas también me empeño en el escribir en razón de las exhibiciones públicas (τῶν ἐπιδείξεων) que son presentados ante la gente. Pues a los que se encuentran frecuentemente con nosotros los exhortamos a que prueben nuestra habilidad, cuando somos capaces de hablar oportuna y elegantemente sobre cualquier tema que se nos pone delante; pero a los que vienen después de algún tiempo a las audiencias, y para los que nunca antes se habían encontrado con nosotros, empezamos con mostrarles alguna de las cosas escritas. Pues al estar acostumbrados a escuchar los discursos escritos de los otros, quizá podrían, al escuchar que nosotros improvisamos, formar una opinión sobre nosotros inferior a la debida. (32) Además de esto, incluso los signos del progreso (σημεῖα τῆς ἐπιδόσεως) que natu-

<sup>111</sup> Lectura de Avezzi, que se apoya en Bekker, frente a ἀποδείξεις de los manuscritos, que sigue Radermacher y retoma Muir.

ralmente se van produciendo en el intelecto con bastante claridad se reflejan en el contexto de los discursos escritos. Pues si improvisamos mejor ahora que antes, eso no es fácil resolverlo, pues es trabajosa la rememoración de las cosas dichas con anterioridad; pero al ver los escritos como en un espejo es fácil contemplar los progresos del alma. Y además por la preocupación de dejar memoria de nosotros mismos y por sernos agradable la sed de honores nos empeñamos en escribir discursos. (33) Pero realmente ni siquiera es justo creer que exhortamos a hablar a la ligera, valorando la habilidad de improvisar en lugar de la de escribir. Pues pensamos que es necesario que los oradores hagan uso de los argumentos y del orden según un plan previsto (τοις ἐνθυμήμασι καὶ τάξει μετὰ πρόνοιᾶς), pero que improvisen en la elección del léxico (περὶ τὴν τῶν ὀνομάτων δήλωσιν). Pues no es tanta la utilidad que ofrece la precisión (ἀκριβείᾳ) del discurso escrito, cuanta es la adecuación que tiene al momento oportuno la elección de los términos dichos en el acto.

(34) Por lo tanto quienquiera que desee llegar a ser un hábil orador (ὀήτωρ δεινός) y no un experto autor de discursos (μὴ ποιητῆς λόγων ἱκανός), y quiera valerse adecuadamente de la ocasión más que hablar con un léxico de forma precisa, y trate de tener a su favor la benevolencia de la audiencia más que su recelo por antagonista, y quiera además que se presente ante ella un intelecto flexible, una memoria rica de recursos, e inadvertido el olvido, y esté dispuesto a adquirir la habilidad de los discursos adecuada a las necesidades de la vida (τῆ χρεία τοῦ βίου), ¿ése no se tomaría naturalmente el mayor cuidado en improvisar siempre y en toda circunstancia, y tomándose la escritura a modo de diversión y de cosa accesoría (ἐν παιδιᾷ καὶ παρέργῳ) no sería juzgado entre los que piensan bien como uno que piensa bien también?

## APÉNDICE II / PANORAMA DEL RESTO DE LAS OBRAS

Si el *SDE* es la más temprana de las obras de Alcidasante, la datación de su última producción puede ser establecida entre el 370-369 a.C., según unas escasas referencias de la *Retórica* de Aristóteles (I, 1373b18 y II, 1397a) en las que es mencionado el *Discurso a los Mesenios* o *Meseníaco*, cuyo tema alude a la derrota espartana en Leuctra y la posterior liberación de Mesenia, acaecidas en esa fecha. Es decir que los datos más o menos seguros de su biografía se limitan a enmarcar su actuación en Atenas entre los últimos años del siglo V a.C. y el primer tercio de la centuria siguiente, y a brindarnos, por medio de la *Suda* (i. 117) el lugar de su nacimiento, Elea, en Asia Menor, en los márgenes del mundo griego. Poco o nada seguro es lo que puede extraerse de la restante obra conservada, cuya somera descripción es la siguiente.

El **a)** *Odiseo* o *Contra la traición de Palamedes* es, junto con el *SDE*, la otra obra que se posee completa, y en su forma y contenido es un discurso de acusación imaginario realizado por Odiseo frente a la armada griega en Troya (un panorama del mismo fue trazado en 3.5. *in fine*).

Además del **b)** *Meseníaco*, mencionado antes, tenemos también **c)** el *Certamen entre Homero y Hesíodo* –competencia imaginaria entre los dos poetas, en la cual Hesíodo es proclamado triunfador–, cuya redacción definitiva se remonta a la época de Adriano, y que tiene en Alcidasante, con mucha probabilidad, al autor de una de sus versiones (dos célebres artículos del joven Nietzsche (1870, 1873) pusieron sobre el tapete la cuestión). Ahora bien, el problema del *Certamen* se enraíza con otro: saber si formaba parte o no del **d)** *Mouseíon*, hipótesis que avala, fundamentalmente, la cita de unos versos que Estobeo (4.52.22) atribuye a esta obra de Alcidasante, y que se han encontrado también en más de una versión del *Certamen* (vv. 70-101). La importancia de recons-

truir el *Mouseîon*, sobre lo que ironiza Muir (2002:XIX), llega incluso hasta considerar la serie de líneas citadas por **e**) Aristóteles, *Retórica*, III 1406a-b, como formando parte del prólogo de dicha obra (es la propuesta de F. Solmsen (1932)) . Lo cierto es que más allá de la relación con el *Mouseîon*, el interés de estas citas estriba en que son el fundamento del testimonio que trae a cuento Aristóteles como diferentes modalidades de estilo que él desapruueba. El criticismo es englobado por el Estagirita bajo el término general de *psychrón*, eso que la preceptiva latina tradujo por estilo *frigidum* o *insulsum*, y estarán englobados bajo cuatro tipos de errores principales: el de los nombres compuestos, el de las palabras inusitadas, el de los epítetos largos, inoportunos o repetidos y, finalmente, el error del uso inapropiado de las metáforas.

Sabemos los nombres de cuatro **f**) *Encomios o Elogios*: el *Encomio de la Muerte*, que Cicerón leyó (*Tusc. Disp.* I, 48.116), el *Encomio de Nais* (una *hetaíra*), el *Encomio de Proteo el perro*, y un *Encomio de la Pobreza*. Según se ve, estos tópicos paradójicos suponen una concepción de la retórica en que prima el virtuosismo del orador, la exhibición de sus cualidades, antes bien que el contenido sobre el que opera la *téchne rhetoriké*, la cual ilustra lo que venimos anticipando en estos apartados.

Digamos, por último, que del **h**) *Physikón* o *Libro de la Naturaleza*, hay solo una referencia (Diog. Laert., 8.56), y el libro aparece como el marco en el cual Alcidamante escribió sobre Zenón y Empédocles.

## CATÁLOGO DE FUENTES<sup>1</sup>

### ALCIDAMANTE

#### *Ediciones y traducciones recientes*

Avezzù, G. (1982) *Alcidamante. Orazioni e frammenti*, testo, introd., trad. e note a cura di G. A., Roma, "L'Erma" di Bretschneider.

Muir, J. V. (2002) *Alcidas. The Works & Fragments*, edited with introduction, translation, and a commentary by M. J. V., London, Bristol Classical Press (Duckworth).

Mariss, R. (2002) *Alkidamas: über diejenigen, die schriftliche Reden schreiben, oder über die Sophisten, Eine Sophistenrede aus dem 4. Jahrhundert v. Ch. eingeleitet und kommentiert*, Orbis Antiquus 36, Münster.

López Cruces, J. L. – Campos Daroca, J. – Márquez Guerrero, M. Á. (2005) *Alcidamante de Elea. Testimonios y Fragmentos – Anaxímenes de Lámpsaco. Retórica a Alejandro*, introducciones, traducción y notas de J. L. L. C., J. C. D. y M. Á. M. G., Madrid, Gredos.

### *Otras*

Radermacher, L. (1951<sup>2</sup>) *Artium scriptores (Reste der voraristotelischen Rhetorik)*, Viena, 132-147.

<sup>1</sup> Se consignan las fuentes más relevantes para el estudio. Las que no constan específicamente corresponden a las ediciones utilizadas por el TLG<sup>5</sup>Canon u OLD.

Bekker, I. (1823) *Oratores attici ex rec. I. B.*, IV, Oxonii, 33-53 (V, Berolini 1824, 667-679).

Reiske, I. I. (1773) *Oratorum Graecorum volumen octavum tenens reliquias Lesbonactis, Herodis Attici, Antisthenis, Alcidasantis et Gorgiae*, cur. I. I. R., Leipzig.

### APOLONIO DÍSCOLO

Householder, F. W. (1981) *The Syntax of Apollonius Dyscolus*, transl., and with comm. by F.W.H., Amsterdam: Benjamins (Studies in the History of Linguistics, 23).

Bécares Botas, V. (1987) Apolonio Díscolo, *Sintaxis*, introducción, traducción y notas por V. B. B., Madrid, Gredos.

Lallot, J. (1997) *Apollonius Dyscole. De la construction (syntaxe)*, introduction texte et traduction par J. L., Paris, J. Vrin.

### ARISTÓTELES

Cope, E. M. (1877) *The Rhetoric of Aristotle, with a Commentary*, ed. E. M. C. (ed. and rev. J. E. Sandys), 3 v., Cambridge (repr. Dubuque, Iowa, 1966).

Gauthier, R. A. – Jolif, J. Y. (1970) *Aristote. L'Éthique à Nicomaque*, introduction, traduction et commentaire, Publications Universitaires Louvain – Paris, tomes I-IV.

Ross, W. D. (1957) *Aristotelis Ars Rhetorica*, ed. W. D. R., Oxford.

Racionero Carmona, Q. (2000) *Aristóteles. Retórica*, introducción, traducción y notas de Q. R. C., Madrid, Gredos.

Sinnot, E. (2004) *Aristóteles, Poética*. Traducción, notas e introducción: E. S., Buenos Aires, Colihue.

### DL

= Diels, H. – Kranz, W. (1952<sup>6</sup>) *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlin.

**DEMÓSTENES**

Butcher, S. H. – Rennie, W. (1903-1931) *Demosthenis Orationes*, ed. S. H. B (I, II.i) and W. R. (II.ii, III), Oxford (OCT).

**GORGAS**

MacDowell (1982), D. M. *Encomium of Helen*, ed. and trans. D. M. MacD., Bristol.

**HESÍODO**

West, M. L. (1997) *Hesiod. Theogony*, Edited with Prolegomena and Commentary by M. L. W., Oxford, Clarendon Press.

Pérez Jiménez, A. (1990) *Hesíodo. Teogonía. Trabajos y días. Escudo*, introducción, traducción y notas de A. P. J., Madrid, Gredos (también en Planeta-DeAgostini, Barcelona, 1997).

**HOMERO**

Monro, D. B. – Allen, Th. W. (1966-1988) *Homeri Opera*, Oxford, Clarendon Press (*Iliadis I-XII*, 1966; *Iliadis XIII-XXIV*, 1988; *Odyssea I-XII*, 1988; *Odyssea XIII-XXIV*, 1974).

Crespo Güemes, E. (1991) *Homero. Ilíada*, traducción y notas E .C. G., Madrid, Gredos (también en Planeta DeAgostini, Barcelona, 1995).

López Eire, A. (1995) *Homero. Ilíada*, edición y traducción de A.L.E, Madrid, Cátedra.

Pabón, J. M. (1993) *Homero. Odisea*, traducción de J. M. P., Madrid, Gredos (también en Planeta-De Agostini, Barcelona, 1997).

Calvo, J. L. (1983<sup>2</sup>) *Homero. Odisea*, traducción y edición de J. L. C., Madrid, Editora Nacional (también en Cátedra, 1993 y Altaya, 1994).

**ISÓCRATES**

Norlin, G. – van Hook, L. (1945) *Isocrates*. Volumes I and II, translated by G. N. Volume III, translated by L. v. Hook, London, Loeb.



Guzmán Hermida, J. M. (1979) *Isócrates. Discursos*, traducción y notas de J. M. G. H., Madrid, Gredos.

#### **NONO DE PANÓPOLIS**

Manterola, S. D. – Pinkler, L. M. (1995) *Las Dionisiacas I*, introducción, traducción y notas de S. D. M. y L. M. P., Rev.: Ma. E. Rodríguez Blanco, Madrid, Gredos.

#### **PLATÓN**

Burnet, J. (1900-19007) *Platonis Opera*. Recognovit brevique adnotatione critica instruxit I. B. Oxford: Oxford Classical Texts, 5 vol. (hay numerosas reimpresiones).

García Gual, C. (1981) “Protágoras”, en Platón, *Diálogos*, vol. I, Madrid, Gredos.

Lledó Iñigo, E. (1981) “Ion”, en Platón, *Diálogos*, vol. I, Madrid, Gredos.

Lledó Iñigo, E. (1986) “Fedro”, en Platón, *Diálogos*, vol. III, Madrid, Gredos.

#### **SUDA**

Adler, A. (1928-1935) *Suidae Lexicon*, Leipzig.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

Adkins, A. W. H. (1970) *From the Many to the One: a Study of Personality and Views of Human Nature in the Context of Ancient Greek Society, Values and Beliefs*, London.

Adrados, F. R. (1963) “La cuestión homérica”, en L. Gil (ed.) *Introducción a Homero*, Barcelona, Guadarrama, pp. 17-87 [ambién en Labor, 1984].

Adrados, F. R. (1973) “El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico”, *Emérita* 41, pp. 1-43 [recogido en *Estudios de Semánti-*

- ca y Sintaxis*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 267-313 y en *Palabras e ideas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, pp. 35-90].
- Adrados, F. R. (1975a) "El sistema del nombre del indoeuropeo preflexional al flexional", *Estudios de semántica y sintaxis*, Barcelona.
- Adrados, F. R. (1975b) "Sobre la estructura del indoeuropeo preflexional", *Estudios de semántica y sintaxis*, Barcelona.
- Adrados, F. R. (1975c) *Lingüística indoeuropea*, Madrid.
- Adrados, F. R. (1981) *El mundo de la lírica griega arcaica*, Madrid, Alianza.
- Adrados, F. R. (1983) "Las categorías gramaticales del griego antiguo", *Estudios metodológicos sobre la lengua griega*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 85-97.
- Adrados, F. R. (1992) "La lengua de Sócrates", *Méthexis* V, pp. 29-52.
- Adrados, F. R. (1993) *Nueva Sintaxis del Griego antiguo*, Madrid, Gredos.
- Adrados, F. R. – Bernabé, A. – Mendoza, J. (1995-1996) *Manual de Lingüística Indoeuropea I-III*, Madrid, Ed. Clásicas.
- Adrados, F. R. (2001a) *Lírica griega arcaica (Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C.)*, Madrid, Gredos.
- Adrados, F. R. (2001b) "La composición de los poemas hesiódicos", *Emérita* LXIX.2, pp. 197-223.
- Alarcos Llorach, E. (1994) *Gramática de la Lengua Española*, Madrid, Espasa Calpe.
- Allen, W. S. (1987) *Vox Graeca*, 3rd ed., Cambridge.
- Altherr-Charon, A. – Bérard, C. (1980) "Érétie. L'organisation de l'espace et la formation d'une cité grecque", en A. Schnapp (ed.) *L'archéologie aujourd'hui*, Paris, Hachette, pp. 229- 249.
- Atkins, J. W. H. (1934) *Literary Criticism in Antiquity*, 2 vols., Cambridge.
- Auroux, S. (1998) *La filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Docencia.
- Auroux, S. (dir.)(1992) *Histoire des théories linguistiques: tome 1, La naissance des métalangages en orient et en Occident*, Liège-

- Bruxelles, Pierre Margada éditeur; tome 2, *Le développement de la grammaire occidentale*.
- Bakker, E. J. (ed.) (1999) "Homeric ΟΥΤΟΣ and the poetics of deixis", *CPh* 94, pp. 1-19.
- Balthassar von, H. U. (1986) *Gloria. Una estética teológica. Tomo IV: Metafísica, edad antigua*, Editorial Encuentro, Madrid.
- Baratin, M. – Desbordes, F. (1981) *L'analyse linguistique dans l'Antiquité classique, I Les théories*, Paris, Klincksieck.
- Baratin, M. (1978) "Sur l'absence des notions de sujet et de prédicat dans la terminologie grammaticale antique" en: *Varron, grammaire antique, stylistique latine*. Recueil offert à J. Collart pour son 70 anniversaire, Paris, pp. 205-209.
- Beekes, R. S. P. (1990) "The Historical Grammar of Greek: A Case Study in the Results of Comparative Linguistics", en: Ph. Baldi (ed.) *Linguistic Change and Reconstruction Methodology*, Berlin, Mouton de Gruyter, pp. 305-329.
- Bentley, R. (1737) *Remarks upon a Late Discourse of Free-Thinking*, London.
- Benveniste, E. (1999<sup>20</sup>) *Problemas de lingüística general*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Volúmenes I y II (*Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard: I, 1966; II, 1974).
- Benveniste, E. (1935) *Origines de la formation des noms en indo-européen*, Paris, Maisonneuve.
- Beuchot, M. (1981) "La filosofía del lenguaje entre los griegos", *Thesis* 9, pp. 47-53.
- Bieda, E. (2005) "Una aproximación a la noción de *rhêma* en Aristóteles", en Castello, L. A. – Mársico, C. (eds.) *El lenguaje como problema entre los griegos. ¿Cómo decir lo real?*, Buenos Aires, Altamira, pp. 211-222.
- Blandin, B. (2000) "Une tombe du IXe siècle av. J-C. à Erétrie", *Antike Kunst*, 43, pp. 134-145.

- Boisacq, E. (1950<sup>4</sup>) *Dictionnaire étymologique de la Langue Grecque*, Heidelberg.
- Borges, J. L. (1990) *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar" (1936-1939)* edición de E. Sacerio Garí y E. Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets.
- Bosque, I. (1990) *Las categorías gramaticales*, Madrid, Síntesis.
- Bowra, C. M. (1952) *Heroic Poetry*, Macmillan, London.
- Brandestein, W. (1964) *Lingüística griega*, Madrid, Gredos.
- Bright, W. (1981) "Literature: written and oral", en D. Tannen (comp.) *Georgetown University Round Table on Languages and Linguistics*, Washington, Georgetown University Press, pp. 271-283.
- Brisson, L. (1993) "Presupuestos y consecuencias de una interpretación esoterista de Platón", "Breve introducción al problema de las enseñanzas orales de Platón", *Méthesis VI* (Suplemento), pp. 13-36.
- Brisson, L. (1994) *Platon, les mots et les mythes*, Paris, La Découverte.
- Brisson, L. (1989) *Platon. Phèdre*. traducción inédita, introducción, notice et notes , suivi de "La pharmacie de Platon", de Jacques Derrida, Paris, Flammarion.
- Bühler, K. (1950) *Teoría del lenguaje*, trad. J. Marías, Madrid, Revista de Occidente.
- Bynum, D. (1967) "The generic nature of Oral epic poetry", *Genre* 2, pp. 236-258 [Reimpreso en D. Ben-Amos (comp.) *Folklore genres*, Texas, 1976, pp. 35-68.
- Carnie, R. (2001) *Syntax: a generative introduction*, London.
- Cassirer, E. (1992) *Antropología filosófica*, traducción de E. Imaz, México, FCE (1<sup>a</sup> edición 1944).
- Castello, L. A. (1985) "El relativo griego: de la yuxtaposición a la subordinación", en AA. VV., *Aspectos sintácticos del pronombre relativo en griego, castellano y latín*, Buenos Aires, Biblos, pp. 5-15.
- Castello, L. A. (1998) "La oración nominal en griego antiguo: caracterización y significación", *Argos* 22, pp. 27-31.

- Castello, L. A. (1998-1999) "Acerca de un tratamiento reciente de la sintaxis del relativo en griego clásico", *AFC* 16/17, pp. 27-33.
- Castello, L. A. (2001a) "Gramática y ontología: el género de los nombres en indoeuropeo", en V. Juliá (ed.) *Los antiguos griegos y su lengua*, Buenos Aires, Biblos, pp. 13-22.
- Castello, L. A. (2001b) "La construcción personal", en V. Juliá (ed.) *Los antiguos griegos y su lengua*, Buenos Aires, Biblos, pp 115-124.
- Castello, L. A. (2002) "La sobrevivencia en el canto (*aoídimoí*): una forma de inmortalidad", en *Los estudios clásicos ante el cambio de milenio. Vida, Muerte, Cultura*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), tomo 1, pp. 226-233).
- Castello, L. A. (2003) "Algunos aspectos de la relación entre oralidad, mito y literatura", en *Segundas Jornadas sobre cultura popular. Literaturas populares*, I.E.S. nº 1, Alicia Moreau de Justo, pp. 256-263.
- Castello, L. A. (2004) *Dialéctica frente a retórica en el primer "contradiscurso" de Sócrates: Platón, 'Fedro' 237a-241d* [inédito].
- Castello, L. A. – Mársico, C. T. (eds.) (2005a) *El lenguaje como problema entre los griegos. ¿Cómo decir lo real?*, Buenos Aires, Altamira.
- Castello, L. A. (2005b) "Síntesis de nociones sintácticas básicas en perspectiva semántica", en E. Corti (comp.) *Introducción a los estudios universitarios*, UNSAM - Baudino Ediciones, pp. 69-78.
- Castello, L.A. (2005c) "Oralidad, escritura y retórica en 'Sobre los que escriben los discursos escritos o sobre los sofistas' de Alcídámante de Elea, en Castello, L.A – Mársico, C. T (eds.), *El lenguaje como problema entre los griegos. ¿Cómo decir lo real?*, Buenos Aires, Altamira, pp. 59-86.
- Castoriadis, C. (2006) *Lo que hace a Grecia. 1. De Homero a Heráclito*, Buenos Aires, FCE.
- Cauquelin, A. (1990) *Aristote. Le langage*, Paris, PUF.
- Chadwick, J. (1958) *The Decipherment of Linear B*, Cambridge University Press (hay traducción castellana, *El enigma micénico*).

- El desciframiento del Lineal B*, Madrid, 1962).
- Chanet, A. M. (1990) "Negation sur parataxe et structures apparentées en grec: comment se construit l'interprétation globale", *IG* 46, pp. 28-33.
- Chantraine, P. (1999) *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Paris, Klincksieck.
- Chantraine, P. (1951) *La stylistique grecque*, Paris.
- Chantraine, P. (1961) *Morphologie historique du grec*, 3e éd., Paris.
- Ciapuscio, G. (1988) "La deixis y el funcionamiento textual de los pronombres", *RAL* 4.1-2, pp. 25-66.
- Clinquart, F. – Isebaert, L. (1984) "La theorie de la marque et la syntaxe des consécutives en grec ancien", *LEC* 52.4, pp. 301-312.
- Cohen, M. (1958) *La grande invention de l'écriture et son évolution*, 2 vols., Paris.
- Coldstream, J. N. (1977) *Geometric Greece*, London.
- Cole, T. (1991) *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece*, Baltimore.
- Collinge, N. E. (1988) "Thoughts on the pragmatics of ancient Greek", *PCPhS* 214 [n.s. 34], pp. 1-13.
- Cook-Gumperz, J. – Gumperz, J. (1978) "From oral to written culture: the transition to literacy", en M. Whitehead (comp.) *Variation in Writing*, Hillsdale, N.J.
- Cornford, F. M. (1957) *From Religion to Philosophy*, New York (1a. ed. 1912).
- Cortés Copete, J. M. (ed.) (1999) *Epigrafía griega*, Madrid, Cátedra.
- Coseriu, E. (1962) "Logicismo y antilogicismo en gramática", *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, pp. 235-260.
- Coseriu, E. (1991a) *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- Coseriu, E. (1991b) *El hombre y su lenguaje. Estudios de teoría y metodología lingüística*, 2ª ed. revisada, Madrid.
- Cousin, V. (1944) *Évolution et structure de la langue latine*, Paris.

- Crespo, E. (1977) *Elementos antiguos y modernos en la prosodia homérica*, Suplemento a *Minos*, número 7, Universidad de Salamanca.
- Crespo, E. – Conti, L. – Maquieira, H. (2003) *Sintaxis del griego clásico*, Madrid, Gredos.
- Devoto, G. (1962) *Storia della lingua di Roma*, Bolonia, Capelli.
- De Groot, A. W. (1919) *A Handbook of Antique Prose-Rhythm*, vol. I, Groningen.
- De Saussure, F. (1967) *Cours de linguistique générale*, preparada por Tullio de Mauro, Paris, Payot 1994 (1ra. ed. en italiano 1967 Laterza).
- Delatte, L. – Govaerts, S. – Denooz, J. (1982) “Quelques observations statistiques relatives la subordination en latin”, *RELO* 1, pp. 139-162.
- Delaunois, M. (1988) *Essai de Syntaxe grecque classique. Réflexions et recherches*, Bruxelles-Leuven.
- Delebecque, E. (1958) *Télémaque et la structure de l’Odyssée*, Aix-en-Provence.
- Denniston, J. D. (1924) *Greek Literary Criticism*, London.
- Denniston, J. D. (1952) *Greek Prose Style*, Oxford 1952.
- Denniston, J. D. (1954) *The Greek Particles*, 2nd ed., Oxford.
- Derrida, J. (1967) *De la grammatologie*, Paris, Les Éditions de Minuit (trad. cast.: *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971).
- Derrida, J. (1972) “La pharmacie de Platon”, en *La dissémination*, Paris.
- Desbordes, F. (1992) “Les idées sur le langage avant la constitution des disciplines spécifiques”, en S. Auroux (ed.) *Histoire des théories linguistiques: tome 1, La naissance des métalangages en orient et en Occident*, Liège-Bruxelles, Pierre Margada éditeur, pp. 149-161.
- Devine, A. M. (1994) *The Prosody of Greek Speech*, New York / Oxford.
- Díaz Tejera, A. (1989) “Los modos griegos y la subordinación”, *Actas del VII Congreso de Estudios Clásicos I*, Madrid, SEEC, pp. 73-92..

- Dik, H. (1995) *Word Order in Ancient Greek: A Pragmatic Account of Word Order Variation in Herodotus*, Amsterdam, Gieben (Amsterdam Studies in Classical Philology, 5).
- Diringer, D. (1953) *The Alphabet: A Key to the History of Mankind*, New York.
- Dodds, E. R. (1980) *Los griegos y lo irracional*, trad. M. Araujo, Madrid, Alianza (University of California Press, 1951).
- Dover, K. J. (1960) *Greek Word Order*, Cambridge.
- Dover, K. J. (1997) *The Evolution of Greek Prose Style*, Oxford.
- Drez, G. (1993) *Los mitos platónicos*, Barcelona, Labor.
- Enos, R. L. (1993) *Greek Rhetoric before Aristotle*, Prospect Hts., Illinois.
- Eggers Lan, C. (1964-1965) *El concepto de alma en Homero* [citamos por la reimpresión bajo Ficha N° 14/2/12 de la Cátedra "Historia de la Filosofía Antigua", FFyL, UBA, s/f].
- Eggers Lan, C. (1991) "Mito y filosofía en Grecia clásica", curso de *Historia de la filosofía antigua*, FFyL, UBA.
- Eggers Lan, C. (1993) "Breve introducción al problema de las enseñanzas orales de Platón", *Méthexis* VI, pp. 1-11.
- Eggers Lan, C. (1994) "La concepción de los principios en los diálogos platónicos", *Méthexis* VII, pp. 27-41.
- Ernout, A. – Meillet, A. (1959<sup>4</sup>) *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, Paris.
- Ernout, A. – Thomas, F. (1953<sup>2</sup>) *Syntaxe latine*, Paris.
- Ferrari, G. R. F. (1987) *Listening to the Cicadas: A Study on Plato's 'Phaedrus'*, Cambridge.
- Feyerabend, P. (2000) *Tratado contra el método*, trad. Diego Ribes, Madrid, Tecnos (Londres, 1975).
- Finley, M. I. (1975) *El mundo de Odiseo*, México, FCE.
- Flacelière, R. (1962) *Histoire littéraire de la Grèce*, Paris, Fayard.
- Florescu, V. (1982) *La rhétorique et la néo-rhétorique*, Paris, Les Belles Lettres.



- Fox, B. (1996) *Studies in Anaphora*, Amsterdam / Philadelphia, J. Benjamins.
- Gadamer, H.-G. (1998) *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona - Buenos Aires - México, Paidós.
- Gaiser, K. (1988) *La metafísica della storia in Platone*, Milano, Vita e pensiero.
- García Gual, C. (1992) *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza.
- Gelb, I. J. (1952) *A Study of Writing*, Chicago-London [hay trad. cast.: *Historia de la escritura*, Madrid, 1976].
- Gentili, B. (1996) *Poesía y público en la Grecia antigua*, Quaderns Crema, Barcelona.
- Gil, L. (1963) "La lengua homérica", en L. Gil (ed.) *Introducción a Homero*, Barcelona, Guadarrama [también en Labor, 1984].
- Gildersleeve, B. (1980) *Syntax of Classical Greek, from Homer to Demosthenes*, reimpr. Groningen.
- Gill, Ch. (1995) "Models of the Self", *Greek Thought*, Oxford, pp. 5-19.
- Gill, Ch. (1996) *Personality in Greek Epic, Tragedy and Philosophy: The Self in Dialogue*, Oxford.
- Gonda, J. (1954) "The original character of the indo-european relative pronoun \*yo-", *Lingua* IV.1, pp.1-41.
- Gonda, J. (1955) "Notes on the indo-european *k<sup>wi</sup>-* and *k<sup>wo</sup>-* pronouns", *Lingua* IV.3, pp. 241-285.
- González García, F. J. (1991) *A través de Homero. La cultura oral de la Grecia antigua*, Universidad de Santiago de Compostela.
- Goody, J. – Watt, I. (1968) "The Consequences of Literacy", en J. Goody (ed.) *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 27-68.
- Goody, J. (1985) *La domesticación del pensamiento salvaje*, Torrejón de Ardoz, Akal [1977; traducción francesa (1978) *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*].
- Guiraud, P. (1995) *La semántica*, FCE, México.

- Haas, W. (1976) "Writing: the basic options", en W. Haas (ed.) *Writing Without Letters*, Manchester, Manchester University Press, pp. 13-28.
- Harris, W. V. (1989) *Ancient Literacy*, Londres.
- Havelock, E. A. (1963) *Preface to Plato*, Cambridge, MA, Harvard University Press [trad. cast.: *Prefacio a Platón*, Madrid, Visor Distribuciones, 1994].
- Havelock, E. A. (1976) *Origins of Western Literacy*, Toronto, Ontario Institute for Studies in Education.
- Havelock, E. A. (1982) *The Literate Revolution in Greece and Its Cultural Consequences*, Princeton, Princeton University Press.
- Havelock, E. A. (1996) *La Musa aprende a escribir*, Barcelona.
- Householder, F. (1972) *Syntactic theory I*, Harmondsworth.
- Humbert, J. (1963) *Syntaxe grecque*, Paris.
- Humbert, J. (1972) *Histoire de langue grecque*, Paris.
- Humboldt, A. von (1836-39) *Gesammelte Schriften*, Academia de Berlín, vol. VII, Parte 1.
- Iglesias Zoido, J. C. (2000) "Oratoria, retórica y escritura en Grecia", *CFC* 10, pp. 39-70.
- Ildefonse, F. (1994) "Sujet et prédicat chez Platon, Aristote et les Stoïciens", *Archive et Documents de la S.H.E.S.L.*, 10, pp. 3-34.
- Isnardi Parente, M. (1993) "Platón y el problema de los *ágrapha*", *Méthexis* VI (Suplemento), pp. 73-93.
- Jakobson, R. (1985) *Lingüística y poética*, Madrid, Cátedra.
- Janko, R. (1982) *Homer, Hesiod and the Hymns: Diachronic Development in Epic Diction*, Cambridge.
- Janko, R. (1998) "The Homeric Poems as Oral Dictated Texts", *CQ* 48, pp. 1-13.
- Jeffery, L. H. (1979) "The Present Greek Evidence, Direct and Indirect: Some Facts and Speculations", 2 de abril de 1979, en un simposio titulado *The Origins and Transmissions of the Alphabet – New Discoveries*, llevado a cabo en Íthaca, Nueva

- York, del 1 al 3 de abril (sin publicar: tomado de Powell [1993, nota 27]).
- Jeffery, L. H. (1990<sup>2</sup>) *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Greek Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries B.C.*, Oxford [1ra. ed. 1961].
- Joly, H. (éd.) (1986) *Philosophie du langage et grammaire dans l'Antiquité*, Bruxelles.
- Johnston, A. (1981-1983) "The Extent and Use of Literacy: The Archaeological Evidence", en R. Hagg (ed.) *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.: Tradition and Innovation*, Proceeding of the Second International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1-5 June, pp. .
- Juliá, V. (ed.) (1993) *La tragedia griega*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Juliá, V. (ed.) (2001) *Los antiguos griegos y su lengua*, Buenos Aires, Biblos.
- Kahn, Ch. (1973) *The verb 'be' in ancient greek*, Boston.
- Kennedy, G. (1958) "Aristotle on the Period", HSCP 63, pp. 283-288.
- Kennedy, G. (1994) *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton.
- Ketchum, R. (1979) "Names, Forms and Conventionalism: Cratylus 383-395", *Phronesis* 24.2, pp. 133-147.
- Kirchhoff, A. (1887<sup>4</sup>) *Studien zur Geschichte des griechischen Alphabets*, Gütersloh.
- Kirk, G. S. (1968) *Los poemas de Homero*, Buenos Aires, Paidós.
- Kirk, G. S. – Raven, J. E. – Schofield, M. (edd.) (1983<sup>2</sup>) *The Presocratic Philosophers*, Oxford.
- Kovacci, O. (1992) *El comentario gramatical. Teoría y práctica*, Madrid, Arco, 2 vols.
- Krahe, H. (1972) *Lingüística indoeuropea*, Madrid, CSIC.
- Krämer, H. (1993) "Imagen antigua y nueva de Platón", *Méthexis* VI (Suplemento), pp. 93-110.
- Kretschmer, P. (1946) *Introducción a la lingüística griega y latina*, Madrid.

- Kretschmer, P. – Hrozný, B. (1934) *Las lenguas y los pueblos indoeuropeos*, Madrid, CSIC.
- Kroll, W. (1941<sup>2</sup>) *Historia de la Filología Clásica*, Barcelona.
- Kühner, R – Gerth, B. (1965) *Ausführliche Grammatik der griechischen Sprache. Satzlehre*, Darmstadt.
- Ledger, G. R. (1989) *Re-counting Plato: A Computer Analysis of Plato's Style*, Oxford.
- Leonetti, M. (2000) "El artículo", *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa, pp. 787-890.
- Lesky, A. (1976) *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos.
- Lévy-Strauss, C. (1962) *La pensée sauvage*, Paris, Plon.
- Lindsay, W. M. (1907) *The Syntax of Plautus*, Oxford.
- Lledó Iñigo, E. (1970) *Filosofía y lenguaje*, Barcelona, Ariel.
- Lledó Iñigo, E. (1984) *Memoria del logos*, Madrid.
- Loewy, E. (1900) *Die Naturwiedergabe in der älteren griechischen Kunst*, Roma.
- López Eire, A. (2001) "Retórica y oralidad", *Logo. Revista de retórica y de teoría de la comunicación* 1, pp. 109-124.
- Lord, A. B. (1953) "Homer's Originality: Oral Dictated Texts", *TAPhA* 84, pp. 124-134 [reproducido en el capítulo 2 de *Epic Singers and Oral Tradition*, pp. 38-48].
- Lord, A. B. (1960) *The Singer of Tales*, Cambridge, Mass. [2nd printing, 2001].
- Lord, A. B. (trad.)(1974) *The Wedding of Smailagic Meho, by Avdo Mededovic*, Cambridge, MA.
- Lord, A. B (1991) *Epic Singers and Oral Tradition*, Ithaca - London.
- Lord, A. B. [ed. M. L. Lord] (1995) *The Singer Resumes the Tale*, Ithaca, NY.
- Lorimer, H. L. (1950) *Homer and the Monuments*, London.
- Lyons, J. (1963) *Structural Semantics. An analysis of part of vocabulary of Plato*, Oxford.

- Lyons, J. (1968) *Introduction to Theoretical Linguistics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lyons, J. (1980) *Semántica*, Barcelona, Teide.
- Malmberg, B. (1985) *Introducción a la lingüística*, Madrid, Cátedra.
- Marouzeau, J. (1922-1935) *L'ordre des mots dans la Phrase latine*, Paris (t. I *Les groupes nominaux* / t. II *Le verbe*).
- Marouzeau, J. (1946) *Traité de Stylistique latine*, Paris.
- Mársico, C. (2002) "Las estrategias de delimitación de artículo y pronombre en la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo", *QUCC*, 69.3, pp. 81-99.
- Mársico, C. (2007) *Polémicas y paradigmas en la invención de la gramática*, Córdoba, *Ordia Prima Studia* 3.
- Martín López, Ma. I. (1994) "Deixis frente a anáfora en griego antiguo", *Minerva* 8, pp. 11-42.
- Martinet, A. (1949) "La double articulation linguistique", *Recherches Structurales* (= TCLC, V), pp. 30-37. [Reeditado con algunas modificaciones en *La linguistique synchronique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1965, 17-27. Traducción española. de F. Marcos, "La doble articulación lingüística", *La lingüística sincrónica*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 19-28].
- Martinet, A. (1957) "Arbitraire linguistique et double articulation" en *Cahiers Ferdinand de Saussure* 15, pp. 105-116.
- Martinet, A. (1970) "La double articulation du langage", *Éléments de linguistique Générale*, Paris, A. Colin.
- Martinet, A. (1997) *De las estepas a los océanos. El indoeuropeo y los "indoeuropos"*, Madrid.
- Mascialino, L. (2005) *Guía para el aprendizaje del griego clásico. Segundo nivel*, Buenos Aires, Jorge Baudino Ediciones-UNSAM.
- Matthaios, S. (1999) *Untersuchungen zur Grammatik Aristarchs*, Göttingen.
- McCabe, D. F. (1981) *The Prose-Rhythm of Demosthenes*, New York.

- McCawley, J. (1988) *The syntactic phenomena of English*, Chicago, University of Chicago Press.
- McLuhan, M. (1962) *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto [trad. cast. *La Galaxia Gutenberg*, Madrid, Aguilar, 1969].
- Meillet, A. (1928) *Esquisse d'une histoire de la langue latine*, Paris.
- Meillet, A. – Vendryes, J. (1927) *Traité de Grammaire Comparée des Langues Classiques*, Paris.
- Mendoza, J. (1976) “La organización de la deixis en los pronombres demostrativos del Indo-europeo”, *REL* 6.1, pp. 89-111.
- Menéndez Pidal, R. (1968<sup>13</sup>) *Manual de gramática histórica española*, Madrid.
- Méthexis. Revista argentina de filosofía antigua* (1993), volumen VI.
- Monro, D. B. (1882) *A Grammar of the Homeric Dialect*, Oxford.
- Monteil, P. (1963) *La phrase relative en grec ancien*, Paris, Klincksieck.
- Morris, I. (1986) “The Use an Abuse of Homer”, *CA* 5, pp. 81-138.
- Mugler, Ch. (1938) *L'évolution des constructions participiales complexes en grec et en latin*, Paris.
- Muñoz Núñez, Ma. D. (2002) “Oppositions and analysis of lexical content”, *Quaderni di Semántica*, 23.1, pp. 83-89.
- Nagy, G. (1995) “An evolutionary model for the making of Homeric poetry: comparative perspectives”, en J. B. Carter – S. P. Morris (edd.) *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, Austin, pp. 163-179.
- Nagy, G. (1996) *Poetry as Performance, Homer and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Nagy, G. (1997) “Response: Nagy on Powell on Nagy. An inventory of debatable assumptions about a Homeric question”, *BMCR* 97.4.18.
- Nagy, G. (1999) “As the World Runs Out of Breath: Metaphorical Perspectives on the Heavens and the Atmosphere in the Ancient World”, *Ker, Keniston, Marx*, pp. 37-50.

- Nagy, G. (2001a) *Homeric Questions*, Stoa Consortium (Harvard, 1996).
- Nagy, G. (2001b) "Homeric Poetry and Problems of Multiforimity: the 'Panathenaic Bottleneck'", *CP* 96, pp. 109-119.
- Nestle, W. (1976) *Del mito al logos*, Montesinos, Barcelona [1a. ed., 1942].
- Newbold, R. F. (1986) "Nonverbal communication and parataxis in late antiquity", *AC LV*, pp. 223-244.
- Nietzsche, F. (1870;1873) "Der Florentinische Tractat über Homer und Hesiod, ihr Geschlecht und ihren Wettkampf", *RhM* 25, pp. 528-40; *RhM* 28, pp. 211-49.
- Notopoulos, J. A. (1938) "Mnemosyne in Oral Literatura", *TAPhA* 69, pp. 465-483.
- Notopoulos, J. A. (1949) "Parataxis in Homer", *TAPA* 80, pp. 1-23.
- O'Kelly, D. (2001) "Le problème de l'«anaphore sans antécédent»", *Cycnos* 18.2 <<http://revel.unice.fr/cycnos/document.html?id=42>> [consulta: junio 2010].
- Ong, W. (1967) *The Presence of the Word*, New Haven & London, Yale University Press.
- Ong, W. (1971) *Rhetoric, Romance, and Technology*, Ithaca & London, Yale University Press.
- Ong, W. (1993) *Orality and Literacy*, Londres y Nueva York, Methuen [1ra. ed. 1982; trad. cast.: *Oralidad y escritura*, México, FCE, 1987].
- O'Sullivan, N. (1992) *Alcidamas, Aristophanes, and the Beginnings of Greek Stylistic Theory*, Stuttgart.
- Pachet, P. (1975) "La deixis selon Zénon et Chrysippe", *Phronesis* 20, pp. 241-246
- Packard, D. (1974) "Sound-Patterns in Homer", *TAPhA* 104, pp. 239-260.
- Page, D. L. (1966) *History and the Homeric Iliad*, University of California Press, capítulo 6.

- Palmer, L. (1980) *The Greek Language*, London..
- Panchón, F. (1985) "La hipotética parataxis del latín arcaico", *St. Za.* 6, pp. 23-49.
- Panchón F. (1994) "Relativos sin verbo y la función del relativo en latín", *Emerita* 62.1, pp. 126-140.
- Parry, M. (1928) *L'épithète traditionnel dans Homère*, Paris, Société d'Éditions 'Les Belles Lettres'.
- Parry, M. (1971) *The Making of Homeric Verse. The Collected Papers of Milman Parry*, ed. by Adam Parry, Oxford, Clarendon Press.
- Pearson, L. (1978) "Hiatus and its Effects in the Attic Speech-Writers", *TAPhA* 108, pp. 131-145.
- Pernee, L. (1985) "La Relation predicative en grec: phrase nominale et verbe etre", *Travaux-Cercle linguistique d'Aix-en-Provence* 3, pp. 61-75.
- Pfeiffer, R. (1981) *Historia de la filología clásica*, Tomos I y II, Madrid, Gredos.
- Pieper, J. (1984) *Sobre los mitos platónicos*, Barcelona, Herder.
- Pinborg, J. (1975) "Classical Antiquity: Greece", *Current Trends in Linguistics* 13.1, La Haya, pp. 69-126.
- Pinkler, L. – Vigo, A. (1987) *Sófocles. Antígona*, introducción, traducción y notas, Buenos Aires, Biblos.
- Pinkler, L. (1993) "El 'Edipo rey' de Sófocles", en V. Juliá (ed.) *La tragedia griega*, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 73-86.
- Pinkler, L. (2001) "El período gramatical", en V. Juliá (ed.) *Los antiguos griegos y su lengua*, Buenos Aires, Biblos, pp. 105-113.
- Pisani, V. (1947) *Glottologia indeuropea*, Turín.
- Plantin, Ch. (1998) "La interacción argumentativa", en *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje* 17-18, pp. 23-49.
- Pokorny, J. (1949) *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna.
- Popham, M. – Sackett, L. – Themelis, P. (eds.) (1978-80) *Lefkandi I: The Iron Age in the British School at Athens*, Supl. 11, pp. 1-2.



- Popham, M. – Calligas, P. G. - Sackett, L.H. (1988-1989) "Further Excavation of the Toumba Cemetery at Lefkandi, 1984 and 1988. A Preliminary Report", *Archaeological Reports* 35, pp. 117-129.
- Powell, B. B. (1989) "Why was the Greek Alphabet invented. The Epigraphical Evidence", *CA* 8.2, pp. 321:350.
- Powell, B. B. (1993) "Did Homer sing at Lefkandi", en *Electronic Antiquity* 1.2 <<http://scholar.lib.vt.edu/ejournals/EIAnt/V1N2/powell.html>> [consulta: junio 2010].
- Powell, B. B. (1997a) Reseña de Gregory Nagy, *Poetry as Performance, Homer and Beyond*, Cambridge, 1996 en *BMCR* 97.3.21. <<http://bmcr.brynmawr.edu/1997/97.03.21.html>> [consulta: junio 2010].
- Powell, B. B. (1997b) "Response: Powell on Nagy on Powell on Nagy (Schluss)", *BMCR* 97.4.24. <<http://bmcr.brynmawr.edu/1997/97.04.24.html>> [consulta: junio 2010].
- Powell, B. B. (1999) *Homer and the Origin of the Greek Alphabet*. Cambridge.
- Powell, B. B. (2002) *Writing and the Origins of Greek Literature*, Cambridge University Press.
- Prieto, E. (1959) *Parataxis e Hipotaxis*, Rosario.
- Quilis, A. (1993) *Tratado de fonología y fonética españolas*, Madrid, Gredos.
- Ragousi, E. (2001) "The Hellenic Alphabet. Origins, Use, and Early Function", <<http://www.phoenicia.org/alphabetcontrov.html>> [consulta: junio 2010].
- Real Academia Española (1975) *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*, Madrid, Espasa Calpe.
- Reale, G. (1993) "En qué consiste el nuevo paradigma histórico-hermenéutico en la interpretación de Platón", *Méthexis* VI (Suplemento), pp. 131-150.
- Reinhard, L. (1920) *Die Anakoluthe bei Platon*, Berlin.

- Ricoeur, P. (2006) *El mal. Un desafío a la teología y a la filosofía*. Amorrortu, Buenos Aires - Madrid.
- Riddell, J. (1967) *A Digest of Platonic Idioms*, Oxford [repr. Amsterdam].
- Rijksbaron, A. (1984) *The Syntax and semantics of the verb in classical Greek. An introduction*, Amsterdam.
- Robb, K. (1978) "The Poetic Sources of the Greek Alphabet", en E. Havelock – J. Hershebell (eds.) *Communication Arts in the Ancient World*, N. York, Hastings House, pp. 23-26.
- Roberts, W. R. (1928) *Greek Rhetoric and Literary Criticism*, New York.
- Ronconi, A. (1946) *Il verbo latino. Principi di sintassi storica*, Bologna.
- Rose, H. J. (1929) *Handbook of Greek Mythology*, New York, E. P. Dutton.
- Ruipérez, M. S – Tovar, A. (1978) *Historia de Grecia*, Barcelona, Montaner y Simón.
- Russell, D. A. (1983) *Greek Declamation*, Cambridge/New York.
- Russell, D. A. (1989) *Classical Literary Criticism*, rev. ed., Oxford.
- Russell, D. A. – Winterbottom, M. (edd.) (1972) *Ancient Literary Criticism: The Principal Texts in New Translations*, Oxford.
- Sampson, G. (1985) *Writing Systems*, Stanford, California [hay trad. cast.: *Sistemas de escritura*, Barcelona, 1997].
- Schadewaldt, W. (1951<sup>2</sup>) *Von Homer Welt und Werk*, Stuttgart.
- Schwyzler, E. – Debrunner, A. (1975<sup>4</sup>) *Griechische Grammatik, II. Syntax und syntaktische Stylistik*, Munich, Beck.
- Sihler, A. L. (1995) *New Comparative Grammar of Greek and Latin*, Oxford.
- Slings, S. R. (1992) "Written and spoken language: an exercise in the pragmatics of the Greek sentence", *CPh* 87, pp. 95-109.
- Smyth, H. (1956) *Greek Grammar*, Cambridge.
- Snell, B. (1965) *Las fuentes del pensamiento europeo. Estudio sobre el descubrimiento de los valores espirituales de Occidente en la antigua*

- Grecia*, Madrid, Editorial Razón y Fe.
- Snodgrass, A. (1974) "An Historical Homeric Society?", *JHS* 94, pp. 114-125.
- Solmsen, F. (1932) "Drei Rekonstruktionen zur antiken Rhetorik und Poetik", *Hermes* 67, pp. 133-44.
- Somerstein, A. H. (1973) *The Sound Pattern of Ancient Greek*, Oxford.
- Stanford, W. B. (1987) *The Sound of Greek*, Berkeley / Los Angeles (Sather Classical Lectures, 38).
- Stubbs, M. (1980) *Language and Literacy: The Sociology of Reading and Writing*, London.
- Steinthal, H. (2001) *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, Hildesheim [ed. original: Berlin, 1891].
- Svenbro, J. (1998) "La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa" en Cavallo, G. – Chartier, R. (dir.) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, pp. 57-94
- Szlezák, T. A. (1993) "A propósito de la habitual animadversión hacia los *ágrapha dógmata*", *Méthexis* VI (Supl.), pp. 151-170.
- Teodorsson, S.-T. (2006) "Eastern Literacy, Greek Alphabet, and Homer", *Mnemosyne* 59.2, pp. 161-187.
- Thesleff, H. (1967) *Studies in the Styles of Plato* (Acta philosophica Fennica, 20).
- Thomas, R. (1989) *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge.
- Thomas, R. (1992) *Literacy and Orality in Ancient Greece*, Cambridge.
- Touratier, Ch. (1980) *La relative. Essai de théorie syntaxique (à partir de faits latins, français, allemands, anglais, grecs, hébreux, etc.)*, Paris, Klincksieck (Coll. Linguistique, LXXII).
- Vallejo Campo, A. (1994) "El Fedro y la retórica de Aristóteles", *Méthexis* VII, pp. 71-90.
- Vallozza, M. (1987) "Alcidamante e i gradi della memoria (*Sugli autori di discorsi scritti* 18)", *QUCC* 27.3, pp. 93-96.
- Van Hook, L. (1919) 'Alcidamas versus Isocrates', *CW* 12, pp. 89-94.

- Ventris, M. – Chadwick, J. (1956) *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge University Press [2a. ed. 1973].
- Vigo, A. (1983) *Acerca del empleo de las negaciones en griego clásico*, Buenos Aires, Biblos.
- Villar, F. (1971) *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, Madrid, Istmo.
- Villar, F. (1996) *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid .
- Wackernagel, J. (1942) "Indogermanisches \*qwo/e- als alte nebensatzeinleitende Konjunktion", *ZVS* 67, pp. 1-5 [=Kleine Schriften I, Gottingen, 1953, pp. 257-261].
- Wade-Gery, H. T. (1952) *The Poet of the Iliad*, Cambridge.
- Wald, B. (2003) "Participación y personalidad", *Anuario Filosófico* 36.1, pp. 247-269.
- Walker, G. F. (2005) "Los jardines de Adonis. Platón entre la oralidad y la escritura", en Castello, L. A. – Mársico, C. T (eds.) *El lenguaje como problema entre los griegos. ¿Cómo decir lo real?*, Buenos Aires, Altamira, pp. 173-183.
- Wardy, R. (1990) *The Birth of Rhetoric*, London.
- Webster, T. B. L. (1941) "A Study of Greek Sentence Construction," *AJP* 62, pp. 385-415.
- Webster, T. B. L. (1964) *From Mycenae to Homer*, New York.
- Wieland, W. (1991) "La crítica de Platón a la escritura y los límites de la comunicabilidad", *Méthexis* IV, pp. 19-37.
- Williams, B. (1993) *Shame and Necessity*, Berkeley.
- Wilamowitz, U. von (1884) *Homerische Untersuchungen*, Berlin.
- Wilamowitz, U. von (1916) *Die Ilias und Homer*, Berlin.
- Wilamowitz, U. von (1927) *Die Heimkehr des Odysseus*, Berlin.
- Winterrowd, W. R. (1989) *The Culture and Politics of Literacy*, Oxford.
- Whorff, B. L. (1956) *Language, Thought and Reality*, M.I.T. Press.
- Wood, R. (1775<sup>2</sup>) *Essay on the Original Genius of Homer*, London.
- Woolly, L. (1953) *A Forgotten Kingdom*, Penguin.

## PUBLICACIONES ELECTRÓNICAS

*Ancient Scripts* (ed. L. Lo): <<http://www.ancientscripts.com/linearb.html>> [consulta: junio 2010]

*Milman Parry Collection of Oral Literature On-Line*: <<http://www.chs.harvard.edu/mpc/index.html>> [consulta: junio 2010]

*Alfabeto fenicio*: <<http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/fenicio>> [consulta: junio 2010]

*The Controversy: Who invented the alphabet, the Phoenicians or the Greeks?* <<http://www.phoenicia.org/alphabetcontrov.html>> [consulta: junio 2010]